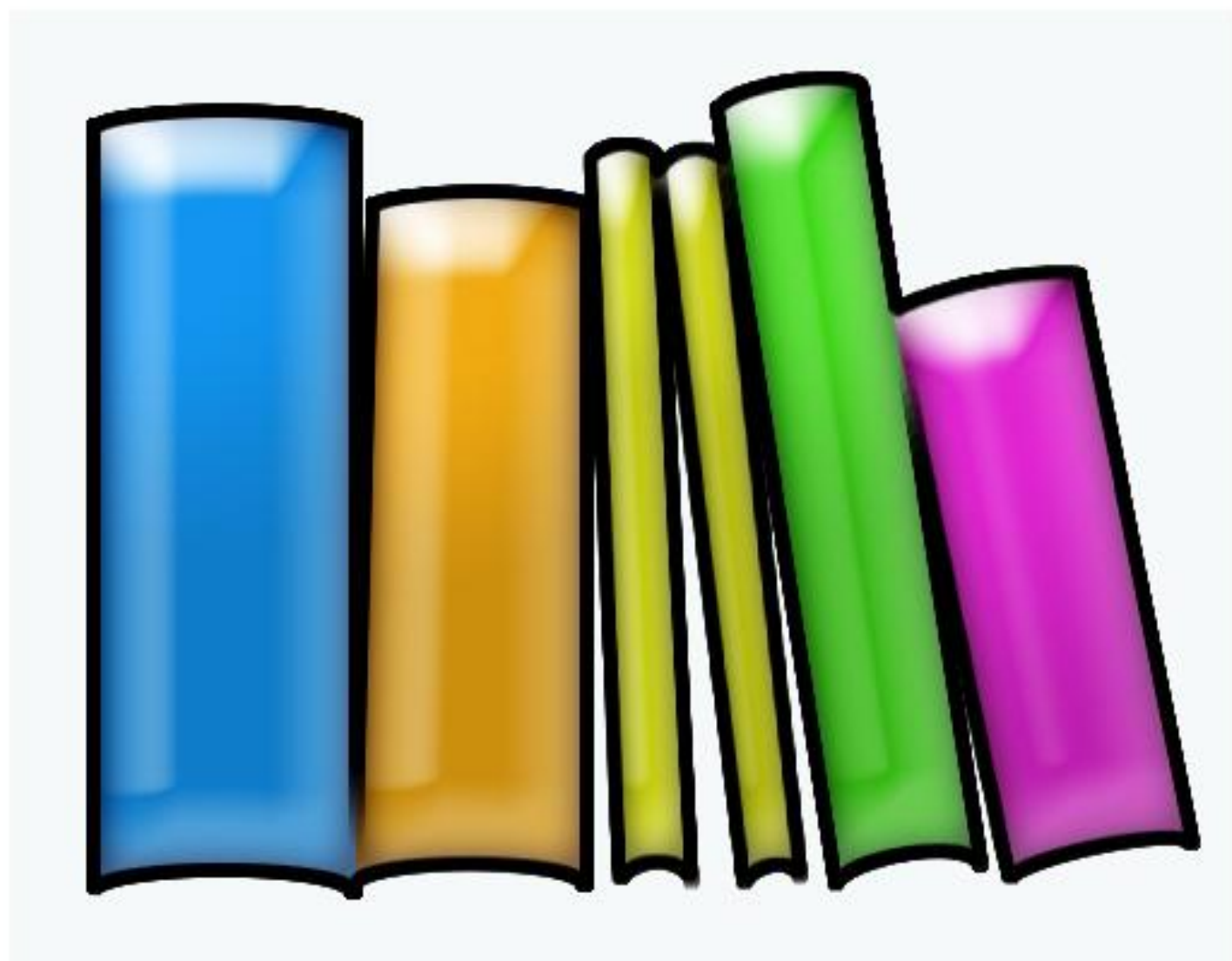


El señor de los muertos



Holland, Tom

Produced by calibre 0.6.26

El señor de los muertos

Sobrecubierta

None

Tags: General Interest

OceanofPDF.com

Tom Holland
El señor de los muertos

OceanofPDF.com

But first, on earth as Vampire sent, thy corse shall from its tomb be rent: then ghastly haunt thy native place, and suck the blood of all thy race: there from thy daughter, sister, wife, at midnight drain the stream of life; yet loathe the banquet which perforce must feed the livid living corse: thy victims, ere they yet expire, shall know the demon for their sire, as cursing thee, thou cursing them, thy flowers are wither'd on the stem... wet with thine own best blood shall drip thy gnashing tooth and haggard lip; then stalking to thy sullen grave, go -and with Gouls and Afrits rave; till these in horror shrink away from spectre more accursed than they!

Lord Byron, *The Giaour*

Pero, primero, enviado a la tierra como vampiro,
que tu cuerpo sea arrancado de la tumba;
luego merodea cadavérico por tu lugar de origen,
y bebe la sangre de toda tu estirpe:
de tu hija, de tu hermana, de tu esposa,
a medianoche drena el torrente de tu vida;
aunque aborreces el banquete que forzosamente
debe alimentar tu lívido cadáver viviente.
Tus víctimas, antes de expirar,
reconocerán al demonio como su señor,
cuando maldiciéndote a ti, tú maldiciéndolas,
tus flores se marchitan en el tallo...
mojados con lo mejor de tu propia sangre chorrearán
tus rechinantes dientes y tus trasnochados labios;
luego, dirigiéndote a tu taciturna tumba con paso majestuoso,
ve... y delira con Gouls y Afrits,
¡hasta que éstos se encojan y se alejen con horror
de un espectro más maldito que el de ellos!

Lord Byron, *The Giaour*

Pero yo odio las cosas que son todo ficción... Siempre debería haber algún fundamento de realidad para el tejido más etéreo; y la pura invención no es más que el talento de un mentiroso.

Lord Byron, carta a su editor

Capítulo primero

Las memorias completas, en caso de que fueran publicadas, condenarían a lord B. a eterna infamia.

John Cam Hobhouse, *Journals*

Al señor Nicholas Melrose, director de su propio bufete de abogados y hombre de gran prestigio, no le gustaba sentirse disgustado. No estaba acostumbrado a ello, y no lo estaba desde hacía muchos años.

—Nunca entregamos las llaves a nadie -dijo con brusquedad. Miró fijamente y con cierto resentimiento a la joven que se encontraba al otro lado del imponente y gran escritorio. Subrayó sus palabras dando unos golpecitos con el dedo, por si quedaba alguna duda-. *Nunca*.

Rebecca Carville lo miró fijamente y luego movió la cabeza. Se inclinó para coger una bolsa. Melrose la observó detenidamente. El cabello largo de color castaño, a la vez elegante e indómito, se derramaba sobre los hombros de la joven, que se lo echó hacia atrás al tiempo que dirigía a Melrose una fugaz mirada. Los ojos le brillaban. Era muy hermosa -pensó el abogado-, y, además, de un modo bastante inquietante. Suspiró. Se pasó los dedos por entre el cabello, que le iba escaseando, y luego se acarició la panza.

—El de San Judas siempre ha sido un caso muy especial -masculó en un tono algo más conciliador-. Legalmente hablando. — Hizo un gesto con las manos-. Espero que usted comprenderá, señorita Carville, que no me queda otra opción. Lo lamento, se lo repito, pero no puedo entregarle las llaves.

Rebecca sacó unos papeles de la bolsa. Melrose frunció el entrecejo. Verdaderamente empezaba a hacerse viejo si el mero silencio de una muchacha podía inquietarlo de aquella manera, por muy encantadora que ella resultara, y fuera el que fuese el asunto que la había llevado hasta allí.

—¿Quizá -preguntó- querría usted decirme qué espera encontrar en la cripta?

Rebecca se puso a revolver los papeles. De pronto el frío de su belleza se deshizo con una sonrisa. Le tendió los papeles por encima del escritorio.

—Mírelos -le dijo a Melrose-. Pero tenga cuidado con ellos. Son muy antiguos.

Melrose los cogió, intrigado.

—¿Qué son? — preguntó.

—Cartas.

—¿Y hasta qué punto son antiguas?

—Datan de mil ochocientos veinticinco.

Melrose miró a Rebecca por encima de las gafas y luego acercó una carta a la lámpara del escritorio. La tinta estaba descolorida y el papel se había puesto marrón. Intentó descifrar la firma que había en la parte inferior de la página. Era difícil; estaban casi a oscuras, con sólo aquella lámpara.

—Thomas... ¿qué dice aquí...? ¿Moore? — preguntó al tiempo que levantaba la mirada.

Rebecca asintió.

—¿Tendría que resultarme familiar ese nombre?

—Era un poeta.

—Me temo que en mi trabajo no se tiene mucho tiempo para leer poesía.

Rebecca continuó mirándolo fijamente, impasible. Alargó la mano por encima del escritorio para recuperar la carta.

—Nadie lee ya a Thomas Moore -dijo finalmente-. Pero fue muy popular en su época.

—Entonces, señorita Carville, ¿es usted una estudiosa de la poesía de ese período?

—Tengo buenas razones, señor Melrose, para que me interese.

—¿Ah, sí? — preguntó Melrose sonriendo-. ¿Sí? Excelente.

Se relajó en el sillón. De manera que era una anticuaría, sólo eso, una insignificante académica. De pronto le pareció menos amenazadora. Melrose miró sonriente y aliviado a la muchacha, fortalecido de nuevo por cierto sentido de su propia importancia.

Rebecca lo observó sin devolverle la sonrisa.

—Como le decía, señor Melrose, tengo buenas razones. — Miró fijamente la hoja de papel que tenía en las manos-. Por ejemplo, esta carta, dirigida a un tal lord Ruthven, cuya dirección está en Mayfair, calle Fairfax, 13. — Sonrió lentamente-. ¿No es la misma casa a la que está adosada San Judas?

La sonrisa de Rebecca se hizo más amplia al ver cómo reaccionaba el abogado ante estas palabras. El color le había desaparecido súbitamente de la cara a Melrose. Aunque luego movió la cabeza a ambos lados e intentó devolverle la sonrisa.

—Sí -repuso suavemente Melrose. Se limpió la frente-. ¿Y qué si es así?

Rebecca miró de nuevo la carta.

—Esto es lo que escribió Moore -comentó-. Le dice a lord Ruthven que tiene lo que llama «el manuscrito». ¿De qué manuscrito se trata? Eso no lo

aclara. Lo único que dice es que lo envía junto con la carta a la calle Fairfax.

—A la calle Fairfax...

La voz del abogado se apagó. Tragó saliva y trató de sonreír de nuevo, pero la expresión que tenía en el rostro era aún más enfermiza que antes.

Rebecca lo miró fugazmente. Si la mirada de miedo de Melrose la había sorprendido, no permitió que se le notase. Al contrario, con expresión tranquila alargó la mano sobre la mesa para coger otra carta; cuando volvió a hablar, su voz había adquirido un tono monótono.

—Una semana más tarde, señor Melrose, Thomas Moore escribió esta otra carta. En ella da las gracias a lord Ruthven por la nota que éste le había enviado comunicándole que había recibido el manuscrito. Resulta evidente que lord Ruthven le había dicho a Moore cuál iba a ser el destino del manuscrito. — Rebecca levantó la carta y comenzó a leer: «"Grande y poderosa sobre todas las cosas es la Verdad", dice la Biblia. Pero algunas veces hay que ocultar y enterrar la verdad, porque los horrores que encierra puede que sean demasiado grandes para que el común de los mortales pueda soportarlos. Usted sabe lo que pienso de este asunto. Entiérrelo en algún lugar de los muertos; es el único lugar donde puede estar. Déjelo allí escondido para toda la eternidad, ahora ambos estamos de acuerdo en esto, o al menos en eso confío.» -Rebecca bajó la carta-. «Lugar de los muertos», señor Melrose -repitió lentamente. Se inclinó hacia adelante y comenzó a hablar con súbita vehemencia-. Con toda seguridad sólo puede estar refiriéndose a la cripta de la capilla de San Judas, ¿no es así?

Melrose inclinó la cabeza en silencio.

—Creo, señorita Carville -dijo por fin-, que debería usted olvidarse de la calle Fairfax.

—¿Ah, sí? ¿Por qué?

Melrose levantó la vista y la miró fijamente.

—¿No cree que es posible que su poeta tenga razón? ¿Que hay verdades que realmente deben permanecer ocultas?

Rebecca sonrió débilmente.

—Habla usted como abogado, naturalmente.

—Eso no es justo, señorita Carville.

—Entonces, ¿en calidad de qué habla?

Melrose no respondió. Maldita mujer, pensó. Los recuerdos, oscuros y espontáneos, le vinieron a la mente. Recorrió el despacho con la mirada, como si buscara consuelo en el destello de su modernidad.

—Como alguien que quiere su bien -dijo por fin, sin convicción.

—¡No! — Rebecca apartó la silla arrastrándola hacia atrás y se puso en pie con tal violencia que Melrose casi se sintió acobardado-. Veo que no lo comprende. ¿Sabe lo que era el manuscrito, ese manuscrito que Ruthven escondió en la cripta? — Melrose no respondió-. Thomas Moore era amigo de un poeta mucho más importante que él. Es posible que incluso usted, señor Melrose, haya oído hablar de lord Byron, ¿no?

—Sí -dijo Melrose suavemente, al tiempo que apoyaba la cabeza sobre las manos cruzadas-. He oído hablar de lord Byron.

—Cuando Byron escribió sus memorias, confió el manuscrito terminado a Thomas Moore. Y cuando la noticia de la muerte de Byron llegó hasta sus amigos, éstos persuadieron a Moore para que destruyera las memorias. Página a página, las memorias fueron rotas en pedazos y luego arrojadas al fuego que había encendido el editor de Byron. No quedó nada de ellas. — Rebecca se alisó el cabello hacia atrás, como para tranquilizarse-. Byron fue un escritor incomparable. La destrucción de sus memorias fue una profanación. — El abogado se quedó mirando a la joven. Se sentía atrapado, ahora que sabía por qué quería ella las llaves. Ya había oído aquellos argumentos con anterioridad. Recordaba a la mujer que los había esgrimido hacía muchos años, una mujer encantadora, igual que aquella muchacha que se encontraba allí ahora. Y la muchacha seguía hablándole-. Señor Melrose, por favor. ¿Comprende lo que le estoy diciendo?

Melrose se pasó la lengua por los labios.

—Y usted, ¿lo comprende? — preguntó a su vez.

Rebecca frunció el entrecejo.

—Escuche -le dijo al abogado en un suave susurro-. Se sabe que Thomas Moore tenía la costumbre de copiar todos los manuscritos que recibía. Y solamente se quemó una copia de las memorias. La gente siempre se ha estado preguntando si Moore habría hecho un duplicado. Y ahora -Rebecca levantó la carta- tenemos aquí a Moore escribiendo acerca de un extraño manuscrito. Un manuscrito del que luego dice que ha sido depositado en «algún lugar de los muertos». Por favor, señor Melrose, ¿me comprende

ahora? Estamos hablando de las memorias de Byron. Tengo que conseguir la llave de la cripta de San Judas.

Una ráfaga de lluvia barrió las ventanas. Melrose se puso en pie, casi con cansancio, y cerró los pestillos, como para prohibir la entrada a la noche; luego, todavía sin hablar, apoyó la frente contra uno de los vidrios de la ventana.

—No -respondió por fin mirando a la oscuridad de la calle-. No, no puedo darle las llaves.

Se hizo un largo silencio, roto solamente por los sollozos del viento.

—Tiene que dármelas -dijo ella al cabo de un rato-. Ya ha visto usted las cartas.

—Sí, he visto las cartas. — Melrose se dio media vuelta. Rebecca tenía los ojos entornados como los de un gato. El cabello daba la impresión de resplandecer y echar chispas en la oscuridad. Santo Dios, pensó el abogado, cómo se parecía a aquella otra mujer-. Señorita Carville -trató de explicarle-, no es que dude de usted. En realidad, es justamente lo contrario. — Hizo una pausa; Rebecca no dijo nada. Melrose no sabía cómo explicarse. Nunca le había resultado fácil enfrentarse a sus sospechas, y sabía que si las expresaba en voz alta sonarían como algo fantástico. Por eso siempre había guardado silencio, por eso había intentado olvidarlas. Condenada chica, volvió a pensar. ¡Condenada!-. Las memorias de lord Byron -dijo finalmente en un murmullo-, ¿las quemaron sus amigos?

—Sí -dijo Rebecca con frialdad-. Las quemó su antiguo compañero de viajes, un hombre llamado Hobhouse.

—Entonces, ¿no le parece que quizá ese Hobhouse actuara con prudencia al hacer tal cosa?

Rebecca sonrió tristemente.

—¿Cómo puede usted preguntarme eso?

—Porque me pregunto a mi vez qué secreto contendrían esos manuscritos. Qué terribles secretos, que incluso los amigos más íntimos de lord Byron consideraron que era mejor destruir todas las copias que existían.

—No todas, señor Melrose.

—No. — Hizo una pausa-. No, quizá no. Y por eso... me siento inquieto.

Sorprendido, Melrose vio que Rebecca no sonreía ante aquellas palabras. En vez de eso se inclinó sobre el escritorio y le cogió la mano.

—¿Qué es lo que le inquieta, señor Melrose? Dígamelo. Lord Byron lleva muerto casi doscientos años. ¿Qué motivo hay para estar inquieto?

—Señorita Carville... -El abogado hizo una pausa y sonrió; luego movió la cabeza de un lado a otro-. Señorita Carville... -Hizo un gesto con las manos-. Olvídense de todo lo que le he dicho. Por favor, escuche sólo lo que voy a decirle ahora. La situación es ésta. Estoy legalmente obligado a negarle las llaves. Nada puedo hacer al respecto. Quizá resulte extraño que al público se le niegue la entrada en la iglesia, pero, aun así, ésa es precisamente la situación legal. El único que tiene derecho a entrar en la capilla es el heredero de la propiedad de Ruthven; él y los otros herederos directos del primer lord Ruthven. Sólo a ellos puedo entregarles las llaves de San Judas, igual que han hecho mis predecesores en este bufete durante casi doscientos años. Y por lo que sé, la capilla nunca se ha usado para el culto; en realidad nunca se ha abierto para nada. Supongo que yo podría mencionar su nombre, señorita Carville, al actual lord Ruthven, pero debo serle franco: eso es algo que nunca haré.

Rebecca levantó una ceja.

—¿Por qué no?

Melrose la observó con detenimiento.

—Existen muchas razones para no hacerlo -repuso lentamente-. La más sencilla es que no serviría de nada. Lord Ruthven nunca le respondería.

—Ah... Entonces, ¿existe?

Melrose frunció el entrecejo más profundamente.

—¿Por qué pregunta usted eso?

Rebecca se encogió de hombros.

—Intenté verlo a él antes de venir a visitarle a usted. El hecho de que me encuentre ahora aquí sentada da una idea del éxito que obtuve.

—Sólo reside aquí breves temporadas, según creo. Pero... oh, sí, señorita Carville... existe.

—¿Lo conoce personalmente?

Melrose asintió.

—Sí. — Hizo una pausa-. Lo vi en una ocasión.

—¿Sólo?

—Una vez fue suficiente.

—¿Cuándo fue?

—¿Importa eso?

Rebecca asintió sin decir palabra. Melrose observó el rostro de la muchacha. De nuevo parecía helado e inexpresivo, pero en los ojos de Rebecca se podía ver un resplandor que ardía profundamente. Melrose se recostó en el sillón.

—Fue hace veinte años, casi exactamente -dijo-. Lo recuerdo con toda claridad.

Rebecca se inclinó hacia adelante hasta el borde del asiento.

—Continúe -le pidió.

—No debería contarle esto. Un cliente tiene derecho a que se respeten sus confidencias. — Rebecca asintió lentamente, con ironía. Melrose comprendió que la muchacha se había dado cuenta de que él tenía ganas de hablar. Se aclaró la garganta-. Acababan de nombrarme socio de la firma - continuó diciendo-. Las propiedades de los Ruthven eran una de mis responsabilidades. Un día lord Ruthven me llamó por teléfono. Quería hablar conmigo. Insistió en que fuera a visitarle a la calle Fairfax. Era un cliente rico, al que se consideraba muy valioso. Como es natural, fui a verlo.

—¿Y?

De nuevo Melrose hizo una pausa.

—Fue una experiencia realmente extraña -dijo al cabo de unos instantes-. No soy un hombre excesivamente impresionable, señorita Carville, no suelo hablar en términos subjetivos, pero aquella mansión me llenó de... bien, no hay otra manera de expresarlo... de la más absoluta sensación de desasosiego. ¿Le parece extraño? Sí, claro que lo es, pero no pude evitarlo, así es como sucedió. En el transcurso de mi visita lord Ruthven me mostró la capilla de San Judas. También allí fui consciente de un temor casi físico que me atenazaba la garganta, que me asfixiaba. Así que ya ve usted, señorita Carville, es por su bien que me alegro de que no vaya usted allí... sí... por su propio bien.

Rebecca volvió a sonreír ligeramente.

—Pero... ¿fue la capilla -preguntó- o lord Ruthven lo que le ocasionó tanto desasosiego?

—Oh, ambas cosas, creo. Lord Ruthven me pareció... indefinible. Había cierto donaire en él, sí, auténtico donaire, y también hermosura...

—¿Pero...?

–Pero... -Melrose frunció el entrecejo-. Sí, pero... en su rostro, igual que en la casa, se notaba la misma clase de peligro. – Hizo una pausa-. El mismo... brillo fúnebre. Por acuerdo mutuo no hablamos durante mucho tiempo, pero en aquel breve rato percibí una gran mente que se había vuelto cancerosa... que pedía ayuda, casi me atrevería a decir, sólo que... No, no. – De pronto Melrose negó con la cabeza-. ¿Qué tonterías estoy diciendo? Los abogados no tenemos derecho a ser imaginativos.

Rebecca sonrió débilmente.

–Pero, ¿fueron imaginaciones tuyas?

Melrose observó su rostro. De pronto la mujer se había puesto muy pálida.

–Puede que no -reconoció el abogado en voz baja.

–¿De qué quería él hablar con usted?

–De las llaves.

–¿De las llaves de la capilla? – Melrose asintió con la cabeza-. ¿Por qué?

–Me dijo que no las entregase a nadie.

–¿Ni siquiera a las personas que tenían legalmente derecho a ellas?

–Me pidió que procurara desanimarlas.

–Pero, ¿no podía usted prohibírselo?

–No. Tenía que intentar disuadirlos.

–¿Por qué?

–No me lo dijo. Pero mientras me hablaba tuve el presentimiento de... de... de algo terrible.

–¿Qué?

–No podría describirlo, pero era algo muy real. – Melrose miró a su alrededor-. Tan real como las cifras que aparecen en la pantalla de este ordenador, o los papeles que hay en esa carpeta. Y lord Ruthven, también él, parecía atemorizado... No, atemorizado no, aterrado es la palabra exacta. Y sin embargo, durante todo el tiempo, aquella sensación se mezclaba con un terrible deseo, ¿sabe? Un deseo que yo veía arder en sus ojos. Así que me tomé muy en serio aquel aviso, porque lo que yo había vislumbrado en aquel rostro me había llenado de temor. Confiaba, desde luego, en que nadie me pidiera las llaves. – Hizo una pausa-. Luego, tres días después, vino a visitarme una tal señorita Ruthven.

El rostro de Rebecca no dejó entrever ni siquiera un parpadeo de sorpresa.

—¿Para pedirle las llaves? — preguntó.

Melrose se recostó en el sillón.

—Igual que usted. Quería encontrar las memorias de lord Byron ocultas en la cripta.

El rostro de Rebecca seguía pareciendo desprovisto de toda pasión.

—¿Y se las dio? — preguntó.

—No me quedó otro remedio.

—¿Porque era una Ruthven? — Melrose asintió-. Y aun así, ¿ahora pretende impedírmelo?

—No, señorita Carville, no es cuestión de pretenderlo. Se lo voy a impedir. No le daré las llaves. — Melrose miró fijamente a los ojos entornados de Rebecca. Desvió la mirada, se puso en pie, se acercó a una ventana y miró hacia la oscuridad que reinaba en el exterior-. Aquella mujer desapareció -dijo finalmente, sin darse la vuelta-. Unos días después de que le diera las llaves. La policía no la encontró. Nunca hubo nada, desde luego, que relacionase aquella desaparición con lord Ruthven, pero yo recordé todo lo que él me había dicho y lo que yo había alcanzado a vislumbrar en su rostro. No se lo conté a la policía, porque temía parecer ridículo, ya me comprende. Pero con usted, señorita Carville, estoy dispuesto a arriesgarme a parecer cómico. — Se dio la vuelta para mirarla de frente otra vez-. Márchese. Se hace tarde. Me temo que nuestro encuentro ha llegado a su fin.

Rebecca no se movió. Luego, lentamente, se alisó el cabello hacia atrás para apartárselo del rostro.

—Las llaves son mías -dijo sin parpadear.

Melrose levantó los brazos con enojo y frustración.

—¿No ha oído lo que le he dicho? ¿No puede comprenderlo? — Se derrumbó en el sillón-. Señorita Carville, por favor, no lo haga más difícil. Márchese antes de que tenga que avisar para que se la lleven de aquí.

Rebecca negó con la cabeza suavemente. Melrose suspiró y alargó el brazo sobre el escritorio para apretar un botón. Al mismo tiempo que el abogado hacía eso, Rebecca sacó otro fajo de papeles de la bolsa. Los dejó sobre el escritorio y los empujó hacia Melrose. Éste les echó un rápido vistazo y se quedó petrificado. Cogió la primera página y comenzó a leerla

por encima con ojos vidriados, como si se sintiera incapaz de leerla o fuera reacio a hacerlo. Masculló unas palabras y luego apartó los papeles. Suspiró y durante un rato guardó silencio. Por fin movió la cabeza de un lado a otro y suspiró otra vez.

—Entonces, ¿ella era su madre?

Rebecca asintió.

—Mi madre conservó su apellido de soltera. Yo he adoptado el de mi padre.

Melrose suspiró profundamente.

—¿Por qué no me lo ha dicho antes?

—Quería saber qué pensaba usted.

—Bueno, pues ahora ya lo sabe. No se le ocurra acercarse a la calle Fairfax.

Rebecca se quedó mirando a Melrose y luego sonrió.

—No lo dirá en serio, ¿verdad? —dijo; luego se echó a reír-. No puede decirlo en serio.

—¿Supondría alguna diferencia si volviera a decirle que sí le estoy hablando en serio?

—No. Ninguna en absoluto.

Melrose la miró fijamente y luego asintió.

—Muy bien -dijo-. Si tanto insiste, haré que le traigan las llaves. —
Apretó un botón. No hubo respuesta-. Debe de ser más tarde de lo que creía -murmuró el abogado poniéndose en pie-. Si quiere excusarme, señorita Carville...

Rebecca lo observó mientras Melrose salía del despacho; luego las puertas se cerraron tras él. La muchacha empezó a recoger los papeles. Volvió a meter los certificados en la bolsa, pero el fajo de cartas lo conservó en el regazo. Se puso a jugar con ellas; luego, cuando oyó que las puertas volvían a abrirse a su espalda, colocó los finos dedos sobre el borde del escritorio.

—Tenga -le dijo Melrose tendiéndole tres llaves sujetas a una anilla de metal.

—Gracias -dijo Rebecca. Esperó a que se las diera, pero el abogado, a su lado, apretó con fuerza las llaves en la mano-. Por favor -insistió Rebecca-, démelas, señor Melrose.

El abogado no contestó. Miró con atención el rostro de Rebecca, largo y duro, y luego alargó la mano hacia el fajo de cartas que la muchacha tenía en el regazo.

—Estas cartas -dijo levantándolas-, estas misteriosas cartas... ¿pertenecieron originariamente a su madre?

—Eso creo.

—¿Cómo que lo cree?

Rebecca se encogió de hombros.

—Un librero se puso en contacto conmigo. Alguien se las había vendido. Por lo visto sabía que en otro tiempo habían pertenecido a mi madre.

—¿Y decidió acudir a usted? — Rebecca asintió-. Muy honrado por su parte.

—Puede ser. Aunque le pagué por ello.

—¿Cómo las había conseguido él? ¿Y cómo es que su madre había perdido las cartas?

Rebecca se encogió de hombros.

—Creo que fue un coleccionista el que hizo llegar las cartas hasta el librero. Aparte de eso, él no sabía nada más. Y yo no le presioné pidiéndole explicaciones.

—¿No le interesaba?

—Supuse que las habrían robado.

—¿La misma persona que... mató... a su madre?

Rebecca lo miró un momento. Los ojos le brillaban.

—Posiblemente -dijo.

—Sí. — Melrose hizo una pausa-. Posiblemente. — Luego volvió a examinar las cartas-. ¿Son auténticas? — preguntó mirándolas de nuevo.

—Creo que sí.

—Pero, ¿no está segura?

Rebecca se encogió de hombros.

—No estoy cualificada para decirlo.

—Oh, perdone, yo había supuesto...

—Soy especialista en Oriente, señor Melrose. Era mi madre quien era especialista en lord Byron. Yo siempre he leído a Byron por respeto a la memoria de mi madre, pero no pretendo ser una experta en lord Byron.

—Ya veo. El error ha sido mío. — Melrose volvió a mirar fijamente las cartas-. De modo que supongo... el respeto a la memoria de su madre... ¿es

por eso por lo que está tan ansiosa por encontrar las memorias?

Rebecca sonrió ligeramente.

—Sería algo adecuado, ¿no le parece? Yo no conocí a mi madre, señor Melrose. Pero me parece... que lo que estoy haciendo... ella lo aprobaría, sí.

—¿Aunque aquella búsqueda bien pudiera haberle ocasionado la muerte?

La expresión de Rebecca se oscureció.

—¿De verdad cree eso, señor Melrose?

Éste asintió.

—Sí.

Rebecca apartó la mirada. Miró fijamente hacia la oscuridad de la noche, detrás de las ventanas.

—Así por lo menos me enteraría de qué fue lo que le ocurrió a ella -dijo casi para sí misma.

Melrose no habló. En cambio dejó caer las cartas en el regazo de Rebecca. Pero no le dio las llaves.

Rebecca tendió la mano. Melrose se quedó mirándola pensativo.

—Desde el principio -dijo suavemente- usted era una Ruthven. Y no me lo ha querido decir en todo este rato.

Rebecca se encogió de hombros.

—No puedo evitar llevar la sangre que llevo.

—No -convino Melrose al tiempo que se echaba a reír-. Claro que no. — Hizo una pequeña pausa-. ¿No existe una maldición de los Ruthven? — preguntó.

—Sí. — Rebecca entornó los ojos y levantó la mirada hacia él-. Se supone que la hay.

—¿Cómo funciona?

—No lo sé. Como siempre, supongo.

—¿Qué? Un Ruthven tras otro, generación tras generación, todos caen abatidos por algún misterioso poder. ¿No es eso lo que dice la leyenda?

Rebecca hizo caso omiso a la pregunta. Volvió a encogerse de hombros.

—Muchas familias aristocráticas pueden atribuirse una maldición. No es nada más que una marca de casta -dijo sonriendo.

—Exactamente.

Rebecca mostró ceño.

—¿Qué quiere decir?

Melrose volvió a reírse.

–Vaya, pues que todo se lleva en la sangre, desde luego. ¡Todo se lleva en la sangre!

Balbució, se atragantó y luego siguió riéndose.

–Tiene usted razón -dijo Rebecca al tiempo que se ponía en pie-. Para ser abogado, tiene usted mucha imaginación. – Tendió una mano-. Señor Melrose, déme las llaves.

Melrose dejó de reírse. Apretó con fuerza las llaves en la palma de la mano.

–¿Está usted completamente segura? – le preguntó.

–Completamente.

Melrose miró profundamente a los ojos a la muchacha; luego se encogió de hombros y se apoyó en el escritorio. Finalmente le entregó las llaves.

Rebecca las cogió. Se las metió en el bolsillo.

–¿Cuándo piensa ir? – le preguntó Melrose.

–No lo sé. Supongo que pronto.

Melrose movió la cabeza arriba y abajo lentamente, ensimismado. Volvió a sentarse en el sillón. Contempló a Rebecca mientras ésta cruzaba la habitación y se dirigía a la puerta.

–¡Señorita Carville! – Rebecca se volvió-. No vaya.

Rebecca miró fijamente al abogado.

–Tengo que ir -dijo al cabo de unos instantes.

–¿Por el recuerdo de su madre? ¡Pero si es por ese recuerdo por lo que le estoy pidiendo que no vaya!

Rebecca no contestó. Apartó la mirada. Las puertas se deslizaron al abrirse.

–Gracias por el tiempo que me ha dedicado, señor Melrose -dijo dándose otra vez la vuelta-. Buenas noches.

Luego las puertas se cerraron y Rebecca se encontró a solas. Se dirigió a paso vivo hacia un ascensor. Detrás de ella las puertas del despacho permanecieron cerradas.

En el vestíbulo, un guarda de seguridad aburrido observó a Rebecca mientras ésta salía. Rebecca franqueó las puertas con rapidez y luego se fue calle abajo. Era agradable estar de nuevo en la calle. Se detuvo y respiró profundamente. El viento era fuerte y el aire frío, pero después del ambiente cerrado del despacho del abogado agradecía la noche; mientras avanzaba a

toda prisa por la calle se sentía tan liviana como una hoja en otoño barrida por la tormenta. Por delante de ella podía oír el tráfico: la calle Bond, una grieta en medio de la oscuridad, estaba llena de gente y de luces. Rebecca cruzó esa calle y luego regresó al silencio que envolvía las calles secundarias, casi vacías. Mayfair parecía desierto. Las altas e imponentes fachadas estaban virtualmente desprovistas de luces. Pasó un coche, pero aparte de eso no se veía nada, y el silencio reinante tuvo el efecto de llenar a Rebecca de un extraño y febril gozo. Tenía las llaves apretadas en la palma de la mano, como un talismán que le aceleraba el ritmo de la sangre al pasar por el corazón.

Al llegar a la calle Bolton hizo un alto. Rebecca advirtió que estaba temblando. Al parecer las extrañas palabras del abogado la habían afectado más de lo que creía. Recordó cómo le había rogado, desesperadamente, que no visitase la calle Fairfax. Miró fugazmente hacia atrás. La calle en la que se encontraba había sido en otro tiempo el lugar predilecto de los dandis, en ella se habían perdido fortunas, se habían arruinado vidas, apostando en juegos de azar, con sólo mover un labio. Lord Byron había frecuentado esa calle. Byron. De pronto la fiebre que le invadía la sangre pareció ponerse a cantar, con éxtasis y con un sobresalto de temor completamente inesperado. No parecía haber motivo para ello, al menos nada que ella pudiera expresar con palabras, y sin embargo allí, de pie en medio del ensombrecido silencio, se percató de que estaba aterrorizada. ¿Por qué? Byron, Byron. Las sílabas le latían como sangre en las orejas. Rebecca sintió un estremecimiento y comprendió con absoluta claridad que, en contra de lo que había planeado hacer en un principio, aquella noche no entraría en la capilla. Ni siquiera podría dar un paso hacia la misma, de tan paralizada y arrebatada como estaba por aquel terror que la envolvía como una densa bruma de color rojo, que le sorbía la voluntad, que la absorbía. Luchó por liberarse. Se dio la vuelta. El tráfico se movía en Picadilly. Comenzó a caminar hacia el sonido del tráfico y poco después echó a correr.

—¡Rebecca! — Se detuvo, paralizada—. ¡Rebecca!

Se giró en redondo. Unas hojas de papel, llevadas en el viento, revoloteaban al cruzar una calle vacía.

—¿Quién está ahí? — preguntó Rebecca. Nada. Ladeó la cabeza para escuchar. Ya no podía oír el tráfico. Sólo se oía el aullido del viento y el de

un letrero que golpeaba al final de la calle. Rebecca comenzó a avanzar hacia aquel lugar-. ¿Quién está ahí? – repitió en voz alta.

El viento gimió como si le respondiera; luego, de pronto, a Rebecca le pareció oír una risa, aunque muy débilmente. Siseaba, subía y bajaba con el sonido del viento. Rebecca corrió hacia aquel sonido; bajó por otra calle, tan oscura ahora que apenas podía ver lo que tenía delante. Se oyó un ruido, una lata pateada que producía un sonido metálico al resonar sobre el asfalto. Rebecca miró fugazmente hacia atrás, justo a tiempo de ver -o al menos eso le pareció- una silueta vestida de negro que pasaba fugazmente; pero cuando Rebecca dio un paso hacia la silueta, ésta ya había desaparecido, se había fundido tan completamente que la muchacha se preguntó si realmente habría visto algo. Le había parecido que había algo extraño en aquella figura, algo malo, pero que al mismo tiempo le resultaba familiar. ¿Dónde había visto antes a una persona como aquélla? Rebecca hizo un gesto negativo con la cabeza. No, no había visto nada. No era de extrañar, pensó, pues el viento era tan fuerte que las sombras le estaban jugando malas pasadas.

Notó el soplo de un aliento en el cuello. Rebecca pudo olerlo mientras se daba la vuelta: un olor punzante, químico, que le escoció dentro de la nariz; pero cuando acabó de girarse y extendió los brazos para protegerse del atacante, vio que no había nadie de quien defenderse.

–¿Quién es? – preguntó dirigiéndose a la oscuridad, enfadada y asustada-. ¿Quién está ahí?

Una risa volvió a sisear en el viento, y luego se oyó el sonido de unas pisadas que bajaban apresuradamente por un estrecho callejón. Rebecca echó a correr tras ellas, mientras los tacones de los zapatos resonaban y la sangre le aporreaba como un tambor en los oídos. Byron, Byron. ¿Por qué aquel sonido, aquel ritmo que le latía en lo más profundo de las venas? No, se dijo, es mejor no hacerle caso y concentrarse en escuchar las pisadas. Continuaban delante de ella, ahora bajaban por un callejón estrechísimo; pero de repente dejaron de oírse, parecía que se hubiesen desvanecido en el aire, de manera que Rebecca se detuvo para recobrar la orientación y el aliento. Miró a su alrededor. Al hacerlo, las nubes que había en lo alto se tornaron deshilachadas y raídas, y después se esparcieron totalmente en un racheado aullido del viento. La luz de la luna, de un color pálido de muerte, tiñó la calle. Rebecca miró hacia arriba.

Por encima de ella surgió la imponente fachada de una mansión. La grandeza del edificio parecía desproporcionada para el callejón, por lo demás muy angosto y exento de adornos, en el que se encontraba Rebecca. A la luz de la luna la piedra de la mansión tenía un tono blancuzco, como el de los cadáveres; las ventanas eran pozos de oscuridad, semejantes a cuencas de ojos vacías en una calavera; la impresión que causaba aquel conjunto era de algo muy abandonado por el tiempo, un estremecimiento del pasado conjurado por la luna. El viento empezó a ulular de nuevo. Rebecca contempló cómo la luz se desvanecía y luego se encontró perdida. La mansión, sin embargo, seguía allí, revelándose ahora como algo más que una mera ilusión producida por la luna, pero Rebecca no se sorprendió por ello; había comprendido muy bien que aquello era real. Ya había llamado antes a las puertas de aquella mansión.

Esta vez, sin embargo, no se molestó en subir los escalones y llamar a la puerta. En lugar de eso echó a andar a lo largo de la fachada de la mansión hasta pasar la verja que se elevaba sobre la acera para mantener la mansión fuera del alcance de los viandantes. Rebecca volvió a notar aquel olor ácido en el viento, en esta ocasión muy débil, pero tan amargo como la vez anterior. Echó a correr. Oía pasos detrás de ella. Se dio la vuelta para echar una fugaz mirada hacia atrás, pero tampoco había nadie, y sintió que el terror la invadía de nuevo, que descendía sobre ella como una nube venenosa que le apretaba la garganta y le ardía en la sangre. Tropezó y cayó hacia adelante. Fue a dar contra la verja. Los dedos de Rebecca se apretaron sobre una maraña de cadenas. Las levantó. En ellas había un único candado. Servía para impedir la entrada a la capilla de San Judas.

Rebecca sacó las llaves. Metió una en el candado. La llave arañó el metal oxidado, pero no giró. Detrás de ella, los pasos se detuvieron. Rebecca no se dio la vuelta para mirar. Pero en una oleada tan intensa que fue casi dulce, el terror le recorrió las venas y tuvo que sujetarse apoyándose contra la verja al tiempo que el miedo la poseía, el miedo junto con un extraño deleite. Con manos temblorosas lo intentó con una segunda llave. De nuevo ésta arañó el oxidado metal, pero esta vez sí hubo movimiento y el candado empezó a abrirse. Rebecca apretó con más fuerza; la cerradura se abrió; la cadena, en toda su longitud, cayó al suelo. Rebecca empujó la cancela. Dolorosamente, ésta se entreabrió produciendo un chirrido.

Rebecca se dio la vuelta. El olor agrio se había desvanecido; se encontraba completamente sola. Sonrió. Podía sentir aquel terror dulce en el estómago, aligerándole los muslos. Se alisó hacia atrás el pelo, que le quedó flotando al viento, y se estiró el abrigo. El viento había empujado la cancela y la había cerrado de nuevo. Rebecca la abrió; luego pasó y se dirigió a la puerta de la capilla.

Se accedía a ella a través de un tramo de escalera, agrietada y cubierta de musgo, que conducía hacia abajo. La puerta, como la cancela, estaba cerrada con llave. Rebecca buscó las llaves de nuevo. Tan suavemente como la caída de una brisa que se apaga, el terror que la invadía desapareció. Volvió a pensar en Melrose, en el miedo que el abogado sentía, en las advertencias que le había hecho para que se mantuviera alejada de la capilla de San Judas. Rebecca movió la cabeza de un lado a otro.

—No -se dijo en un susurro-, no. Vuelvo a ser yo misma.

Allí dentro estaban las memorias de lord Byron que su madre había estado buscando durante tanto tiempo y que pronto serían suyas, pronto las tendría en sus manos. ¿Qué se le había metido en la cabeza para hacerle pensar que podría esperar? Volvió a negar con la cabeza y dio vuelta a la llave.

En el interior de la capilla la oscuridad era tan negra como la brea. Rebecca se maldijo por no haber llevado consigo una linterna. Palpando la pared para guiarse, llegó hasta unos estantes. Los recorrió con los dedos. Encontró cerillas, y luego, en el estante de más abajo, una caja de velas. Cogió una de las velas y la encendió. Luego se dio la vuelta para ver el interior de la capilla.

Estaba casi vacía. Rebecca comprendió la aversión que Melrose sentía hacia aquel lugar. Había una cruz al fondo del recinto, y nada más. La cruz estaba tallada y pintada al estilo bizantino. Representaba a Caín sentenciado por el Ángel del Señor. Esperando debajo de ellos, más enérgico que los dos anteriores, se encontraba Lucifer. Rebecca observó la cruz con atención. Le impresionó la representación de Caín. El rostro era hermoso, pero estaba desfigurado por el más terrible de los sufrimientos, y no a causa de la marca que se le había grabado en la frente, sino por algún dolor más profundo, por alguna pérdida terrible. De los labios le manaba un hilillo de color rojo.

Rebecca dio media vuelta. Sus pasos resonaron al cruzar el suelo desnudo. Al otro extremo de la capilla vio una tumba, construida en el

suelo, que estaba marcada por un antiguo pilar de piedra. Rebecca se arrodilló junto a ella para ver si había alguna inscripción, pero no encontró nada que leer, sólo una tira de latón desvaído. Miró la cabecera de piedra; la vela le parpadeó en la mano y las sombras danzaron sobre unos tenues dibujos y marcas. Acercó más la vela. Se veía un turbante tallado en lo alto de la piedra y luego, más abajo, apenas legible, algo que parecían palabras. Las examinó con atención. Sorprendida, vio que la inscripción estaba en árabe. Tradujo las palabras; eran versos del Corán que lloraban a los muertos. Rebecca se puso en pie, llena de asombro, y sacudió la cabeza. ¿Una tumba musulmana en el interior de una iglesia cristiana? No era de extrañar que nunca se hubiera utilizado para el culto. Volvió a arrodillarse junto a la tumba. La apretó. Nada. Sopló una ráfaga de viento y la vela se apagó.

Al volver a encenderla vio, al resplandor de la llama de la cerilla, que había una alfombra extendida detrás de la tumba. Era hermosa; turca, supuso Rebecca; y, al igual que la cabecera de piedra, evidentemente muy antigua. La retiró, con suavidad al principio, y luego, presa de una súbita emoción producto de la excitación, con frenesí. Debajo de la alfombra se hallaba una trampilla de madera provista de un candado y bisagras. Rebecca retiró la alfombra y luego metió en el candado la tercera y última llave. Ésta giró con facilidad. Rebecca tiró del candado y luego respiró profundamente. Levantó la trampilla, que cedió lentamente. Con un arrebato de fuerza que ni siquiera era consciente de poseer, Rebecca levantó del todo la trampilla hasta que ésta cayó hacia atrás produciendo un golpe apagado que resonó sobre las losas de piedra. Miró fijamente la abertura que había descubierto. Había en ella dos escalones, y luego no se veía nada más que un enorme vacío. Rebecca cogió más velas, se las metió en el bolsillo y dio un primer paso con mucha cautela. De pronto contuvo el aliento. El miedo se había apoderado de nuevo de ella, metiéndose en cada corpúsculo de su sangre y aligerándola hasta el punto que le pareció que iba a ponerse a flotar; y aquel miedo era tan sensual y delicioso como ningún placer que ella hubiera conocido. El terror la poseyó y la llamó. Obedeciendo aquella llamada, la muchacha empezó a bajar los escalones, y la abertura que daba a la capilla pronto no fue más que una luz tenue tras ella que finalmente desapareció.

Rebecca llegó al último escalón. Allí se detuvo y levantó la vela. Al hacerlo la llama pareció saltar y expandirse para alcanzar aquel viso de

tonos anaranjados, amarillos y dorados que la mirada de Rebecca encontraba por doquier. La cripta era una verdadera maravilla: no se trataba de un mohoso lugar para los muertos, sino de la placentera cámara de algún harén oriental engalanado con muchas cosas hermosas: tapices, alfombras, plata, oro. En uno de los rincones se oía un sonido parecido al que hacen las burbujas. Rebecca se dio la vuelta para mirar y vio una fuente muy pequeña con dos divanes exquisitamente tallados a cada lado.

—¿Qué lugar será éste? — murmuró—. ¿Qué hace aquí?

Y las memorias, ¿dónde estarían? Sostuvo la vela en alto y miró por toda la habitación. Allí no se veía ningún papel. Permaneció de pie, allí plantada, sin saber bien por dónde empezar. Y entonces oyó el ruido, un ruido que parecía como si alguien estuviera escribiendo o revolviendo cosas.

Rebecca se detuvo, helada. Intentó no respirar. De pronto la sangre había empezado a producirle un murmullo ensordecedor en los oídos, pero ella contuvo el aliento esforzándose por percibir de nuevo aquel sonido. Había oído algo, de eso estaba segura. El corazón le latía con tanta fuerza que parecía llenar todo el recinto. No se oía ningún otro sonido. Finalmente se vio obligada a tomar aire, y entonces, al respirar con avidez, volvió a oírlo. Rebecca se quedó de nuevo paralizada. Encendió otra vela y sostuvo las dos muy alto por encima de la cabeza. Al fondo del recinto, en el extremo más alejado del lugar donde ella se encontraba, elevada y situada en el centro, como el altar en una iglesia, se veía una bella tumba hecha de piedra muy delicada. Detrás de la misma había una puerta de estilo árabe. Lentamente, Rebecca se acercó a la tumba, sosteniendo las velas en alto delante de ella. Aguzó el oído cuando notó que aquel sonido volvía. Se trataba de un sonido rasposo, pero muy débil. Rebecca se detuvo. No cabía la menor duda. Aquellos arañosos procedían del interior de la tumba.

Con una aturdida sensación de incredulidad, Rebecca adelantó una mano para tocar uno de los laterales. Ahora el ruido era frenético. Rebecca se quedó mirando fijamente la tapa de la tumba. Enterradas bajo el polvo, apenas consiguió distinguir unas palabras. Sopló el polvo y leyó los versos que se hallaban debajo.

Fundidos uno en brazos del otro, un corazón dentro del otro, ¿por qué no murieron entonces? Habrían vivido demasiado tiempo si llegase la hora que les ordenase respirar por separado.

Byron. Rebecca reconoció la poesía al instante. Sí, Byron. Volvió a leer los versos pronunciando las palabras en voz baja mientras el ruido de arañosos crecía y las velas empezaban a parpadear, a pesar de la densidad y pesadez del aire del interior de la cripta. De pronto, como el vómito, el horror le atenazó la garganta. Se tambaleó hacia adelante y se apoyó contra la tumba; luego empezó a empujar la lápida que la cubría, como el amputado que araña los vendajes que lo envuelven, desesperado por enfrentarse a lo peor. La losa se movió ligeramente, luego empezó a deslizarse hacia un lado. Rebecca empujó aún con más fuerza, lo que hizo que la losa acabara de deslizarse sobre la tumba. Bajó las velas. Miró fijamente al interior de la tumba.

Algo la miraba. Rebecca sintió el impulso de lanzar un grito, pero tenía la garganta demasiado seca. Aquella cosa yacía inmóvil; sólo los ojos, que lanzaban un destello amarillo desde las cuencas, tenían vida; todo el resto estaba marchito, arrugado, incalculablemente viejo. Aquella cosa empezó a agitar la nariz, tan sólo una capa de piel encima del hueso astillado. Abrió la boca con avidez. Mientras olisqueaba, aquella cosa empezó a moverse; los brazos, meras mechas retorcidas de carne muerta sobre el hueso, se esforzaron por llegar al borde de la tumba y arañaron la piedra con uñas tan afiladas que parecían garras. Con un estremecimiento, aquel ser se incorporó. Y al moverse, un halo de polvo se elevó de entre los surcos de su piel. Rebecca notó el polvo en la boca y en los ojos, una nube de piel muerta que la ahogaba, que la cegaba, que le ofuscaba el cerebro. Se dio la vuelta, protegiéndose los ojos con los brazos. Algo la tocó. La muchacha parpadeó. Era aquella cosa. Estaba intentando tocarla de nuevo, y con la cara hacía ansiosos y espasmódicos movimientos; la boca era una hendidura de fauces. Rebecca se oyó a sí misma gritar. Notó que tenía escamas de piel muerta en la parte posterior de la garganta. Se atragantó. La cripta empezó a dar vueltas, y ella cayó de rodillas en el suelo.

Rebecca miró hacia arriba. Aquel ser estaba sentado al borde de la tumba como un ave de presa. Seguía olisqueando con la nariz y tenía la boca abierta formando una gran mueca semejante a una sonrisa. Pero se agarraba con fuerza al borde de la tumba y parecía estar tiritando, como si se sintiera reacio a dar el salto hasta el suelo. Rebecca vio que aquel ser tenía unos senos, apergaminados como callos, que tremolaban contra un

pecho que había quedado ahuecado. De manera que aquella cosa había sido una mujer. ¿Y ahora? ¿Qué sería ahora?

Rebecca se dio cuenta de que el horror que sentía se iba disipando poco a poco. Volvió a mirar a la criatura, pero ahora apenas podía verla, ya que con el alivio los ojos se le habían puesto pesados. Se preguntó si tal vez estaría dormida. Intentó sentarse, pero tenía la cabeza espesa, como si hubiera tomado algún narcótico; no podía moverse, sólo consiguió ladear muy despacio la cabeza hasta que encontró una postura cómoda. Estaba tumbada en el suelo y alguien la sujetaba entre los brazos. Un suave dolor le crecía desde la garganta. La sangre, en una mancha tibia, le corría pesadamente por la piel. Un dedo le acarició un lado del cuello. El placer que aquello le proporcionó fue maravilloso. Se preguntó vagamente de quién sería aquel dedo. De la criatura no, pues podía verla aún, encaramada por encima de ella, una forma tenue y ensombrecida. Entonces Rebecca oyó una voz.

—Ésta -susurró la voz-. Me lo prometiste. ¡Ésta! Mira, mira, ¿no le ves la cara?

Rebecca se esforzaba por permanecer despierta, por escuchar con más atención, pero las palabras comenzaron a desvanecerse por toda aquella oscuridad. Una oscuridad que era satinada y tenía un tacto delicioso.

Pero Rebecca no llegó a sumirse por completo en la inconsciencia. Fue consciente de sí misma todo el tiempo, consciente de la sangre que le corría por las venas, de la vida que había dentro de su cuerpo y de su alma. Llevaba tumbada en aquel lugar de los muertos no sabía cuánto tiempo. Reconoció, cuando llegó el momento, que se estaba poniendo en pie, pero sólo recordaba que alguien la había guiado escaleras arriba y luego a través de la capilla hasta el exterior, donde el frío viento de la noche londinense le había azotado la cara. Después echó a andar y estuvo recorriendo interminables calles oscuras. Alguien iba a su lado. Rebecca empezó a tiritar. Sentía frío por dentro, pero tenía la piel caliente y la herida del cuello le quemaba como oro derretido. Se detuvo y se quedó de pie, inmóvil. Contempló cómo la figura que iba a su lado continuaba andando, una simple silueta que llevaba un largo abrigo negro. Rebecca miró en torno suyo. A su derecha fluía el Támesis, con sus aguas grías en medio de la oscuridad y el frío. La tormenta había amainado hasta quedar reducida a un susurro preternatural. Ningún ser viviente turbaba aquella calma.

Rebecca se abrazó a sí misma y sintió un estremecimiento. Vio a la figura que, delante de ella, caminaba por el paseo del Embankment. Cojeaba, observó Rebecca, y llevaba un bastón. Rebecca se tocó la herida. El dolor empezaba a remitir. Buscó de nuevo la figura con la mirada. Había desaparecido. Luego volvió a verla cruzando el puente de Waterloo. La silueta llegó a la otra orilla. Luego desapareció.

Rebecca estuvo deambulando sin rumbo por las desiertas calles de Londres. Había perdido toda noción de tiempo y espacio. En cierto momento alguien intentó detenerla; le señaló la herida que tenía en el cuello y se ofreció para ayudarla, pero Rebecca lo apartó de sí sin siquiera detenerse a mirarle a la cara. El día empezó a romper lentamente y Rebecca continuó caminando. Fue haciéndose consciente del tráfico y del débil canto de los pájaros. Trazos de luz roja empezaron a acariciar el cielo al este. Rebecca se encontró de nuevo caminando junto al Támesis. Por primera vez durante aquella noche miró el reloj. Eran las seis. Se dio cuenta con sobresalto de que se sentía mareada. Se apoyó contra una farola y se frotó el cuello, la zona por donde el dolor se extendía.

Distinguió delante de ella, junto al muro lateral del río, una gran cantidad de gente. Se dirigió hacia la multitud. Todo el mundo miraba hacia abajo, hacia las aguas del río. Había policías, según pudo ver Rebecca. Y usaban ganchos para dragar. Comenzaron a tirar de ellos y pronto izaron por el terraplén un bulto vacío y chorreante de agua. Rebecca contempló cómo lo subían por el muro y cómo luego lo dejaban caer con un golpe sordo sobre las piedras del pavimento. Un policía se inclinó y apartó unos cuantos harapos. Hizo un gesto de desagrado y cerró los ojos.

—¿Qué es? — preguntó Rebecca al hombre que tenía delante. Éste no dijo nada, se limitó a apartarse a un lado. Rebecca miró el bulto. Unos ojos muertos se encontraron con los suyos. El rostro estaba sonriente, pero completamente blanco. Aquel hombre muerto tenía una terrible abertura que le iba de lado a lado de la garganta-. No -dijo Rebecca en voz baja, para sí-. No.

Igual que el sonido que produce una piedra cuando se deja caer dentro de un pozo, Rebecca empezó a comprender lentamente lo que estaba viendo. Pero una comprensión más amplia de qué o quién habría podido hacer semejante cosa a aquel cadáver y a ella misma, parecía quedar irremediablemente fuera de su alcance. Se sentía cansada y enferma. Dio

media vuelta y se apresuró a alejarse de aquel lugar. Instintivamente se ocultó detrás del abrigo para que nadie pudiera verle la herida que también ella llevaba en el cuello. Empezó a subir por el puente que conduce a Charing Cross.

—¡Rebecca! — Era la misma voz, la que había oído a la puerta de la capilla de San Judas. Se dio la vuelta, llena de horror. Un hombre se encontraba de pie detrás de ella; tenía una sonrisa maliciosa en la cara-. ¡Rebecca! — La sonrisa del hombre se hizo más amplia-. ¡Sorpresa, sorpresa! ¿Te acuerdas de mí?

Rebecca volvió la cara hacia otro lado. El olor a ácido que había en el aliento de aquel hombre era repugnante. Él soltó una risita cuando Rebecca volvió a mirarlo. Era joven e iba bien vestido, casi como un dandi, pero tenía los cabellos muy largos y enredados en grasientos nudos, y el cuello le caía hacia un lado de un modo extraño, como si se lo hubieran retorcido. Sí, claro que se acordaba de él. La misma silueta que había visto en la calle Mayfair. Y al verlo ahora a la luz del día supo por qué le había resultado familiar ya entonces.

—El librero -susurró-. Usted me trajo las cartas. Las cartas de Thomas Moore.

—Oh, muy bien -le dijo él con respiración sibilante-, ya veo que se acuerda usted de todo. No hay nada que resulte menos halagador para un hombre que el hecho de que una chica guapa se olvide de él. — Volvió a sonreír con malicia, y de nuevo Rebecca tuvo que contener la respiración y mirar a otra parte. El hombre no pareció ofenderse por ello. Tomó a Rebecca del brazo, y cuando ésta intentó soltarse se lo apretó hasta que ella sintió que las uñas de aquel hombre se le clavaban profundamente en la carne-. ¡Venga, vamos -le dijo él en un susurro-, mueva esas encantadoras piernas!

—¿Por qué?

—Yo soy un humilde gusano, sólo me arrastro y obedezco.

—¿Obedece... qué?

—Los deseos no expresados de mi amo y señor.

—¿Señor?

—Señor. — El hombre escupió la palabra-. Oh, sí, todos amamos a un señor, ¿no? — Rebecca se quedó mirándolo fijamente. El hombre estaba mascullando algo y su rostro parecía distorsionado por el rencor y el odio.

Se encontró con la mirada de ella y enseñó los dientes en una sonrisa-. Ahora hablo como hombre entendido en medicina -dijo de pronto-. Tiene usted una herida que le cruza la garganta y que resulta de lo más intrigante. – La hizo detenerse agarrándola por el pelo y le tiró de la cabeza hacia atrás. Le olió la herida. Luego se la lamió con la lengua-. Mmm -se extasió mientras inhalaba aire-, salada y sangrienta, una espléndida mezcla. – Soltó una risita siseante y después tiró de Rebecca hacia adelante cogiéndola por el brazo otra vez-. Pero tenemos que darnos prisa. Así que ¡venga, vamos! La gente podría fijarse.

–¿Fijarse en qué? – El hombre volvió a mascullar algo para sí en voz baja; estaba babeando-. Le he preguntado: ¿fijarse en qué?

–Oh, diablos, perra estúpida, ¿es que no se da cuenta? – El hombre se había puesto a gritar de pronto. Le señaló a la multitud que dejaban atrás alrededor del cadáver-. La herida que usted tiene -le gritó al tiempo que se limpiaba la saliva de los labios- es igual a la de ese hombre. Y el hijo de puta, ese jodido hijo de puta, mató a ese otro tipo, pero a usted no, el hijo de puta a usted no la ha matado. – La cabeza empezó a moverse espasmódicamente y se le cayó de lado sobre el cuello retorcido-. Hijo de puta -masculló otra vez-, hijo de puta...

Y la voz se le fue apagando.

Rebecca se detuvo.

–¿Sabe usted quién hizo una cosa tan horrible? – le preguntó apuntando hacia atrás, hacia más allá del puente.

–Oh, sí -empezó a entonar el hombre-. Claro que sí. ¡Oh, sí, oh, sí, oh, sí!

–¿Quién?

–Usted debería saberlo -le dijo el hombre haciendo un guiño.

Sin pensarlo, Rebecca se acarició el cuello.

–¿Lord Ruthven? ¿Es a él a quien usted se refiere? ¿A lord Ruthven? – El hombre se echó a reír disimuladamente para sí; luego se detuvo; la cara se le había transformado en una espasmódica máscara de odio. Rebecca se debatió súbitamente y logró soltarse-. Déjeme en paz -dijo retrocediendo.

El hombre hizo un movimiento de negación con su retorcido cuello.

–Estoy seguro de que él querrá verla de nuevo.

–¿Quién?

–Ya lo sabe.

–No. No. Es imposible.

El hombre tendió la mano para volver a cogerla del brazo y la miró fijamente al rostro.

–Que me jodan -dijo en un susurro-. Que me jodan, pero es usted preciosa. Lo más precioso que he visto nunca. Él estará muy complacido. – El hombre sonrió de nuevo; la sonrisa resultaba lívida a causa del odio. Empezó a tirar de Rebecca hacia el otro lado del puente-. Venga, venga, basta ya de forcejeos, va a hacerse una magulladura en esa piel tan bonita.

Aturdida, Rebecca lo siguió.

–Lord Ruthven -murmuró-, ¿quién es?

El hombre lanzó una risotada.

–Me sorprende usted, siendo una chica tan ilustrada.

–¿Qué quiere decir?

–Que debería saber quién era lord Ruthven.

–Bueno, yo sé quién era un lord Ruthven...

–¿Sí? – le preguntó el hombre sonriéndole alentadoramente.

–Era el protagonista de un...

–¿Sí?

–De un relato llamado *El vampiro*. Pero... pero eso no es más que ficción...

–¿De veras? ¿Ficción? ¿Cree que es eso? – El hombre torció la boca en una sonrisa llena de terrible amargura-. ¿Y quién escribió esa ficción?

–Un hombre llamado Polidori.

–¡Oh! – El hombre volvió a sonreír e hizo los ademanes de una reverencia formal-. ¡Vaya fama, vaya fama póstuma! – Acercó mucho su rostro al de Rebecca, con el aliento más ácido que nunca-. Y este Polidori - susurró-, ¿quién era?

–El médico personal de...

–¿Sí? ¿Sí?

–De Byron. De lord Byron.

El hombre asintió moviendo lentamente la cabeza.

–De manera que sabía bien de qué hablaba, ¿no le parece? – Apretó a Rebecca por las mejillas-. Eso era lo que pensaba su madre, por lo menos.

Rebecca lo miró fijamente.

–¿Mi madre? – susurró.

El hombre le tiró del brazo de tal manera que ella estuvo a punto de caerse.

–Sí, su madre, desde luego. Su madre. Vamos -masculló-. Vamos, perra.
– De nuevo Rebecca se debatió y se soltó. Echó a correr-. ¿Adonde va? – le gritó el hombre.

Rebecca no contestó, pero podía oír la risa del hombre que la perseguía. Llegó a la calzada y miró hacia atrás. Tráfico y multitud inexpresiva, nada más. Pasó un taxi.

–¿Adonde vamos? – le preguntó el taxista. Rebecca tragó saliva. Parecía tener la mente vacía... pero luego lo vio claro.

–A Mayfair -susurró al subir al asiento de atrás-. Calle Mayfair, trece.
Se abrazó a sí misma y comenzó a tiritar cuando el taxi se puso en marcha.

Capítulo II

La superstición acerca de los vampiros está aún muy generalizada en el Levante. El término romaico es *Vardoulacha*. Recuerdo a toda una familia que estaba aterrorizada por el chillido de un niño, pues se imaginaban que debía de proceder de la visita de un ser semejante. Los griegos nunca han mencionado esa palabra sin horror.

Lord Byron, apuntes para *The Giaour*

–Desde luego resulta peligroso acercarse demasiado a un vampiro. – Era la misma hermosa voz que Rebecca había oído en la cripta. Habría afrontado cualquier peligro con tal de oírla. Ahora comprendía lo que era oír el canto de las sirenas-. Pero usted ya se da cuenta de eso, por supuesto. Y aun así ha venido. – La voz hizo una pausa-. Como yo esperaba... y temía... que hiciera. – Rebecca atravesó la habitación. Desde la velada penumbra una mano pálida se movió para indicarle un asiento-. ¿No quiere sentarse, por favor?

–Preferiría un poco de luz.

–Oh, desde luego. Se me olvidaba... que usted no ve en la oscuridad. Rebecca señaló hacia las cortinas, hacia el distante rumor de Londres.

–¿No puedo abrirlas?

–No, dejaría entrar el invierno. – Rebecca observó cómo la figura se ponía en pie y cruzaba cojeando la habitación-. El invierno inglés, que acaba en junio para volver a empezar en julio. Tiene que perdonarme, pero

no puedo soportar siquiera el vislumbrarlo. He sido durante demasiado tiempo una criatura de climas más soleados. – Se vio el resplandor de una cerilla, y entonces Rebecca reconoció la espalda del hombre al que había visto en el Embankment aquella noche. La luz, en un baño dorado, parpadeó por toda la habitación. La figura permaneció doblada mientras mantenía encendida la llama-. Espero que no le importe la lámpara -le dijo a Rebecca-. La traje conmigo cuando regresé de mi primer viaje por el extranjero. Hay ocasiones en que, sencillamente, la electricidad no resulta lo más apropiado, ¿no le parece?

El vampiro se echó a reír; luego se dio la vuelta y sostuvo la lámpara en alto, cerca de su cara. Lentamente, Rebecca se hundió en el asiento. No cabía la menor duda de a quién estaba viendo. Los oscuros rizos del cabello de aquel hombre le enmarcaban la etérea palidez del cutis; tenía las facciones tan delicadas que parecían cinceladas en hielo; ningún color, ni siquiera el más ligero asomo de rubor, aparecía en el alabastro que era aquella piel, sino que el rostro parecía iluminado por alguna llama interior. Aquél no era el hombre que había muerto en los pantanos de Missolonghi, calvo, con exceso de peso y los dientes podridos. ¿Cómo era posible que ahora estuviera allí de pie, milagrosamente restaurado hasta recuperar toda la belleza de su juventud? Rebecca se embebió de la visión que tenía ante ella. «Aquel hermoso y pálido rostro» murmuró para sus adentros. Y bello era, aunque de un modo inhumano, el rostro de un ángel expulsado de otro mundo.

–Explíqueme cómo es posible -le preguntó Rebecca por fin.

Lord Byron bajó la lámpara que sostenía y regresó cojeando a su asiento. Al hacerlo, a Rebecca le pareció oír movimiento detrás de ella, en la misma habitación. Se dio la vuelta, pero la oscuridad era impenetrable. Lord Byron sonrió. Silbó suavemente. De entre las sombras surgió silencioso un gran perro blanco que miró fijamente a Rebecca, bostezó y luego se echó a los pies de lord Byron. Éste acarició la cabeza del perro mientras apoyaba el mentón en la otra mano. Miró fijamente a Rebecca. Le brillaban los ojos y una leve sonrisa le curvaba los labios. Rebecca se alisó el cabello hacia atrás. «A mi madre -tenía ganas de gritar-, a mi madre, ¿la mató usted?» Pero temía la respuesta que posiblemente recibiera. Permaneció sentada en silencio durante un rato.

–He venido a buscar las memorias -dijo por fin.

—No hay ningunas memorias.

Rebecca frunció el entrecejo, llena de sorpresa.

—Pero a mí me han dado las cartas de Thomas Moore...

—Sí.

—¿Y qué pasó con la copia que él había hecho, y de la que le habla a usted en las cartas?

—Fue destruida.

—Pero... -Rebecca movió la cabeza de un lado al otro-. No lo comprendo. ¿Por qué?

—Por la misma razón por la que se destruyó el original. Porque contenía la verdad.

—Entonces, ¿por qué me han mostrado las cartas de Moore? ¿Por qué me han engañado para venir a la cripta?

Lord Byron levantó una ceja.

—¿Engañado?

—Sí. El librero. Supongo que trabaja para usted.

—¿Para mí? No. Contra mí, eternamente; y siempre para sí mismo.

—¿Quién es?

—Alguien a quien conviene evitar.

—¿Como a usted? ¿Y como a esa cosa, la criatura que hay ahí abajo?

El semblante de lord Byron se oscureció, pero su voz, cuando habló, estaba tan calmada como antes.

—Sí, ella es una criatura, y yo también soy una criatura, la criatura más peligrosa que usted conocerá jamás. Una criatura que ya se ha alimentado de usted esta noche.

Se lamió los dientes con la punta de la lengua; al mismo tiempo el perro se removió y emitió un débil gruñido desde el interior del pecho.

Rebecca se esforzó por no bajar los ojos ante la mirada del vampiro. De nuevo la pregunta que quería murmurar se le murió en los labios.

—Entonces, ¿por qué no me ha matado? —Murmuró al cabo de un tiempo-. ¿Por qué no me ha desangrado como desangró a ese pobre hombre del puente de Waterloo?

El rostro de lord Byron pareció convertirse en hielo. Luego, débilmente, volvió a sonreír.

—Porque usted es una Byron. —Asintió con la cabeza-. Sí, verdaderamente es una Byron. —Se puso en pie-. Porque lleva mi sangre en

las venas. La mía... y la de otra alma.

Rebecca tragó saliva.

–También mi madre -dijo por fin. Su propia voz le sonó lejana y frágil en los oídos.

–Sí.

–Ella también... en una ocasión... vino aquí en busca de las memorias.

–Lo sé.

–¿Qué le ocurrió? – Lord Byron no respondió. En sus ojos la lástima y el deseo parecían fundirse-. ¿Qué le ocurrió? ¡Dígamelo! ¿Qué le ocurrió a ella?

Lord Byron seguía sin contestar. Rebecca se pasó la lengua por los labios. Tenía ganas de repetir la pregunta en un aullido de angustia y acusación, pero tenía la boca demasiado seca y no pudo hablar. Lord Byron sonrió y la miró fijamente. Le observó detenidamente la garganta, luego se levantó y cruzó cojeando la habitación. Levantó una botella.

–Tiene sed. ¿Puedo ofrecerle vino? – Rebecca asintió. Miró fugazmente la etiqueta: Château Lafite Rothschild. El mejor, el mejor de todos. Lord Byron le ofreció una copa. Rebecca la cogió y dio un pequeño sorbo, luego se tragó todo el líquido de golpe. Nunca había probado nada que fuera siquiera la mitad de bueno que aquello. Levantó la mirada. Lord Byron la estaba mirando sin ninguna expresión en el rostro. Él bebió un sorbo de su copa. Ninguna señal de placer o de sabor se le reflejó en el rostro. Se recostó en el sillón y, a pesar de que los ojos le brillaban con tanta fuerza como antes, Rebecca advirtió que detrás de aquel destello los ojos parecían estar muertos-. Incluso ahora -dijo lord Byron-, casi preferiría que usted no hubiese venido.

Rebecca alzó los ojos hacia él, sorprendida.

–El librero me dijo...

–El librero, el librero. Olvídese del librero.

–Pero...

–Ya se lo he dicho: olvídelo.

Rebecca tragó saliva.

–Me dijo que usted había estado esperándome.

–Sí. Pero, ¿qué significa eso? La tortura que deseamos es la más cruel de todas.

–¿Y el librero sabía eso?

Lord Byron sonrió ligeramente.

—Desde luego. ¿Por qué otra cosa cree que iba a haberle enviado hasta mí?

De pronto, la lasitud de aquel hombre pareció terrible. Cerró los ojos, como para evitar ver la vida de Rebecca. El perro se removió y le lamió la mano, pero lord Byron continuó inmóvil, como una burla de aquella aparente belleza y juventud.

—¿Qué esperaba para esta noche?

—¿Qué esperaba?

—Sí. — Rebecca hizo una pequeña pausa—. Junto a la tumba, esta noche. Usted me estaba esperando. ¿Confiaba en que fuera a ocurrir algo?

Una expresión de terrible dolor cruzó el rostro de lord Byron. Guardó silencio, como si esperase que de la oscuridad fuese a llegar el murmullo de alguna respuesta. Miraba fijamente a algún punto más allá de Rebecca, a la negrura de la cual había salido el perro. Pero no se produjo ningún movimiento en aquel lugar, no había nada más que quietud. Lord Byron de pronto frunció el entrecejo y movió la cabeza de un lado a otro.

—Cualquier cosa en que yo confíe -dijo finalmente- no parece que vaya a ocurrir aún. — Se echó a reír, y de todos los sonidos que había escuchado aquella noche, Rebecca no había oído ninguno capaz de helarle la sangre de aquel modo-. Yo he existido durante más de doscientos años -continuó diciendo lord Byron con la mirada fija en Rebecca; pero de nuevo, al parecer, seguía hablándole a la oscuridad que había más atrás de ella-. Nunca me he sentido más lejos de la vida que en un tiempo poseí. Cada año, cada día, he ido forjando un eslabón de la cadena: el peso de mi inmortalidad. Y esa carga, ahora, la encuentro insoportable. — Hizo una pausa y cogió la copa de vino. Dio un sorbo, con gran delicadeza, y cerró los ojos, como si llorase por el sabor que había olvidado. Con los ojos cerrados todavía, apuró la copa y luego, despacio, sin el menor rastro de pasión, la dejó caer para que se hiciera añicos contra el suelo. El perro se removió y gruñó; en el rincón más distante varios pájaros levantaron el vuelo y aletearon en el aire. Rebecca no los había visto antes; se preguntó qué otros seres acecharían en la oscuridad detrás del sillón que ocupaba. Los pájaros volvieron a posarse; el silencio reinó de nuevo; una vez más, lord Byron abrió los ojos-. Resulta bastante singular -le dijo- la rapidez con que perdemos nuestros recuerdos, la rapidez con que se empaña su brillo. Y

sin embargo, al verla aquí ahora recuerdo cómo en otro tiempo la existencia fue lozana.

—¿Y eso es una tortura tan grande?

—Una tortura y un deleite. Y tanto mayores cuanto que están mezclados.

—Pero ahora vuelven a reavivarse las luces de su memoria, ¿no es así? —

Lord Byron inclinó la cabeza con suavidad. Los labios se le movieron como en un ligero parpadeo-. ¿Puede soportar que se extingan de nuevo? — Le preguntó Rebecca-. ¿O acaso ahora es mejor conservar la llama? — Lord Byron sonrió. Rebecca se quedó mirándolo-. Cuéntemelo -le dijo.

—¿Contárselo?

—No le queda otra opción.

El vampiro se echó a reír.

—Claro que me queda otra opción. Podría matarla. Eso quizá me permitiera olvidar durante algún tiempo.

Se hizo un silencio. Rebecca se dio cuenta de que lord Byron le estaba mirando fijamente la garganta.

—Cuéntemelo -repitió ella en voz baja-. Cuénteme cómo sucedió. Quiero saberlo. — Hizo una pausa y recordó a su madre. Permaneció sentada, inmóvil-. Merezco saberlo.

Lord Byron levantó los ojos. Lentamente, empezó a sonreír otra vez.

—Sí, lo merece -dijo-, creo que sí. — Dejó de hablar y de nuevo clavó la mirada en algún punto situado en la oscuridad, más allá de Rebecca. Esta vez a ella le pareció oír un leve sonido, y lord Byron volvió a sonreír, como si él también lo hubiera percibido-. Sí -dijo otra vez sin dejar de mirar a aquel punto-, así debería ser. Tiene razón. Escuche, pues, y compéndalo. — Hizo una pausa y cruzó las manos-. Ocurrió en Grecia -comenzó a explicarle-. Durante mi primer viaje a aquella tierra. El Este siempre había sido la isla más fértil de mi imaginación. Y aunque mis imaginaciones nunca habían evitado la verdad, tampoco se habían atrevido a acercarse ni siquiera remotamente a ella. — La sonrisa se le desvaneció del rostro al tiempo que cierta lasitud inexpresiva se apoderaba de nuevo de él-. Porque yo creo que si tuviera que caer sobre mí una condena, una fatal predestinación, ya estaría durmiendo en mi interior, dentro de mi propia sangre, ¿sabe? Mi madre me había advertido de que los Byron estábamos malditos. Ella odiaba a los Byron y los amaba al mismo tiempo por lo que mi padre había hecho. La había hechizado primero, se había casado con

ella, y luego había sangrado la fortuna que mi madre poseía: un vampiro en cierta manera, y por ello, supongo, aunque nunca lo conocí, un verdadero padre para mí. Abandonada, sin un penique, mi madre me advertía a menudo sobre la herencia que corría por mis venas. Cada lord Byron, me explicaba, había sido más malvado que su predecesor. Me habló del hombre del que yo había de heredar el título. Había matado a su vecino. Vivía en una abadía en ruinas. Torturaba cucarachas. Yo me reía de aquellas cosas, con gran enojo por parte de mi madre. Hice la promesa de que, cuando yo me convirtiera en lord Byron, dedicaría mi patrimonio a otros fines que produjeran mayores deleites.

—Y así lo hizo. — Rebecca no hizo una pregunta, sino que constató un hecho.

—Sí. — Lord Byron asintió—. Verdaderamente, me temo que me volví muy disoluto. Me encantaba la abadía, es cierto, y los escalofríos de melancolía romántica que me producía en la columna vertebral, porque, en conjunto, yo entonces estaba tan lejos de ser melancólico o misántropo que me parecía que mi miedo no era más que una excusa para correrme unas buenas juergas. Habíamos desenterrado la calavera de algún pobre monje y la utilizábamos como tazón para beber; yo presidía vestido con mi hábito de abad mientras, con la ayuda de un gran surtido de ninfas y doncellas de la aldea, vivíamos al estilo de los monjes de antaño. Pero incluso los placeres sacrílegos pueden desvanecerse. Me encontré saciado de mis libertinajes, y el aburrimiento, que es la maldición más temible de todas, empezó a ensombrecer mi corazón. Sentía deseos de viajar. Era costumbre entonces que los hombres como yo, de buena familia y desesperadamente endeudados, realizasen una gira por el continente, considerado durante mucho tiempo por los ingleses el lugar más apropiado para que los jóvenes avanzasen rápidamente en la carrera del vicio. Yo quería probar nuevos placeres, nuevas sensaciones y deleites, para todo lo cual Inglaterra se me había quedado demasiado estrecha, demasiado apretada, y yo sabía que todas esas cosas resultaban fáciles de procurarse en el extranjero. Estaba decidido: me marcharía. Y sentí poco pesar al dejar Inglaterra, al ver alejarse sus blancos acantilados.

»Inicié el viaje con mi amigo Hobhouse. Juntos atravesamos Portugal y España, y luego continuamos hacia Malta, y después hasta Grecia. Al acercarnos a la costa griega, una franja púrpura que brillaba más allá del

azul del mar, experimenté un raro presentimiento de anhelo y temor. Incluso Hobhouse, que estaba mareado por el viaje en barco, dejó de vomitar y miró hacia arriba. Sin embargo el brillo se desvaneció en seguida, y ya estaba lloviendo cuando mis pies tocaron tierra de Grecia. Preveza, el puerto en el que desembarcamos, no era más que un lugar miserable. El pueblo en sí era feo y triste, y en cuanto a sus habitantes, los griegos nos parecieron serviles y sus amos turcos unos verdaderos salvajes. Pero incluso bajo aquella llovizna mi emoción y mi excitación no llegaron a apagarse por completo, porque comprendí, al recorrer aquellas calles tétricas y pasar bajo los minaretes y las torres, que habíamos dejado muy atrás nuestras vidas de antes y nos hallábamos al borde de un mundo extraño y desconocido.

Habíamos abandonado Occidente para cruzar hasta Oriente.

»Después de pasar dos días en Preveza nos sentimos contentos de marcharnos de allí. Teníamos intención de visitar a Alí, el pacha de Albania, cuya osadía y crueldad le habían proporcionado el poder sobre las tribus más sin ley de toda Europa, y cuya fama de salvaje era respetada hasta por el más sanguinario de los turcos. Pocos ingleses habían penetrado alguna vez en Albania; pero para nosotros el aliciente de una tierra tan peligrosa y poética era mucho mayor precisamente por esa misma causa. Yanina, la capital de Alí, quedaba lejos, al norte, y la carretera que conducía hasta ella era montañosa y agreste. Nos advirtieron, antes de partir, de que tuviéramos mucho cuidado con los *klephti*, los bandidos griegos de las montañas, de modo que llevamos, junto con nuestro criado y nuestro guía, una guardia formada por seis albanos, todos ellos armados con pistolas, escopetas y espadas. Cuando por fin emprendimos el viaje, lo hicimos, como puede usted imaginar, en un estado mental de lo más romántico.

»Pronto dejamos atrás todo signo de población. Esto, como pronto habríamos de descubrir, no era cosa rara en Grecia, donde un hombre podía viajar con frecuencia durante tres y a veces cuatro días sin hallar una aldea donde poder alimentarse él y su caballo, tan miserable era el estado al que se habían visto reducidos los griegos. Pero todo aquello que nos faltaba en relaciones con seres humanos se veía compensado por la grandiosidad del paisaje y por la belleza de nuestra ruta, que pronto se hizo tortuosa, elevada y montañosa. Incluso Hobhouse, por lo general tan susceptible de conmoverse por esas cosas como pueda serlo un barril de tabaco, en algunas ocasiones tiraba de las riendas de su caballo para admirar las cimas de Suli

y Tomaros, medio cubiertas por la bruma y envueltas en nieve y tiras de luz púrpura, que las águilas cruzaban en lo alto y desde cuyos lejanos y escarpados riscos nos llegaba a veces el aullido de los lobos.

»Fue una tarde, cuando empezaba a oscurecer a medida que se iba formando una tormenta, la primera vez que le dije a Hobhouse que temía que nos hubiéramos perdido. Él asintió y miró a su alrededor. La carretera se había ido estrechando hasta que las rocas que se elevaban por encima de nosotros se convirtieron en precipicios; hacía casi tres horas que no nos habíamos cruzado con ningún otro viajero. Hobhouse espoleó el caballo y se adelantó hasta el guía. Le oí preguntarle dónde íbamos a refugiarnos para pasar la noche. El guía nos aseguró que no teníamos nada que temer. Yo le indiqué las nubes tormentosas que se acumulaban por encima de las cumbres y le grité que no se trataba de temor, sino que era el mero deseo de evitar calarnos hasta los huesos lo que nos hacía estar deseosos de llegar a algún lugar donde pudiéramos refugiarnos. El guía se encogió de hombros y volvió a decir entre dientes que no había nada que temer. Esto, naturalmente, nos convenció de inmediato para enviar por delante a tres de los albanos, mientras los otros se quedaron rezagados para cubrirnos la retaguardia. Fletcher, el criado, empezó a recitar sus oraciones.

»Fue en el momento en que empezaron a caer gruesas gotas de lluvia cuando oímos el estampido de un disparo. Hobhouse le soltó una violenta palabrota al guía, y le preguntó qué demonios podía ser aquello. El guía tartamudeó alguna tontería y luego se echó a temblar. Hobhouse dijo otra palabrota y sacó la pistola. Juntos, él y yo espoleamos los caballos y galopamos desfiladero adelante. Al doblar un escarpado montículo de rocas vimos a nuestros tres albanos, con el rostro blanco como la cal, que se gritaban entre ellos mientras luchaban por contener a sus briosos corceles. Uno de los albanos todavía empuñaba la pistola; era él, evidentemente, quien había hecho el disparo.

»- ¿Qué ocurre? – le pregunté yo-. ¿Nos están atacando?

»El albano no respondió, pero señaló con el dedo hacia un punto concreto, y sus dos compañeros se quedaron callados. Hobhouse y yo nos dimos la vuelta para mirar hacia el lugar al que el soldado había señalado. A la sombra del precipicio se encontraba una tumba de tierra. En ella, con un martillo, había clavada una tosca estaca; de la madera de la misma pendía

una cabeza ensangrentada. Tenía las facciones extraordinariamente pálidas, pero al mismo tiempo muy lozanas.

»Hobhouse y yo desmontamos.

»-Extraordinario -dijo Hobhouse mirando fijamente aquella cabeza como si se tratase de alguna interesante antigüedad-. Alguna superstición campesina. ¿Qué significará?

»Me estremecí y me arrojé con la capa. Ya había anochecido y la lluvia empezaba a descargar con fuerza. Hobhouse, cuya creencia en los espíritus empezaba y terminaba en el ponche de brandy, continuaba mirando aquella detestable cabeza. Le sujeté por un hombro y tiré de él.

»-Vamonos -le dije-. Debemos abandonar este lugar.

»Detrás de nosotros, los albanos habían estado hablando a gritos con el guía.

»-Os ha engañado -nos dijeron-. Éste no es el camino. ¡Éste es el camino de Aheron!

»Eché una furtiva mirada a Hobhouse. Éste levantó una ceja. Los dos reconocíamos aquel nombre. El Aheron, el río que, según creían los antiguos, conducía a los condenados hasta el infierno. Si realmente el río se extendía delante de nosotros, desde luego nos habíamos desviado un largo trecho de la carretera de Yanina.

»- ¿Es eso cierto? – le pregunté al guía.

»-No, no -gimió éste.

»Me volví hacia el albano.

»- ¿Cómo sabéis que estamos cerca de Aheron?

»El hizo un gesto señalando hacia la estaca y luego pronunció una sola palabra que yo no comprendí:

»-*Vardoulacha*.

Lord Byron hizo una pausa. Repitió la palabra muy despacio, separando las sílabas.

–*Vardoulacha*.

Rebecca enarcó las cejas.

–¿Qué significa? – le preguntó.

Lord Byron sonrió.

–Como puede imaginar, yo le hice la misma pregunta al guía. Pero éste estaba demasiado enloquecido por el miedo como para decir algo que

tuviera sentido. No hacía más que repetir la misma palabra una y otra vez: «*Vardoulacha, vardoulacha, vardoulacha.*» De pronto me dijo a gritos:

»- ¡Señor, tenemos que dar la vuelta, tenemos que volver hacia atrás!

«Dirigió una desencajada mirada en sus compañeros y acto seguido se puso a galopar por la carretera y regresó por donde habíamos venido.

»- ¿Qué demonios les pasa? – Preguntó Hobhouse al ver que los otros dos albanos seguían al primero y luego desaparecían tras el promontorio de roca-. Yo creía que los mendigos tenían que ser valientes.

»Se oyó un trueno lejano y luego, por encima de la dentada silueta del monte Suli, vimos la primera fisura abierta por la puñalada de un relámpago. Fletcher se echó a llorar.

»-Maldita sea -mascullé yo-. Si queríamos hacer turismo, sabía que teníamos que haber ido a Roma. – Hice dar la vuelta a mi caballo-. Tú -dije señalando al guía-, no te muevas de aquí.

»Hobhouse ya estaba cabalgando, en medio de grandes dificultades, sendero arriba, iniciando así el camino de vuelta. Le seguí y luego me puse a galopar delante de él. Durante casi diez minutos estuvimos cabalgando bajo la lluvia. La oscuridad era ya prácticamente impenetrable.

»-Byron -gritó Hobhouse-, esos tres...

»Me volví hacia él.

»- ¿Qué tres? – le pregunté.

»-Los tres guardas... ¿Adonde han ido? ¿Tú qué crees? ¿Puedes divisarlos? – Me esforcé por escudriñar entre la lluvia, pero apenas podía ver más allá de las orejas del caballo-. Es algo abominable -masculló Hobhouse. Se limpió la nariz-. Pero... también algo que contarles a los amigos cuando volvamos a casa, supongo. – Hizo una pausa y me miró durante unos instantes-. Si es que logramos volver a casa para contarlo, quiero decir.

»En aquel momento mi caballo dio un traspié y luego se encabritó y relinchó lleno de miedo. Un relámpago iluminó el camino delante de nosotros. Señalé hacia un punto.

»-Mira -le dije a Hobhouse.

»Nos acercamos despacio al trote hasta donde yacían los tres cadáveres. Les habían seccionado la garganta. No tenían ninguna otra marca. Tendí la mano hacia el precipicio y cogí un puñado de tierra. Me incliné sobre la

silla y esparcí la tierra sobre los cadáveres, y luego me quedé contemplando cómo la lluvia se encargaba de arrastrar la tierra.

«Levemente, entre el ruido apagado de la lluvia, oímos un grito agudo. Fue subiendo de tono hasta hacerse más agudo y luego se desvaneció mezclado con la lluvia. Apretamos el paso de nuestros caballos y seguimos adelante. Estuve a punto de pisotear un cuarto cadáver, y luego, un poco más adelante, hallamos a los dos últimos miembros de nuestra guardia de seguridad. Al igual que a sus compañeros, a éstos también les habían cortado la garganta. Desmonté y me arrodillé junto a uno de ellos para tocar la herida. Una sangre espesa de color púrpura se deslizó por entre mis dedos. Miré a Hobhouse.

»-Deben de estar por ahí fuera, en alguna parte -me indicó éste al tiempo que con la mano describía un amplio arco en el aire-. Menudo arañazo.

«Ambos permanecemos de pie, escuchando. No oímos nada, excepto el sonido del agua al golpear las rocas.

»-Sí -dije yo.

«Cabalgamos de regreso hasta el lugar donde habíamos dejado a Fletcher y al guía. Éste se había esfumado, naturalmente; Fletcher estaba ofreciéndole sobornos a su dios. Hobhouse y yo, ya completamente convencidos de la hostilidad del Todopoderoso hacia nosotros, nos mostramos de acuerdo en que no nos quedaba otra opción que seguir cabalgando hacia adelante en medio de la tormenta y confiar en hallar un refugio antes de que algún cuchillo nos encontrase a nosotros. Nos encaminamos hacia Aheron mientras airadas nubes vertían sobre nosotros la venganza de los cielos y los relámpagos doraban los torrentes y la lluvia. En cierto momento creímos divisar la cabaña de un pastor en medio de la oscuridad, pero cuando nos adelantamos a medio galope vimos que se trataba solamente de una tumba turca con la palabra griega *eleutheria*, que significa libertad, esculpida a todo lo ancho de su superficie.

»-Quizá sea una suerte que aún conservemos el prepucio -le grité a Hobhouse.

»-Quizá -convino éste a modo de respuesta-. Pero ahora me parece que los habitantes de esta tierra infernal son todos unos salvajes. Ojala estuviéramos en Inglaterra.

Lord Byron hizo un alto en el relato y sonrió al evocar aquel recuerdo.

—Desde luego, Hobhouse nunca fue un buen viajero.

—¿Y usted sí lo era? — le preguntó Rebecca.

—Sí. Yo nunca salí en busca de tierras extrañas para luego quejarme de que no fueran como Regent's Park.

—Pero aquella noche...

—No. — Lord Byron hizo un gesto de negación con la cabeza-. Puede que resulte extraño, pero la agitación, del tipo que sea, siempre ha dado nuevos impulsos a mi ánimo y me ha fortalecido. A lo que yo temía era a la monotonía. Pero allá, en lo alto de las montañas, escudriñando a través de la tormenta para tratar de divisar la daga de algún bandido... sí... la excitación que aquello me produjo tardó mucho tiempo en desvanecerse.

—Pero, ¿acabó por desvanecerse?

—Sí. — Lord Byron arrugó la frente-. Sí, finalmente así fue. El miedo permaneció, pero ya no se trataba de agitación, sino que se había convertido en una nueva clase de monotonía, y a Hobhouse le afectó exactamente del mismo modo. Cuanto más cabalgábamos, más física se volvía la sensación, como si fuera algo semejante a la lluvia a través de la cual nos veíamos obligados a avanzar. La emanación de algo, fuera lo que fuese, se encontraba delante de nosotros y nos iba agotando el ánimo poco a poco. Fletcher empezó de nuevo a murmurar sus oraciones.

»Entonces Hobhouse dio un brusco tirón de las riendas de su caballo y se detuvo.

»-Hay algo ahí arriba, ¿lo ves? — me preguntó al tiempo que señalaba hacia la llovizna de la tormenta, que iba amainando. Miré hacia donde me indicaba. Pude distinguir unas figuras, pero nada más-. ¿Adonde vas? — me gritó Hobhouse cuando vio que yo espoleaba mi caballo camino adelante.

»- ¿Qué otra cosa podemos hacer? — le respondí yo a voz en grito. Cabalgué a medio galope entre la lluvia-. ¡Eh! — grité-. ¿Hay alguien ahí? ¡Necesitamos ayuda! ¡Hola! — No obtuve respuesta, sólo se oía la llovizna al rebotar sobre las rocas. Miré a mí alrededor. Las figuras, fueran lo que fuesen, habían desaparecido-. ¡Hola! — volví a llamar-. ¡Por favor, hola!

»Tiré de las riendas del caballo. Ahora oía, delante de mí y muy débilmente, cierto retumbar, pero nada más. Me derrumbé en la silla y sentí que un miedo, semejante a la parálisis, me entumecía las extremidades.

»De pronto alguien tomó las riendas de mi caballo. Miré hacia abajo, sobresaltado, y busqué mi pistola, pero antes de que pudiera amartillarla el

hombre que se encontraba junto a uno de mis estribos había levantado ambas manos y estaba pronunciando unas palabras de bienvenida en griego. Le respondí, luego me eché hacia atrás en la silla y me puse a reír aliviado. El hombre me observaba con paciencia. Era viejo, tenía unos mostachos plateados y la espalda erguida, y se llamaba, según me dijo, Gorgiou. Hobhouse se reunió con nosotros; expliqué al anciano quiénes éramos y lo que nos había sucedido. No pareció sorprenderse con la noticia, y, cuando hube terminado de hablar, al principio se quedó callado, sin decir nada en absoluto. En cambio lanzó un silbido, y entonces otras dos figuras salieron de detrás de las rocas. Gorgiou los presentó como Petro y Nikos, sus hijos. Petro me cayó bien en seguida; era un hombre corpulento y curtido, con brazos fuertes y rostro franco. Nikos era, evidentemente, mucho más joven, y parecía delicado y frágil al lado de su hermano. Llevaba una capa sobre la cabeza, de manera que nos resultaba imposible verle la cara.

«Gorgiou nos dijo que sus hijos y él eran pastores; nosotros le preguntamos si tenían un refugio por allí cerca. Dijo que no con la cabeza. Luego le preguntamos si Aheron quedaba lejos. No contestó, pero pareció sobresaltarse, y entonces se llevó a Petro aparte. Empezaron a hablar con impaciencia, en susurros. Varias veces oímos la palabra que nuestro guardaespaldas había pronunciado, *vardoulacha*, *vardoulacha*. Por fin Gorgiou se volvió hacia nosotros. Nos explicó que Aheron era muy peligroso; ellos iban hacia allí porque Nikos estaba enfermo, pero nosotros, si podíamos, haríamos mejor en irnos a otra parte. Le preguntamos si había alguna otra aldea cerca. Gorgiou negó con la cabeza. Entonces le preguntamos por qué era tan peligroso Aheron. Gorgiou se encogió de hombros. ¿Había bandidos, le preguntamos, atracadores? No, no había bandidos. Entonces, ¿qué peligro había? Sólo peligro, nos dijo Gorgiou volviendo a encogerse de hombros.

»Detrás de nosotros, Fletcher estornudó.

»-No me importa lo peligroso que sea -masculló-, con tal de que haya un techo sobre nuestras cabezas.

»-Tu ayuda de cámara es un filósofo -me dijo Hobhouse-. Estoy completamente de acuerdo con él.

»Le dijimos a Gorgiou que lo acompañaríamos. El viejo, al ver que estábamos decididos, no contestó. Empezó a abrir la marcha camino adelante, pero Petro, en lugar de caminar a su lado, le dio la mano a Nikos.

Me preguntó si yo sería tan amable de llevar al muchacho en mi caballo. Yo le dije que me alegraría hacerlo, pero Nikos, cuando su hermano intentó levantarlo para subirlo al caballo, retrocedió atemorizado.

»-Estás enfermo -le indicó Petro como si tuviera que recordárselo.

»Y Nikos, de mala gana, permitió que lo subiera encima del caballo. Yo capté el brillo de unos ojos oscuros y afeminados debajo de la sombra de la capucha. Me rodeó con los brazos; noté aquel cuerpo, delgado y suave, contra el mío.

»El sendero comenzó a descender. Al hacerlo, el estruendo que yo había oído antes se hizo más poderoso, y Gorgiou me dio un toque de atención en el brazo.

»-Aheron -dijo señalando hacia un puente que aparecía delante de nosotros.

»Bajé suavemente hacia aquel lugar, a medio galope. El puente era de piedra y a todas luces tenía varios siglos de antigüedad. Justo debajo del tramo que atravesaba el río, las aguas hervían y siseaban al derramarse desde un precipicio gastado por las olas y caer al río situado mucho más abajo, para luego deslizarse oscuras y silenciosas entre dos acantilados yermos. La tormenta había amainado casi por completo y un pálido crepúsculo teñía el cielo, pero ninguna luz se reflejaba en el Aheron a su paso por el barranco. Todo estaba oscuro; profundo y oscuro.

»-Se dice que antes, en la antigüedad -dijo Gorgiou, de pie a mi lado-, un barquero transportaba a los muertos desde aquí hasta el Infierno.»Yo lo miré bruscamente.»- ¿Cómo? ¿Desde este lugar?»Gorgiou señaló hacia el barranco.»-Por ahí. – Me miró-. Pero ahora, naturalmente, tenemos la Santa Iglesia, que nos protege de los malos espíritus.

»Dio media vuelta apresuradamente y continuó caminando. Eché otra mirada a las muertas aguas del río Aheron y luego fui tras Gorgiou.

»El terreno se iba haciendo llano. Las rocas empezaban a dejar paso a una hierba áspera, y al mirar hacia adelante pude ver unas tenues luces.

»- ¿La aldea? – le pregunté a Gorgiou.»Éste asintió. Pero no resultó ser una aldea nuestro destino, ni siquiera un caserío, sino un humilde grupo de chozas dispersas y una minúscula posada. Detrás de la posada vi que había un cruce de caminos.

»-Yanina -me dijo Petro mientras señalaba hacia una de las carreteras.

»No había ningún letrero junto al cruce, pero pude ver un bosque de estacas muy parecidas a la que nuestros guardaespaldas habían encontrado junto a la carretera de la montaña. Pasé al trote junto a la cabaña para mirarlas, pero Nikos, al ver las estacas, me agarró los brazos.»-No -me susurró ferozmente-, no, vuelva atrás.»Tenía una voz encantadora, musical y tan suave como la de una muchacha, y tuvo sobre mí el efecto de un hechizo. Pero antes de que hiciera dar la vuelta a mi caballo me alivió ver que las estacas carecían de adornos.

»Una vez dentro de la posada vimos que nuestras habitaciones eran miserables, pero después de lo que habíamos pasado en la ladera de la montaña y el fúnebre espectáculo del Aheron, las agradecí como si fueran el paraíso. Hobhouse gruñó un poco, como hacía siempre, y se quejó de que las camas eran duras y las sábanas bastas, pero admitió, aunque de mala gana, que aquello era mejor que una tumba, y se atiborró bien cuando llegó la cena. Después fuimos a buscar a Gorgiou. Estaba sentado junto al fuego, afilando el cuchillo. Era una hoja larga, y de pronto me vino a la memoria la imagen, muertos en el barro, de los soldados que nos habían acompañado. Sin embargo me caía bien Gorgiou, y también Petro, porque eran tan serios y rectos como las mismas montañas. Pero ambos hombres parecían nerviosos; permanecieron junto al fuego con sus cuchillos al lado, y aunque entre nosotros todo parecía ir bien, ellos no hacían más que desviar los ojos hacia las ventanas. Les pregunté qué era lo que buscaban; Gorgiou no respondió; Petro se echó a reír y masculló algo acerca de los turcos. Yo no lo creí, no parecía un hombre que tuviera miedo de otros hombres. Pero, ¿a qué otra cosa, si no era a los turcos, había que temer?

»Fuera, en el corral, un perro empezó a aullar. El posadero se apresuró a ir a la puerta y abrió los cerrojos. Luego miró atentamente hacia el exterior. Podíamos oír el sonido de unos cascos que se aproximaban sobre el barro. Me separé de Gorgiou y corrí hacia la puerta. Vi cómo el posadero salía a toda prisa hacia la carretera. Tenués jirones de lluvia, teñidos de un color verde acuoso a causa del crepúsculo, se habían elevado de la tierra y lo oscurecían todo excepto la silueta que formaban las cimas de las montañas, de tal modo que también hubiera podido estar contemplando las muertas aguas del Infierno; no habría sido ninguna sorpresa ver al barquero, el viejo Caronte, dirigiendo su barca de espectros en medio de la caída de la noche.

»-Deben tener mucho cuidado aquí -dijo una voz femenina a mi lado. Me volví. No era ninguna muchacha, era Nikos.

Lord Byron se interrumpió. De nuevo miró hacia algún punto situado en la oscuridad, más allá de Rebecca. Bajó la cabeza y luego, cuando volvió a levantarla, miró profundamente a los ojos de la muchacha.

-¿Qué ocurre? - le preguntó ésta, desconcertada por aquella sonrisa. Lord Byron hizo un gesto con la cabeza-. Por favor, dígamelo.

Lord Byron mostraba una sonrisa torcida y extraña.

-Estaba pensando, como hacen los poetas, en cómo la belleza ha de perecer.

Rebecca lo miró fijamente.

-Sin embargo no ha ocurrido así con la de usted.

-No. - Se le apagó la sonrisa-. Pero Nikos era mucho más hermoso que yo. Al mirarla a usted ahora lo he recordado, tal como estaba de pie a mi lado en aquella posada, con súbita y absoluta claridad. Llevaba la capucha echada hacia atrás, no lo suficiente como para que se le viera el cabello, pero sí para revelar la belleza de su rostro. Los ojos, según pude ver, eran oscuros como la muerte, y las pestañas tenían el mismo color. Bajó la mirada y yo miré hacia el interior de la sedosa sombra de sus pestañas, hasta que Nikos se ruborizó y volvió la vista hacia otra parte. Pero permaneció a mi lado, y cuando yo salí y me adentré en la niebla, él me siguió. Noté que quería cogerme del brazo.

»Habían llegado dos viajeros. Uno era una mujer, el otro un sacerdote. Ambos iban vestidos de negro. La mujer pasó junto a nosotros, acompañada del posadero, hasta el interior de la posada; tenía el rostro muy pálido y se le notaba que había estado llorando. El sacerdote se quedó fuera, y cuando el posadero volvió a salir a la carretera, le gritó unas órdenes y se dirigió al cruce de caminos. El posadero le siguió, pero antes de llegar junto al sacerdote desató una cabra que se encontraba a un lado de la posada y la llevó consigo carretera adelante, camino del bosque de estacas.

»- ¿Qué están haciendo? - pregunté.

»-Van a intentar poner un señuelo para los *vardoulacha* con el olor de la sangre fresca -me respondió Nikos.

»-*Vardoulacha*... oigo esa palabra continuamente, *vardoulacha*. ¿Qué es? - le pregunté.

»-Es un espíritu muerto que no quiere morir. – Nikos me miró, y por primera vez desde que le hiciera enrojecer nuestros ojos se encontraron-. El *vardoulacha* bebe sangre. Es una cosa muy mala. Debe tener cuidado con él, porque prefiere beber la sangre de un hombre vivo.

»Hobhouse había venido a reunirse con nosotros.

»-Ven a ver esto, Hobby -le dije-. A lo mejor te proporciona ideas para escribir en tu diario.

«Bajamos los tres juntos por la carretera. El sacerdote, según vi, estaba de pie al lado de una zanja; el posadero sostenía la cabra en el aire por encima de la misma. El animal balaba, presa del miedo; el posadero, con un súbito movimiento del brazo, silenció los gritos de la cabra, cuya sangre empezó a manar y a caer en la zanja.

»-Es fascinante -me comentó Hobhouse-, absolutamente fascinante. – Se volvió hacia mí-. Byron... *La Odisea*... ¿te acuerdas...? En *La Odisea* Ulises hace exactamente lo mismo cuando quiere convocar a los muertos. Los fantasmas del otro mundo sólo pueden alimentarse de sangre.

»Yo recordaba aquel pasaje. Siempre me había producido escalofríos la idea del héroe esperando a que acudieran los fantasmas desde el Hades. Escudriñé a través de las brumas para mirar la carretera que conducía a Aheron.

»-Sí. Y supongo que él habría venido a este mismo lugar, al río de los muertos, para convocarlos. – Imaginé a los espíritus, a los muertos envueltos en sudarios, chillando y farfullando sin parar mientras se acercaban en bandadas por la carretera-. ¿Y por qué quieren convocar al *vardoulacha*, si es tan peligroso? – le pregunté a Nikos.

»-Fue el marido de la mujer. El sacerdote ha venido para destruirlo.

»- ¿De la mujer que está en la posada? – Preguntó Hobhouse-. ¿De la mujer que acaba de llegar?

»Nikos asintió.

»-Es de una aldea situada muy cerca de la nuestra. Su marido lleva meses enterrado, pero se le sigue viendo, caminando como lo hacía cuando estaba vivo, y los aldeanos tienen miedo. – Hobhouse se echó a reír, pero Nikos hizo un gesto afirmativo con la cabeza-. No cabe la menor duda -dijo.

»- ¿Por qué? – le preguntó Hobhouse.

»-Cuando estaba vivo tenía una pierna enferma, y ahora, cuando lo ven, cojea igual que lo hacía en vida.

»-Ah, bien, eso es una prueba -dijo Hobhouse-. Será mejor que lo maten en seguida.

»Nikos asintió.

»-Lo harán.

»-Pero, ¿por qué han venido aquí, precisamente a este lugar? – le pregunté yo.

»Nikos me miró, sorprendido.

»-Porque esto es Aheron -repuso simplemente. Señaló hacia la carretera por la que habíamos llegado aquella tarde-. Éste es el camino por el que los muertos vienen del Infierno.

»Miramos fijamente hacia la zanja. El cuerpo de la cabra casi se había desangrado, y la sangre se extendía, negra y viscosa, empapando la tierra. Junto a la zanja, según vi, se había dispuesto en el suelo una larga estaca. El sacerdote se volvió hacia nosotros y nos indicó que regresáramos al interior de la posada. No hacía falta que nos animaran a ello. Gorgiou y Petro parecieron aliviados cuando nos reunimos con ellos junto al fuego. Petro se puso en pie y abrazó a Nikos; le habló en un susurro impaciente; daba la impresión de estar reprendiéndolo. Nikos estuvo escuchando, impasible, y luego se soltó de su hermano y se dirigió hacia mí.

»-No se burle usted de nosotros por lo que acabo de contarle, milord -me dijo en voz baja-. Y esta noche atranque bien las ventanas de su habitación. – Le prometí que así lo haría. Nikos hizo una pausa; luego se puso a rebuscar en la parte interior de la capa y sacó un pequeño crucifijo-. Por favor -me dijo-, hágalo por mí; guarde esto a su lado.

»Cogí la cruz. Parecía de oro y estaba bellamente decorada con piedras preciosas.

»- ¿De dónde has sacado esto? – le pregunté sorprendido; su valor parecía exceder con mucho cualquier cosa que pudiera poseer un muchacho pastor.

»Nikos me rozó la mano.

»-Guárdela, milord -susurró-. Porque, ¿quién sabe qué cosas puede haber ahí afuera esta noche?

»Luego dio media vuelta y se alejó, como una muchacha a quien de pronto le da vergüenza que su amante la esté admirando.

«Cuando me retiré a dormir hice lo que Nikos me había aconsejado y cerré las ventanas. Hobhouse me estuvo tomando el pelo por ello, pero,

como le hice notar, él no volvió a abrirlas. Ambos nos dormimos inmediatamente. Incluso Hobhouse, que solía estar tumbado despierto en la cama esperando para poder quejarse de las picaduras de las pulgas. Yo había colocado el crucifijo colgado de la pared por encima de nuestras cabezas con la esperanza de que nos proporcionase una noche sin sueños, pero el aire estaba cargado y sucio y dormí muy mal. Me desperté varias veces y me fijé en que Hobhouse estaba sudando y revolviéndose sobre las sábanas. Soñé que alguien arañaba la pared por fuera. Imaginé que despertaba y veía un rostro sin sangre y con una expresión de necia ferocidad que me miraba fijamente. Volví a quedarme dormido y soñé otra vez, en esta ocasión que aquel ser arañaba los barrotes produciendo un sonido espantoso con las uñas, que eran como garras. Pero cuando me desperté no había nada, y casi sonreí al pensar en el poderoso efecto que había causado en mí el relato de Nikos. Por tercera vez me dormí, y por tercera vez soñé, y esta vez soñé que las uñas del monstruo cortaban los barrotes y el hedor a carroña que emanaba su aliento parecía transportar una pestilencia inmunda hasta el interior de nuestra habitación, de manera que empecé a temer de repente que, a menos que abriera los ojos, no volvería a despertar nunca. Me senté en la cama, lleno de un violento sudor. De nuevo no había nada en la ventana, pero esta vez me acerqué a ella y descubrí, horrorizado, unas muescas en los barrotes. Me agarré a ellos hasta que los nudillos se me pusieron blancos y apoyé la frente en el barrote central. Noté el frío del metal contra mi piel enfebrecida. Miré hacia el exterior, casi invisible en medio de la noche. La bruma era densa, y resultaba difícil ver más allá de la carretera. Todo parecía estar en calma. De pronto me pareció ver algún movimiento: un hombre, o por lo menos algo que parecía un hombre, que corría a un paso muy rápido, pero también con algo parecido a un tambaleo, como si de algún modo se hubiera lastimado una pierna. Parpadeé y la criatura desapareció. Atisbé desesperadamente entre las brumas, pero de nuevo todo era quietud, incluso había más quietud, si cabe -pensé con una media sonrisa siniestra-, que en la propia muerte.

»Alcancé las pistolas con las que siempre dormía, que estaban debajo de la almohada, y me eché encima la capa de viaje. Me puse a caminar con sigilo y atravesé la posada. Vi con alivio que las puertas seguían atrancadas; las abrí y me deslicé fuera con cautela. A lo lejos aullaba un perro; por lo demás todo estaba silencioso e inmóvil. Caminé un corto trecho por la

carretera hasta llegar al grupo de estacas. El cruce de caminos estaba cubierto por la bruma, pero allí todo parecía tan quieto como en la posada, de manera que regresé pensativo, como puede usted imaginar. Cuando llegué a la posada atranqué las puertas y, tan silenciosamente como me fue posible, me desplacé hasta mi habitación.

»Cuando llegué a ella me encontré con que la puerta estaba abierta. Yo la había dejado cerrada, estaba seguro de ello. Lo más calladamente que pude me aproximé y entré en la habitación. Hobhouse seguía tal como lo había dejado, sudando encima de las mugrientas sábanas, pero inclinado sobre él, con la cabeza casi tocándole el pecho desnudo, había una figura arropada con una fea capa negra. La apunté con mi pistola; al amartillar el arma aquella criatura se asustó, pero antes de que pudiera darse la vuelta tenía sobre la espalda el cañón de la pistola.

»-Fuera -le dije lentamente, en un susurro; la criatura se irguió. La empujé con el arma y la obligué a salir al pasillo. Tiré de ella para darle la vuelta y le aparté bruscamente del rostro la capa. Clavé en ella la mirada y luego me eché a reír. Recordé lo que se me había dicho aquella misma noche. Repetí las palabras-. ¿Quién sabe qué cosas puede haber ahí fuera esta noche? – Nikos me sonrió. Le hice un gesto con la pistola indicándole que se sentara. De mala gana, se dejó caer al suelo. Permanecí de pie, mirándole desde arriba-. Si querías robarle a Hobhouse, y supongo que eso era lo que estabas haciendo en nuestra habitación, ¿por qué has tenido que esperar hasta ahora para hacerlo? – Nikos frunció el entrecejo, sin acabar de comprender-. Tu padre -le expliqué- y tu hermano. ¿Fueron ellos los *klephti* que mataron a nuestros guardas ayer? – Nikos no contestó. Le hundí de nuevo la pistola en la espalda-. ¿Fuisteis vosotros los que matasteis a mis guardas? – volví a preguntarle. Lentamente, Nikos dijo que sí con la cabeza-. ¿Por qué?

»-Porque eran turcos -respondió simplemente.»- ¿Y por qué a nosotros no?»Nikos me miró lleno de enojo.»-Somos soldados, no bandidos -me explicó.»-Claro que no. Sois todos honrados pastores, se me había olvidado.

»Nikos, con una súbita explosión de furia, me dijo:»-Sí, somos pastores, unos simples campesinos, milord, casi animales. ¡Los esclavos de un *vardoulacha* turco! – Me escupió la palabra con ironía-. Yo tenía un hermano, milord, mi padre tenía un hijo; lo mataron los turcos. ¿Cree que los esclavos no pueden tomarse su venganza? ¿Cree usted que los esclavos

no pueden soñar con la libertad, que no pueden luchar por ella? Quién sabe, milord, quizá venga un tiempo en que los griegos no se vean obligados a ser esclavos. – El rostro de Nikos estaba pálido; todo él temblaba, pero aquellos ojos tan oscuros brillaban llenos de desafío. Extendí una mano para tranquilizarlo, para estrecharlo entre mis brazos, pero se puso en pie de un salto y se apretó de espaldas contra la pared. Entonces se echó a reír-. Claro, tiene usted razón; no soy más que un esclavo, así que, ¿por qué iba a importarme? Tómeme, milord, y después déme el oro.

»Alzó la mano para sujetarme por las mejillas. Me besó; los labios le ardían, con ira primero, y luego, así lo comprendí, con algo más, un largo beso de juventud y pasión, cuando el corazón, el alma y los sentidos se mueven en súbito unísono y la suma de lo que se siente ya se hace incalculable.

»Sin embargo, la desesperada burla de sus palabras permaneció en mis oídos. Sin noción de tiempo, yo sabía, no obstante, que tenía que interrumpir aquel beso. Así lo hice. Cogí a Nikos por la muñeca y lo arrastré de nuevo hasta mi habitación. Hobhouse se removi6; al verme con el muchacho gimió y nos volvió la espalda. Pasé la mano por encima de él para coger una bolsa de monedas.

»-Cógela -le dije a Nikos al tiempo que se la arrojaba-. He disfrutado mucho con tus historias de vampiros y demonios necrófagos. Así que cógela como recompensa a tu inventiva. – El chico me miró fijamente, en silencio. Aquella expresión inescrutable sólo hacía que pareciera aún más vulnerable-. ¿Adonde irás? – le pregunté con más suavidad que antes.

»El muchacho habló por fin.

»-Muy lejos.

»- ¿Adonde? – le pregunté.

»-Hacia el norte, quizá. Allí hay griegos libres.

»- ¿Lo sabe tu padre? – quise saber.

»-Sí. Está triste, desde luego. Tenía tres hijos: uno está muerto y yo debo huir; mañana sólo le quedará Petro. Pero él sabe que no tengo otra opción.

»Miré fijamente a Nikos, tan esbelto y frágil como una hermosa muchacha. Al fin y al cabo no era más que un chico... pero yo lamentaba la idea de perderle.

»- ¿Por qué no tienes otra opción? – le pregunté.

»Nikos hizo un movimiento de negación con la cabeza.

»-No puedo decirlo.

»-Haz el viaje con nosotros -le sugerí.

»- ¿Con dos señores extranjeros? – Nikos se echó a reír-. Sí, podría viajar con ustedes muy discretamente. – Miró la bolsa que yo le había dado-. Gracias, milord, prefiero su oro.

»Dio media vuelta y se hubiera marchado de la habitación de no haberlo sujetado yo por un brazo. Cogí la cruz de la pared.

»-Llévate también esto -le dije-. Debe de ser valiosa. Yo ya no la necesito.

»- ¡Pues claro que sí! – me dijo Nikos. Se estiró para besarme. Desde la carretera llegó el sonido apagado de un disparo. Luego hubo un segundo disparo-. Guárdela -dijo Nikos apretando la cruz en la palma de mi mano-. ¿De veras cree que yo podría inventarme semejantes cosas?

»Se estremeció, dio media vuelta y se alejó de mí apresuradamente. Lo estuve mirando mientras se alejaba corriendo por el pasillo. Cuando desperté, a la mañana siguiente, me encontré con que ya se había marchado.

Lord Byron permaneció sentado en silencio, con las manos cruzadas, mirando a la parpadeante oscuridad.

–¿Y Nikos? – Le preguntó Rebecca con una voz que sonó extraña a sus propios oídos-. ¿Volvió usted a verle?

–¿A Nikos? – Lord Byron levantó la vista y luego negó lentamente con la cabeza-. No, nunca volví a ver a *Nikos*.

–¿Y los disparos, los dos disparos que oyó en mitad de la noche?

Lord Byron sonrió.

–Oh, traté de convencerme de que quizá fuera sólo el posadero que disparaba contra algún ladrón furtivo. Un recordatorio inútil, si es que lo necesitábamos, de que en las montañas había atracadores con menos escrúpulos que Gorgiou. Un aviso, eso era lo que habíamos oído, para que tuviéramos cuidado a todas horas.

–¿Y lo tuvieron?

–Oh, sí, en un sentido sí; llegamos a Yanina sin mayores dificultades, si es a eso a lo que se refiere.

–¿Y en otro sentido?

Lord Byron bajó los ojos. Una muy tenue mueca de ironía apareció en sus labios.

—En otro sentido... -repitió suavemente-. Cuando partimos por la mañana, vimos el cadáver de un hombre medio caído dentro de la zanja del posadero. Le habían disparado por la espalda dos veces; le habían clavado la afilada estaca del sacerdote en el corazón. El propio sacerdote estaba allí de pie, mirando mientras cavaban una tumba junto al bosque de estacas. Una mujer, la misma que habíamos visto la noche anterior, estaba llorando de pie, a su lado.

»-Así que han cogido un vampiro -comentó alegremente Hobhouse. Moviéndose de un lado a otro su hueca cabeza-. Las cosas que llegan a creer esta gente. Es extraordinario. Completamente extraordinario.

»Yo no dije nada. Seguimos cabalgando hasta que ya no pudo verse el caserío. Sólo entonces le apunté la coincidencia de que el cadáver tuviera una pierna marchita.

Capítulo III

Lucifer. *What are they which dwell
so humbly in their pride, as to sojourn
with worms in clay?*

Caín. *And what are thou who dwellest
so haughtily in spirit, and canst range
nature and immortality*

—and yet seem's sorrowful?

Lucifer. *I seem that which I am;
and therefore do I ask of thee,
if thou wouldst be immortal?*

Lord Byron, *Caín*

Lucifer. ¿Qué son aquellos que caen
tan bajo en su orgullo, como para residir
con los gusanos en el barro?

Caín. ¿Y qué eres tú que tienes
un espíritu tan elevado que puedes abarcar
naturaleza e inmortalidad... y sin embargo
pareces apenado?

Lucifer. Yo parezco lo que soy;
y por eso te pregunto a ti, si te
gustaría ser inmortal.

Lord Byron, *Caín*

—Durante el tiempo que permanecemos en la ruta de la montaña, nuestros recuerdos, junto con nuestra imaginación, dieron lugar a miedos indescriptibles. Pero llegamos a la carretera de Yanina sin novedad, y de allí en adelante avanzamos a tan buena velocidad que pronto nos sentimos capaces de ridiculizar con auténtico desprecio las supersticiones de las que habíamos fingido burlarnos entre las montañas; incluso yo, que carecía de la fe en el escepticismo que tenía mi compañero, podía hablar del *vardoulacha* como si ya estuviéramos tomando el té de vuelta en Londres. Sin embargo, la primera vista que tuvimos de Yanina fue suficiente para recordarnos que aún nos encontrábamos lejos de Charing Cross, porque las cúpulas y minaretes, que brillaban entre jardines de limoneros y campos de cipreses, resultaban tan pintorescos -y tan distintos de Londres- como cabía esperar. Ni siquiera la vista de un tronco humano colgando de un árbol por el único brazo que le quedaba consiguió desanimarnos, pues lo que habría podido parecer un gran horror en cualquier aldea remota, ahora, mientras galopábamos hacia las puertas de aquella ciudad oriental, aparecía simplemente como un agradable toque de barbarie, como un poco de alimento romántico para los apuntes de Hobhouse.

—¿Y les dieron una buena acogida?

—¿En Yanina? Sí.

—Debió de ser un alivio.

Lord Byron sonrió débilmente.

—Sí, en realidad sí lo fue. El pacha Alí -creo que ya se lo he dicho antes- tenía fama de ser un hombre feroz, pero, aunque cuando nosotros llegamos se encontraba ausente ocupado en descuartizar a los serbios, había dejado órdenes de que nos recibieran y nos entretuvieran convenientemente. Muy halagador. Nos dieron la bienvenida a las puertas de la ciudad y luego nos condujeron a través de calles estrechas y llenas de gente, con un interminable remolino de colores y ruido, mientras por encima de todo, en nubes que resultaban casi visibles, flotaba el hedor de las especias, del barro y de los orines. Montones de niños nos seguían, señalándonos con el dedo y riéndose, mientras desde los portales de las tiendas, los garitos de hachís y los balcones con celosías donde las mujeres, ocultas tras los velos, se encontraban sentadas, las miradas nos perseguían sin cesar. Fue un alivio volver a sentir por fin la luz del sol y una refrescante brisa en nuestros

rostros mientras nos conducían por una carretera situada junto al lago hacia la casa que el pacha Alí había reservado para nosotros. Era una casa abierta y aireada, al estilo turco, que contaba con un amplio recinto al aire libre que llegaba hasta el lago. No todas las habitaciones que rodeaban ese recinto o patio se nos habían destinado a nosotros; dos soldados tártaros montaban guardia junto a una entrada que se encontraba enfrente de la nuestra, y había varios caballos atados en el establo. Pero no se veía a nadie más, y en la quietud de nuestras habitaciones incluso el bullicio de la ciudad que habíamos dejado atrás parecía amortiguado.

»Los dos estuvimos durmiendo. Fue el lejano lamento del muecín al convocar a los fieles a las oraciones de la tarde lo que me despertó. Hobhouse, como el verdadero infiel que era, siguió roncando sin hacer caso, pero yo me levanté y me acerqué al balcón. El lago se había teñido de carmesí, y tras él las montañas que se elevaban bruscamente desde la otra orilla parecían bañadas en sangre. Yanina se extendía invisible detrás de mí, y sólo una pequeña barca que cruzaba desde una isla situada en medio del lago me recordó que existía algo llamado hombre. Di media vuelta, empujé a Hobhouse y luego salí al patio.

»La casa y la parte delantera del lago seguían tan silenciosas como antes. Miré a mí alrededor, en busca de algún signo de actividad humana, y vi la barca que tan sólo unos minutos antes se encontraba en el centro del lago; ahora estaba amarrada y se balanceaba suavemente a mis pies. Debía de haber cruzado el lago a una velocidad increíble. Vi al hombre que la ocupaba, que estaba sentado en la proa, encorvado, pero cuando lo miré, él no levantó los ojos. Volví a llamarlo y extendí el brazo para agitarlo en el aire. El hombre iba envuelto en unos harapos negros, grasientos y húmedos, y cuando levantó la cabeza distinguí el rostro de un lunático, carne y ojos muertos junto a una boca abierta de par en par. Di un paso atrás y entonces oí a Hobhouse que salía haciendo mucho ruido, así que me di media vuelta y eché a correr por la carretera hacia la casa. Los últimos rayos de sol estaban desapareciendo detrás del tejado del patio. Me detuve y eché un vistazo hacia atrás por encima del hombro para mirar hacia el lago, y entonces, en el preciso momento en que los tonos rojizos del agua reverberaban y morían, vi que allí había alguien más.

Lord Byron hizo una pausa. Se agarraba con fuerza a los lados del sillón, según vio Rebecca. Había cerrado los ojos.

Hubo un largo silencio.

—¿Quién era? — le preguntó Rebecca.

Lord Byron hizo un gesto con la cabeza.

—No lo reconocí. Estaba de pie en el lugar donde yo me encontraba unos minutos antes. Era un hombre alto, con la cabeza afeitada al estilo turco; lucía un bigote blanco con las guías hacia arriba y una barba pulcramente recortada, como los que hubiera podido llevar un árabe. Tenía el rostro delgado y de una palidez fuera de lo común, pero, incluso ensombrecido por la oscuridad, suscitó en mí una mezcla de repugnancia y respeto que encontré difícil de explicar, pues me afectó de forma poderosa e inmediata. La nariz era ganchuda; tenía los labios apretados; la expresión burlona y agresiva, aunque en aquel rostro también había indicios de gran sabiduría y sufrimiento, no indicios permanentes, sino pasajeros, como las sombras de las nubes que cruzan un campo. Los ojos, que en un principio le brillaban como los de una serpiente, de pronto aparecieron profundos e incandescentes, llenos de pensamientos; al mirarlos fijamente tuve la certeza de que aquél era un hombre perteneciente a una clase que yo no había visto nunca antes, un compuesto desequilibrado de espíritu y barro. Le hice una inclinación de cabeza; la figura sonrió, y los labios, al curvarse sensualmente, descubrieron unos resplandecientes dientes blancos; luego contestó con otra inclinación de cabeza. Se echó hacia atrás la capa, que le colgaba alrededor del cuerpo como las túnicas que se llevan en el desierto, y pasó junto a mí en dirección a los centinelas tártaros. Éstos lo saludaron respetuosamente; él no respondió. Lo estuve observando mientras entraba en la casa y desaparecía.

»Al mismo tiempo oímos voces de hombre procedentes de la carretera, y vimos a una delegación que se aproximaba a nosotros. Venía de parte del visir para saludarnos y traernos la halagadora noticia de que, aunque Alí no se encontraba en Yanina, se nos invitaba a reunirnos con él en Tapaleen, su ciudad natal, a unos ochenta kilómetros más adelante por la carretera. Hicimos una inclinación de cabeza y expresamos nuestro profundo agradecimiento; intercambiamos cortesías; alabamos las bellezas de Yanina. Luego, una vez agotado nuestro repertorio de cumplidos, pregunté por el hombre que compartía el patio con nosotros, y expliqué que me gustaría presentarle mis respetos. Se hizo un súbito silencio; los miembros de la delegación se miraron unos a otros, y el jefe pareció apurado. El hombre a

quien yo había visto, murmuró, era un pacha de las montañas del sur; el jefe de la delegación hizo una pausa y luego añadió, con repentina insistencia, como si la idea acabase de ocurrírsele, que puesto que el pacha sólo iba a quedarse allí una noche, quizá fuera mejor no molestarle. Todos los demás mostraron su aprobación asintiendo con la cabeza, y luego nos invadió una súbita inundación de cumplidos y dichos graciosos.

»-Por poco me ahogo -me dijo más tarde Hobhouse-. Han actuado como si tuvieran algo que ocultar.

»Bueno, Hobby siempre había sido un genio en lo que se refiere a olfatear lo evidente. Al día siguiente salimos a cabalgar para poder disfrutar del paisaje, y le pregunté a nuestro guía, un griego fofo y gordo que se llamaba Athanasius, un erudito que el visir nos había asignado como acompañante, qué podría ser lo que nuestros anfitriones habían querido ocultarnos. Athanasius se ruborizó ligeramente al mencionarle al pacha, pero luego recuperó el aplomo y se encogió de hombros.

»-Es el pacha Vakhel el que se aloja enfrente de ustedes -nos explicó-. Supongo que los criados del visir le temerían debido a su fama. No querrían que ocurriese nada desagradable. Si ustedes se quejasen de ellos al pacha Alí, entonces... bueno, desde luego... para ellos eso sería muy malo.

»-Pero, ¿de qué cosas desagradables está hablando? – le pregunté-. ¿Qué fama es esa que tiene el pacha Vakhel?

»-Se dice de él que es un mago. Los turcos aseguran que ha vendido su alma a Eblis, el Príncipe de los Infiernos.

»-Ya comprendo. ¿Y eso es cierto?

»Athanasius me miró fugazmente. Noté, con sorpresa, que no había sonreído.

»-Por supuesto que no -murmuró-. El pacha Vakhel es un erudito, un gran sabio, creo yo. Y eso es algo que resulta lo bastante raro entre los musulmanes como para levantar rumores y sospechas. Son todos unos cerdos, nuestros amos y señores, todos ellos son unos cerdos ignorantes, ¿saben? – Athanasius echó una mirada por encima del hombro-. Pero si el pacha Vakhel no es un ignorante, bueno, eso precisamente es lo que lo convierte en peligroso. Sólo los turcos y los campesinos podrían creer que es verdaderamente un demonio; de todos modos, es un hombre extraño y el centro de historias extrañas. Yo haría lo que les han aconsejado, milord, y me mantendría alejado de él.

»-Pero Athanasius -le dije-, por lo que nos está diciendo es alguien a quien no deberíamos dejar de conocer.

»-Pues eso es precisamente lo que lo convierte en un hombre peligroso.

»- ¿Usted lo conoce personalmente?

»Athanasius asintió con la cabeza. Entonces le pedí que me lo contara.

»-Yo tengo una biblioteca -me explicó-, y él deseaba consultar cierto manuscrito.»- ¿Sobre qué tema?

»-Creo recordar -repuso Athanasius con una voz débil que resultaba extraña para una persona con tantas carnes- que era un tratado sobre el Aheron y el papel que había tenido en la mitología antigua como río de la muerte.»-Comprendo. – Aquella coincidencia bastó para que yo hiciera una pausa-. ¿Y qué interés tenía él en el río Aheron? ¿No se acuerda usted de eso? – Athanasius no contestó. Observé su rostro atentamente. Se le había puesto cerúleo y pálido-. ¿Se encuentra bien? – le pregunté.»-Sí, sí. – Athanasius sacudió las riendas y siguió adelante a medio galope. Me reuní con él y continuamos cabalgando uno al lado del otro, pero no le presioné más, y él permaneció nervioso y reservado. De pronto se volvió hacia mí-. Milord -me dijo en un susurro, como si fuera a confiarme un secreto-, si quiere usted saberlo le diré que el pacha Vakhel es quien gobierna en todas las montañas que rodean Aheron. Su castillo está construido sobre un precipicio por encima del río. Es eso, estoy seguro, lo que explica el interés que tiene por el pasado de dicho río, pero, por favor, no me pregunte nada más acerca de ese tema.

»-No, por supuesto que no lo haré -le contesté. Ya me había acostumbrado a la cobardía de los griegos. Luego me acordé de Nikos. Él sí que se había comportado como un valiente. También esperaba huir de un señor turco. ¿Sería el pacha Vakhel el señor del que confiaba escapar? Si así era, entonces empezaba a temer por el muchacho. Aquella noche en la posada, asentí para mí mismo, sí, Nikos se había mostrado salvaje y hermoso; merecía ser un hombre libre-. ¿Sabe qué hace el pacha Vakhel aquí en Yanina? – le pregunté como sin darle importancia. «Athanasius me miró fijamente. Empezó a temblar.»-No, no lo sé -susurró; y luego espoleó el caballo y se adelantó. Le dejé cabalgar por delante durante un rato.

Cuando me reuní con él, ninguno de los dos volvió a mencionar al pacha Vakhel.

«Pasamos el día entre las ruinas de un antiguo santuario. Hobhouse empujaba las piedras y tomaba innumerables apuntes; yo me senté a la sombra de una columna caída y me puse a componer poesía. La belleza del cielo y las montañas y los dolorosos recuerdos de la decadencia que nos rodeaba resultaban agradablemente profundos; yo garabateaba, dormitaba y seguía el curso de mis pensamientos. A medida que el día oscurecía y se adentraba en los colores púrpuras del atardecer, cada vez me resultaba más difícil saber si me encontraba despierto o dormido; todo a mi alrededor empezó a volverse imposiblemente enérgico, se notaba el latido de la existencia en las flores, en los árboles, en la hierba, incluso en la propia tierra, las rocas y el suelo, que se me antojaban como carne y hueso, algo parecido a mí mismo. Una liebre estaba sentada allí cerca y me miraba fijamente; yo podía notar el pulso de su corazón en mis oídos y sentía el calor de su sangre. Su vida tenía un olor rico y hermoso. Echó a correr, y el bombeo de su sangre al pasar entre los músculos, las arterias y el corazón, aquel corazón latiente, bañó de rojo el paisaje y tiñó el cielo. Sentí una abrasadora sed en la parte posterior de la garganta. Me incorporé, me apreté el cuello con las manos y fue entonces, al mirar fijamente hacia la liebre que desaparecía, cuando vi al pacha Vakhel.

»Él también estaba oliendo al animal. Se encontraba de pie sobre una roca, en la cual se fue agachando lentamente hasta quedar en cuclillas como una bestia de las montañas, quizá un lobo. La liebre había desaparecido, pero el pacha seguía agazapado, y me di cuenta de que ahora olfateaba algo mucho más rico y más precioso que la liebre. Se dio la vuelta y me miró. Tenía el rostro mortalmente pálido y distendido en una calma extraordinaria. Sus ojos parecían mirarme fijamente desde el interior de mi propia cabeza; brillaban llenos de conocimiento acerca de todo lo que yo era y deseaba. Se dio la vuelta de nuevo, comenzó otra vez a olisquear el aire y sonrió; y de pronto las facciones se le oscurecieron, y donde antes había habido calma, ahora sólo se veía envidia y desesperación, aunque la sabiduría que su rostro mostraba no era menos notable a causa de aquella desfiguración. Me puse en pie para ir a reunirme con él, y sentí que me despertaba. Cuando miré hacia la roca, el pacha Vakhel había desaparecido. Sólo había sido un sueño, y sin embargo seguía sintiéndome turbado. Y en el trayecto de regreso desde las ruinas, el recuerdo de lo que había visto me oprimía como si hubiera sido algo más que un sueño.

»Athanasius también parecía desasosegado. El sol se estaba poniendo. Y cuanto más se hundía detrás de las cimas de las montañas, con más frecuencia él se daba la vuelta y lanzaba miradas a su espalda para contemplar el descenso del astro. Le pregunté qué era lo que lo turbaba. Hizo un gesto negativo con la cabeza y se echó a reír, pero comenzó a jugar con las riendas como un niño cuando está nervioso. Luego el sol se perdió detrás de la cordillera de montañas, y de pronto oímos el golpeteo de unos cascos que resonaban detrás de nosotros por la carretera del valle. Athanasius tiró de las riendas de su caballo, luego cogió las mías e hizo lo propio al tiempo que un escuadrón de caballería pasaba junto a nosotros con gran estruendo. Los jinetes eran tártaros e iban vestidos igual que los centinelas que había apostados a la puerta de los aposentos del pacha Vakhel. Busqué al pacha entre ellos, pero, aliviado, vi que era en vano.

»- ¿Qué persiguen? – le pregunté a Athanasius señalando hacia la caballería que se perdía de vista.

»- ¿Qué quiere decir? – me contestó en un ronco susurro.

»Me encogí de hombros.

»-Oh, sólo que daban la impresión de ir en busca de algo.

«Athanasius hizo un sonido como si estuviera atragantándose y el rostro se le contorsionó horriblemente. Sin decir una palabra más, espoleó el caballo y se puso en marcha en dirección a Yanina. Hobhouse y yo lo seguimos de muy buena gana porque estaba oscureciendo.

–Pero -dijo Rebecca interrumpiendo a lord Byron- cuando usted vio al pacha sobre aquella roca, ¿era en realidad un sueño?

Lord Byron la miró fríamente.

–Nos quedamos en Yanina cinco días más -prosiguió, ignorando la pregunta-. Lo mismo hicieron los tártaros que había al otro lado del patio, y yo supuse que el pacha Vakhel, a pesar de lo que nos habían dicho los criados del visir, también permanecía en Yanina. Sin embargo no llegué a verlo; pero en cambio -miró fijamente a Rebecca, con cierta dureza- soñé con él, no como soñamos normalmente, sino con la misma claridad con que vemos las cosas cuando estamos despiertos; así que, a fin de cuentas, nunca estuve completamente seguro de no haber estado despierto. El pacha se me aparecía sin decir palabra, una forma pálida y lívida junto a la cama, en la habitación, a veces en las calles o en la ladera de la montaña, porque ahora me encontraba con que dormía a horas extrañas, casi como si esa persona

estuviera soñando conmigo. Yo luchaba contra aquellos ataques de sueño, pero siempre acababa sucumbiendo a ellos, y era entonces cuando aparecía el pacha, que irrumpía en mis sueños como un ladrón irrumpe en una habitación.

Lord Byron hizo una pausa y cerró los ojos, como si intentara vislumbrar de nuevo la imagen del fantasma.

–Yo he sentido lo mismo -le dijo Rebecca con una súbita y nerviosa insistencia-. En la cripta, cuando usted me sostenía en sus brazos. Sentía que usted me soñaba a mí.

Lord Byron levantó una ceja.

–¿De veras? – preguntó.

–¿Y el pacha se le aparecía así? – Lord Byron se encogió de hombros-. ¿O llegó a verlo en persona?

Rebecca miró a los brillantes ojos del vampiro.

–El sueño tiene su propio mundo -murmuró éste-. Una franja fronteriza entre cosas llamadas de un modo equivocado: muerte y existencia. – Sonrió tristemente y miró el parpadeo de la llama de la vela-. Había un monasterio -continuó diciendo tras una pequeña pausa- que fuimos a visitar la noche antes de nuestra partida. Estaba construido sobre la isla del lago. – Lord Byron levantó la mirada-. La misma isla desde la cual, la primera noche que pasé allí, había visto una barca que se dirigía hacia la orilla. Yo ya había querido visitar antes el monasterio, sólo por ese motivo. Pero, según Athanasius, aquella visita había sido imposible de organizar. Habían hallado muerto a uno de los monjes, me explicó, y el monasterio tenía que ser purificado. Le pregunté cuándo había muerto el monje. Me contestó que el mismo día de nuestra llegada a Yanina. Luego le pregunté qué había causado la muerte al monje. Pero Athanasius hizo un gesto negativo con la cabeza. No lo sabía: los monjes siempre se mostraban muy reservados.

»-Por lo menos el monasterio ya está abierto -me dijo. Desembarcamos. El malecón se encontraba vacío, y también la aldea situada detrás de él. Entramos en el monasterio, pero cuando Athanasius llamó para anunciar nuestra presencia, nadie contestó, y vi cómo nuestro guía arrugaba el entrecejo-. Por aquí -nos indicó sin convicción, al tiempo que abría una puerta que daba a una capilla muy pequeña. Hobhouse y yo lo seguimos; la capilla estaba vacía, y nos detuvimos un momento para observar las

paredes-. El Juicio Final -dijo Athanasius de forma innecesaria mientras señalaba hacia un horripilante fresco.

»Me impresionó particularmente la representación de Satanás; era a la vez hermoso y terrible, completamente blanco excepto por unas manchas de sangre alrededor de la boca. Sorprendí a Athanasius mirándome mientras yo observaba el fresco; se apresuró a darse la vuelta y llamó de nuevo a ver si había alguien. Hobhouse se reunió conmigo.

»-Se parece a ese tipo, el pacha -comentó.

»-Por aquí -dijo apresuradamente Athanasius, en respuesta-. Debemos irnos.

»Nos condujo hasta la iglesia mayor. Primero me dio la impresión de que también estaba vacía, pero luego vi, inclinada sobre un pupitre junto a la pared del fondo, una figura con la cabeza afeitada que iba ataviada con amplias vestiduras. La figura se dio la vuelta para mirarnos y luego se levantó lentamente. La luz que entraba por una ventana le iluminó el rostro. Vi que allí donde yo sólo recordaba palidez, el pacha Vakhel tenía ahora cierto rubor de color en las mejillas.

»-*Les milords anglais?* -preguntó.

»-Yo soy el lord -le dije-. Y éste es Hobhouse. Puede usted ignorarlo. No es más que un plebeyo.

»El pacha sonrió lentamente y luego nos saludó a ambos con protocolaria elegancia. Lo hizo en el más puro francés, con un acento que resultaba imposible de localizar, pero que me cautivó porque sonaba como el crujido de la plata movida por el viento.

«Hobhouse le preguntó por su francés. El pacha nos explicó que había visitado París en la época anterior a Napoleón, antes de la Revolución, hacía mucho tiempo. Levantó un libro.

»-Mi sed de aprender -dijo-, eso es lo que me llevó a la ciudad de la luz. Nunca he visitado Londres. Quizá debería hacerlo algún día. Se ha convertido en algo grande. Recuerdo una época en la que Londres no era nada en absoluto.

»-Entonces debe de tener usted una gran memoria.

»El pacha sonrió e inclinó la cabeza.

»-La sabiduría que tenemos aquí, en Oriente, es muy antigua. ¿No le parece que es así, señor griego? – Echó un rápido vistazo a Athanasius, quien balbució algo ininteligible y empezó a temblar en todos sus

ondulados pliegues de grasa-. Sí -continuó diciendo el pacha, mirándolo y sonriendo con lenta crueldad-, nosotros en Oriente comprendemos muchas cosas de las que Occidente nunca ha oído hablar. Ustedes no deben olvidar eso, milores, mientras viajan por Grecia. La cultura no sólo revela cosas. A veces también puede emborronar la verdad.

»- ¿Como qué, por ejemplo, excelencia? – le pregunté.

»El pacha levantó el libro.

»-He aquí una obra que para poder leerla he tenido que esperar mucho tiempo. Me la han conseguido los monjes de Meteora y me la han traído aquí. Habla de Lilith, la primera mujer de Adán, la princesa ramera que seduce a los hombres por la calle y por el campo y luego les chupa la sangre. Para ustedes, ya lo sé, esto es superstición, una simple tontería. Pero para mí y... sí... también para nuestro amigo griego aquí presente, es algo más. Es un velo que a la vez oculta y sugiere la verdad.

»Se hizo un breve silencio. A lo lejos se oía el tañido de una campana.

»-Estoy intrigado -dije- por saber hasta qué punto son verdad las historias de bebedores de sangre que hemos oído.

»- ¿Han oído otras historias? – preguntó.»-Sí. Pasamos la noche en una aldea. Nos hablaron de una criatura que llamaban *vardoulacha*. »- ¿Dónde fue eso? – quiso saber.»-Cerca del río Aheron -repuse.»- ¿Saben acaso que yo soy el señor de Aheron?»Miré fugazmente a Athanasius. Estaba tan reluciente como la manteca húmeda. Me volví hacia el pacha Vakhel y negué con la cabeza.»-No, no lo sabía.»El pacha se quedó mirándome.

»-Se cuentan muchas cosas sobre Aheron -dijo en voz baja-. También para los antiguos los muertos eran bebedores de sangre. – Miró el libro y se lo apretó contra el pecho. Daba la impresión de estar a punto de confiarme algo, y de pronto una mirada de fiero deseo pareció inflamarle la cara; pero luego la mirada se le heló y aquella máscara de muerte se apoderó de nuevo de su cara. Cuando el pacha Vakhel habló de nuevo, sólo se le notaba en la voz un matiz de malhumorado desprecio-. Debe ignorar cualquier cosa que le cuenten los campesinos, milord. El *vampire*, ésa es la palabra en francés, según creo, ¿me equivoco?, sí, el vampiro, es el mito más antiguo del hombre. Y sin embargo, en manos de mis campesinos, ¿en qué se ha convertido ese vampiro? En un mero imbécil que va por ahí arrastrando los pies, en un devorador de carne. En una bestia en la que sueñan otras bestias.

– Sonrió con desprecio y sus dientes perfectos lanzaron destellos blancos-. No tiene usted nada que temer de ese vampiro de los campesinos, milord.

»Me acordé de Gorgiou y de sus hijos, del talante amistoso que tenían. En un intento por defenderlos, le describí al pacha nuestra experiencia en la posada de Aheron. Mientras le contaba el relato, me fijé en que Athanasius prácticamente se había derretido de tanto sudar.

»También el pacha observaba a nuestro guía, y los orificios de la nariz se le movían en pequeños espasmos, como si pudiera oler el miedo. Cuando terminé de contárselo, el pacha sonrió irónicamente.

»-Me alegro de que cuidasen tan bien de usted, milord. Pero si yo soy cruel, es sólo para evitar que ellos sean crueles conmigo. – Le echó una rápida ojeada a Athanasius-. No estoy en Yanina sólo para consultar los manuscritos, ¿sabe? También persigo a un fugitivo. A un joven siervo al que crié, del que me preocupé y al que amé como a mí mismo. No sienta preocupación alguna, milord; yo estoy persiguiendo a ese siervo con más pena que rabia, nada le sucederá a mi siervo. – De nuevo miró fugazmente a Athanasius-. Nada le sucederá a mi siervo.

»Nuestro guía me tiró de la manga y susurró:

»-Creo, milord, que ya es hora de que nos marchemos.

»-Sí, váyanse -dijo el pacha con súbita rudeza. Volvió a sentarse y abrió el libro-. Tengo mucho que leer todavía. Váyanse, por favor.

»Hobhouse y yo inclinamos la cabeza con estudiada cortesía.

»- ¿Lo veremos en Yanina, excelencia? – le pregunté.

»El pacha levantó la mirada.

»-No. Ya casi he concluido lo que he venido a hacer aquí. – Miró fijamente a Athanasius-. Me marcho esta misma noche. – Luego se volvió hacia mí-. Quizá nos veamos de nuevo, milord, pero en otro lugar.

»Hizo una inclinación de cabeza y volvió a su libro; Hobhouse y yo, casi empujados por nuestro guía, volvimos a salir al sol de la tarde.

«Tomamos una carretera estrecha. La campana seguía tañendo, y desde una pequeña iglesia que se alzaba al final del sendero nos llegó el sonido de unos cánticos.

»-No, milord -dijo Athanasius cuando vio que teníamos intención de entrar en la iglesia.»- ¿Por qué no? – le pregunté.

»-No, por favor. Por favor -fue todo lo que Athanasius pudo gimotear.

»Me encogí de hombros e ignoré lo que me decía, cansado de su cobardía. Seguí a Hobhouse hasta el interior de la iglesia. Entre nubes de incienso, distinguí un féretro. Un cadáver yacía en su interior, ataviado con las vestiduras negras propias de los sacerdotes, pero aquellas túnicas no servían para resaltar la condición del muerto, sino la fantasmal palidez de su rostro y de sus manos. Me adelanté unos cuantos pasos y, por encima de las cabezas de las personas que formaban el duelo, vi que habían colocado flores en torno al cuello del monje difunto.»- ¿Cuándo ha muerto? – pregunté.»-Hoy -repuso Athanasius en un susurro.»-De modo que es el segundo hombre que muere aquí esta semana, ¿no?

«Athanasius asintió. Miró a su alrededor y luego me susurró al oído:

»-Milord, los monjes dicen que hay un diablo suelto.»Me quedé mirándolo con incredulidad.»-Creía que los diablos sólo existían para los turcos y los campesinos, Athanasius.

»-Sí, milord -respondió Athanasius tragando saliva-. Aun así, milord -y señaló hacia el hombre muerto-, dicen que esto ha sido obra de un *vardoulacha*. Vea lo blanco que está, desangrado. Creo, milord, por favor... que deberíamos irnos de aquí. – Casi se había postrado de rodillas-. Por favor, milord. – Abrió la puerta-. Por favor.

»Hobhouse y yo nos sonreímos el uno al otro. Luego nos encogimos de hombros y seguimos a nuestro guía otra vez hasta el malecón. Había una segunda barca amarrada junto a la nuestra, una barca en la que no me había fijado cuando desembarcamos, pero que ahora reconocí inmediatamente. Una criatura vestida de negro se hallaba sentada en la proa, con la cara de idiota tan inerte e inexpresiva como la vez anterior. Contemplé cómo se iba haciendo más pequeña a medida que nosotros cruzábamos el lago. Athanasius también miraba a aquella criatura.

»-El barquero del pacha -comenté.

»-Sí -convino él; y se santiguó.

»Sonreí. Sólo había mencionado al pacha para ver temblar a nuestro guía.

Lord Byron hizo una pausa.

–Desde luego, no debí haberme mostrado tan cruel. Pero Athanasius había hecho que me entristeciera. Un erudito, inteligente, bien instruido; si la libertad para los griegos había de venir de alguna parte, era de hombres como él. Así que su cobardía, a pesar de que nos riéramos de ella, también

nos llenaba de algo parecido a la desesperación. – Lord Byron apoyó la barbilla en la punta de los dedos y sonrió con cierta ironía-. Se marchó para siempre después de nuestro regreso del monasterio. Fuimos a verlo al día siguiente, antes de nuestra partida, pero ya no se encontraba en casa. Lástima. – Lord Byron movió afirmativamente la cabeza con suavidad-. Sí, una verdadera lástima.

Se sumió en un silencio.

–Entonces, ¿continuaron viaje a Tapaleen? – preguntó Rebecca al cabo de un rato.

Lord Byron asintió.

–Para acudir a nuestra audiencia con el gran y tristemente famoso pacha Alí.

–Recuerdo haber leído esa carta -dijo Rebecca-. La que usted le escribió a su madre.

El levantó la mirada hacia la muchacha.

–¿Sí? – le preguntó en voz baja.

–Sí. Acerca de los albanos y de sus vestiduras doradas y carmesíes, y de los doscientos caballos, y de los esclavos negros, y de los mensajeros, y de los timbales, y de los muchachos que daban la hora desde el minarete de la mezquita. – Rebecca calló un instante-. Perdona -añadió luego, al ver que él la miraba fijamente-, pero siempre he pensado que era una carta maravillosa, una descripción maravillosa.

–Sí -convino lord Byron sonriendo de pronto-. Sin duda porque era mentira. – ¿Mentira?

–Más bien fue un pecado por omisión. Eludí mencionar las estacas. Tres, justo a las puertas de la muralla. La visión de aquellas estacas, el olor que desprendían, enturbiaron mucho el recuerdo de nuestra llegada a Tapaleen. Pero tenía que andar con cuidado con mi madre: ella nunca pudo soportar demasiado realismo. Rebecca se pasó una mano por el pelo. – Ah, comprendo.

–No, no puede usted comprenderlo. Dos de los hombres estaban muertos, no eran más que unos pedazos de carroña hechos jirones. Pero mientras pasábamos cabalgando por debajo de las estacas vimos que el tercero se removía ligeramente. Levantamos la mirada; aquella cosa, ya no era un hombre, se retorció en la estaca, y ello hacía que al moverse ésta se le hundiera todavía más en las entrañas, de manera que el hombre lanzaba

gritos, unos gritos desgarrados, inhumanos, terribles. Aquel pobre despojo humano vio que yo lo miraba fijamente; intentó hablar y entonces reparé en aquella porquería negra y reseca que tenía alrededor de la boca. Y comprendí que no tenía lengua. Yo no podía hacer nada por él, de manera que seguí cabalgando y franqueamos las puertas. Pero sentí horror al saber que iba a compartir la mesa con los seres que eran capaces de hacer una cosa como aquélla, y también de sufrirla; sin sentido, sin esperanza. Vi que yo no era nada, que tenía que morir, que la muerte era algo que llegaría sin que yo hiciera nada para ello y sin que lo eligiera, igual que mi nacimiento, y me pregunté si yo no habría pecado en algún otro mundo para que éste, en resumidas cuentas, no fuera más que un infierno. Y si eso era cierto, entonces lo mejor sería que muriéramos; sin embargo, y a pesar de todo, aquella noche en Tapaleen aborrecí mi mortalidad y sentí que su constricción se anudaba tensamente a mí alrededor como si fuera una mortaja.

«Aquella noche el pacha Vakhel volvió a mis sueños. Igual que la primera vez que lo vi, estaba tan pálido como la muerte, aunque también se le veía más poderoso, y el resplandor de sus ojos era a la vez triste y serio. Me hizo señas para que me acercase; me levanté de la cama y lo seguí. Caminé sobre los vientos y no me hundí; debajo de mí se encontraba Tapaleen, por encima las estrellas; y durante todo el tiempo notaba que su mano de hielo cogía la mía. Y a pesar de que sus labios no se movieron, lo oí hablar:

»-Desde la estrella hasta el gusano, toda vida es movimiento, movimiento que conduce únicamente hacia la inmovilidad de la muerte. El cometa pasa veloz sembrando la destrucción en su camino y luego desaparece. El pobre gusano reptaba sobre la muerte que encuentra en otras cosas, pero, al igual que ellas, debe vivir y morir, siendo luego sujeto de algo que a su vez ha hecho que viva y muera. Todas las cosas deben obedecer la regla de una necesidad establecida. – Me cogió la otra mano y vi que nos encontrábamos en la ladera de una montaña, entre las estrellas hechas pedazos y las tumbas abiertas en alguna antigua ciudad, ahora abandonada en medio del silencio bajo la pálida luna. El pacha Vakhel alargó la mano para acariciarme la garganta-. *¿Todas las cosas deben obedecer esa ley? ¿Eso he dicho? ¿He dicho que todas las cosas deben vivir y morir?* – Sentí que una de sus uñas, afilada como una navaja, me rozaba la

garganta. Un suave fular de sangre me envolvió el cuello, y sentí una lengua que me lamía la sangre suavemente, igual que un gato lamería la cara de su ama. De nuevo oí aquella voz que parecía sonar en el interior de mi cabeza-: Hay un conocimiento que es la inmortalidad. Sígame. – Continuaron los lamidos en mi garganta-. Sígame. Sígame.

»A medida que se iban desvaneciendo las palabras, fueron desapareciendo también la ciudad en ruinas, las estrellas que había por encima de mi cabeza e incluso dejé de sentir el contacto de aquellos labios contra mi piel, hasta que finalmente lo único que quedó fue la oscuridad de mi desvanecimiento. Me esforcé por salir de ella.

»- ¡Byron, Byron! – Abrí los ojos. Todavía me encontraba en nuestra habitación. Hobhouse estaba inclinado sobre mí-. Byron, ¿te encuentras bien?

«Asentí. Me palpé la garganta; notaba en ella un leve dolor. Pero no dije nada; me sentía demasiado agotado para hablar. Cerré los ojos, pero cuando me sumía de nuevo en el sueño, intenté evocar imágenes de vida con las cuales proteger mis sueños. Nikos. Nuestro beso, labios contra labios. Su esbelto calor. Nikos. Soñé, y el pacha Vakhel no regresó.

»A la mañana siguiente me sentía débil y enfermo.»-Dios mío, qué pálido estás -me comentó Hobhouse-. ¿No sería mejor que te quedases en la cama, viejo amigo?

»Le dije que no con la cabeza.

»-Tenemos audiencia esta mañana. Con el pacha Alí.»- ¿Y no puedes dejar de asistir? – me preguntó.»-Debes de estar bromeando. No quiero acabar clavado en una estaca por el ano.

»-Sí -convino Hobhouse-, es un buen motivo. Lástima que aquí no haya licores. Eso es lo que te hace falta. Dios, qué condenado país es éste.

»-He oído decir que en Turquía la palidez de la piel es señal de buena cuna. – No había ningún espejo por allí, pero yo sabía que la palidez me favorecía-. No te preocupes por mí, Hobhouse -le dije, apoyándome en su brazo-. Haré que el León de Yanina coma en la palma de mi mano.»Y así lo hice. El pacha Alí quedó encantado conmigo. Nos reunimos en una gran sala cuyo suelo era todo de mármol, donde nos sirvieron café y dulces y nos estuvieron admirando profusamente. O, mejor dicho, me admiraron profusamente a mí, porque Hobhouse estaba demasiado moreno y tenía las manos demasiado grandes para poder alcanzar el tipo de alabanzas que mi

belleza suscitó, una belleza que, como Alí no dejó ni un momento de repetirle a Hobhouse, era un signo infalible de mi rango superior. Al final acabó anunciando que yo era su hijo y se mostró conmigo como el más encantador de los padres, porque con nosotros aparentó cualquier cosa, pero no nos mostró su verdadero carácter, comportándose todo el tiempo con la más deliciosa *bonhomie*.

»Nos trajeron la comida. Los cortesanos de Alí se unieron a nosotros y también sus seguidores, pero no tuvimos siquiera ocasión de conocerlos porque Alí nos acaparó por completo. Continuó mostrándose paternal, y no dejó de darnos almendras y fruta escarchada como si fuéramos niños. La comida terminó y Alí hizo que nos quedásemos a su lado.

»-Malabaristas -ordenó-, cantantes. – Y éstos actuaron-. ¿Hay algo más que os gustaría ver? – No esperó a que yo le respondiese-: ¡Bailarinas! – pidió-. Tengo aquí un amigo, que es mi invitado, y tiene la muchacha más extraordinaria que existe. ¿Os gustaría verla actuar? – Naturalmente, los dos le dijimos educadamente que sí. Alí se colocó en el canapé y paseó la mirada por la sala-. Amigo mío -dijo refiriéndose a uno de los invitados-, esa muchacha... ¿podrían enviárnosla ahora?

»-Naturalmente -respondió el pacha Vakhel.

»Me volví en mi asiento con algo parecido al horror. El canapé que ocupaba el pacha estaba justo detrás del mío: debía de llevar allí toda la comida sin que nosotros lo hubiéramos notado. Envió a un criado, que salió del salón corriendo, y luego nos hizo una educada inclinación de cabeza a Hobhouse y a mí.

»Alí rogó al pacha que se reuniera con nosotros. Se lo pidió en unos términos que ponían en evidencia el mayor respeto. Me sorprendió que Alí, de quien yo creía que sólo se respetaba a sí mismo, se mostrase en presencia del pacha Vakhel casi atemorizado. Mostró mucho interés, y también preocupación, según pude notar, al descubrir que nosotros ya conocíamos al pacha. Le describimos nuestro encuentro en Yanina y todas las circunstancias que rodearon aquel encuentro.

»- ¿Encontró usted al muchacho fugado? – le pregunté a Vakhel, temiendo su respuesta.

»Pero él sonrió y dijo que no con un movimiento de cabeza.

»- ¿Qué le hace pensar que mi siervo es un muchacho? – Me sonrojé, mientras Alí se colapsaba en un paroxismo de deleite. El pacha Vakhel me

observó con una perezosa sonrisa-. Sí, capturé a mi siervo -dijo-. En realidad es ella quien, a no tardar, actuará ante nosotros.»Alí, haciendo un guiño, dijo:

»-Es muy hermosa, tanto como la bóveda del cielo.»El pacha Vakhel inclinó la cabeza cortésmente.»-Sí, pero también es muy testaruda. A veces pienso que, si no fuera porque la quiero como a mi propia hija, ya la habría dejado escapar. – Hizo una pausa y su frente pálida se vio ensombrecida por una expresión de súbito dolor. Me sorprendí, pero no había hecho más que percibir aquella sombra cuando ya había desaparecido de su rostro-. Desde luego -continuó diciendo mientras curvaba ligeramente los labios- siempre he disfrutado con la emoción de una persecución.

»- ¿Persecución? – le pregunté.»-Sí. Una vez ella se hubo escapado de Yanina.»- ¿Por eso estaba usted esperando?»Me miró y sonrió.

»-Si quiere decirlo así... -Extendió los dedos como si fueran garras-. Por supuesto yo supe todo el tiempo que ella estaba escondida allí. Así que ordené que mis guardas patrullasen los caminos mientras yo esperaba - volvió a sonreír- y aprovechaba para estudiar en el monasterio.»-Pero si tuvo usted que esperar a que ella saliera de su escondite, ¿cómo es que ya sabía antes que se encontraba allí? – le preguntó Hobhouse.

»Los ojos del pacha brillaron como el sol sobre el hielo.»-Tengo olfato para esas cosas. – Cogió un grano de uva y delicadamente le sorbió el jugo. Después volvió a mirar a Hobhouse-. Por lo visto vuestro amigo, el griego gordo -dijo sin darle importancia-, la tenía escondida en la bodega de su casa.

»- ¿Athanasius? – pregunté con incredulidad.»-Sí. Es raro, ¿verdad? Resultaba evidente que era un verdadero cobarde. – El pacha cogió otro grano de uva-. Pero a menudo se dice que los hombres más valientes son los que primero tienen que conquistar su miedo.»- ¿Dónde está él ahora? – le pregunté.

»Alí soltó una risita de deleite.

»-Ahí fuera -repuso alegremente con un siseo-, en una estaca. Lo ha hecho muy bien; hasta esta mañana no ha muerto. Ha sido muy impresionante, en mi opinión, pues los gordos son siempre los que mueren con más rapidez.

»Lancé una fugaz mirada a Hobhouse. Éste se había puesto tan blanco como un cadáver; me sentí aliviado porque ya no me quedaba color alguno

que perder. Allí pareció no darse cuenta de la impresión que habíamos recibido, pero el pacha Vakhel, advertí, nos estaba contemplando con una amarga sonrisa en los labios.

»- ¿Qué sucedió? – le pregunté esforzándome por fingir un tono de trivialidad.

»-Les di caza -repuso el pacha Vakhel-. Junto a Pindus, una fortaleza rebelde, casi lograron escapar. – De nuevo vi una débil sombra cruzar por aquel rostro-. Casi... pero no del todo.

»-El griego gordo -dijo Alí- debía de tener un montón de información útil acerca de los rebeldes y todo lo demás. Pero se negó en redondo a hablar. Al final no nos quedó más remedio que arrancarle la lengua. Un verdadero fastidio. – Sonrió benignamente-. Sí, un hombre valiente.

»De pronto los músicos produjeron unos sonidos agitados. Todos levantamos la mirada. Una muchacha ataviada con sedas rojas había entrado corriendo en el salón. Se acercó a nosotros; llevaba el rostro oculto tras unos vaporosos velos, pero tenía el cuerpo hermoso, esbelto y de color aceitunado. De los tobillos y las muñecas se elevó un campanilleo cuando se postró; luego, a un chasquido de los dedos del pacha Vakhel, se levantó. La muchacha se quedó esperando en una postura que evidentemente había ensayado; se produjo un redoble de címbalos; la muchacha empezó a bailar.

Lord Byron hizo una pausa; luego suspiró.

–La pasión es una cosa rara y encantadora, la verdadera pasión de juventud y esperanza. Es un guijarro que se deja caer en un estanque, es el tañido de una campana que no se oye. Y sin embargo, al ir desapareciendo las ondas, al apagarse los ecos, la pasión es también un estado temible, porque todos sabemos, o lo descubrimos pronto, que la felicidad que se recuerda es la peor de todas las desdichas. ¿Qué puedo decirle? ¿Que la muchacha era tan bonita como una gacela? ¿Que era bonita, graciosa y viva? – El vampiro se encogió ligeramente de hombros-. Sí, puedo decírselo, pero eso no significa nada. Han pasado por mí dos siglos de insomnio desde que la vi bailar. Era preciosa, pero usted nunca podrá imaginarse cómo era, mientras que yo... -Miró fijamente a Rebecca, enarcando las cejas con la mirada fría y a la vez llameante, y luego negó con la cabeza-. Mientras que yo me he convertido en esta cosa que ve. – Cerró los ojos-. Comprenda, no obstante, que mi pasión era *furiosa*. Estaba enamorado incluso antes de saber quién era mi diosa. Lentamente, velo tras

velo, se fue descubriendo el rostro. Si antes era linda, ahora se volvió dolorosamente hermosa. – De nuevo miró fijamente a Rebecca, y de nuevo, manteniendo el entrecejo fruncido, se reflejó en sus facciones el deseo y la incredulidad-. Tenía el cabello castaño. – Rebecca se tocó el suyo. Lord Byron sonrió-. Sí -murmuró-, muy parecido al suyo, pero ella lo llevaba trenzado y entrelazado con hebras de oro; los ojos eran grandes y negros; las mejillas, del mismo color que el sol poniente; los labios, rojos y suaves. La música terminó; la muchacha cayó al suelo con un movimiento sensual y bajó la cabeza justo ante mis pies. Noté que sus labios me los besaban, aquellos labios que ya se habían encontrado antes con los míos, cuando nos abrazamos en la posada de Aheron. Lord Byron miró fijamente a algún punto más allá de Rebecca, a la oscuridad. Casi, pensó ella, como si estuviera haciendo un llamamiento, como si la oscuridad fuera los siglos que lo habían transportado en su flujo, alejándolo de aquel estremecimiento de felicidad. – ¿Era Nikos? – le preguntó Rebecca. – Sí. – Lord Byron sonrió-. Nikos, o mejor dicho, la chica que se había hecho pasar por un muchacho llamado Nikos. Levantó la cabeza y se echó el pelo hacia atrás. Sus ojos se encontraron con los míos; no había ningún signo de reconocimiento en ellos, sólo la apagada indiferencia de la esclava. Qué inteligente era, pensé, ¡qué valiente y voluntariosa! Y durante todo el tiempo, sí, durante todo el tiempo -volvió a mirar fugazmente a Rebecca-, ¡qué hermosa! No era de extrañar que yo empezase a notar un flujo de sangre y que mis pensamientos se convirtiesen en un torbellino, que empezara a sentirme como si me encontrase en el Edén y se me ofreciera el fruto del árbol prohibido. ¡Aquella era la poesía de la vida que yo esperaba encontrar al comenzar mi viaje! Un hombre, pensé, no puede siempre aferrarse a las orillas. Debe seguir hacia donde lo lleve el océano, de lo contrario, ¿qué es la vida? Una existencia sin pasión, sin sensación de variedad, y por lo tanto, desde luego, muy parecida a la muerte. – Lord Byron se detuvo y mostró ceño-. Eso es lo que yo creía, por lo menos. – Lanzó una carcajada hueca-. Y era muy cierto, creo. No puede haber vida sin tumulto ni deseo. – Suspiró y miró de nuevo a Rebecca-. Si le cuento todo esto es para que pueda comprender tanto mi pasión por Haidée como el motivo por el que actué movido por esa pasión; porque yo sabía, e incluso ahora, incluso aquí, creo que tenía razón, que ahogar un impulso es matar el alma. Y por eso cuando el pacha Vakhel, al abandonar Tapaleen

llevándose consigo a su esclava, nos pidió que fuéramos a Aheron como invitados suyos, acepté. Hobhouse se puso furioso y juró que no iría, incluso Alí frunció el entrecejo de un modo misterioso y movió la cabeza de un lado a otro, pero no me dejó convencer. Así que quedamos de acuerdo: yo viajaría con Hobhouse por la carretera de Yanina y luego nos separaríamos. Hobhouse iría a recorrer Ambracia y yo me quedaría en Aheron. Volveríamos a encontrarnos al cabo de tres semanas en una ciudad de la costa sur llamada Missolonghi. – De nuevo Lord Byron frunció el entrecejo-. Todo muy romántico, ¿sabe? Y sin embargo, aunque era completamente cierto que yo estaba enfermo de pasión hasta tal punto que apenas si alcanzaba a comprenderlo, aquello no lo era todo. – Movié la cabeza-. No, había otro motivo para mi visita a Aheron. La noche anterior a la partida del pacha Vakhel yo había vuelto a soñar. Por segunda vez me encontraba entre ruinas, en esta ocasión no las de una pequeña ciudad, sino las de una gran ciudad, de tal modo que, dondequiera que mirase, no había nada más que destrucción, los destrozados peldaños de tronos y templos, pequeños fragmentos bañados por la palidez de la luna, habitados únicamente por el chacal y la lechuza. Incluso los sepulcros, según pude ver, estaban abiertos y desnudos. Y comprendí, en medio de aquella vasta expresión de ruinas y restos, que no había ningún otro hombre viviente más que yo.

»Volví a notar en la garganta las uñas del pacha, y sentí que su lengua me lamía la sangre. Luego lo vi ante mí, una pálida forma luminosa en medio de los cipreses y las piedras, y lo seguí. Parecía increíblemente antiguo, tan antiguo como la ciudad en medio de la cual me conducía, y en posesión de una sabiduría de siglos y de los secretos de la tumba. Delante de nosotros apareció la sombra de una forma titánica.

»-Sígueme -le oí susurrar. Me acerqué al edificio; luego penetré en su interior. Había escalinatas que se alejaban y retorcían, y que tenían una increíble longitud; el pacha subió por una de ellas, pero cuando corrí para reunirme con él, la escalinata se derrumbó y me encontré perdido en un inmenso recinto. El pacha continuaba subiendo, y yo seguía oyendo su llamada en el interior de mi cabeza-. Sígueme. – Pero yo no podía; lo miré y sentí una sed más terrible que ningún anhelo que hubiera tenido nunca, de ver qué aguardaba en lo alto de la escalera, porque sabía que se trataba de la inmortalidad. Muy por encima de mi cabeza se arqueaba una bóveda,

enjoyada y resplandeciente; ojala pudiera alcanzarla, pensé; entonces comprendería y mi sed se vería aplacada. Pero el pacha había desaparecido y yo permanecía allí, abandonado entre las sombras carmesíes-. Sígame - podía oír aún mientras luchaba por despertarme-, sígame.

»Pero abrí los ojos y aquella voz se apagó en la luz de la mañana.

«Durante los días que siguieron imaginé varias veces que volvía a oír aquel susurro. Sabía desde luego que sólo era mi imaginación, pero aun así me sentía inquieto y turbado. Estaba desesperado por ir a Aheron.

OceanofPDF.com

Capítulo IV

*'Tis said holdest converse with the things
which are forbidden to the search of man;
that with the dwellers of the dark abodes,
the many evil and unheavenly spirits
which walkest the valley of the shadow of death,
thou communest.*

Lord Byron, *Manfred*

Se dice que mantienes conversaciones con las cosas
que están prohibidas para el hombre que las busca;
que con los habitantes de las oscuras moradas,
los muchos espíritus malignos e impíos
que caminan por los valles de la sombra de la muerte,
tú te comunicas.

Lord Byron, *Manfred*

—Hobhouse, tal como habíamos acordado, se separó de mí en el camino de Yanina. Siguió cabalgando hacia el sur; yo giré hacia las montañas, hacia el tortuoso sendero que conducía a Aheron. Estuvimos cabalgando a buena marcha durante todo el día. Y digo que estuvimos cabalgando porque acompañándonos a Fletcher y a mí venía un único guardaespaldas, un pícaro fiel llamado Viscillie, que me había prestado, como muestra de favor, el pacha Alí. Los riscos y gargantas se encontraban tan solitarios como siempre; al cruzar aquellas desoladas tierras vírgenes por segunda vez no pude evitar recordar con cuánta facilidad habían abatido a nuestros guardias en la primera ocasión. Sin embargo, nunca llegué a sentirme verdaderamente preocupado, ni siquiera cuando pasamos por el lugar donde nos habían tendido la emboscada y divisé unos restos de huesos bajo el sol. Ahora iba vestido como un pacha albano, ¿sabe?, todo de color carmesí y dorado, muy *magnifique*, y resulta difícil comportarse como un cobarde cuando se va vestido así. De manera que me atusé los bigotes, me contoneé en la silla de montar y me sentí el igual de cualquier bandido del mundo.

»Era ya tarde cuando oímos el estruendo de la cascada de agua, por lo que supimos que habíamos llegado al Aheron. Más allá del puente, el camino se bifurcaba: un sendero conducía al pueblo donde nos habíamos alojado la vez anterior, y el otro seguía hacia arriba por las montañas.

Tomamos el segundo sendero; era empinado y estrecho, y serpenteaba entre riscos y cantos rodados esparcidos, mientras que a nuestra derecha, en un abismo de negrura, se abría la garganta por la que fluía el río Aheron. Empecé a sentirme nervioso, ridícula y miserablemente nervioso, como si las aguas de allá abajo me estuvieran helando el alma, e incluso Viscillie, me percaté de ello, parecía sentirse a disgusto.

»-Será mejor que nos demos prisa -masculló mientras echaba un fugaz vistazo a los picos de las montañas que quedaban al oeste-. Pronto se hará de noche. – Sacó un cuchillo-. Lobos -dijo haciéndome una indicación con la cabeza-. Lobos... y otros animales.

»Delante de nosotros, en un resplandor de luz sin nubes, el sol iba desapareciendo rápidamente. Pero incluso después de que se hubiera ocultado, su calor permaneció, opresivo y denso, de manera que al convertirse en noche el crepúsculo las estrellas parecían gotas de sudor. El camino empezó a hacerse más tortuoso a medida que ascendíamos entre un bosque de oscuros cipreses cuyas raíces se retorcían y se agarraban a las rocas y cuyas ramas ensombrecían nuestro camino. De pronto Viscillie tiró de las riendas de su caballo y levantó una mano. Yo no podía oír nada, pero entonces Viscillie me señaló algo con el dedo y pude ver, en un claro en medio de los árboles, el destello de algo pálido. Avancé un poco cabalgando; ante mí se hallaba un arco antiguo cuyo mármol se hallaba bañado de blanco por la luna, pero que se estaba desmoronando, a ambos lados del camino, entre escombros y malas hierbas. Había en él una inscripción, apenas legible, justo encima del arco: «Éste, oh Señor de la Muerte, es un lugar consagrado a ti...» Ya no podía leerse nada más. Miré a mí alrededor: todo parecía estar en calma.»-Aquí no hay nada -le dije a Viscillie; pero éste, cuyos ojos estaban entrenados para ver en la oscuridad de la noche, hizo un gesto con la cabeza y señaló camino arriba. Alguien estaba caminando por allí, de espaldas a nosotros, entre las sombras de las rocas. Espoleé a mi caballo y me dirigí hacia adelante, pero la figura no se volvió para mirar hacia mí, sino que continuó caminando a un implacable y largo paso.

»- ¿Quién eres? – le pregunté girándome sobre el caballo para poder mirar de frente a aquel hombre. Él no dijo nada, y continuó con la mirada fija al frente; llevaba el rostro oculto en las sombras de una tosca capucha negra-. ¿Quién eres? – volví a preguntarle; y me incliné hacia adelante para

levantarle la capucha y así poder verle la cara. Me quedé mirándolo... y me eché a reír. Era Gorgiou-. ¿Por qué no me has contestado? – le pregunté.

»Gorgiou continuó sin decir nada. Me miró lentamente, pero sus ojos parecían no ver, vidriados, aletargados, hundidos profundamente en el cráneo. Ni la menor chispa de reconocimiento le cruzó por el rostro; al contrario, cuando Gorgiou se dio la vuelta, mi caballo relinchó con súbito miedo y retrocedió. Gorgiou cruzó el camino y se adentró entre los árboles. Lo estuve observando mientras desaparecía con el mismo paso largo y lento de antes.

«Viscillie me alcanzó; también su caballo parecía inquieto y asustado. Viscillie besó la hoja de su cuchillo.

»-Vamos, milord -me dijo en un susurro-. Estos lugares antiguos están habitados por fantasmas.

»Nuestros caballos continuaron mostrándose nerviosos, y sólo con grandes esfuerzos logramos obligarlos a seguir adelante. Ahora el sendero se iba ensanchando poco a poco, a medida que iban desapareciendo las rocas de un lado, mientras que al otro la pared de la montaña se elevaba bruscamente hacia lo alto por encima de nuestras cabezas. Aquello era un promontorio, según pude notar, que se elevaba entre nosotros y el río Aheron; me quedé mirando fijamente hacia arriba, pero la cima no era más que una línea negra dibujada contra el color plateado de las estrellas que bloqueaba la luz de la luna de tal manera que apenas lográbamos ver lo que había delante de nosotros. De mala gana nuestros caballos reemprendieron la marcha por el sendero, hasta que el acantilado se hizo menos escarpado y de nuevo pudimos disfrutar de la luz de la luna. Ante nosotros el sendero se abría paso rodeando un saliente de roca; seguimos avanzando por él, y allí, construida sobre la ladera de la montaña, nos encontramos con una ciudad en ruinas. El sendero serpenteaba hacia lo alto para terminar en un castillo construido sobre la misma cumbre. Éste también parecía en ruinas, y no pude ver que brillase luz alguna en sus almenas. No obstante, al observar la dentada forma del castillo, que se recortaba contra el cielo estrellado, tuve la certeza de que habíamos llegado al final de nuestro viaje, y de que allí, dentro de aquellos muros, el pacha Vakhel nos estaba esperando.

«Continuamos cabalgando y atravesamos la ciudad. Había iglesias abiertas a la luna y columnas hechas pedazos y cubiertas de malas hierbas. Entre las ruinas vi una pequeña chabola, construida entre las columnas de

algún edificio abandonado, y luego, al subir por el camino, vi otras casas, tan miserables como la primera, acurrucadas entre las ruinas del pasado como habitantes usurpadores de un terreno. Comprendí que aquélla era la aldea de la cual había debido de escaparse Haidée, pero no se veía la menor señal de ella ni de ningún otro ser viviente, excepto un perro que ladraba enloquecido y que luego se acercó a nosotros moviendo el rabo. Alargué la mano para acariciarlo; el animal lamió mi mano y echó a andar detrás de nosotros cuando continuamos avanzando sendero arriba. Delante de nosotros había una gran muralla que protegía el castillo; en ella se veían dos puertas abiertas. Me detuve bajo ellas para mirar hacia la aldea. Me acordé de Yanina y de Tapaleen, de las escenas llenas de vida que nos habían recibido en ambas, y me estremecí, a pesar del calor insoportable, al ver la miserable quietud de aquellas casuchas. Cuando nos dimos la vuelta y pasamos a través de las puertas de la muralla, incluso el perro gimió y salió huyendo.

»Las puertas se cerraron de golpe, pero seguíamos sin ver a nadie. Entonces observé que había otras murallas entre nosotros y el castillo, murallas que parecían construidas en la propia montaña, pues sus almenas se alzaban escarpadas de las mismas paredes de la montaña. El único camino que conducía al castillo era el que estábamos siguiendo, y también la única ruta de escape, pensé de pronto, al tiempo que un segundo par de puertas se cerraban a nuestra espalda. Pero vi antorchas cuya luz oscilaba en las murallas, y agradecí aquellos signos de vida; empecé a pensar en comida y en una cama blanda, y en todos esos placeres que sólo puede ganarse un viajero. Apreté el paso de mi caballo para pasar por una tercera puerta, y al hacerlo miré hacia atrás y vi que todo el camino estaba iluminado por antorchas. Entonces el tercer par de puertas se cerró, y de nuevo reinó la calma; estábamos solos. Nuestros caballos relincharon atemorizados, y los golpes de los cascos resonaron en la piedra. Nos encontrábamos en un patio; delante de nosotros, unos escalones conducían a una entrada sin puertas, una entrada muy antigua, según comprobé, que estaba adornada con estatuas de seres monstruosos; por encima de nosotros se elevaba el muro del castillo. Todo estaba iluminado por la resplandeciente luz plateada de la luna. Desmonté y crucé el patio hacia la entrada sin puertas.

»-Bien venido a mi hogar -me saludó el pacha Vakhel. No lo había visto aparecer; pero allí estaba, esperándome, en lo alto de la escalera. Extendió

las manos y me cogió las mías; me abrazó-. Mi querido lord Byron -me susurró al oído-. Estoy realmente contento de que haya venido. – Me besó de lleno en los labios y luego se echó hacia atrás para mirarme a los ojos. Los suyos brillaban con mucha más intensidad de lo que yo recordaba; el pacha tenía el rostro tan aplastado como la luna, y su contorno era luminoso, como el cristal contra algo oscuro. Me cogió del brazo y me indicó el camino-. El viaje hasta aquí es muy duro -me dijo-. Venga a comer y luego tómese un bien merecido descanso. – Le seguí escalera arriba a través de varios patios y de innumerables puertas. Me di cuenta de que me encontraba más cansado de lo que había imaginado, porque la arquitectura de aquel lugar se parecía a la de mis sueños: se extendía interminablemente y luego disminuía, llena de recovecos e imposibles mezclas de estilos-. Por aquí -dijo el pacha finalmente mientras apartaba una cortina de oro y me hacía una indicación para que lo siguiera. Miré a mi alrededor; varios pilares, al estilo de un templo antiguo, rodeaban la estancia, pero encima de mí, en un refulgente mosaico de tonos dorados, azules y verdes, se alzaba una bóveda tan etérea que parecía de vidrio. La luz era tenue, pues sólo había dos grandes candelabros cuya forma era la de dos serpientes entrelazadas, pero incluso así pude distinguir algunas palabras, escritas en árabe, alrededor del borde de la bóveda. El pacha debía de estar observándome, porque me susurró al oído-: Y Alá creó al hombre de coágulos de sangre. – Sonrió perezosamente-. Es una cita del Corán. – Me cogió de la mano y me indicó que tomase asiento. Había cojines y sedas dispuestos alrededor de una mesa baja repleta de comida. Ocupé el lugar que me correspondía y obedecí la invitación de mi anfitrión para que comiera. Una vieja criada me estuvo llenando el vaso de vino todo el tiempo, y el del pacha también, aunque noté que él lo sorbía sin aparente placer. Me preguntó si me sorprendía verle beber vino; cuando le dije que así era, en efecto, se echó a reír y me dijo que él no acataba órdenes de ningún dios-. Y usted -me preguntó, con los ojos relucientes-, ¿qué osaría desafiar por placer?»Me encogí de hombros.

»- ¿Por qué? ¿Qué placer hay aparte de beber vino y comer cerdo? Yo practico una religión sensata que me permite disfrutar de esas dos prohibiciones. – Levanté la copa y la apuré-. Y así evito la condenación.»El pacha sonrió suavemente.

»-Pero usted es joven, milord, y muy hermoso. – Alargó el brazo por encima de la mesa y me cogió la mano-. ¿Y a pesar de ellos sus placeres acaban realmente en la consumición de cerdo?

»Eché una rápida ojeada a la mano del pacha y luego me encontré de nuevo con su mirada.

»-Puede que sea joven, excelencia, pero he aprendido que todo gozo lleva consigo su impuesto, en proporción.»-Quizá tenga razón -dijo el pacha apaciblemente. Un velo de inexpresividad pareció cubrirle los ojos-. Debo admitir -añadió después de una cansada pausa- que apenas recuerdo lo que es el placer, tan enfriado me encuentro por el paso de los años.»Lo miré, sorprendido.

»-Perdóneme, excelencia -le dije-, pero no me parece que sea usted una persona voluptuosa.

»- ¿No? – preguntó. Retiró su mano de la mía. Al principio pensé que se había enfadado, pero cuando le miré atentamente el rostro sólo vi una expresión de terrible melancolía y las pasiones convertidas en hielo como las ondas de algún estanque helado-. Hay ciertos placeres, milord -continuó diciendo lentamente-, con los cuales usted ni siquiera ha soñado. Placeres de la mente y de la sangre. – Me miró, y ahora sus ojos parecían tan profundos como el espacio-. ¿No es por eso por lo que ha venido aquí, milord? ¿Para probar por sí mismo una muestra de esos placeres?

»En su mirada se notaba la coacción.»-Es cierto -repuse sin bajar la mirada- que, a pesar de que apenas le conozca, presiento que es usted el hombre más extraordinario que haya tenido nunca oportunidad de conocer. Se va a reír de mí, excelencia, pero en Tapaleen soñé con usted. Imaginé que venía hasta mí, que me mostraba cosas extrañas y que me insinuaba verdades ocultas. – De pronto me eché a reír-. Pero, ¿qué pensaría usted de mí si le dijera que he venido aquí siguiendo la llamada de unos cuantos sueños extraños? Se ofendería.»-No, milord, no me ofendo. – El pacha se puso en pie, me cogió ambas manos y me abrazó-. Ha tenido usted un día muy duro. Hoy se merece dormir bien, sin soñar, tener el sueño de los benditos. – Me besó y noté que sus labios estaban fríos. Me sorprendió, porque antes, en el exterior, a la luz de la luna, no había sido así-. Despiértese fresco y lozano, milord -dijo el pacha en voz baja; luego dio unas palmadas; una esclava con el rostro cubierto por un velo apartó la cortina y entró. El pacha se volvió hacia ella-: Haidée, lleva a nuestro

invitado a su cama. – La excitación que me produjo la sorpresa debió de hacerse evidente-. Sí -añadió el pacha mirándome fijamente-. Es la que he traído de Tapaleen, mi linda fugitiva. Haidée -dijo haciendo un gesto con la mano-, quítate el velo. – Con un movimiento gracioso, ella así lo hizo, y el largo cabello que lucía se derramó en libertad. Estaba más bonita incluso de lo que yo la recordaba, y me llenó de repulsión imaginármela ofreciendo sus servicios como puta del pacha. Dirigí una fugaz mirada al pacha; éste tenía los ojos clavados en su esclava, y vi en aquel rostro una mirada tan llena de hambre y de deseo que casi sentí un estremecimiento: aquel hombre tenía la boca entreabierta y los orificios nasales acampanados, como si estuviera olfateando a la muchacha, y su deseo parecía fundido con una terrible desesperación. Se dio la vuelta y me sorprendió mirándole; la misma mirada hambrienta se apoderó de su rostro al mirarme a mí; luego desapareció y aquella expresión helada, la misma de antes, hizo acto de presencia de nuevo-. Duerma -me dijo a modo de despedida; hizo un gesto con la mano-. Necesita el descanso; tendrá usted muchas cosas de las que ocuparse en los días venideros. Buenas noches, milord.

»Incliné la cabeza, le di las gracias y luego seguí a Haidée. Me condujo hacia arriba por una escalera; cuando llegamos a lo alto se dio la vuelta y me besó, un beso largo y amoroso, y yo, que no necesitaba que me animasen, la tomé en mis brazos y recibí sus labios lo mejor que pude.»-Ha venido por mí, mi querido y dulce lord Byron. – Volvió a besarme-. Ha venido por mí. – Luego se desprendió de mi abrazo y me tomó de la mano-. Por aquí -me indicó haciéndome subir un segundo tramo de escalera. En la muchacha no había ya ningún signo de esclavitud; en cambio parecía encendida por la pasión y la excitación, más bonita que nunca, con una especie de fiero gozo que hizo que la sangre me hirviera en las venas y me avivó el ánimo de la manera más grata. Acabamos en una habitación que, sorprendido, vi que me recordaba mi antiguo dormitorio de Newstead: gruesos pilares y pesados arcos, candelabros venecianos, objetos góticos que me resultaban familiares. Casi pude imaginarme a mí mismo de vuelta en Inglaterra; desde luego, aquél no era lugar apropiado para Haidée, era tan natural, tan amorosa... tan griega. La abracé, y ella levantó los labios para besarme de nuevo, y fue tan ardiente y dulce el beso como aquel primero en la posada, cuando se atrevía a creer que podía ser libre.

»Y entonces, naturalmente, recordé que no lo era. Lentamente aparté mis labios de los suyos.

»- ¿Por qué nos ha dejado solos el pacha? – le pregunté.

»Haidée me miró fijamente, con los ojos muy abiertos.»-Porque espera que usted me desflore -repuso la muchacha con sencillez.

»- ¿Desflorarte? – Y luego, tras una pausa, añadió: ¿Que él lo *espera*?

»-Sí. – La frente se le oscureció con una súbita amargura-. Esta noche me han desencadenado, ¿comprende?»- ¿De dónde?

»-De ninguna parte. – A su pesar, Haidée se echó a reír. Cruzó las manos castamente delante de sí-. Aquí -dijo-. Lo que hay aquí es, al fin y al cabo, de mi amo, no mío. Él puede hacer con ello lo que le plazca. – Levantó las manos y luego se subió las enaguas: alrededor de las muñecas y de los tobillos llevaba unos delicados aros de acero, no pulseras como yo había pensado, sino grilletes. Haidée juntó de nuevo las manos-. Las cadenas pueden adaptarse para cerrarme los muslos.

»Me quedé en silencio durante unos instantes.»-Comprendo -dije luego.

»Me miró fijamente, con los ojos muy abiertos y sin parpadear; luego tiró de mí y me acercó a ella.

»- ¿Es eso cierto? – me preguntó al tiempo que levantaba una mano para acariciarme los rizos del cabello-. No puedo, y no quiero, ser una esclava, milord, y mucho menos la esclava de *él*, no, no, de *él* no. – Me besó suavemente-. Querido Byron, ayúdeme, por favor, ayúdeme. – De pronto sus ojos comenzaron a llamear llenos de furia y de un torturado orgullo-. *Tengo que ser libre* -me susurró en un suspiro-. *Tengo que serlo*.

»-Lo sé. – La abracé con fuerza-. Lo sé.»- ¿Lo jura? – Noté que temblaba al apretarse contra mí-. ¿Jura que me ayudará?

«Asentí. Aquella pasión, semejante a la de una tigresa, combinada con la belleza de una diosa del amor... ¿cómo era posible que no me excitase? ¿Cómo podía ser? Eché una mirada por encima de la cama. Y luego, igual que antes, la misma idea me vino a la mente: ¿*por qué* nos había dejado a solas? El pacha no parecía el tipo de hombre que acepta gustoso que un invitado se acueste con su esclava favorita. Y yo estaba en lo alto de las montañas, en una tierra extraña, prácticamente solo.

»Recordé lo que me había dicho antes Haidée.»- ¿Es cierto -le pregunté lentamente- que el pacha nunca te ha hecho el amor?

«Levantó la mirada hacia mí y luego la apartó.»-No, nunca. – Se le notaba cierto desagrado en la voz, pero también, sin duda alguna, un súbito indicio de miedo-. Nunca me ha usado para... eso.

»-Entonces, ¿para qué? – La muchacha movió suavemente la cabeza y cerró los ojos. Tiré de ella para que se diera la vuelta y me mirase-. Pero ¿por qué, Haidée? No lo entiendo. ¿Por qué te ha desencadenado para mí?

»- ¿Realmente no se da cuenta? – Me miró con una súbita expresión de duda en los ojos-. ¿No lo comprende? ¿Cómo puede tener amor una esclava? Las esclavas son putas, mi querido Byron. ¿Quiere que yo sea su puta, mi Byron querido, mi dulce lord Byron, en eso quiere que me convierta?

»Dios mío, pensé que iba a echarse a llorar y estuve a punto de poseerla allí mismo. Pero no, ella tenía la fuerza y la pasión de una tormenta en las montañas y no fui capaz de hacerlo. Si hubiera sido una triste ramera de Londres... bueno, yo era lo bastante libertino como para saber que, en general, las mujeres lloran simplemente para lubricarse; si hubiera sido así, la habría presionado. Pero Haidée, que tenía la belleza de su tierra, poseía también algo más, algo del espíritu de la antigua Grecia, de aquel espíritu que yo había aguardado tanto tiempo para poder encontrar, y ahora lo estaba abrazando en aquella esclava, rayos de luz que habían guiado a los argonautas y habían inspirado a sus ancestros en las Termopilas. Tan bella, tan salvaje, un ser de las montañas, inquieto casi hasta morir por ese motivo, dentro de su propia jaula.

»-Sí -le susurré al oído-. Serás libre, te lo prometo. – Y luego, en voz muy baja, añadí:- Y ni siquiera haré el amor contigo hasta que tú quieras que lo haga.

»Me condujo hasta un balcón.

»-Entonces, ¿estamos de acuerdo? – me preguntó-. ¿Nos escaparemos juntos de este lugar? – Asentí. Haidée sonrió feliz y luego apuntó hacia el cielo-. Debemos esperar -dijo-. No podemos irnos mientras haya luna llena.

»La miré, sorprendido.

»- ¿Y eso por qué?

»-Porque no es seguro.

»-Sí, pero, ¿por qué?

»Me puso un dedo en los labios.

»-Confíe en mí, Byron. – Se estremeció a pesar del calor-. Yo sé lo que ha de hacerse. – Volvió a estremecerse y miró por encima del hombro. Seguí la dirección de su mirada y vi una torre que se recortaba contra la luna; en el punto más alto de la torre brillaba una luz roja. Me acerqué al borde del balcón y vi que la torre se alzaba, escarpada, en el mismo borde del promontorio. Mucho más abajo fluía el río Aheron, cuyas densas aguas no bañaba la luz de la luna; miré hacia abajo por uno de los lados del balcón en el que me encontraba y vi que la caída hacia el abismo que se abría a mis pies era tan abrupta y vertical como desde todas las demás paredes. Haidée me abrazó y señaló hacia un punto. Volví a mirar hacia arriba; la luz roja de la torre había desaparecido.

»-Tengo que irme -dijo.

»En aquel momento llamaron a la puerta. Haidée cayó de rodillas y comenzó a desatarme las botas.

»-Adelante -grité.

»La puerta se abrió y entró un extraño ser. Digo un ser porque, aunque aquella cosa tenía forma de hombre, no había el menor rastro de inteligencia en su rostro, y sus ojos parecían más muertos que los de un lunático. Su piel semejaba cuero, cubierta toda ella por mechones de pelo; la nariz estaba podrida; las uñas eran curvadas, semejantes a garras. Entonces recordé que ya había visto antes a aquel ser, desmoronado ante los remos de la barca del pacha. Ahora, al igual que entonces, iba vestido de un color negro grasiento y llevaba en las manos una palangana con agua.

»-Agua, amo -dijo Haidée con la cabeza inclinada-. Para que se lave.

»-Pero, ¿dónde está mi criado?

»-Están cuidando de él, amo. – Haidée se volvió hacia aquel ser y le indicó que bajase la palangana. Vi que reprimía una mirada de horror y repugnancia. Se inclinó para quitarme las botas; luego se irguió y adoptó una actitud de espera, de nuevo con la cabeza baja-. ¿Desea algo más, amo?

»Le dije que no. Haidée echó una mirada fugaz a aquel ser; de nuevo observé aquella ahogada expresión de miedo. La muchacha cruzó la habitación y la criatura la siguió; luego pasó junto a ella y salió hacia la escalera arrastrando los pies. Haidée pasó junto a mí al marcharse.

»-Vaya a ver a mi padre -me dijo en un susurro-. Dígle que estoy viva.

»Me rozó una mano con un dedo; después se marchó y me quedé a solas.

»Me sentía tan agitado y mi ánimo estaba tan confuso a causa del deseo y la duda, que estaba seguro de que no conseguiría dormir. Pero debía de estar más cansado por el viaje de lo que era consciente, porque nada más tenderme aquella noche en la cama, caí sumido en un profundo sueño. No tuve ninguna pesadilla, ni tampoco la más ligera insinuación de pesadillas; en cambio, dormí sin interrupción, y ya era bien avanzada la mañana cuando por fin me desperté. Me asomé al balcón; muy por debajo de mí, y tan negro como antes, estaba el río Aheron, pero todos los otros colores, los tintes de la tierra, los tonos del cielo, parecían teñidos con la belleza del paraíso; pensé lo extraño que resultaba, en aquella tierra formada para los dioses, que hombre alguno la hubiera mancillado con semejante tiranía. Miré hacia la torre, tan dibujada contra el cielo de la mañana como lo había estado contra las estrellas. Al contemplar de nuevo la belleza del paisaje pensé que, en aquel lugar por lo menos, era como si el demonio hubiera prevalecido contra los ángeles y hubiera colocado su trono en el cielo para gobernarlo como si del infierno se tratase. Y sin embargo, pensé, ¿por qué el pacha Vakhel me llenaba de semejante temor, tanto que podía llamarlo demonio y sentir que aquélla era algo más que una mera palabra ociosa? Pensé que era el miedo de las demás personas, los rumores que había oído, la soledad y el misterio; todas estas cosas; y las señales borradas de su oscuro mandato. ¿No se había dicho siempre, al fin y al cabo, y eso yo lo sabía con toda certeza, que el diablo era un aristócrata?

»Temía, y ello me excitaba al mismo tiempo, tener que encontrarme de nuevo con el pacha. Pero cuando bajé a la habitación en la que habíamos estado la noche anterior, la habitación de la bóveda, sólo encontré en ella a la vieja criada, que estaba esperándome. Me entregó una nota; la abrí. «Mi querido lord Byron -leí-, debe perdonarme, pero hoy no puedo reunirme con usted. Por favor, acepte mis más sinceras disculpas, pero un asunto que no puedo posponer reclama mi presencia. El día le pertenece; le veré esta noche.» La firma estaba garabateada en árabe.

»Pregunté a la criada dónde estaba el pacha; pero ella se echó a temblar y se puso tan nerviosa que al parecer perdió el habla. Le pregunté por Haidée, y luego por Fletcher y por Viscillie; pero estaba demasiado asustada incluso para entenderme, de modo que todas mis preguntas fueron en vano. Al final, con gran alivio por su parte, le permití que me sirviera el desayuno. Después de comérmelo la despedí y me quedé solo.

»Me preguntaba qué podría hacer, o más bien qué se me permitiría hacer. La desaparición de mis dos seguidores me turbaba cada vez más; la ausencia de Haidée suscitaba en mí pensamientos aún más oscuros, si es que era posible. Decidí explorar el castillo, cuya vasta extensión había podido percibir hasta cierto punto la noche anterior, para ver si hallaba algún rastro de cualquiera de ellos. Salí de la habitación abovedada y empecé a caminar por un largo pasillo, también abovedado. Un arco tras otro parecían conducir al final del mismo, pero no hacían más que desembocar en otros pasillos contruidos a su vez con series de arcos, de modo que daba la impresión de que no tuvieran fin, de que no hubiera camino de vuelta ni salida.

Los pasillos estaban iluminados por grandes braseros cuyas llamas se alzaban por las paredes, y que sin embargo no desprendían calor, sino únicamente la más mortecina de las luces. Mi imaginación comenzó a agobiarse; la idea del colosal peso de la roca que tenía sobre mi cabeza, junto con la parpadeante penumbra del propio laberinto, me estaba convenciendo de que me hallaba perdido para siempre en alguna extensa cripta sellada. Me puse a llamar a voces, pero mi voz apenas si tenía eco en aquel aire enrarecido. Volví a llamar, y luego lo hice otra vez; porque al mismo tiempo que me sentía a solas en aquella prisión, también tenía la sensación de que unos ojos, que no parpadeaban, me estaban observando. En los pilares de algunos de los arcos habían tallado unas estatuas, muy antiguas, de formas griegas, pero los rostros, en aquellas que aún lo conservaban, tenían una expresión de extraordinario horror. Me detuve junto a un pilar para tratar de averiguar en qué consistía el horror, porque no había nada aparente, nada monstruoso ni grotesco, en el rostro de aquella estatua. Sin embargo, el solo hecho de mirarla me hacía sentir enfermo de repulsión. Era la inexpresividad, lo comprendí de pronto, que con notable habilidad se había combinado con una expresión de sed desesperada; casi al instante comprendí que la estatua me recordaba al criado del pacha, a la criatura vestida de negro que había entrado en mi habitación la noche anterior. Miré a mi alrededor y luego continué mi camino, tropezando. Empecé a imaginar que podía ver otras criaturas entre las sombras, criaturas que me contemplaban con ojos de hombre muerto. En una ocasión estuve tan seguro de aquella presencia que llamé en voz alta, e incluso me pareció ver a una criatura que se escabullía, pero cuando la seguí por uno de los

arcos no encontré nada delante de mí más que la luz de las antorchas y la piedra.

»La luz parecía más profunda que antes, y cuando seguí pasando por los arcos, las piedras comenzaron a hacerme guiños como si tuvieran oro incrustado. Examiné las paredes y vi que estaban decoradas con mosaicos realizados al estilo bizantino, aunque desfigurados desde hacía mucho tiempo. Los ojos de los santos habían sido arrancados a golpes de cincel, de manera que también ellos tenían aquella familiar mirada propia de los muertos. Una Madonna desnuda se abrazaba a un Cristo; el infante sonreía con astuta malicia mientras que a la Virgen le habían proporcionado un rostro tan seductor que apenas podía creer que aquello no fuera más que una mera obra de arte en una pared. Me di la vuelta, pero luego noté que algo me empujaba a mirar hacia atrás, a aquella sonrisa de prostituta, a aquel brillo de hambre que había en los ojos de la Madonna. Me di la vuelta por segunda vez y me obligué a no mirar hacia atrás de nuevo. Pasé a toda prisa por otro arco. Ahora la luz era más rica, de un rojo más profundo. Delante de mí se alzaba una cortina de brocado que me cortaba el camino. La aparté a un lado y seguí andando; luego me detuve para contemplar lo que se extendía por encima de mí y a mí alrededor.

»Me encontraba en un vasto salón, vacío y cubierto por una bóveda, cuyo extremo más alejado distaba tanto de mí que quedaba sumido en la oscuridad. Unos colosales pilares que salían de la pared se alzaban como titanes ensombrecidos; los arcos, iguales a aquellos por los que acababa de pasar, parecían abrirse hacia la noche. Sin embargo, el salón estaba iluminado; al igual que en los pasillos, unos braseros ardían sin despedir calor, y las llamas se elevaban formando una pirámide hacia el pináculo de la bóveda. Justamente debajo de ese punto, en el centro del salón, divisé un pequeño altar hecho de piedra negra. Me acerqué a él y vi que era lo único que había en todo aquel colosal lugar. Todo lo demás estaba vacío; y no se oía sonido alguno en toda la elevada y pesada amplitud de aquel salón vacío más que el que producían mis pies.

»Llegué hasta el altar y vi que había juzgado mal su tamaño a causa de la gran distancia a la que me encontraba cuando lo viera por primera vez. No era un altar, sino un pequeño templo de la clase que los mahometanos construyen a veces en sus mezquitas. No pude leer la inscripción en árabe que había tallada alrededor de la puerta del templo, pero la reconocí por la

de la noche anterior: «Y Alá creó al hombre con coágulos de sangre.» Pero si el templo había sido verdaderamente construido por un mahometano, y no veía otra explicación posible que justificara su presencia allí, entonces las otras decoraciones que había en las paredes me dejaban inseguro y sorprendido. El Corán prohíbe representar la forma humana, y allí, talladas en la piedra, se veían las figuras de demonios y dioses antiguos. Justo encima de la entrada podía verse el rostro de una hermosa muchacha, con un aire de puta tan grande y tan cruel como el de la Madonna que había visto poco antes. Lo miré y sentí los mismos extraños pinchazos de repugnancia y deseo que había experimentado ante el mosaico. Me pareció que podría quedarme mirando eternamente el rostro de la muchacha, y sólo mediante un esfuerzo fui capaz de apartar de él la mirada y cruzar el umbral hacia la oscuridad que había más allá.

»Me pareció percibir el ruido de algún movimiento. Miré hacia las sombras, pero no pude ver nada. Justo delante de mí había unos escalones que conducían a la negrura situada más abajo; avancé unos pasos y de nuevo oí el ruido.

»- ¿Quién está ahí? – pregunté en voz alta. No hubo respuesta. Avancé un paso más. Empezaba a ser consciente de un terrible miedo, un miedo peor que ningún otro que hubiera experimentado antes, que se levantaba casi como incienso de entre la oscuridad que había ante mí y me obnubilaba la mente. Pero me obligué a seguir adelante, hacia los escalones. Bajé el primer escalón. Oí una pisada a mi espalda y noté que unos dedos muertos me asían el brazo.

»Me di la vuelta con el bastón levantado. Una macabra criatura de ojos inexpresivos y mandíbula floja se encontraba detrás de mí. Luché por liberar el brazo, pero me lo tenía cogido de forma implacable. Notaba sobre la cara el aliento de la criatura, denso como el olor a carne muerta. Desesperado, golpeé con el bastón el brazo del monstruo, pero éste pareció no notarlo y me empujó, de manera que me tambaleé y caí junto a la puerta del templo, por la parte externa. Furioso, me levanté y golpeé de nuevo a la criatura; ésta retrocedió arrastrando los pies, pero entonces, cuando yo ya avanzaba hacia el tramo de escalera, dejó al descubierto sus dientes, rotos, negros e irregulares como una cordillera. Siseó, un odioso sonido de aviso y de sed, y, al mismo tiempo, de la negrura de los escalones me llegó otra nube de terror que se agarró a mis nervios como un torbellino. Siempre me

he tenido por un hombre valiente, pero entonces me di cuenta, al verme frente a la oscuridad de los escalones y a su horripilante centinela, que hasta los más valientes deberían saber cuál es el momento oportuno para retirarse. De manera que eso hice, me retiré, e inmediatamente la criatura se sumió de nuevo en su letargo. Respiré profundamente varias veces y conseguí controlar el terror que sentía. Pero me había comportado como un cobarde y lo sabía. Y como siempre ocurre en tales situaciones, deseé tener a alguien a quien poder echarle la culpa.

»- ¡Pacha Vakhel! – llamé a gritos-. ¡Pacha Vakhel! – No recibí más respuesta que el sonido de mi propia voz, que resonó en la inmensidad del salón. Entonces pude ver, oscurecida por las sombras junto a una pared distante, a una criatura semejante a aquella cosa del templo y a la que me había llevado el agua a la habitación; estaba inclinada sobre las manos y las rodillas y fregaba las losas de piedra, sin darse siquiera por enterada de mi presencia. Avancé hacia ella-. Tú -le pregunté-, ¿dónde está tu amo? – La criatura no levantó la mirada. Airado, di un bastonazo al cubo de agua, que salió volando por los aires; luego alargué la mano y le tiré de los negros harapos-. ¿Dónde está el pacha? – le pregunté de nuevo. La criatura se me quedó mirando, abriendo y cerrando los labios sin pronunciar palabra-. ¿Dónde está el pacha? – repetí a gritos. La criatura no parpadeó y empezó a sonreír como una idiota. Controlándome, aflojé la mano con la que la tenía agarrada y volví a mirar alrededor del salón. Vi una escalera que subía enroscándose en torno a uno de aquellos enormes pilares. Otra criatura, también con manos y rodillas en el suelo, fregaba la escalera. Seguí el rizo de la escalera, y vi que dejaba el pilar y adquiría forma de arco, entre las llamas de las antorchas, por un lado de la bóveda, antes de caer en la nada. Miré los otros pilares, y luego otra vez hacia el reborde de la bóveda; vi lo que no había visto antes: que había escaleras por todas partes formando un dibujo, un enrejado de inutilidad, que se remontaba hacia las alturas para conducir, finalmente, tan sólo al espacio vacío, sin esperanza. En cada escalera, como almas perdidas en una prisión de condenados, se encontraban distintas figuras agachadas que fregaban las piedras, y recordé mi sueño: cómo en él, al tratar de subir unos peldaños imposibles, me había encontrado perdido y abandonado en ellos. ¿Sería aquél mí sino, reunirme con aquellas criaturas en su estúpido cautiverio y no poder escalar nunca aquel oscuro reino de saber que se me había insinuado? Me estremecí al

pensarlo y noté un escalofrío, porque en aquellos momentos sentí en las profundidades de mi alma la certeza del poder y de la sabiduría ocultos del pacha, y supe también con toda certeza aquello que previamente yo había dicho sin comprenderlo: que el pacha era un ser de una clase que yo nunca antes había conocido. Pero, ¿qué? Recordé aquella única palabra griega, no pronunciada más que en un leve susurro presa del terror: *vardoulacha*. ¿Era posible, verdaderamente posible, que ahora yo fuera prisionero de semejante cosa? Me quedé de pie allí, en aquel monstruoso salón, y noté que mi miedo se iba convirtiendo en rabia violenta.

»No, pensé, no podía sucumbir al terror de aquel lugar. En mi sueño había quedado abandonado, pero, por el contrario, el pacha había encontrado una escalera por la que seguir subiendo. De modo que volví a mirar la bóveda del gran salón, la caída en el vacío de los peldaños, cada una de las escaleras, y fue entonces cuando la vi: la única escalera que no se perdía en el vacío. Corrí hacia ella y empecé a subir. Subía y subía en espiral, un estrecho tramo de escalera tallado en un pilar, que luego se remontaba alrededor del borde de la bóveda. No había nadie más, nada más, en el camino; ninguna cosa negra agachada fregando: me encontraba solo. Delante de mí la escalera desaparecía dentro de la pared. Miré hacia abajo, hacia el gran salón que se extendía debajo, hacia aquella mareante extensión de piedra y espacio, y sentí una súbita repugnancia ante la idea de adentrarme por un pasaje tan estrecho como el que se abría ante mí. Pero agaché la cabeza, penetré en él y luego, prácticamente a oscuras, seguí subiendo y subiendo sin parar.

»Sentí una extraña excitación, mezcla de ira y de duda. La escalera parecía interminable; me di cuenta de que estaba subiendo por la torre, la que yo había visto iluminada de rojo la noche anterior. Por fin llegué ante una puerta.»- ¡Pacha Vakhel! – grité mientras golpeaba repetidamente la puerta con mi bastón-. ¡Pacha Vakhel, déjeme entrar!

»No obtuve respuesta; empujé la puerta, con el pulso acelerado y el corazón latiéndome con fuerza por el temor de lo que pudiera encontrar allí dentro. La puerta se abrió con facilidad. Entré en la habitación.

»No había nada horroroso allí. Miré alrededor. Sólo se veían libros: en estantes, encima de las mesas, en montones sobre el suelo. Cogí uno y miré el título. Estaba en francés: *Principios de geología*. Fruncí el entrecejo: aquello no era en modo alguno lo que esperaba encontrar allí. Crucé la

habitación y me acerqué a una ventana; ante ella había un hermoso telescopio, de una marca que yo nunca había visto antes, apuntado hacia el cielo. Abrí una segunda puerta; daba a otra habitación llena de vidrios y tubos. Líquidos de vivos colores burbujeaban en su interior o fluían a través de alambiques de vidrio, como sangre que corriese por venas transparentes. Innumerables tarros llenos de polvos se hallaban colocados en estantes. Había papel por todas partes; cogí una de las cuartillas y la miré. Estaba cubierta de garabatos que no supe leer; sin embargo, sí pude entender una frase, pues estaba escrita en francés: «El galvanismo y los principios de la vida humana.» Sonreí. De manera que el pacha era un filósofo natural, un estudioso de la Ilustración, mientras que yo había estado revoleándome en las más estúpidas supersticiones imaginables. ¡*Vardoidacha*, vampiros! ¿Cómo era posible que hubiese creído en semejantes patrañas ni siquiera un momento? Me acerqué a una ventana, moviendo la cabeza de un lado a otro. Necesitaba conseguir el dominio de mí mismo. Miré por la ventana hacia el claro cielo azul. Decidí que iría a cabalgar, que me alejaría del castillo, y vería si de una u otra manera conseguía limpiar por completo mi cerebro de fantasmas.

»No es que de repente me sintiera libre de peligros, ni mucho menos. Un hombre puede ser un hombre sin por ello dejar de ser un monstruo: la idea de que quizá me encontrara prisionero del pacha me seguía llenando de dudas y de rabia. Pero abajo, en los establos, no encontré a nadie que me impidiera ensillar un caballo; las puertas de las murallas del castillo estaban abiertas; cuando pasé junto a los centinelas tártaros, cuyas antorchas eran evidentemente las que yo había visto la noche anterior, éstos me miraron detenidamente, pero no me siguieron. Galopé con fuerza por la ladera de la montaña camino abajo; era agradable que el viento me alborotara el cabello, que el sol me diera en la cara. Continué cabalgando hasta que llegué al arco en el que se encontraba la inscripción dedicada al antiguo Señor de la Muerte; al llegar allí la pesadez que me había estado aplastando el ánimo pareció desvanecerse, y noté la riqueza de la vida, la belleza y el gozo. Casi estuve tentado de seguir cabalgando montaña abajo para no volver; pero recordé mi deber para con Viscillie y Fletcher, y, sobre todo, sobre todo lo demás, la promesa que le había hecho a Haidée. Sólo tuve que considerar aquella idea, aunque sólo fuera durante un segundo, para comprender lo insoportable que sería para mí abandonarla; mi honor estaba en juego, sí,

desde luego, pero no se trataba de eso, pues, ¿qué es el honor sino una palabra? No, tenía que admitirlo, aunque fuese algo que no estaba acostumbrado a admitir: estaba vergonzosa, dolorosa y vehementemente enamorado. Me había convertido en el esclavo de una esclava, y sin embargo aquello era injusto para Haidée, pues una esclava debe saber que lo es, de lo contrario no es esclava. Tiré de las riendas de mi caballo para detenerlo; me quedé contemplando la salvaje belleza de las montañas y pensé que Haidée era una auténtica hija de aquella tierra. Sí, ella sería libre; ¿acaso no era cierto que, en aquel momento, yo había salido del castillo sin ninguna clase de estorbo? ¿Y no estaba claro que, al fin y al cabo, el pacha no era más que un hombre? Era alguien a quien temer, pero no como vampiro; ningún temor campesino a los demonios iba a hacer que me echase atrás. Confortado por esa filosofía tan resuelta, estaba seguro de que me convertiría en un héroe para desafiar lo peor del pacha. Cuando el sol empezó a descender, mi espíritu cobró nuevos ánimos.

»Recordé la promesa que le había hecho a Haidée de ir a ver a su padre. Necesitaríamos víveres para la huida: comida, municiones, un caballo para Haidée. ¿Quién mejor para proporcionarnos todo ello que su propia familia? Empecé a recorrer el camino de vuelta hacia la aldea. No me apresuré; cuanto más oscuro estuviera, menos probabilidades habría de que me vieran. Era casi la hora del crepúsculo cuando llegué a la aldea. Subí por un sendero que estaba tan desierto como antes; sin embargo, podía sentir unos ojos que me vigilaban, llenos de recelo y de temor. Un hombre estaba sentado entre los restos de una poderosa basílica, y se puso en pie cuando pasé; era el sacerdote, el que había matado al vampiro junto a la posada; cabalgué hasta él y le pedí que me indicase cómo ir a casa de Gorgiou. El sacerdote se me quedó mirando con ojos enloquecidos y luego señaló con la mano en una dirección. Le di las gracias, pero él siguió sin hablar y se deslizó de nuevo entre las sombras. Seguí subiendo por el sendero. La aldea continuaba tan muerta como antes.

»Sin embargo, a la puerta de la casa de Gorgiou había un hombre sentado en un banco. Era Petro. Apenas lo reconocí, tan agotado y preocupado parecía. Pero cuando me vio me llamó y me saludó con la mano.

»-Necesito ver a tu padre -le dije-. ¿Se encuentra en casa? – Petro entornó los ojos y negó con la cabeza-. Traigo noticias para él -añadí-, un

mensaje. – Me incliné hacia abajo en la silla-. De su hija -le dije en un susurro.

»Petro me miró fijamente.

»-Será mejor que entre -me dijo finalmente. Sujetó las riendas del caballo mientras yo desmontaba y luego me condujo al interior de su casa. Me hizo sentar junto a la puerta mientras una anciana, su madre, supuse, nos traía sendos vasos de vino. Petro me pidió que le dijese a él lo que tuviera que decir.

»Así lo hice. Ante la noticia de que Haidée seguía viva, las amplias facciones de Petro parecieron ampliarse y aligerarse a causa del alivio que sintió. Pero cuando le pedí las provisiones, el color desapareció de sus mejillas otra vez; y cuando su madre, que me había oído, le presionó para que atendiera mi petición, Petro hizo un movimiento con la cabeza mientras la desesperación se apoderaba de él.

»-Debe saber, milord -me dijo-, que ya no tenemos nada en esta casa.

»Metí la mano en el interior de la capa y saqué una bolsa llena de monedas.

»-Toma -le dije a Petro al tiempo que se la echaba en el regazo-. Ve adonde tengas que ir, muéstrate discreto como una tumba, pero tráenos esas provisiones. De lo contrario, me temo que tu hermana esté condenada para siempre.

»-Todos estamos condenados -repuso Petro.»- ¿Qué quieres decir?»Petro bajó la mirada y la fijó en sus pies.»-Yo tenía un hermano -comenzó a explicarme finalmente-. Estuvimos haciendo de *klephti* juntos. Él era el más valiente entre los valientes, pero al final los hombres del pacha lo capturaron y luego le dieron muerte.

»-Sí -asentí moviendo la cabeza lentamente-. Recuerdo que me lo contasteis.

»Petro continuó mirándose los pies.»-Sentimos tanto dolor y tanta rabia que nuestros ataques se hicieron más osados. Especialmente por parte de mi padre: él hacía la guerra contra la raza entera de los turcos. Yo le ayudaba. – Levantó la mirada y me dirigió una media sonrisa-. Usted vio un ejemplo de nuestra obra. – La sonrisa se desvaneció-. Pero ahora se acabó, todos estamos condenados.

»-Sí, eso es lo que tú dices. Pero, ¿cómo?

»-El pacha lo ha decidido así.

»-Es un rumor, nada más -le interrumpió la madre.

»-Sí, pero, ¿de dónde viene el rumor -le preguntó petro- sino del propio pacha?

»-Podría destruirnos con su caballería si quisiera -apuntó la madre-, igual que un niño aplasta a una mosca. Sin embargo, no veo a sus hombres. ¿Dónde están? – Abrazó estrechamente a su hijo-. Sé valiente, Petro. Sé un hombre.

»- ¿Un hombre...? ¡Sí! ¡Pero no es contra un hombre contra quien luchamos!

»Se hizo un largo silencio.

»- ¿Qué piensa tu padre? – pregunté yo al cabo.

»-Se ha ido a las montañas -me dijo Petro. Miró hacia arriba y clavó la vista en las cumbres mientras éstas se tragaban el sol-. No quería descansar. Su odio hacia los turcos lo empuja a seguir adelante sin parar. Ya lleva ausente diez días. – Petro hizo una pausa-. Me pregunto si volveremos a verlo.

»En aquel momento el sol desapareció por fin, y a Petro los ojos empezaron a salirse de las órbitas. Se levantó lentamente y se puso a caminar hacia la puerta. Señaló con la mano; su madre fue a reunirse con él.

»-Gorgiou -susurró ella-. ¡Gorgiou! ¡Ha vuelto!

»Miré por la puerta hacia el exterior. Sin duda era Gorgiou el que venía por el camino.

»-Que el Señor se apiade de nosotros -susurró Petro mirando al viejo con horror.

»Gorgiou tenía el rostro tan pálido como yo recordaba haberlo visto la noche anterior, y sus ojos parecían como muertos; caminaba con el mismo paso largo e implacable. Nos apartó a un lado y cruzó la puerta; luego se sentó en el rincón más oscuro de la casa y se quedó mirando a la nada, hasta que una sonrisa lobuna empezó a curvarle los labios.

»-Bueno -dijo con voz dura y distante-, ésta sí que es una buena bienvenida.

»Al principio nadie le respondió. Pero luego Petro avanzó hacia él.

»-Padre -le dijo-, ¿por qué llevas el cuello tapado?»Gorgiou miró lentamente a su hijo.»-Por nada en especial -respondió por fin con una voz tan muerta como la mirada.

»-Entonces déjame que lo vea -le pidió Petro al tiempo que bajaba una mano para descubrirle el cuello. De pronto Gorgiou enseñó los dientes, produciendo al hacerlo un sonido siseante, y levantó a su vez la mano hacia el cuello de su hijo; le hundió las uñas en la carne de la garganta y apretó con fuerza, de modo que Petro se ahogaba.

»- ¡Gorgiou! – gritó su esposa abalanzándose entre éste y su hijo. Otros miembros de la familia, mujeres, niños, entraron corriendo en la habitación y ayudaron a separar a Petro de su padre.

»Petro respiraba jadeante y miraba fijamente a su padre; luego cogió a su madre por el brazo.»-Hay que hacerlo -le dijo.»- ¡No! – chilló su madre.»-Sabes que no tenemos otra elección.»- ¡Por favor, Petro, no! – La mujer se arrojó al suelo, llorando, y se abrazó a las rodillas de su hijo mientras Gorgiou empezaba a reírse entre dientes. Petro se volvió hacia mí.»- ¡Milord, por favor, váyase!»Bajé la cabeza.

»-Si hay algo que pueda hacer...

»-No, no, no hay nada que pueda hacer. Ya me ocuparé de conseguirle las provisiones que ha pedido. Pero, por favor, milord, por favor, ya lo ve. Váyase.

»Asentí y comencé a avanzar hacia el exterior. Volví a montar en mi caballo y me quedé esperando. Sólo se oía un gemido apagado procedente del interior de la casa. Miré hacia dentro por la puerta. La madre de Petro estaba llorando en brazos de su hijo; Gorgiou estaba sentado, tan inmóvil como antes, con la mirada perdida en el vacío. Luego, de pronto, se puso en pie. Avanzó hacia la puerta, y mi caballo piafó y echó a correr sendero arriba hacia las puertas del castillo. Tiré de las riendas con esfuerzo y le obligué a dar la vuelta. Gorgiou bajaba por el camino, de vuelta hacia la aldea, convertido en una mera silueta en la creciente oscuridad. Vi salir a Petro, que se quedó parado en el camino mirando cómo su padre se alejaba. Echó a correr tras él; luego se detuvo y todo su cuerpo pareció desmoronarse. Lo miré mientras volvía a entrar en su casa lentamente.

»Me estremecí. Realmente se estaba haciendo tarde. No debería estar allí afuera con tanta oscuridad. Espoleé el caballo y cabalgué hasta franquear las puertas. Lentamente, éstas se cerraron a mi espalda. Oí que las aseguraban con cerrojos. Me encontraba encerrado entre los muros del castillo.

Capítulo V

*A change carne o 'er the spirit of my dream.
The Wanderer was alone as heretofore,
the beings which surrounded him were gone,
or were at war with him; he was a mark
for blight and desolation, compass'd round
with Hatred and Contention; Pain was mix'd
in all which was served up to him, until,
like to the Pontic monarch of old days,
he fed on poisons, and they had no power,
but were a kind of nutriment; he lived
through that which had been death to many men,
and made him friends of mountains: with the stars
and the quick Spirits of the Universe
he held his dialogues; and they did teach
to him the magic of their mysteries;
to him the book of Night was open'd wide,
and voices from the deep ábyss reveal'd
a marvel and a secret.*

Lord Byron, *The Dream*

Un cambio se produjo en el capítulo de mi sueño.
El Viajero estaba solo como hasta ahora,
los seres que lo rodeaban habían desaparecido
o estaban en guerra con él; era un buen blanco
para el infortunio y la desolación, rodeado
de Odio y Contienda; había Dolor mezclado
en todo lo que se le servía, hasta que,
como el monarca pónico de la antigüedad,
se alimentó de venenos, y éstos no hicieron efecto,
sino que fueron una especie de alimento; sobrevivió
a lo que había sido la muerte para muchos hombres,
y le hizo amigas las montañas: con las estrellas
y los rápidos Espíritus del Universo
mantuvo sus diálogos; y ellos le enseñaron
la magia de sus misterios;

para él el libro de la Noche estaba abierto de par en par,
y voces del abismo Profundo revelaron
una maravilla y un secreto.

Lord Byron, *El sueño*

–Estoy haciendo un gran esfuerzo, excelencia -le dije al pacha aquella noche-, por no sentirme prisionero aquí.

»El pacha clavó la mirada en mí, con los ojos muy abiertos, y empezó a sonreír lentamente.

»- ¿Prisionero, milord?

»- ¿Y mis criados...? ¿Dónde están? – El pacha se echó a reír. Había estado de un humor excelente durante toda la comida. En las mejillas mostraba incluso un delicado enrejado rojo de capilares. Extendió un brazo para cogerme la mano, y observé que el tacto de aquellos dedos era mucho menos frío que antes-. Excelencia -le repetí-, ¿y mis criados?

»El pacha movió la cabeza de un lado a otro.

»-Aquí no hacían falta. Así que los he despedido.

»-Ya comprendo. – Respiré profundamente-. ¿Y adonde los ha enviado?

»-A... ¿dónde va a reunirse usted con el señor Hobhouse? Ah, sí, a Missolonghi.

»- ¿Y podré encontrarlos allí?

»El pacha levantó las manos.

»- ¿Por qué no habría de ser así?

»Sonreí sin alegría.

»- ¿Y yo? ¿Cómo voy a arreglármelas?

»-Mi querido lord Byron -me dijo el pacha cogiéndome la otra mano; me miró a los ojos como si estuviera tratando de ganarse mi amistad-, está usted aquí como invitado mío. Todo lo que tengo es suyo. Créame, hay muchas cosas aquí que descubrir, muchas cosas que le pueden ser reveladas. – Se inclinó hacia mí, con la boca ligeramente abierta, y me besó suavemente en el cuello. Tuve la impresión de que la sangre se me desbocaba al sentir contacto de aquellos labios. El pacha me pasó los dedos por entre el cabello y luego volvió a reclinarsse en los cojines del canapé que ocupaba. Hizo un gesto de desdén con la mano-. No se ponga nervioso por sus criados. He asignado a Yannakos para que le sirva.

»Eché una fugaz mirada al otro lado de la habitación. Yannakos, la criatura que me había llevado agua la noche anterior, estaba apoyado en la

pared del fondo, completamente inmóvil excepto por ciertos movimientos espasmódicos del cuello, que se le ladeaba como sujeto a la cuerda de un ahorcado.

»-Él no es... ¿cómo diría yo? – Miré de nuevo al pacha-. No es muy vivaz, ¿no?

»-Es un campesino.

»-Cuenta usted con otros como él, por lo que he podido ver. – El pacha inclinó la cabeza, sin comprometerse con una respuesta-. En el gran salón - continué diciendo- todos se parecían a Yannakos. Estúpidos, en cierta manera, como si la muerte se les reflejara detrás de los ojos.

»El pacha se echó a reír ligeramente.

»-No quiero filósofos fregando el suelo. Así nunca se haría nada. – Volvió a reírse de nuevo y luego permaneció sentado en silencio; me observó con los ojos entornados-. Tiene usted que decirme, milord, qué le pareció el salón.

»-Me pareció asombroso. Asombroso... y escalofriante.

»-Fui yo quien lo hizo construir, ¿sabe?

»Lo miré con sorpresa.

»- ¿De veras? – Hice una pausa-. ¡Qué extraño! Me dio la impresión de que era mucho más antiguo.

»El pacha no dijo nada, y sus ojos parecieron convertirse en vidrio.

»- ¿Ha visto el resto del castillo? – me preguntó finalmente-. ¿Ha visto el laberinto? – Asentí con la cabeza-. Eso es verdaderamente antiguo, milord. Lo hice reparar, pero sus cimientos datan de mucho tiempo antes de mi época. Habrá oído usted hablar de Tanatópolis, quizá. La Ciudad de los Muertos. ¿Le dice algo? – Fruncí el entrecejo e hice un movimiento de negación con la cabeza-.

No me sorprende -dijo el pacha-. Prácticamente no he encontrado ninguna referencia a ella en las fuentes antiguas que he consultado, aunque de su existencia... bien... usted ha visto las pruebas por sí mismo. Se creía que esta montaña era la entrada al mundo subterráneo, y por eso se construyó aquí un templo en honor a Hades, el Señor de los Muertos. El laberinto conducía al recinto sagrado, para simbolizar en piedra, supongo, los misterios de la muerte.

«Permanecí sentado en silencio.

»-Qué fascinante -dije finalmente-. Nunca había oído hablar de un templo dedicado a la muerte.

»-No. – El pacha entornó los ojos y observó el resplandor de la llama de las velas-. Quedó abandonado y olvidado, ¿comprende? Y luego se edificó aquí una ciudad bizantina, y más tarde una fortaleza veneciana. Ya se habrá fijado usted en la variedad de estilos arquitectónicos que contiene este castillo. Sin embargo, ningún asentamiento duró más de una generación, a lo sumo. – El pacha esbozó una sonrisa-. Es extraño que ambas cosas hayan desaparecido tan pronto.

»- ¿Qué les ocurrió?

»-Nadie lo sabe con certeza.

»- ¿Usted no tiene alguna teoría?

»El pacha se encogió de hombros. Volvió a mirar la llama de la vela.

»-Circulan algunas historias -dijo al cabo de un rato-. Hasta el momento, en esas mismas fuentes antiguas que le acabo de mencionar, sólo hay una leyenda, al menos que yo haya podido encontrar. Y en ese relato se dice que los condenados regresaron del Hades y se apoderaron del templo; lo querían para ellos. Lo que resulta extraño es que los campesinos de hoy día tengan un cuento popular que es muy parecido. Dicen que este lugar está habitado por los muertos. Todo aquel que construya aquí, todo aquel que viva aquí, deberá ir pronto a engrosar las filas de los condenados. Hablan de demonios; de hecho, creo que usted mismo ya mencionó la palabra en Yanina: hablan de los *vardoulacha*.

»Sonreí débilmente.

»-Divertido.

»-Sí, ¿no es cierto? – El pacha enseñó los dientes al esbozar una sonrisa-. Y sin embargo...

»- ¿Sin embargo?

»-Sin embargo... *es cierto* que esos asentamientos se desmoronaron.

»-Sí -convine yo sonriendo-, pero debe de haber algún motivo más verosímil para ello que el hecho de que todos los colonos se convirtieran en demonios. – Mi sonrisa se hizo más amplia-. ¿No cree, excelencia?

»Al principio el pacha no me respondió.

»-El castillo -dijo al cabo de un rato sin dejar de mirar hacia las sombras- es mucho más extenso de lo que usted podría llegar a imaginar.

»-Sí -asentí-. He visto una muestra de su tamaño.

»-Incluso así, no puede usted hacerse una idea. En las profundidades, en las que ni siquiera yo mismo he podido penetrar apenas, hay kilómetros de piedra sin ninguna iluminación, y lo que habita en esa oscuridad... bueno, no me gustaría hablar de ello. – El pacha se inclinó hacia mí y de nuevo me apretó la mano-. Pero existen rumores, parece que hay atisbos de cosas oscuras. ¿Puede usted creer eso, milord?

»-Sí, excelencia... sí, puedo creerlo.

»- ¡Ah! – exclamó el pacha levantando una ceja.

»-En el laberinto... no estoy seguro, pero me pareció captar un atisbo de algo.

»El pacha sonrió.

»- ¿De un *vardoulacha*?

»-No me gustaría decirlo así.

»- ¿Cómo era?

»Miré fijamente al pacha a los ojos y luego dirigí una rápida mirada a Yannakos.

»-Era muy parecido a él, excelencia. – El pacha me apretó más la mano, y su rostro, observé, pareció ponerse pálido de nuevo-. Antes mencionamos a los esclavos que friegan en el salón. También es muy parecido a ellos.

»El pacha me soltó la mano. Me miró fijamente, acariciándose la barba, y una sonrisa, como una flor lívida, le asomó lentamente a la palidez de los labios.

»-Qué imaginación tiene usted, milord -me dijo en un susurro.

«Incliné la cabeza a un lado.

»-He visto tantas cosas aquí, que en verdad tendría que ser muy lerdo para no preguntarme un poco acerca de ellas.

»- ¿Ah, sí? – La sonrisa del pacha volvió a desvanecerse. Echó una ojeada al reloj que había a su lado, encima de una mesita baja-. Me parece que ya es hora de que nos retiremos a dormir.»No me moví.

»-Excelencia -le pregunté-, en el gran salón vi un templete. De estilo árabe. ¿Lo construyó usted?»El pacha me miró fijamente. Me indicó el reloj.»-Milord -dijo.

»- ¿Por qué lo hizo construir? ¿Y de un modo tan blasfemo, con la cabeza de una mujer sobre la entrada?

»Una expresión de ira cruzó por el rostro del pacha.»-Ya le he dicho, milord, que no me someto a las mezquinas leyes de ninguna religión.»-

Entonces, ¿por qué lo construyó?»-Si tengo que decírselo... -El pacha se interrumpió, pero luego añadió en un siseo-. Lo construí para marcar el punto más sagrado del antiguo templo del mundo subterráneo. El lugar que los antiguos creían que era la entrada al Hades. Construí ese templete por respeto... hacia el pasado y hacia los muertos.

»- ¿De manera que Hades es, en su opinión, un dios más grande que Alá?

»-Oh, sí -contestó el pacha riendo suavemente-. Desde luego que sí.

»-Hay escaleras dentro del templete. – El pacha asintió-. Me gustaría ver qué hay al final de ellas.

»-Me temo, milord, que eso sea imposible. Olvida que el mundo subterráneo sólo es para los muertos.

»- ¿Ha entrado usted en él, excelencia?

»La sonrisa del pacha fue tan fría como el hielo.

»-Buenas noches, milord.

»Hice una inclinación de cabeza.

»-Buenas noches, excelencia -repuse; y me di la vuelta para dirigirme a la escalera que conducía hasta mi habitación. Inmediatamente Yannakos echó a andar detrás de mí arrastrando los pies. Me di la vuelta de nuevo-. Me estaba preguntando por su esclava Haidée. ¿Dónde se encuentra esta noche? – El pacha clavó en mí la mirada-. Se lo pregunto sólo porque he notado que no nos ha estado sirviendo esta noche -continué diciendo-. Temo que quizá no se encuentre bien.

»-Tenía algo de fiebre -dijo finalmente el pacha.

»-Nada serio, espero.

»-En absoluto. – Sus ojos parecían echar llamas-. Buenas noches, milord.

»-Buenas noches.

»Subí al dormitorio. Yannakos me siguió. Cerré la puerta con llave, por supuesto, pero sabía que él se quedaría fuera montando guardia, esperando. Me acosté dispuesto a dormir y entonces palpé algo debajo de la almohada. Metí la mano y me encontré con el crucifijo de Haidée. Había una nota sujeta al crucifijo: «Queridísimo Byron, conserva esto junto a ti. Estoy bien. Sé valiente, pase lo que pase.» Estaba firmada *Eleuteria*. Libertad. Sonreí y encendí una vela. Me detuve... y luego encendí todas las velas que fui capaz de encontrar. Las coloqué alrededor de mi cama, de manera que

formaban una pared de luz, y luego quemé la nota en una de las llamas. Me quedé contemplando cómo se convertía en ceniza. Mientras lo hacía se me empezaron a cerrar los párpados. Sentí un terrible cansancio. Antes de darme cuenta me había quedado dormido.

»El pacha vino a mí en mis sueños. Yo no podía moverme, no podía respirar; no se oía otro sonido más que el ritmo de la sangre en mis oídos. El pacha se encontraba encima de mí, aquel aborrecible ser de las tinieblas, pesado y dotado de garras similares a las de un ave de presa. Pero mientras se alimentaba de mí bebiendo de mi pecho, sus labios, gruesos y llenos de sangre, tenían la suavidad de las sanguijuelas. Hice un esfuerzo por abrir los ojos; había creído que los tenía ya abiertos, pero no podía captar ni un indicio de las llamas de las velas, no había nada más que oscuridad, y ésta me estaba sofocando. Levanté la mirada y me pareció distinguir la cara del pacha. Éste me sonrió con una pálida y débil sonrisa de deseo, pero luego, cuando le miré a los ojos, vi que no había nada en las cuencas, que éstas sólo eran pozos de vacío. Me dio la impresión de estar cayendo en ellos. La oscuridad era eterna y lo era todo. Grité, pero no produje sonido alguno, y luego también yo entré a formar parte de la oscuridad. No había nada más.

«Permanecí en estado febril durante todo el día siguiente. Salía y entraba en la inconsciencia, de manera que nunca supe con seguridad qué era real y qué no lo era. Tenía la impresión de ver al pacha aparecer junto a mi cama. Sostenía en las manos el crucifijo y se reía de mí.

»-Pero, milord... ¿no me decepcione! Si siento desprecio por mi propia religión, ¿cómo quiere que tenga respeto por la suya?

»-Usted cree en el mundo de los espíritus, ¿no es así? – El pacha sonrió y se volvió, dándome la espalda. Alargué una mano para retenerlo-. Usted cree en eso, ¿no es cierto? – le pregunté de nuevo-. Cree que en este castillo los pasillos están habitados por los muertos.

»-Eso es un asunto completamente diferente -respondió el pacha con voz tranquila girándose de nuevo hacia mí.

»- ¿Por qué? – Ahora yo estaba sudando profusamente. El pacha se sentó a mi lado y comenzó a acariciarme el brazo. Lo retiré con rapidez-. No lo comprendo -le dije-. Anoche... anoche me visitó un espíritu. Usted ya lo sabía, ¿verdad? ¿O cree que sólo estoy delirando? – El pacha sonrió y no dijo nada; tenía los ojos como agua plateada-. ¿Cómo pueden existir esas

cosas -le pregunté- si no existe Dios? Por favor, dígamelo; estoy fascinado, quiero saberlo. ¿Cómo puede ser?

»El pacha se puso en pie.

»-Yo no afirmo que Dios no exista -dijo. El rostro pareció oscurecerse súbitamente con un frunce de melancolía y altiva desesperación-. Puede que exista un dios, milord, pero si es así, nosotros no le interesamos. Escuche: he pasado por verdaderos horrores y me he familiarizado con la Eternidad. He sondeado los interminables dominios del espacio e infinitud de interminables eras; he pasado largas noches sumido en ciencias extrañas y he medido los secretos tanto de los espíritus como del hombre. Mundo por mundo, estrella por estrella, universo por universo, he estado buscando a Dios. – Hizo una pausa y chascó los dedos ante mi rostro-. Pero no he conseguido encontrar nada, milord. Estamos solos, usted y yo. – Hice ademán de ir a decir algo, pero me lo impidió bruscamente con un gesto de la mano. Se inclinó a mi lado y noté que sus labios me rozaban la mejilla-. Si quiere compartir mi sabiduría -me susurró suavemente al oído-, no le quedará otro remedio que zambullirse, como he hecho yo, en las cavernas de la muerte. – Sentí que volvía a besarme-. El dolor es sabiduría, milord -dijo en un susurro; y su aliento me rozó la piel tan suavemente como la brisa-. Sólo tiene que recordar esto: el Árbol de la Ciencia no es el de la Vida.

»Y me acarició los labios con los suyos, de manera que sus palabras fueron como un beso.

»Se marchó, y volví a sumergirme en aquella ciénaga que eran mis sueños. El tiempo no significaba nada para mí, y las horas, incluso los días, pasaron en medio de una bruma febril. Pero Yannakos siempre estaba allí, y cada vez que yo recuperaba el conocimiento veía aquellos fríos ojos que me miraban. Empecé a mejorar. Vi, con horror, que una leve herida me cruzaba el pecho; a veces intentaba levantarme, quería buscar a Haidée, enfrentarme al pacha, pero Yannakos se interponía entre la puerta y yo, y todavía me encontraba demasiado débil para pensar siquiera en desafiarlo. En cierta ocasión casi logré traspasar su vigilancia, pero finalmente me sujetó con fuerza con sus manos, tan frías y tan muertas que no pude evitar que un escalofrío de fiebre recorriera mi cuerpo. Regresé casi a rastras hasta el canapé; el cansancio me obligaba a cerrar los párpados otra vez; me quedé dormido casi antes de llegar a las mantas.

»En mi sueño, me encontraba en la torre del pacha. Éste no hablaba, pero me llevó hasta el telescopio. Miré por él: vi estrellas y galaxias que giraban adentrándose en la eternidad, y luego me pareció como si nosotros estuviésemos caminando por el espacio, una oscura e interminable inmensidad de aire. El pacha sonrió y me señaló hacia un punto. Miré hacia allí; detrás de nosotros había un pequeño punto azul, y mientras avanzábamos como rayos del sol el punto se iba haciendo cada vez más diminuto al tiempo que un halo de luz se iba formando a su alrededor, de manera que se parecía bastante a todas las demás estrellas. Luego desapareció, y todo lo que quedó de él fue solamente una masa de innumerables luces. Qué pequeño es nuestro mundo, pensé aturdido y embriagado. Avanzamos velozmente a través del espacio, a través de un universo sin fin y en expansión, y sentí que me dolía el alma al ver lo hermoso que era y lo inimaginable. El pacha se volvió hacia mí. Su cabello blanco estaba coronado por el resplandor de incontables estrellas; sonrió. Sentí que sus dedos rozaban los míos, y luego aquel contacto desapareció.

»De pronto me encontré en la oscuridad. El aire que me rodeaba era espeso y fétido. Yacía de espaldas. Me esforcé por levantarme; sólo distinguía ante mí un arco, y veía el techo abovedado sobre mi cabeza. Me encontraba en el laberinto; traté de ponerme en pie, pero el techo era demasiado bajo, así que me puse a andar a gatas hasta que el peso de una piedra me aplastó. Sentí que algo me rozaba un costado y, por primera vez, comprendí que estaba desnudo. Unos dedos me sujetaban el brazo; volví la cabeza y vi a Yannakos. Tenía los labios tan blancos que parecían gusanos. Intenté quitármelo de encima, pero él empezó a alimentarse de mí. Luego sentí que otros labios se posaban sobre mi piel; era como si me encontrase emparedado en el pozo de los muertos, rodeado sólo de cadáveres, delante y detrás de mí, que me bloqueaban la respiración. Y durante todo el tiempo los labios de aquellas criaturas se estaban alimentando, con el avaricioso placer de los gusanos que moran en las tumbas, de un ser vivo, y aquellos labios estaban blandos, fríos y humedecidos con mi sangre. Intenté moverme, pero el peso resultaba demasiado asfixiante. Quise gritar; la lengua de una de aquellas criaturas se retorció dentro de mi boca. Recé pidiendo la muerte; y mientras los horrores comenzaban a desvanecerse, casi llegué a pensar que se me había ofrecido la muerte.

»Al despertar me sentía muy débil, y cuando observé mi cuerpo vi que tenía magulladuras por todas partes. Aunque me sentía curado de la fiebre, y cuando abrí la puerta de mi dormitorio comprobé que Yannakos ya no me interceptaba el camino. Me siguió, desde luego; comí, servido por la anciana sirvienta, leí y de vez en cuando pergeñé algún verso. No me acerqué al laberinto y no vi al pacha ni a Haidée. En una ocasión traté de ensillar un caballo, pero Yannakos, al ver lo que yo iba a hacer, empezó a estrangularme para expresarme con toda claridad su opinión acerca de mis intenciones. Me aparté del caballo dando tumbos; Yannakos aflojó la presión; de pronto me di la vuelta y le pegué un puñetazo con todas mis fuerzas. Había boxeado para Harrow; Yannakos se tambaleó y estuvo a punto de caerse. A punto... pero no llegó a hacerlo. En cambio arremetió de nuevo contra mí; cogí un par de espuelas y le crucé con ellas la garganta. Horrorizado, constaté que la herida no le había causado el menor efecto; únicamente conseguí manchar mi mejor camisa con la sangre de aquella criatura. Durante todo aquel día me sentí desesperado. ¿Cómo podría escapar de aquella cosa, de algo a lo que era imposible matar? Aquella noche lo vi en mi balcón mirando fijamente a la luna; se volvió hacia mí y vi que tenía la garganta completamente curada. Me estremecí, y, a mi vez, miré fugazmente hacia la luna. En aquellos momentos tenía forma de arco, y me pregunté si Haidée también la estaría viendo. Se acercaba el momento en que habíamos acordado emprender la huida. Pero, ¿estaría viva? ¿Estaría yo vivo mucho tiempo más?

»Cada noche experimentaba la misma somnolencia, y cada noche mis intentos de resistirme a ella eran vanos. El pacha me mostraba maravillas extrañas -la historia de la tierra, o los eones del espacio, que parecían pasar ante mis ojos-, pero luego volvía a encontrarme abandonado en la oscuridad del laberinto, y me despertaba con magulladuras en la piel. No obstante, al ir menguando la luna también notaba que mis magulladuras disminuían, y me preguntaba qué sería lo que Haidée sabía, pues me había advertido que había que escapar bajo un cielo sin luna. Finalmente no quedó de la luna más que una ranura de luz; y aquella noche, mientras yo dormía, el pacha no se me apareció en su torre. En cambio soñé que me encontraba solo; por encima de mí se alzaba la bóveda del colosal salón; ante mí el templo, con los peldaños que bajaban hacia la oscuridad. Todo se encontraba en silencio; no oía voces en el interior de mi cabeza que me susurraran

palabras acerca de la inmortalidad, pero comprendí que el pacha me estaba convocando, que tenía que reunirme con él en aquel lugar que se encontraba al final de los escalones. Di un paso hacia adelante; nada se movió. La sensación de calma se hizo más profunda y comprendí que me encontraba cerca de algún gran secreto, de alguna clave, quizá, para los misterios de la vida; sí, pensé, y quizá también de los de la muerte. Porque, ¿ciertamente estaba entrando en las profundidades de las que el pacha me había hablado, de las cuales surgía el Árbol de la Ciencia y el fruto prohibido? Empecé a apresurarme; había una puerta, que estaba abierta de par en par, al final de la escalera. ¡Cogería la manzana y comería su carne!

»-Byron. Byron mío. – Me desperté-. ¡Byron mío! – Ahora abrí los ojos.

»-Haidée.

»Me incorporé para besarla. Me abrazó con fuerza y luego se puso en pie. Estaba más hermosa que nunca, pero muy pálida, mortalmente pálida.

»-Tengo que volver junto a él -me dijo en un susurro-, pero mañana... mañana nos iremos.

»- ¿Has estado...? ¿Te encuentras bien?

»-Sí. – Me dedicó una sonrisa y luego volvió a besarme con urgencia-. Las provisiones -me preguntó sin dejar de besarme-, ¿están preparadas?

»-Las tiene tu hermano.

»-Mañana por la mañana tiene que comunicarle que partimos a mediodía.

»-Haré todo lo que esté en mi mano -le dije-; pero hay un problema... un pequeño obstáculo. – Hice una pausa y la miré fijamente con súbita sorpresa-. Has logrado entrar a pesar de Yannakos -le comenté.

»Haidée echó una fugaz mirada a la puerta.

»-Sí -respondió. Se agachó y cogió el crucifijo-. Mátelo -me dijo sin emoción al tiempo que me lo entregaba.

»Cogí la cruz.

»-Ya lo he intentado. Pero al parecer es capaz de sobrevivir a cualquier herida que pueda infligirle.

»-En el corazón -me susurró Haidée. Se acercó a la puerta-. Yannakos -lo llamó suavemente-. Yannakos.

»Como un oso tambaleante, la criatura respondió a la llamada. Haidée se puso a cantarle mientras le acariciaba las mejillas y le miraba dulcemente a los ojos. Una débil expresión de perplejidad nubló el vacío existente en la

mirada de la criatura. Una única lágrima rodó por la mejilla de Haidée y cayó sobre la mano de Yannakos. Éste miró aquella lágrima. Luego volvió a levantar la mirada hacia Haidée e intentó sonreír, pero era como si los músculos se le hubieran atrofiado. Haidée me hizo una seña inclinando la cabeza; dio un beso a la criatura en cada mejilla y en ese momento yo le clavé profundamente el crucifijo en el corazón.

»Yannakos gritó, un sonido terrible y de otro mundo, mientras un chorro de sangre rociaba el balcón. Cayó al suelo, y allí, ante nuestros ojos, empezó a descomponerse; la carne se encogía, retirándose de los huesos y de los músculos, y los intestinos se le derritieron formando una sopa nauseabunda. Lo miré, revuelto y asqueado.

»-Venga -me dijo Haidée en voz baja-, tírelo al río.

«Conteniendo la respiración, envolví el cadáver en un tapiz; luego le arrojé por el balcón al río Aheron. Me volví de nuevo hacia Haidée.

»- ¿Qué era? – le pregunté-. ¿Quién era?

»Ella me miró.

»-Era mi hermano -dijo por fin.

»La miré, horrorizado.

»-Lo siento. Lo siento muchísimo.

»La tomé en mis brazos. Sentí que un único estremecimiento le sacudía el cuerpo; luego miró hacia mí y comenzó a caminar hacia la puerta.

»-Tengo que irme -dijo con voz distante.

»- ¿Dónde nos veremos mañana? – le pregunté.

»-En la aldea... ¿conoce las ruinas de la vieja iglesia?

»- ¿La gran basílica...? Sí.

»-Nos encontraremos allí. Haga que nos envíen allí las provisiones, me reuniré con usted a mediodía. Debemos escapar a la luz del día. – Se llevó una de mis manos a los labios-. Y luego, mi queridísimo Byron, debemos rezar a la libertad y esperar que ella nos sonría.

»Volvió a besarme la mano; luego dio media vuelta y, antes de que yo pudiera sujetarla, ya había desaparecido de mi vista. No la seguí; no me parecía que hubiese nada que yo pudiera decir o hacer para ayudarla. En cambio volví a salir al balcón. Todo el cansancio que tenía momentos antes había desaparecido. Por encima de las montañas orientales los primeros tonos rosados del alba empezaban a acariciar las nubes.

»En cuanto se hizo de día me deslicé hasta los establos y luego bajé por el camino. Las tres puertas estaban abiertas y nadie trató de detenerme; llegué a la aldea sin que nadie me viera. Até el caballo a la puerta de la casa de Gorgiou, entré en ella y llamé a Petro. Un niño me observó detenidamente desde un rincón de la habitación. Tenía la cara demacrada y estaba pálido a causa del hambre; le ofrecí una moneda, pero él no se movió, ni siquiera parpadeó.

»- ¿Está tu padre en casa? – le pregunté. Hice saltar la moneda en mi mano, arriba y abajo, y de pronto el niño cruzó la habitación como un rayo y me la arrebató de la mano. Al coger la moneda me arañó con una de sus uñas; se detuvo en seco mientras un diminuto chorro de sangre brotaba del arañazo, sangre que lamí con la lengua-. ¿Y tu padre? – volví a preguntarle. El niño continuó mirándome fijamente e intentó cogerme la mano; le di un ligero cachete en la cabeza, y creí que iba a mordirme a modo de respuesta. Pero entonces entró Petro; le gritó algo al niño, y éste se refugió en las sombras de otra habitación.

»Petro miró al niño mientras éste salía y luego se volvió hacia mí.

»- ¿Milord? – preguntó. Tenía la voz rara, casi distante, pero los ojos le brillaban como siempre. Le comuniqué lo que había ido a decirle. Petro asintió y prometió que todo estaría dispuesto.

»- ¿En la vieja basílica? – le pregunté para asegurarme.

»Petro volvió a asentir.

»-En la vieja basílica. En el rincón del fondo, el que se encuentra junto a la torre en ruinas. – Le agradecí sus esfuerzos; Petro me hizo una inclinación de cabeza con una rigidez que yo no recordaba de antes. Le pregunté si su padre se encontraba bien. Petro asintió-. Muy bien -masculló. Me di cuenta de que deseaba que lo dejase en paz.

»-Me alegro -dije mientras salía de espaldas por la puerta-. Por favor, salúdalo de mi parte.

»Petro asintió de nuevo, pero no dijo nada más. Monté en mi caballo y seguí cabalgando sendero abajo. Petro me estuvo observando mientras me alejaba, casi podía sentir sus ojos fijos en mi espalda.

«Recordé, y en realidad en aquel momento lo comprendí por primera vez, que Yannakos había sido su hermano. ¿Sabría Petro la verdad? Yo confiaba en que no. ¿Qué podría haber más terrible, pensé, que ver a tu propia carne y a tu propia sangre transformadas en semejante cosa? Era

mucho mejor creer que estaba muerto. Pero Haidée sí lo sabía... Haidée había vivido día a día junto a aquella criatura, y ella era mujer, griega y esclava. Sí, pensé, la llama de la libertad brilla con más fuerza entre los muros de una mazmorra; y el espíritu se remonta hasta lo más alto, sin cadenas, a pesar del peso de las mismas. Yo iba a rezarle a la libertad, como Haidée me había dicho que hiciera, pero el rostro de esa diosa sería el de la propia Haidée.

»Bajé cabalgando por el camino de la montaña para cerciorarme de que no hubiera ningún obstáculo en nuestra huida. Todo parecía estar despejado; delante de mí, a lo lejos, se veía un penacho de nube negra, pero, por lo demás, el cielo estaba azul y luminoso. Miré fugazmente al sol. Estaba muy alto: debía de ser ya mediodía, pensé. Volví cabalgando hasta la aldea y entré en la basílica. Al pasar por la entrada principal vi que no había en ella más que un vacío armazón; los cascos de mi caballo encontraron eco entre las ruinas. Vi la torre inmediatamente; estaba quince o veinte pasos más allá de una desnuda extensión de escombros y hierbas, donde en otro tiempo se había alzado el altar. No había nadie. Saqué el reloj: aún no eran las doce. Me puse a esperar a la sombra de la torre, pero no venía nadie, y el silencio parecía reverberar como el calor ante mis ojos.

»- ¡Maldita sea! – exclamé-. Ni siquiera han traído las provisiones.

»Volví a montar en la silla del caballo y cabalgué hacia la casa de Petro. Llamé a la puerta repetidamente. No obtuve respuesta. Entré y llamé a Petro en voz alta, pero seguí sin tener respuesta. Miré a mí alrededor, lleno de desesperación. ¿Habría descubierto nuestros planes el pacha? ¿Habría apresado a Petro y a toda su familia? Fuera, atado a un poste, encontré un caballo, un hermoso animal que Petro sólo podría haber comprado con mi oro. Lo desaté y me lo llevé conmigo a la torre de la basílica. Allí volví a atarlo a la sombra de la escalera y luego saqué el reloj. Eran casi las dos. Monté rápidamente en mi caballo y galopé todo lo veloz que pude por el camino que llevaba al castillo.

»De nuevo el camino estaba desierto. No se movía ni un alma, el calor era ya insoportable y flotaba, denso, sobre las blancas rocas de la ladera de la montaña. Antes de pasar por la puerta del castillo eché un vistazo hacia atrás; el horizonte tenía nubarrones de un profundo color púrpura, y a lo largo de los márgenes de la tormenta que se avecinaba se veía el brillo de la

electricidad. Tendríamos que apresurarnos, pensé. La oscuridad, como un depredador al acecho, se alzaba lentamente para tragarse el sol.

»Corrí por interminables pasillos vacíos.

»- ¡Haidée! – gritaba-. ¡Haidée!

»Pero sabía, mientras la llamaba, que no obtendría respuesta; y cada nueva habitación, cada pasillo, estaba tan vacío como el anterior. Me encontraba en el laberinto.

»Me detuve para comprobar mi pistola y luego continué corriendo, llamándola como antes, mientras notaba que la desesperación me atenazaba la garganta juntamente con el miedo, aquel miedo tan familiar que me entumecía y que parecía criarse en el aire del laberinto y agotar a todo aquel que se atreviera a penetrar en él. Pero esta vez no vi nada entre las sombras, ningún destello de movimiento, como había visto en la ocasión anterior. Me encontré junto a los mosaicos de la diablesa y el niño parecido a Cristo; intenté no mirarla y seguí adelante, tropezando; luego pasé bajo la marquesina y penetré en el salón. Me detuve de nuevo y miré a mí alrededor. Por encima de mí se alzaba la bóveda; los pilares y los colosales muros de aquella mazmorra me rodeaban. Miré la escalera; estaba desierta. Miré el suelo de piedra; también estaba vacío, sin aquellas figuras encorvadas que había tenido ocasión de ver la otra vez que había estado allí.

»- ¡Haidée! – volví a gritar-. ¡Haidée!

»Contemplé desesperado la pirámide de fuego, acompañando con los ojos las llamas hasta la cima. Luego mis hombros se derrumbaron; bajé los ojos. Me quedé mirando el templete que se alzaba en el centro del salón.

»Lenta y deliberadamente, amortillé la pistola; volví a mirar a mi alrededor; con paso comedido, caminé hacia la entrada. Penetré en el templete y me quedé esperando. Pero nada ocurrió, allí no había ninguna criatura, nadie que me impidiera bajar por los escalones. Me quedé mirando lo que tenía delante; igual que en la ocasión anterior, los escalones se perdían en las tinieblas. Empecé a descender, y a cada paso que daba apretaba con más fuerza la pistola, cada vez con más fuerza. La oscuridad parecía tan densa como el rancio y muerto aire; me detuve para ver si mis ojos podían acostumbrarse a ella, pero al final no tuve más remedio que seguir avanzando a tientas. «El mundo subterráneo, milord, es sólo para los muertos.» Las palabras del pacha parecían elevarse y resonar en mis oídos. En aquel preciso momento palpé algo delante de mí. Levanté la pistola;

luego respiré profundamente y volví a bajarla. Me encontraba junto a una puerta; busqué a tientas el picaporte y la abrí. Al otro lado la escalera continuaba siendo tortuosa; pero ahora estaba iluminada con una luz tenue que lanzaba destellos de color rojo rubí, y en las paredes vi frescos de estilo árabe. Las pinturas parecían ilustrar la historia de Adán y Eva; pero Eva se encontraba situada a un lado, pálida y blanca, como desangrada, mientras que Adán se encontraba en brazos de otra mujer, y ésta se estaba alimentando de él; y vi que su rostro era el mismo de la mujer que había sobre la entrada del templete. Seguí caminando; el parpadeo de las sombras sobre la piedra iba aumentando y el color se iba haciendo de un rojo más profundo, así que me pregunté si los antiguos habrían estado en lo cierto y me encontraba realmente en los escalones que conducían al Infierno. Entonces vi que éstos acababan y que más allá parecía haber una cámara de piedra; comprendí que, tan profundo en las entrañas de la tierra, aquello solamente podía ser una sepultura. Levanté la pistola, dispuesto a disparar; luego franqueé la entrada y entré en la cripta.

Lord Byron hizo una pausa. Rebecca, que llevaba mucho tiempo sentada en silencio, se sentía reacia a hablar, a animarle a que continuase. Así que permaneció inmóvil observando al vampiro, que parecía mirar fijamente, no a ella, sino a lo que fuera aquello que había encontrado tantos años antes en aquella cámara de piedra. Se acariciaba el mentón con la punta de los dedos y tenía el rostro sin expresión alguna; pero en sus ojos parecía brillar una misteriosa sonrisa.

—Había llamas -dijo finalmente-. Llamas que salían de una grieta situada en el extremo más alejado de la estancia, y delante de las llamas se alzaba un antiguo altar lleno de inscripciones referidas a Hades, el Señor de la Muerte. Haidée se encontraba junto al altar. Yacía de espaldas, encantadora y afligida, con los velos rasgados y la túnica arrancada, lo que dejaba al descubierto sus senos; y el pacha se estaba alimentando de ellos, como el niño que succiona la leche de su madre. A veces daba la impresión de detenerse, y entonces acariciaba el pecho de la muchacha con las mejillas y los labios; me di cuenta de que jugueteaba con el flujo de la sangre que corría por ellos. Haidée se removía y gemía, pero no podía levantarse porque el pacha le sujetaba las muñecas con sus brazos, y ella estaba débil, muy débil. No obstante, llamaba la atención la ternura con que bebía de ella el pacha; de nuevo le acarició el pecho con la mejilla y le tiñó el pezón de

rojo con la sangre que tenía en la lengua. De pronto Haidée emitió un grito sofocado y rasgó el aire con los dedos; apretó las piernas alrededor de las del pacha. Sentí un estremecimiento. Con brazo firme levanté la pistola; di un paso adelante y coloqué la pistola en la cabeza del pacha.

»El pacha se giró ligeramente para mirarme. Tenía en los ojos un brillo plateado; las mejillas estaban gordas y repletas, e hilos de baba sanguinolenta le colgaban de los labios y del bigote. Sonrió, dejando al descubierto al hacerlo unos dientes blancos y afilados; me miró, y pensé que iba a lanzarse a mi garganta. Pero cuando presioné con la pistola contra una de las sienes, se tambaleó y cayó como una garrapata abotagada a la que se arranca de su anfitrión. Entonces me di cuenta de que aquella comparación no era ni más ni menos que la estricta verdad. El pacha quedó tumbado de lado, rollizo, hinchado, ahíto de sangre; y cuando trató de levantarse sólo pudo apoyar la cabeza en la base del altar. Era como si estuviera borracho, constaté, tan embriagado que apenas si podía moverse.

»-Mátelo -me susurró suavemente Haidée. Se había puesto en pie, pero tenía que apoyarse en un brazo-. Mátelo -repitió-. Dispárele al corazón.

»El pacha se echó a reír.

»- ¿Matarme? – dijo con desdén. Pero aquella voz sonó extraordinariamente bella en mis oídos, e incluso Haidée pareció quedar hechizada por ella. Entonces la muchacha avanzó hacia las sombras y vi que cogía una espada. Debía de haberla dejado allí con anterioridad, dispuesta para cuando se presentase una oportunidad como aquélla.

»-Una bala llega más profundo -le dije-. Por favor, Haidée, suelta la espada.

»El pacha volvió a reírse.

»- ¿Ves, mi linda esclava? Tu deslumbrante libertador nunca me matará: está demasiado ansioso por saber todo aquello que yo puedo revelar.

»-Mátelo -repitió Haidée. De pronto se puso a gritar-. ¡Mátelo ya!

»Mi mano seguía tan firme sobre la pistola como antes.

»-La basílica -le dije en un susurro-, en la torre en ruinas... Espérame allí.

»Haidée me miró fijamente.

»-No caiga en la tentación. – Levantó una mano para acariciarme y luego me susurró al oído-: No me traicione, Byron, o se condenará en el

Infierno. – Se dio la vuelta y se dirigió a la escalera-. Nos veremos en la torre en ruinas -añadió; y luego se marchó.

»El pacha y yo nos quedamos a solas. Avancé hacia él.

»-Voy a matarle -le dije sin dejar de apuntarle al corazón con la pistola-. No se engañe, excelencia, pensando que no lo haré.

»El pacha sonrió perezosamente.

»- ¿Engañarme?

»Lo miré fijamente y mi mano empezó a temblar. La sujeté hasta mantenerla firme de nuevo.

»- ¿Qué es usted? – le pregunté-. ¿Qué clase de... cosa?

»-Sabe muy bien lo que soy.

»-Un monstruo, un *vardoulacha*, un bebedor de sangre humana.

»-Debo beber sangre, sí -asintió el pacha-. Pero hubo un tiempo en que fui un hombre muy parecido a usted. Y de momento, mi querido lord Byron, poseo el secreto de la inmortalidad, como usted bien sabe. – Me sonrió y recalcó-: Como usted bien sabe.

»Moví la cabeza a ambos lados.

»- ¿Inmortalidad? – Lo miré fijamente, con asco-. Pero usted no está vivo. Es una cosa muerta. Puede que se alimente de la vida, pero usted no la posee, no lo piense ni siquiera un momento. Se equivoca, se equivoca.

»-No, milord. – El pacha levantó una mano hacia mí-. ¿No se da cuenta? La inmortalidad se encuentra en una dimensión más allá de la vida. Debe usted limpiarse el cuerpo de arcilla y la mente de pensamientos mortales. – Me rozó los dedos, y en aquel contacto sentí el pulso de algo cálido y vivo-. No tenga miedo, milord. Sea joven y viejo; sea humano y divino; esté por encima de la vida y por encima de la muerte. Si puede aunar todas estas cosas en su ser, y en sus pensamientos, entonces, milord, habrá descubierto la inmortalidad.

»Lo miré fijamente. Su voz tenía la dulzura y la sabiduría de un ángel. Dejé caer el brazo a un lado.

»-No lo comprendo -le dije, impotente-. ¿Cómo puede ser verdad?

»- ¿Duda de mí? – No le contesté. Pero continué mirándole a los ojos, y éstos se fueron haciendo más profundos; parecían las aguas de algún hermoso lago que subieran para enfriar mi repulsión y mi miedo-. Hace mucho tiempo -dijo el pacha suavemente-, en la ciudad de Alejandría, yo era un maestro de ciencias. Estudié química, medicina, filosofía; leí a los

sabios antiguos, a los egipcios y a los griegos; me hice maestro de sabidurías enterradas y verdades largo tiempo olvidadas. Empecé a soñar que la muerte podía conquistarse. Soñaba con descubrir el mismísimo elixir de la vida. – Hizo una pausa-. Una ambición fatídica que habría de decidir mi destino. Llegó hasta mí en el año vigésimo de la era musulmana, durante el reinado del califa Othman... según el calendario cristiano, en el año seiscientos cuarenta y dos.

»Vi que me estaba ahogando en sus ojos. Tenía que aferrarme a mi escepticismo. Tenía que creer que me estaba mintiendo. Pero no podía.

»-De modo que fue entonces cuando encontró el elixir de la vida -le dije.

»Pero el pacha negó con un movimiento de cabeza.

»-No -respondió-. No lo encontré entonces, ni tampoco luego, aunque lo he buscado en las ciencias modernas igual que lo busqué en las antiguas. – De nuevo movió la cabeza-. Si existe, hasta ahora me ha esquivado.

»Le hice un ademán con la pistola.

»-Entonces, ¿cómo...? – Se me apagó la voz antes de terminar la frase.

»- ¿No se lo imagina?

»Me lo imaginaba, desde luego. No dije nada... pero sí, me lo imaginaba.

»El pacha cogió de nuevo mi mano. Tiró de mí hasta que me obligó a ponerme a su lado.

.»-Me sedujeron -me dijo en un susurro-. Durante un año el rumor había ido creciendo en Alejandría: «¡Lilith está aquí! ¡Lilith, la bebedora de sangre, está aquí!» Se habían encontrado unos cuerpos, blancos porque estaban desangrados, abandonados en las encrucijadas y en los campos. Habían venido hasta mí algunas personas, pues mi reputación era grande, porque tenían miedo. Les dije que mantuvieran alto el ánimo, que no existía ninguna Lilith, ninguna princesa ramera que pudiera beberseles la sangre. Sin embargo, mientras les decía aquello, sabía que la verdad era otra, porque yo mismo estaba siendo visitado por Lilith, quien me estaba mostrando, como yo se las he mostrado a usted, las cumbres de la inmortalidad. – Me apretó con fuerza el brazo-. Esas cumbres, milord, sí son reales. Si le cuento lo que me ocurrió a mí es sólo para que pueda comprender lo que le estoy ofreciendo: la sabiduría, el deleite, el poder de otro mundo. ¿Ha oído hablar de Lilith? ¿Sabe quién es verdaderamente?

Según la leyenda judía, fue la primera mujer de Adán, y los hombres la han venerado desde los albores de los tiempos. En Egipto, en Ur, entre los cananeos, se la ha conocido como Reina de los Succubi, la reina de todos aquellos que, como yo, poseen la sabiduría que engendra el beber sangre humana. – Me acarició la garganta y luego me pasó un dedo por la pechera de la camisa-. Comprenda esto, milord: no le ofrezco la vida ni le ofrezco la muerte, sino que le ofrezco algo tan antiguo como las propias rocas. Prepárese para ello. Prepárese, milord, y esté agradecido. – Me besó salvajemente. Noté sus dientes contra mis labios y probé el aroma de sangre que él tenía en la boca. La sangre de Haidée. Me encogí, acobardado; el pacha debió de notarlo, porque me sujetó con fuerza e intentó retenerme junto a él en el suelo. Pero conseguí liberarme y volví a ponerme en pie. El pacha levantó la mirada y la fijó en mí-. No tenga miedo, milord -me dijo. Alargó una mano para acariciarme una bota-. Para que no me sedujeran, también luché... al principio.

«Levantó el dedo y me recorrió la pierna hacia arriba, despacio; le apunté con la pistola; al verlo, el pacha se echó a reír con una burla fría de codicia y desprecio. De pronto, como una bestia salvaje, con la boca abierta, me saltó a la garganta. Disparé, y en la confusión erré el tiro, aunque la bala le dio en el abdomen. El pacha se llevó la mano a la herida, vio la sangre que le corría por entre los dedos y luego me miró, atónito. Disparé de nuevo; esta vez le di en el pecho y el impacto lo lanzó de espaldas contra la piedra del altar.

»-He escogido la vida -dije, de pie por encima de él-. Rechazo el don que me ofrece.

»Le apunté al corazón y disparé; el pecho le desapareció en un amasijo de huesos y sangre. El pacha gimió y todo su cuerpo se convulsionó; levantó una mano como para cogerme; luego el brazo volvió a caer y el cuerpo quedó inmóvil. Lo toqué con el borde de la bota, luego me obligué a tomarle el pulso: no encontré nada, ni rastro de vida. Miré al pacha durante un segundo más, mientras él yacía con la cabeza contra el altar en honor a Hades; luego di media vuelta y me marché dejándolo allí: por fin había algo muerto en aquel santuario de los muertos.

Capítulo VI

Si pudiera explicar larga y detenidamente las verdaderas causas que han contribuido a incrementar este quizá de natural excitable temperamento que tengo, esta melancolía que me ha hecho célebre, nadie se extrañaría; pero eso es imposible sin causar demasiado daño; no sé lo que ha sido la vida de otros hombres, pero no puedo concebir nada más extraño que algunas de las más tempranas etapas de mi vida. He escrito mis memorias, pero he omitido todas las partes realmente importantes y de consecuencias sustanciales por deferencia a los muertos, a los vivos y a aquellos que se ven obligados a ser ambas cosas a la vez.

Lord Byron, *Pensamientos sueltos*

—El cielo sobre Aheron había cambiado, ahora era de una oscuridad terrible, como si fuese una señal de duelo por la muerte del señor del castillo. Mi caballo relinchó atemorizado cuando lo monté y lo espoleé por el tortuoso camino que iba montaña abajo. Vi que había centinelas con antorchas encendidas en las almenas, y les oí gritarme cuando pasé por las puertas abiertas. Me di la vuelta para mirarlos; me señalaron hacia la aldea y volvieron a gritar lo que parecían palabras de aviso, pero el viento ululaba entre las rocas y las voces de los centinelas se perdieron. Seguí galopando y pronto había dejado atrás las almenas; tiré de las riendas del caballo; delante de mí, de un color blanco fantasmal bajo el pesado cielo de tonos verdes, se extendía la aldea.

»Estaba tan desierta como siempre, pero por alguna razón, el estado de mis nervios, quizá, o algún presentimiento, volví a sacar la pistola y miré hacia las ruinas vacías, como temeroso de lo que pudiera encontrar en ellas. Pero no había nada, así que espoleé el caballo y continué en dirección a la basílica. Pero al pasar por delante de la casa de Petro vi una pequeña forma que se hallaba de pie, inmóvil, a un lado del camino.

»- ¡Lord Byron! — me llamó con voz aguda y aflautada. Tiré de las riendas del caballo y lo miré fijamente. Era el hijo de Petro, el niño de cara demacrada que me había quitado la moneda aquella mañana-. Por favor, entre en casa -me dijo. Hice un movimiento de negación con la cabeza, pero él señaló hacia la casa y pronunció una sola palabra-: Haidée.

»Entonces, naturalmente, desmonté y lo seguí.

«Entré en la casa. En el interior de la misma todo estaba oscuro, no había velas ni fuego. Oí que la puerta se cerraba detrás de mí y que luego echaban el cerrojo. Miré a mí alrededor sobresaltado, pero el niño clavó en

mí la mirada, con aquel rostro tan solemne que resplandecía pálido en la oscuridad, y me señaló de nuevo hacia la puerta de una segunda habitación. Avancé hacia allí.

»-Haidée -llamé-. ¡Haidée!

»No hubo respuesta. Pero entonces oí unas risitas, unas risas agudas y emitidas en voz baja que procedían de la habitación que había justo delante de mí. Tres o cuatro voces infantiles empezaron a corear:

»- ¡Haidée, Haidée, Haidée!

»Se oyeron más risitas y luego se hizo el silencio. Abrí la puerta.

«Cuatro pares de ojos muy abiertos me miraban: tres niñas y un niño muy pequeño. Tenían el rostro tan pálido y solemne como el de su hermano; luego una de ellas, la más bonita de las niñas, me sonrió, y aquel rostro infantil me pareció de pronto la cosa más cruel y depravada que hubiera visto nunca. Enseñó los dientes; tenía en los ojos un resplandor plateado; los labios, que ahora ya podía ver, eran rojos y obscenos. Luego me di cuenta de que estaban teñidos de sangre; los cuatro niños se encontraban agachados sobre el cuerpo de una mujer, y cuando avancé un paso alcancé a ver que su comida era la madre de Petro, cuyo rostro estaba helado en la agonía de la muerte con un horror indescriptible. Sin pensarlo, me incliné a su lado; extendí la mano para acariciarle el cabello; entonces ella también me miró, con ojos llameantes, y se irguió; los dientes le relucieron mientras emitía un siseo de sed. Todos los niños emitieron una risita de deleite cuando su abuela me lanzó un zarpazo a la garganta, pero la mujer era bastante lenta. Retrocedí, le apunté con la pistola y le atravesé el pecho de un disparo. Luego sentí unas uñas que me arañaban la espalda: el quinto niño, el que me había guiado hasta el interior de la casa, trataba de trepar sobre mí. Me lo sacudí de encima y luego, instintivamente, mientras él caía al suelo, le disparé también. El cráneo voló hecho pedazos, y los otros niños retrocedieron, encogidos; pero luego vi, horrorizado, que la abuela empezaba a removerse de nuevo, y luego el niño, y todos ellos empezaron a acecharme. Yo no sabía qué era peor, si ver al niño que me miraba fijamente con media cabeza volada o el hambre de los otros niños, todos ellos tan jóvenes y hermosos aún. El más pequeño corrió hacia mí; le abofeteé con una mano y luego me eché hacia atrás, tambaleándome, y cerré la primera puerta detrás de mí; después, cuando los *vardoulacha* la abrieron de nuevo, empujé la puerta que daba a la calle. Pero estaba atrancada, maldita sea, se

me había olvidado. Intenté abrir el cerrojo, y mientras lo manipulaba los niños corrieron de nuevo hacia mí, con la boca abierta y un destello de triunfo en los ojos. Uno de ellos me arañó; entonces la puerta por fin se abrió y conseguí salir al exterior, y cerré de golpe antes de que pudieran seguirme. Me apoyé contra la puerta y sentí cómo aquellos pequeños cuerpos empujaban contra ella; luego me moví lo más rápidamente que fui capaz, monté en mi caballo y, antes de que pudieran alcanzarme, me puse a galopar camino abajo. Miré hacia atrás por encima del hombro y vi que los niños me seguían con la mirada mientras sollozaban y emitían un extraño sonido animal de deseo frustrado. No me volví para mirar una segunda vez; tenía que llegar a la basílica, tenía que averiguar si Haidée seguía viva.

»Vi frente a mí un resplandor de llamas. Avancé a medio galope hacia el arco de la basílica; una figura, recortada contra el resplandor naranja del fuego, se alzaba ante mí con los brazos levantados. Se reía con un sonido de burla y triunfo; me miró fijamente y volvió a reírse; era Gorgiou. Saltó sobre mí cuando pasé junto a él, pero el casco del caballo le alcanzó en un lado de la cabeza y lo hizo caer de espaldas. Cabalgué lo más rápidamente que pude por encima del suelo de la basílica. Unas figuras oscuras se volvían para mirarme; reconocí al sacerdote; éste, igual que los demás, tenía en los ojos el resplandor plateado de la muerte. Las criaturas estaban congregadas en un grupo al fondo de la iglesia, alrededor de la torre en ruinas. Cabalgué hacia ellos aplastando a los que se interponían en mi camino y apartando a un lado a los demás, que alargaban las manos intentando tirarme del caballo.

»- ¡Byron! – oí que me llamaba a gritos Haidée.

»Estaba de pie en el escalón más alto, vestida con ropas de criado. Sostenía una antorcha llameante en cada mano, y tenía delante una hoguera que ella misma había encendido. Corrió escalera abajo; uno de los monstruos saltó sobre ella, pero le apunté con la pistola y disparé; el monstruo se tambaleó hacia atrás con una bala en el pecho. Busqué el caballo de Haidée; entonces lo vi, muerto, mientras unas sanguijuelas humanas estaban todavía chupándole la sangre.

»- ¡Salta! – le grité a Haidée.

»Saltó y estuvo a punto de caer, pero se agarró a la crin de mi caballo; mientras continuaba cabalgando conseguí tirar de ella hasta que estuvo a salvo sentada en la silla, entre mis brazos. Ahora no veía hacia donde

cabalgábamos, íbamos tropezando entre rocas y olivos, y comprendí que para escapar tendríamos que encontrar la carretera. De pronto, bifurcándose por encima de los irregulares picos de las montañas, el estallido de un relámpago iluminó el cielo.

»- ¡A la derecha! – me gritó Haidée.

«Asentí con un movimiento de cabeza y miré hacia donde me indicaba. Podía verse la carretera, que serpenteaba desde el castillo, y luego, aprovechando el destello de un segundo relámpago, vi otra cosa: un ejército de fantasmas que vagaban sin rumbo a través de las puertas de las almenas y se diseminaban por el exterior del castillo como hojas ante el estruendo de la tormenta. Cuando llegamos al camino parecía que hubiesen olido nuestra sangre. Oímos sus chillidos por encima del viento, pero se encontraban a bastante distancia detrás de nosotros, y el camino que teníamos por delante estaba despejado. Pronto, tras doblar la curva de la montaña, los perdimos de vista.

«Empecé a pensar que estábamos a salvo. Pero entonces, mientras cabalgábamos por debajo del arco que en tiempos había marcado los límites de la ciudad, sentí que algo pesado me saltaba a la espalda y caí de la silla al polvo del camino. Noté en la nuca el soplo de un aliento; olía a podrido y a muerto. Traté de darme la vuelta y luché con mi atacante, que me sujetaba con fuerza, pero unas uñas como garras se me clavaban en los brazos.

»- ¡No deje que le muerda! – me gritó Haidée-. ¡Byron, no deje que le saque la sangre!

»La criatura pareció distraerse con el sonido de aquella voz; se dio la vuelta para mirar hacia el lugar de donde procedía, y al hacerlo conseguí soltarme; miré hacia arriba para ver aquella cosa que me había estado sujetando. Era Petro... pero, ¡qué cambiado estaba! Tenía la piel tan cerúlea como la de un cadáver reciente, a pesar de que los ojos le brillaban como los de un chacal, unos ojos que, al verme libre, se pusieron de un rojo llameante. Volvió a saltar sobre mí. Lo cogí por la garganta e intenté apartarlo, pero Petro era muy fuerte, y volví a oler su aliento de cadáver al tiempo que sus mandíbulas se acercaban cada vez más a mi garganta. El hedor resultaba tan insoportable que pensé que iba a desmayarme.

»- ¡Petro! – oí gritar a Haidée-. ¡Petro!

«Entonces noté una especie de saliva que me corría por la cara y comprendí que ya no podía resistir más. Me preparé para la muerte, o más

bien para aquella muerte viviente que parecía ser el sino de la aldea. Pero entonces oí un golpe apagado... y luego otro. Petro rodó por encima de mi cuerpo y cayó al suelo. Levanté los ojos. Haidée estaba allí, de pie, sosteniendo una pesada piedra. Se había mojado con la sangre y tenía los cabellos pegados. Petro yacía inmóvil a sus pies; luego empezó a moverse de nuevo, intentando apresar a Haidée con las garras, y ésta sacó el crucifijo de debajo de la capa, apuntó al corazón de su hermano y se lo clavó con todas sus fuerzas. Petro se puso a gritar como lo había hecho su hermano; una suave fuente de sangre le comenzó a manar del pecho formando burbujas. Haidée arrancó el crucifijo del cadáver; se tumbó a su lado y empezó a llorar con violentos y desgarrados sollozos.

»La abracé; luego, por fin, le brotaron las lágrimas; la cogí con suavidad por un brazo y la conduje de nuevo al caballo. No dije nada... ¿qué podía haber dicho?

»-Cabalga rápido -me dijo en voz baja Haidée mientras yo agitaba violentamente las riendas-. Dejemos atrás este lugar. Abandonémoslo para siempre.

»Asentí; espoleé el caballo y galopamos por el camino, montaña abajo.

Hubo un breve silencio; lord Byron apretó con fuerza los brazos del sillón que ocupaba y respiró profundamente.

-¿Y se marcharon? - le preguntó Rebecca con impaciencia-. Quiero decir, ¿para siempre?

Lord Byron esbozó una tenue sonrisa.

-Señorita Carville, por favor... éste es mi relato. Hasta ahora se ha portado usted muy bien al permitir que se lo cuente como me place. No estropeemos las cosas.

-Perdone...

-¿Pero?

Rebecca sonrió agradecida.

-Sí... *pero*... no me ha dicho qué le había ocurrido a la aldea. Al menos cuénteme eso.

Lord Byron levantó una ceja.

-¿Cómo era que todos habían cambiado tan aprisa? ¿Había sido el pacha? ¿Había sido Gorgiou? - Lord Byron volvió a sonreír ligeramente-. Esas preguntas, como puede imaginar, también pasaron por mi cabeza en aquellos momentos. No quería presionar a Haidée, no quería que recordase

lo que le había pasado a su familia, que pensase en ello. Pero entonces la tormenta arreció y empecé a sentirme desesperado por encontrar algún refugio; tenía que saber si podíamos detenernos con cierta seguridad o si teníamos que seguir cabalgando en mitad de la noche.

–El caballo, puesto que los llevaba a los dos, supongo que empezaría a flaquear, ¿no es así?

–No. Nos encontramos con alguien, ya ve usted... junto al mismo puente donde nos habíamos encontrado con Gorgiou anteriormente; íbamos cabalgando por el puente cuando de pronto un jinete apareció entre la lluvia, con otro caballo que le iba a la zaga, y me llamó por mi nombre. Era Viscillie. Me estaba esperando.

»- ¿Creía que iba a abandonarlo, milord? – me preguntó sonriendo bajo aquellos enormes mostachos-. ¿Sólo porque un *vardoulacha* me sobornase para que lo hiciera?

–Escupió e injurió gloriosamente al pacha-. ¿Acaso no sabía -me dijo Viscillie- que un bandido ama su honor tanto como un cura ama el oro y los muchachos? – Lanzó otra lluvia de improperios y luego señaló hacia un refugio que había construido entre las rocas-. Seguiremos cabalgando al alba, milord, por ahora... la muchacha necesita descansar. Hay fuego y comida. – Me hizo un guiño-. Sí, y también raki.

» ¿Cómo iba a discutir con él? Ya era bastante difícil darle las gracias. Recuérdelo: acuda a un ladrón si necesita un hombre de buen corazón.

»Hasta Haidée pareció revivir una vez acampados junto al fuego. Ella seguía sin hablar apenas, pero después que comimos empecé a hacerle preguntas sobre las perspectivas de nuestra huida. ¿Nos perseguirían las criaturas de la aldea? ¿Qué opinaba ella? Haidée dijo que no con un movimiento de cabeza. Quise saber si el pacha había sido destruido realmente; dijo que no. Le pregunté qué quería decir. Se quedó pensando durante unos instantes y luego, con voz entrecortada, empezó a explicármelo: el pacha, cuando convertía a un hombre en un *vardoulacha*, creaba un monstruo que al parecer no tenía existencia alguna más allá de su sed de sangre humana. Algunas de aquellas criaturas eran meros zombis que dependían por entero de la voluntad del pacha; a otros se les infundía una ferocidad animal, y a aquellos de quienes bebían les contagiaban de un anhelo tan desesperado como el suyo. Dijo que suponía... Haidée hizo una pausa, y Viscillie le tendió el frasco de raki. Haidée bebió. Luego continuó

hablando. Suponía que a su padre lo habían convertido en una criatura del segundo tipo. Me miró. Los ojos le brillaban con odio apasionado.

»-Él ya sabía lo que iba a pasar. Lo hizo deliberadamente: infligió una muerte viviente a mi padre, a mi familia, a toda la aldea. Pero si realmente lo has matado, Byron, las criaturas que él produjo empezarán a morir también, de manera que estaremos a salvo de ellos. Si es que realmente lo has matado.

»- ¿Qué quieres decir con ese «si es que»? Le disparé. Y vi cómo moría.

»Viscillie me preguntó con un gruñido:

»- ¿Le disparó al corazón, milord?

»-Sí.

»- ¿Está seguro, milord?

»-Maldita sea, Viscillie, soy capaz de darle a un palo en movimiento a veinte pasos; ¿cómo voy a fallar con un corazón humano a dos pasos?

Viscillie se encogió de hombros.

»-Entonces sólo tenemos que temer a los tártaros.

»- ¿Qué? ¿A los guardas del pacha? ¿Por qué iban a molestarse en perseguirnos?

»Viscillie volvió a encogerse de hombros.

»-Para vengar la muerte del pacha Vakhel, naturalmente. – Me miró y sonrió-. La lealtad es algo que tienen en común con los bandidos.

»- ¿En común? No, no creo que se aproximen siquiera a esa lealtad, ni mucho menos. – Viscillie sonrió para agradecer el cumplido, pero estaba claro que no era eso lo que buscaba, y su advertencia me llenó de preocupación-. ¿Cabe dentro de lo posible que esas cosas muertas se hubieran alimentado también de los guardas?

»-Esperemos que sea así. – Viscillie sacó un cuchillo y se quedó mirándolo fijamente-. Aunque si yo fuera tártaro habría iluminado con antorchas la aldea y luego habría esperado al alba.

»- ¿El sol puede matar a esas criaturas?

»-Eso es lo que se nos enseña, milord.

»-Pues yo he visto al pacha a la luz del día.

»-Él puede sobrevivir a cualquier cosa -dijo Haidée de pronto, abrazándose a sí misma-. Es más viejo que las montañas, y más mortífero que las serpientes... ¿Cree que a él pueden amenazarle unos cuantos rayos de sol? No obstante, sí que es cierto, el sol lo debilita, y cuando más débil

está es cuando no hay luz de luna que le restituya las fuerzas. – Me cogió las manos y me las besó con súbita pasión y euforia-. Por eso es por lo que debemos emprender viaje mañana con las primeras luces del alba, y viajar tan aprisa como nos sea posible. Así nos ganaremos nuestra libertad. – Me sonrió-. ¿Le rezó a la diosa, Byron, como le pedí que hiciera?»-Sí.

»- ¿Y está de nuestra parte?

»-Desde luego -susurré. La besé ligeramente en la frente-. ¿Cómo podría no estarlo?»Y le dije que se durmiera.

»Viscillie, que parecía de piedra, se pasó la noche de vigilancia. Intenté mantenerme despierto junto a él, pero pronto empecé a dar cabezadas, y antes de darme cuenta me estaba susurrando al oído que casi empezaba a amanecer. Miré hacia el cielo; la tormenta había pasado hacía rato y el aire temprano de la mañana era suave y claro.»-Hoy el sol calentará mucho -me comentó Haidée al reunirse conmigo en la carretera.

»La miré. Tenía las mejillas tan frescas como el alba en el este, y los ojos le brillaban como el sol del nuevo día. Me di cuenta de que por fin, en medio del horror de sus recuerdos, ella comenzaba a vislumbrar la libertad con la que hasta aquel momento sólo había soñado.

»-Lo conseguiremos -le dije apretándole con fuerza la mano. Asintió brevemente y subió a la silla. Aguardó hasta que Viscillie y yo estuvimos listos sobre las nuestras; luego tiró de las riendas y comenzó a cabalgar al galope camino abajo.

«Estuvimos cabalgando lo más aprisa que pudimos, mientras el sol se hacía cada vez más cálido y se elevaba en el cielo. De vez en cuando Viscillie desmontaba y trepaba por un barranco o por una garganta; cuando volvía a reunirse con nosotros, sonreía y nos hacía un gesto negativo con la cabeza. Pero a eso del mediodía, cuando bajaba apresuradamente y con dificultades desde lo alto de un risco, vimos que traía cara de desagrado; cuando finalmente se unió a nosotros masculló que había visto una nube de polvo a mucha distancia, pero en movimiento.

»- ¿Vienen hacia aquí? – le pregunté a Viscillie. Éste se limitó a encogerse de hombros-. ¿Crees que cabalgan más de prisa que nosotros?

»Viscillie volvió a encogerse de hombros.»-Si se trata de tártaros, quizá sí.»Lancé un juramento en voz baja; miré el camino que había delante de nosotros y luego dirigí los ojos hacia atrás, por encima del hombro, hacia el cielo azul y despejado.

»- ¿Hasta dónde tenemos que llegar, Viscillie -le pregunté lentamente-, para que nos encontremos a salvo?»-Hasta los límites de los dominios del pacha. No creo que se atrevan a perseguir a un noble señor extranjero más allá de esos límites, y mucho menos cuando ese noble señor es amigo del gran pacha Alí.»- ¿Estás seguro?»-Sí, milord.

»- ¿Dónde están esos límites?

»-En la carretera de Missolonghi. Allí se encuentra una pequeña fortaleza.

»- ¿Y cuánto tardaremos en llegar hasta allí?»-Un par de horas. O puede que una y media, si cabalgamos sin descanso.

»Haidée echó una ojeada al cielo.»-Es casi mediodía. A partir de ahora el sol empezará a bajar. – Se dio la vuelta y me miró-. Tendremos que cabalgar más rápidamente todavía. Tendremos que cabalgar como si nos persiguiera el mismísimo diablo.

»Y así lo hicimos. Transcurrió una hora y no oímos nada en la quietud que reinaba bajo el sofocante calor, excepto los cascos de nuestros caballos, que levantaban el blanco polvo del camino y nos llevaban cada vez más cerca de la carretera de Missolonghi. Nos detuvimos junto a un arroyo, un agradable lugar de verdor entre las rocas y los riscos, para permitir que nuestros caballos bebieran; Haidée desmontó, y, mientras llenaba la cantimplora, miró hacia atrás y distinguió una tenue nube de polvo que se levantaba a lo lejos.

»- ¿Es eso lo que viste antes? – le preguntó a Viscillie. Éste y yo miramos hacia donde ella nos indicaba.

»-Se están acercando -observé.

»Viscillie asintió.

»-Vamonos -nos dijo, al tiempo que obligaba a su caballo a levantar la cabeza del arroyo-. Todavía nos queda un buen trecho de camino.

»Sin embargo, por muy aprisa que cabalgásemos no conseguíamos dejar atrás la nube de polvo. Más bien al contrario: se hacía cada vez más densa, de manera que pronto pareció estar ensombreciéndonos. Luego oí el grito ahogado de Haidée; miré hacia atrás y vi un brillo metálico, el bocado de un caballo, y también oí un lejano resonar de cascos. Dimos la vuelta a un saliente de rocas y perdimos de vista a nuestros perseguidores antes de saber con certeza si nos habían visto. Pero el camino descendía y se iba

haciendo más recto a medida que desaparecían las rocas y los precipicios. Sería más fácil vernos allí, en la llanura abierta.

»- ¿Cuánto queda? – le pregunté a gritos a Viscillie.

»Éste señaló hacia adelante. Apenas pude distinguir, muy a lo lejos, la línea blanca de una carretera. Y, guardándola, un pequeño fuerte.

»-El castillo del pacha Alí -me gritó Viscillie-. Tenemos que llegar hasta él. ¡Al galope, milord, al galope!

»Nuestros perseguidores ya habían dado la vuelta al saliente de roca, de manera que nos tenían a la vista. Oí sus alaridos de triunfo y, al mirar hacia atrás, vi que se dispersaban al seguarnos por la llanura. Oí también un disparo, y el caballo que yo montaba estuvo a punto de tropezar y caer; lancé un juramento y me esforcé por sacar las pistolas de mi bolsa.

»- ¡Corra, milord! – me gritó Viscillie mientras se oía otro disparo-. ¡Los tártaros tienen muy mala puntería!

»Pero lo que sí sabían hacer bien era cabalgar; al tiempo que Viscillie me gritaba, tres de ellos se separaron de los demás y se dirigieron hacia nosotros. Uno de ellos alcanzó a Haidée, y se reía mientras ésta intentaba en vano alcanzarle con una daga. Jugó con ella, haciendo fintas y cambiando de rumbo, y mientras hacía eso yo conseguí por fin encontrar la pistola. La había cargado antes; recé porque disparase correctamente. El tártaro cogió a Haidée por el cabello; la muchacha se agarró desesperadamente a las riendas mientras aquel tipo tiraba de ella. El tártaro se separó, pero luego volvió a acercarse, y esta vez cogió a Haidée por el brazo. Él se echó a reír, y entonces disparé; el tártaro se levantó en la silla, como si estuviera saludando, pero sólo para caer de espaldas poco después; el caballo lo arrastró por los tobillos a lo largo del camino de vuelta. Mientras el asustado caballo galopaba hacia sus filas, nuestros perseguidores se detuvieron. Se me levantó el ánimo, pues vimos que nos estaban abriendo las puertas de la fortaleza. Los tártaros también debieron darse cuenta, porque de repente empezamos a oír gritos de furia y de mofa; teníamos el sonido de sus caballos casi junto a nuestros oídos. Giré la cabeza para mirar hacia atrás. ¿Estaría con ellos el pacha? No pude verlo. Volví a mirar de nuevo. El pacha no estaba allí. Claro que no... estaba muerto, yo lo había visto morir.

»-Al galope, milord -me volvió a gritar Viscillie.

»Las balas pasaban silbando junto a nosotros, pero entonces, como respuesta, se oyó un estallido de fuego que provenía de la muralla de la fortaleza, y algunos de los tártaros cayeron. La mayoría, sin embargo, resultaron ilesos, y pensé, mientras nos acercábamos al galope a las puertas abiertas, que no lo conseguiríamos. Sentí que una mano me tocaba el brazo. Me di la vuelta para mirar; un tártaro me sonreía descaradamente. Alargó la mano para intentar cogerme la garganta, pero conseguí esquivarlo, y al hacerlo mi caballo golpeó al suyo y el tártaro salió despedido de la silla. Me giré para buscar a Haidée; ésta había llegado a las puertas.

»- ¡De prisa, milord, de prisa! – me gritaba Viscillie, que se hallaba delante de mí.

»Espoleé a mi exhausto corcel; el jinete que tenía detrás de mí se quedó retrasado; en cuanto pasé junto a ellas, las puertas de la fortaleza se cerraron.

«Estábamos a salvo, por lo menos de momento. Pero incluso detrás de las murallas nos sentíamos incómodos. El comandante de la guarnición era un hombre hosco y receloso, y no era para menos, porque nuestra llegada y nuestra apariencia habían sido bastante extrañas; pero también influía la furia con la que los tártaros nos habían dado caza. Le dije al comandante que se trataba de *klephti*, y me dirigió una mirada de franca incredulidad. No obstante, se puso más amable cuando hice hincapié en que yo era amigo personal del pacha Alí, y cuando vio la carta de presentación que yo llevaba conmigo, casi parecía griego de tan servil como se mostró. Pero no me fiaba de él, y aquella tarde, después de una breve pausa para refrescarnos y asegurarnos de que los tártaros verdaderamente habían vuelto a las montañas, continuamos nuestro viaje. El camino de Missolonghi, aunque poco transitado, parecía una verdadera vía pública después de la soledad del camino que discurría entre las montañas, y también estaba en mejores condiciones, cosa que nos permitía viajar a una velocidad apreciable. No dejábamos, por supuesto, de vigilar y observar el trayecto que habíamos recorrido, pero no vimos ninguna nube de polvo que se elevase hacia el cielo, y al cabo de un rato empezamos a sentirnos más seguros. Pasamos la noche en Arta, un lugar bastante agradable donde pudimos contratar soldados, diez de ellos, que nos protegieran en el viaje que aún nos quedaba por delante. Casi me sentía confiado. No nos pusimos de nuevo en marcha

hasta bien entrada la mañana, porque Haidée estaba agotada y durmió durante casi doce horas. No quise despertarla. El platonismo continuaba intacto.

»Pero, ¿cómo iba yo a culpar a Haidée por mostrarse tan reservada hasta el momento en que tuviera la absoluta certeza de ser verdaderamente libre?

Lord Byron hizo una pausa; se le abrieron mucho los ojos; luego miró hacia la oscuridad, como si allí estuviera el pasado desaparecido.

—Su pureza... -se interrumpió, y miró a Rebecca a los ojos-. Su pureza -continuó diciendo en un susurro- había sido tan fiera e indómita como la pasión de su alma; una llama de esperanza mantenida a través de largos años de esclavitud, y si yo la amé entonces como no he amado nada desde entonces... bien, era porque aquella llama la iluminaba y daba un toque de fuego inmortal a su salvaje belleza. Yo no tenía deseos de robar aquello que sabía que me quemaría, a pesar de que la sangre parecía lava mientras me corría por las venas, de manera que decidí esperar. Continuamos viajando sin descanso hacia Missolonghi, y comprendí, al ver que Haidée se mantenía alejada de mí, que ella todavía no tenía la absoluta certeza de que el pacha estuviera en la tumba.

»La tercera tarde de nuestro viaje llegamos a la orilla del lago Trihonida. Allí hicimos un alto, porque el lago se encontraba cerca de la aldea natal de Viscillie y éste sugirió la conveniencia de añadir algunos paisanos suyos a nuestra guardia. Tuvo que cabalgar entre las montañas, así que, en su ausencia, nos refugiamos en una cueva, donde el aire estaba cargado del perfume de las rosas silvestres y desde donde el cristal azul del lago sólo podía verse entre los árboles. Estreché a Haidée entre mis brazos y le quité la gorra de paje para que el cabello se le derramase en libertad. Se lo acaricié, y ella a su vez me pasó los dedos entre mi pelo; así yacimos en amorosa soledad, como si no existiera otra vida bajo el cielo más que la nuestra.

»Me quedé con la mirada clavada en las montañas situadas al otro lado del lago y sentí que mi ánimo ardía de esperanza y de gozo. Me volví hacia Haidée.

»-Es imposible que nos alcance -le dije-. Aquí no podrá. Está muerto. — Haidée me miró fijamente con aquellos ojos grandes y lánguidamente oscuros. Lentamente, con un movimiento casi imperceptible, asintió con la

cabeza-. En una ocasión me dijo que te amaba. ¿Crees que era cierto? – le pregunté.

»Haidée no respondió, pero apoyó la mejilla en mi pecho.

»-No lo sé -dijo al cabo de un rato-. Puede que sí. – Hizo una pausa-. Pero, ¿amor? No, aquello no podía ser amor.

»-Entonces, ¿qué era?

»Haidée reposaba inmóvil sobre mi pecho. Podía oír mi corazón, que latía por ella.

»-Sangre -respondió por fin-. Sí. El sabor de mi sangre.

»- ¿Sangre?

»-Usted ya vio... ya vio el efecto que le producía. Le embriagaba. No se por qué. Nunca ocurría cuando bebía sangre de otras personas. – De pronto se incorporó y se abrazó las rodillas-. Sólo cuando bebía de mí. – Se estremeció-. Solamente de mí. – Me abrazó de nuevo. Me besó. Noté que le temblaba todo el cuerpo-. Byron -me preguntó en voz baja-, ¿es cierto? ¿Ya no soy una esclava? – Me besó por segunda vez y sentí sus lágrimas sobre mi piel-. Dígame que soy libre -me pidió, rozando mis mejillas con las suyas-. Demuéstreme que soy libre.

»Se puso en pie; la capa cayó al suelo; se quitó el fajín, de manera que los pechos ya no le quedaron disimulados por la camisa. Una tras otra todas sus prendas fueron cayendo y quedaron esparcidas por el suelo, a sus pies. Se inclinó sobre mí; tenía en los ojos un brillo oscuro; nuestros labios se acercaron y se unieron en un beso. Haidée me rodeó los hombros con el brazo, mientras que uno de los míos, doblado detrás de su cabeza, quedaba medio enterrado en su cabellera. Éramos todo el uno para el otro, yo ya no tenía sentimiento alguno, ni pensamiento alguno, que no fuera para Haidée, para el contacto de aquella lengua suya de terciopelo, para la suave desnudez de su cuerpo contra el mío. Nos amamos, bebiendo el uno los suspiros del otro, hasta que éstos acabaron en jadeos entrecortados. Pensé que las almas pueden morir de gozo y que seguramente las nuestras perecerían en aquel momento, pero aquello no era la muerte, no, nada de muerte, al menos mientras nos estremecíamos y nos fundíamos el uno en brazos del otro aquello no era la muerte. Por fin, poco a poco, recuperamos el sentido, pero sólo para caer rendidos y deslumbrados de nuevo, de manera que, al sonar contra mi pecho, el corazón de Haidée parecía que nunca más volvería a latir alejado del mío.

»En el exterior ya había empezado a caer la noche. Haidée se durmió. Qué hermosa era: un momento antes tan fieramente enamorada, y ahora inmóvil, confiada, gentil. La soledad del amor y de la noche se llenó de aquel mismo tranquilo poder; a lo lejos las sombras de las rocas avanzaban sobre el lago; Haidée, entre mis brazos, se removió y pronunció mi nombre en un susurro, pero no se despertó; su respiración era tan suave como la brisa del crepúsculo. La estuve contemplando mientras seguía apoyada contra mi pecho. De nuevo sentí, en aquel silencioso lugar, la absoluta soledad en que nos encontrábamos, solos con la plenitud y la riqueza de la vida. Seguí contemplando a Haidée y comprendí la maravilla que Adán debía de experimentar al recibir a Eva como regalo, con todo el mundo en mi poder, un paraíso que creí que nunca perdería.

»Levanté la mirada. Casi se había hecho de noche. El sol debía de haberse puesto y las montañas no eran más que siluetas azules contra las estrellas. Por encima de la cima de una de las montañas brillaba la luna, otra vez creciente, y entonces, sólo durante un momento, me pareció ver que una forma oscura pasaba por delante de ella.

»- ¿Quién es? – pregunté suavemente en voz baja. Ninguna respuesta rompió la quietud de la noche. Me moví ligeramente y Haidée me miró con los ojos muy abiertos y brillantes.

»- ¿Qué ha visto? – me preguntó. No le contesté, pero me puse la capa encima y cogí una espada. Haidée se situó a mi lado. Salimos al exterior de la cueva. Ningún sonido ni ningún movimiento rompían la calma del paisaje. Haidée señaló hacia un lugar-. Allí -me susurró al tiempo que me apretaba el brazo.

»Miré... y vi un cuerpo que yacía entre las flores. Me incliné sobre él y le di la vuelta para poder verle la cara. Los ojos abiertos de par en par de uno de nuestros guardias me miraban fijamente. Estaba muerto. Parecía desangrado, y una expresión de gran terror le desfiguraba el rostro. Dirigí una mirada a Haidée y después me levanté para estrecharla en mis brazos. En aquellos momentos se vio delante de nosotros el resplandor de una antorcha, y luego varios más, hasta que un arco de llamas nos rodeó por completo y vi que detrás de cada una de ellas se encontraba el rostro de un tártaro. Ninguno de ellos pronunció una palabra. Levanté la espada. Lentamente el semicírculo se abrió. Una figura envuelta en una capa negra salió de la oscuridad.

»-Envaine la espada -me pidió el pacha. Lo miré, embobado. Luego me eché a reír y negué con la cabeza-. Muy bien. – El pacha abrió la capa. Las heridas que tenía en el lugar donde yo le había disparado estaban aún empapadas en sangre. Se sacó una pistola que llevaba en el cinto-. Le agradezco que me dé la oportunidad -me dijo-. Esto se lo debo. – Amartilló la pistola. La quietud en aquel breve instante fue como el hielo. Entonces Haidée se interpuso entre el pacha y yo; la aparté a un lado, y al tiempo que oía la detonación de la pistola en mis oídos, sentí también un dolor que me hizo caer al suelo. Me llevé la mano al costado; estaba mojado por la sangre. Haidée me llamó en voz alta, pero cuando echó a correr hacia mí dos guardas tártaros la sujetaron, y quedó inmóvil, sin sollozar; estaba pálida y tenía una expresión seria, de manera que su rostro parecía helado por el beso de la muerte. El pacha la miró fijamente. Luego hizo una seña y un tercer guarda se adelantó. En la mano sujetaba algo que parecía arpillera. El pacha levantó la barbilla de su esclava. Vi cómo le temblaba el labio a aquel hombre, aunque de nuevo quedó inmóvil y firme, como si el dolor o el desdén le impidieran sonreír-. Lléváosla -ordenó.»Haidée me dirigió una fugaz mirada.»-Byron -me llamó con voz quebrada-. Adiós.»Luego se fue con los guardas y no la volví a ver.»- ¡Qué conmovedor! – exclamó el pacha en un siseo, colocándose muy cerca de mi cara al hablar-. ¿De manera que ha sido por ella, por *ella*, milord, por quien ha rechazado usted todo lo que yo tenía para ofrecerle?

»-Sí -contesté suavemente. Torcí el cuello para poder mirarle a los ojos-. No ha sido culpa de ella. Yo me la llevé. Ella no quería venir conmigo.

»El pacha se echó a reír.

»- ¡Qué nobleza!

»-Es la verdad.

»-No. – La sonrisa del pacha se desvaneció-. No, milord, no lo es. Ella es tan culpable de traición como usted. Para ambos, por tanto... debe haber un castigo.

»- ¿Castigo? ¿Qué le va a hacer a ella?

»-En esta parte del mundo tenemos una pena muy divertida para castigar la deslealtad. Eso está muy bien para una esclava. Pero yo que usted me olvidaría de ella, milord; es lo que le depara a usted el destino lo que debería preocuparle. – Acercó una mano a mi costado y mojó los dedos en la sangre que se me derramaba. Luego se los chupó y sonrió-. Se está

muriendo -me dijo-. ¿Agradecerá usted esta... muerte? – No dije nada. El pacha frunció el entrecejo y los ojos le brillaron como iluminados por fuego rojo; el rostro se le oscureció a causa de la rabia y la desesperación-. Yo le habría dado a usted la inmortalidad -me dijo en un susurro-. Le habría hecho compartir conmigo la eternidad. – Me besó brutalmente, cortándome los labios con los dientes-. Y en lugar de eso... ¡traición! – Volvió a besarme y me lamió con la lengua la sangre que tenía en la boca-. Qué pálido está, milord, que pálido y hermoso. – Se tendió sobre mí de manera que su herida tocó la mía y se mezcló con ella-. ¿Debo dejar que se pudra esta hermosura? ¿Dejarle vacía la mente? ¿Ponerle a fregar los suelos de mi castillo? – Se echó a reír y me arrancó la capa, de modo que quedé desnudo tendido debajo de él. Volvió a besarme una y otra vez, apretándose con fuerza contra mí, y luego noté que me acariciaba la garganta con una uña. Del arañazo brotó un tenue hilillo de sangre. El pacha lo lamió con la lengua, mientras con las uñas me arrancaba delicadas tiras del pecho. Los latidos del corazón resonaban con fuerza en mis oídos; levanté la vista hacia las estrellas; el cielo parecía latir como un torturado ser viviente. Sentía que los labios del pacha bebían de mis heridas, y cuando él volvió a mirarme tenía el bigote y la barba cubiertos de sangre, de mi sangre; me sonrió. Se inclinó más para poder susurrarme al oído-. Le concedo a usted la sabiduría -me dijo-. La sabiduría y la eternidad. Le maldigo con ellas.

»Luego no hubo más sonido en mis oídos que el pulso de mi propia sangre. Grité. El pecho se me estaba abriendo, pero mientras el dolor me cercenaba nervio a nervio sentí la misma aceleración que había experimentado con Haidée, el escalofrío de la pasión. El placer y el dolor aumentaron hasta que creí que había llegado al límite, pero luego siguieron aumentando, cada vez más, como temas musicales gemelos que se remontasen en la noche; luego, de algún modo, me encontré por encima de ambos. Los sentimientos permanecían; pero ya no era yo quien los experimentaba. La sangre seguía latiendo, y ahora la lengua del pacha me tocaba el corazón, que seguía con vida. Una gran calma se apoderó de mí mientras la sangre se deslizaba, espesa y apenas sentida, fuera de mis venas. Miré hacia los árboles, hacia el lago, hacia las cumbres de las montañas: todo parecía estar teñido de rojo. Mientras el pacha seguía bebiendo, me sentía arrastrado hasta su interior, y luego más allá de él, y me dio la impresión de que yo mismo me convertía en el mundo. Los latidos se

hicieron más densos y lentos. Mi sangre a través del cielo se iba volviendo oscura. Mi último latido... y luego la quietud. No había nada. Todo estaba muerto: el lago, la brisa, la luna, las estrellas. La oscuridad era el universo.

»Y después... después... de aquel silencio inmóvil... brotó de nuevo un pulso... un único latido. Abrí los ojos: podía ver. Me miré a mí mismo. Parecía que me hubiesen despojado de toda la piel, tan desnudo estaba que no quedaba otra cosa que la carne, los órganos, las arterias y las venas que reverberaban a la luz de la luna, viscosos y maduros. No obstante, aunque estaba desollado como los cadáveres sobre los que trabajan los estudiantes de anatomía, podía moverme. Cuando empecé a hacerlo y me levanté, noté que una fuerza terrible me corría por los miembros. El corazón se me aceleraba. Miré a mí alrededor; la noche parecía tener un toque plateado, y las sombras eran azules y profundamente llenas de vida. Avancé hacia ellas; mis pies tocaban el suelo; cada hoja de hierba, cada flor diminuta, me llenaba de placer, como si mis nervios fueran afiladas cuerdas contra las que rozaban, y al moverme los ritmos de la vida flotaban ricos en el aire. Sentí hambre, una gran hambre de ellos. Eché a correr. No sabía qué era lo que perseguía, pero avanzaba Como el soplo del viento por entre los bosques y por encima de los pasos de las montañas: y durante todo el tiempo el hambre que había dentro de mí se hacía cada vez más desesperada. Salté sobre un precipicio de rocas y percibí el olor de algo dorado y cálido delante de mí. Tenía que poseer aquello. Lo poseería. Declaré al cielo mi necesidad a gritos. Pero ninguna voz humana me salió de la garganta. Escuché mi grito: era el aullido de un lobo.»Las cabras de un rebaño miraron hacia arriba, sobresaltadas. Me aplasté contra la roca. Una de las cabras estaba parada justo delante de mí. Podía olerla: la sangre en sus venas y músculos, animándola, dándole vida. El más pequeño corpúsculo parecía una mota de oro. Salté. Con mis mandíbulas rasgué el cuello de la cabra. La sangre, en un espeso chorro caliente, me bañó la cara. La bebí y fue como si nunca hubiera comprendido antes lo que podía llegar a ser el sabor. También poseía velocidad, vista y entendimiento. Observaba los ojos muy abiertos de un chivo aterrorizado, y casi me habría detenido con deleite al pensar que tal cosa pudiera existir, al considerar su delicadeza, ¡lo complicado que era! Cuando agarré al animal, el latido de su vida bajo mis garras me llenó de un gozo exquisito. Y luego bebí, y sentí que el gozo se aceleraba en mis venas. ¿Cuántas cabras del rebaño maté? No sabría

decirlo. Me encontraba borracho de ellas, el placer de matar no me dejaba tiempo para pensar. Sólo había sensaciones, puras y destiladas. Sólo había vida, todo a mí alrededor y de nuevo dentro de mí.

Rebecca, que había estado mirando fijamente al vampiro con los ojos muy abiertos a causa del horror que sentía, movió lentamente la cabeza de un lado a otro.

—¿Vida? — le preguntó suavemente al vampiro-. ¿Vida? Pero no era la de usted. No. Usted ya había pasado más allá de la vida, ¿no es así?

Lord Byron la miró con ojos semejantes al vidrio.

—Pero el placer... -dijo en voz baja-. El placer de aquella hora. Entornó los ojos lentamente y después entrelazó los dedos al recordarlo.

Rebecca lo miraba, temerosa de hablar.

—Ni siquiera a pesar de aquella hora -dijo finalmente la muchacha en voz baja-, a pesar de toda la vida que había bebido, usted no está vivo.

Lord Byron abrió los ojos.

—Estuve durmiendo hasta que salió el sol -dijo bruscamente ignorando las palabras de Rebecca-. El sentir sus rayos me mareó. Traté de ponerme en pie, pero no lo conseguí. Me miré la mano; volvía a ser otra vez la mano de siempre. Estaba pegajosa a causa del lodo. Me miré el cuerpo desnudo. Me encontraba tumbado en un charco de cieno asqueroso y maloliente, y luego, al moverme y sentir de nuevo aquella inusitada ligereza en mí, me di cuenta de qué era aquella porquería en la que estaba sumido: materia viva segregada por mi cuerpo como algo ajeno a sí mismo. La inmundicia estaba empezando a burbujear y a descomponerse por el calor.

»Me puse a gatas. Había cadáveres de animales diseminados por todas partes sobre las rocas: un revoltijo de pelo de cabra, de huesos y sangre secándose al sol. Me invadió la repugnancia, sí, y el asco, pero no las náuseas, porque al mirar aquella sangre negra sobre las rocas y sobre mí mismo sentí que una ardorosa fuerza recorría mi cuerpo, me recorría los miembros. Me miré detenidamente el costado; no quedaba ni señal de la herida, ni siquiera una cicatriz. Vi que cerca había un riachuelo; me acerqué a él y me lavé. Luego eché a andar. Fuera del agua, el sol me hacía daño en la piel. Pronto se me hizo insoportable. Miré a mí alrededor en busca de refugio. Delante, por encima de la cresta de la montaña, había un olivo. Me apresuré a caminar hasta él. Crucé la cima y allí, debajo de mí, extendiéndose hacia la lejanía, yacía la quietud azul del lago Trihonida. Lo

observé largo rato desde la sombra del árbol. Recordé la última vez que lo había visto, cuando yo todavía estaba vivo. ¿Y ahora?

Lord Byron miró a Rebecca fijamente y asintió. – Sí, entonces lo comprendí, lo comprendí *por completo*; había pasado más allá de la vida, me había transformado en un ser completamente diferente. Empecé a temblar. ¿Qué era yo? ¿Qué había pasado? ¿Qué era aquella cosa en la que me había convertido el pacha? Un bebedor de sangre, un ser que destrozaba gargantas... -Hizo una pausa-. Un *vardoulacha*...

Sonrió ligeramente y juntó las manos. El silencio lo envolvió durante unos instantes.

–Permanecí todo el día bajo el olivo -continuó diciendo al cabo de un rato-. Los extraños poderes que recordaba haber tenido durante la noche parecían adormecidos a la luz del sol; sólo el odio hacia aquel que me había hecho así ardía con la misma fuerza de antes, mientras transcurría el mediodía y luego la tarde. El pacha se me había escapado hasta entonces, pero ahora que yo era una criatura igual que él, comprendía lo que había que hacer al respecto. Me puse la mano en el pecho. Mi corazón, que latía lentamente, estaba cargado de sangre. Anhelé tener el corazón del pacha entre los dedos para apretarlo lentamente hasta que reventase. Me pregunté por Haidée, y por el castigo del que su amo me había hablado en un susurro. ¿La dejaría con vida? ¿La dejaría para mí? Volví a recordar en qué había sido convertido yo, y entonces sentí una desesperación enfermiza, y mi odio por el pacha se multiplicó. Oh, cuánto agradecía yo aquel odio, cómo lo valoraba; fue mi único placer en todo aquel largo primer día.

»El sol entraba en el ocaso, y las cumbres occidentales parecían teñidas de sangre. Encontré que los sentidos volvían a mí. De nuevo el aire se llenó de aroma de vida. Cayó el crepúsculo, y cuanto más oscuro era, más podía ver yo. Me fijé en que a lo lejos, en el lago, había unas barcas de pesca. Una de ellas me llamó particularmente la atención. Alguien remaba en ella hacia el centro del lago; una vez allí echó el ancla; dos hombres levantaron un saco con algo dentro y lo echaron por la borda. Me quedé contemplando cómo las ondas se extendían hasta morir, y cómo el lago quedaba tan vidrioso como antes. Las aguas eran de color carmesí, y al mirarlas sentí renacer mi anhelo de sangre. Abandoné el refugio del olivo. La oscuridad era como otra piel sobre la mía. Me llenaba de extraños deseos y de sentimientos de poder.

»Llegué a la cueva donde el pacha me había atrapado. Allí no había señales de él ni de nadie. Encontré mis ropas diseminadas por el lugar donde las había dejado; me las puse. Sólo la capa estaba estropeada por completo, rota y rígida, a causa de la sangre seca, así que busqué la capa de Haidée y la encontré abandonada al fondo de la cueva. Recordé la manera en que ella la había dejado caer la noche anterior. Me envolví en ella y me senté a la entrada de la cueva. Miré los negros pliegues que caían a mí alrededor y enterré la cabeza entre las manos, lleno de desesperación.

»- ¡Milord! – Levanté la mirada. Era Viscillie. Venía corriendo hacia mí por un olivar-. ¡Milord! – volvió a llamarme-. ¡Milord, creía que estaba usted muerto! – Luego me miró a la cara. Tartamudeó algo y se quedó quieto donde estaba, helado. Lentamente volvió a levantar la mirada-. Milord -me susurró-, esta noche... -Levanté una ceja inquisitivamente-. Esta noche, milord, puede usted tomarse la venganza. – Hizo una pausa. Yo asentí. Viscillie cayó de rodillas-. Es nuestra única oportunidad -me explicó con voz apremiante-. El pacha se encuentra viajando a través de las montañas. Si no se entretiene usted, podremos capturarlo.

»Tragó saliva y quedó silencioso de nuevo. Desprendía un delicado olor; curiosamente, hasta entonces no lo había advertido. Lo estuve observando y vi que la oscura cara se le tornaba pálida.

»Me puse en pie.

»-Y Haidée... ¿dónde está?

»Viscillie bajó la cabeza. Luego se dio media vuelta e hizo señas a otra persona para que se acercase; yo oí la sangre de otro hombre.

»-Éste es Elmas -me dijo Viscillie señalando a un matón tan corpulento como él-. Elmas, explícale a lord Byron lo que has visto.

»Elmas me miró a la cara; vi que fruncía el entrecejo y que luego palidecía como lo había hecho Viscillie.

»-Dímelo -le pedí en un susurro.

»-Milord, yo estaba junto al lago... -Volvió a mirarme a la cara y se le apagó la voz.

»- ¿Sí? – dije suavemente.

»-Vi una barca, milord. En ella iban dos hombres. Tenían un saco. Dentro del saco había...

«Levanté la mano. Elmas quedó en silencio. El vacío pasó por delante de mis ojos. Por supuesto había comprendido en el momento en que había

visto la barca por mí mismo, aunque entonces no había querido reconocerlo, el significado que aquella escena ocultaba. Pasé uno de mis dedos por el borde de la capa de Haidée. Cuando me decidí a hablar, mi voz sonó en sus oídos como el hielo cuando se astilla.

»-Viscillie -le pregunté-, ¿por dónde cabalga el pacha esta noche?

»-Por los desfiladeros de las montañas, milord.

»- ¿Tenemos hombres?

«Viscillie asintió con una inclinación de cabeza.

»-De mi aldea, milord.

»-Necesito un caballo.

«Viscillie sonrió.

»-Le proporcionaremos uno, milord.

»-Salimos inmediatamente.

»-De acuerdo, milord.

»Y así lo hicimos. Los riscos y gargantas se hacían eco de nuestra velocidad. Los cascos de hierro resonaban con estrépito sobre las rocas; por los costados de mi caballo negro chorreaba la espuma. Llegamos al desfiladero. En un barranco que se alzaba por encima del mismo hice dar la vuelta a mi caballo y me detuve; me puse en pie sobre los estribos para poder ver mejor hacia la lejanía, intentando olfatear a mis enemigos a medida que se acercaban. Miré al cielo; todavía seguía de color rojo, de color rojo sangre, pero iba oscureciéndose y volviéndose negro. Inviernos de recuerdos me pasaron por la cabeza; en aquella pequeña fracción de tiempo me pareció vislumbrar mi propia eternidad. Sentí cierto temor, y después el odio vino a ocupar su lugar.

»-Ya vienen -dije. Viscillie miró con atención hacia donde yo le indicaba. No consiguió ver nada, pero asintió con un movimiento de cabeza y empezó a dar voces de mando-. Matadlos a todos -ordené yo-. A todos. – Empuñé la espada, la desenvainé y el acero del arma se tiñó de rojo a la luz del cielo-. Pero al pacha -añadí en voz más baja-, al pacha dejádmelo a mí.

«Oírnos el estrépito de hombres a caballo que se acercaban por el desfiladero. Viscillie sonrió; me hizo una señal bajando la cabeza y levantó el arcabuz. Entonces los vi: era el escuadrón de caballería tártara, y a la cabeza del mismo, con el pálido rostro resplandeciendo entre las sombras de las rocas, el monstruo, mi creador. Apreté con más fuerza la empuñadura de la espada. Viscillie me miró fugazmente; yo tenía la espada en posición;

la bajé. Viscillie disparó y el tártaro que iba en primera posición mordió el polvo. El pacha Vakhel levantó la vista; ninguna expresión de miedo o de sorpresa cruzó su rostro. Pero a su alrededor, por todas partes, empezó a cundir el pánico mientras el fuego de las armas crepitaba sin cesar; algunos hombres del pacha se refugiaron detrás de los caballos e intentaron contestar al fuego; otros huyeron a la desbandada por entre las rocas, donde los aniquilaron pasándolos a cuchillo. Sentí que crecía en mí la lascivia de la sangre. Espoleé el caballo para conducirlo hacia adelante y mi silueta se recortó contra el cielo del oeste. Por todo el desfiladero se extendió un repentino silencio. Tenía los ojos clavados en el pacha; éste me sostenía la mirada, impassible. Pero, de pronto, uno de sus jinetes emitió un alarido y dijo:

»- ¡Es él, es él! Mirad qué pálido está, es él.

«Sonreí; espoleé mi caballo y emprendí el camino hacia abajo; y con los aullidos de los hombres de Viscillie retumbando en mis oídos me adentré cabalgando en el desfiladero. Estaba lleno de cadáveres, mientras los hombres luchaban cuerpo a cuerpo. Solo en medio de aquella carnicería, el pacha, sentado en su caballo, esperaba intacto. Cabalgué para ponerme frente a él. Sólo entonces sonrió lentamente.

»-Bien venido a la eternidad, milord -me dijo.

»Moví la cabeza a ambos lados.

»-Y Haidée... ¿dónde está?

»El pacha me miró fijamente, sobresaltado, y luego inclinó hacia atrás la cabeza y se echó a reír.

»- ¿Realmente es eso lo que le preocupa? – me preguntó. Alargó una mano para tocarme. Yo retrocedí-. Todavía tiene muchísimo que aprender - continuó diciendo el pacha con suavidad-. Pero yo le enseñaré. Estaremos juntos para siempre, y yo me encargaré de enseñarle. – Extendió la mano hacia mí-. Venga conmigo, milord. – Sonrió. Me indicó con la mano que me fuera con él-. Venga usted conmigo. – Durante unos instantes permanecí sentado, inmóvil. Luego mi espada cayó con fuerza. Sentí cómo el acero mordía el hueso de la muñeca del pacha. Su mano, todavía haciéndome señas, se arqueó hacia arriba y luego cayó al suelo, en medio del polvo. El pacha me miró, horrorizado, pero al parecer no experimentó ningún dolor físico, cosa que me enfureció aún más. Le atacué, ciego de ira, con la espada. Ésta subía y bajaba y le producía profundos cortes, hasta que

finalmente el pacha cayó del caballo. Entonces me miró fijamente-. Veo que va a matarme -me dijo. Una mirada de sorpresa e incredulidad le cruzó por el rostro-. Así que hágalo pronto. Veo que de verdad va a hacerlo.

«Desmonté del caballo y le coloqué la punta de la espada sobre el pecho, a la altura del corazón.

»-Esta vez -le indiqué- no fallaré.

»- ¡No! – El pacha se puso a gritar. Se debatió contra mi espada, cortándose la única mano que le quedaba al empujar el filo de la hoja.

»-Adiós, excelencia -le dije yo. Empujé la espada hacia abajo. Noté cómo pinchaba el suave saco de su corazón. El pacha emitió un alarido estridente. No fue un grito humano, sino un aullido sobrenatural lleno de dolor y de odio. Resonó por el desfiladero, por entre las gargantas de las montañas, e hizo que todo lo demás quedara en silencio. Una fuente de sangre brotó hacia el cielo, sangre de un color escarlata vivo contra los rojos más intensos del horizonte, que luego empezó a caer sobre mi cabeza, como si fuera lluvia de una embotada nube carmesí. Cayó con tanta suavidad como una bendición, y alcé el rostro para darle la bienvenida. El chaparrón cesó por fin y, cuando me moví, me di cuenta de que debajo de la ropa tenía toda la piel manchada de sangre. Miré al pacha. Yacía con la rigidez de la agonía, de la muerte. Cogí un puñado de tierra y se lo esparcí por el rostro-. Enterradlo -ordené-. Enterradlo para que no vuelva a caminar nunca más.

»Busqué a Viscillie y le dije que lo esperaría en Missolonghi. Luego monté en el caballo y, sin mirar atrás, abandoné el desfiladero, aquel lugar de muerte.

«Cabalgué en medio de la noche. No sentía cansancio alguno, sólo el más extraordinario deseo de vivir experiencias. El chaparrón de sangre había aplacado mi sed, y mis poderes, mis sentidos, mis sensaciones, todo ello parecía ensalzado hasta un grado extraordinario. Llegué a Missolonghi al amanecer. Esta vez la luz ya no me produjo ningún dolor. En cambio los colores, la interacción del cielo y el mar, la belleza de los primeros rayos del sol, todo ello consiguió que me arrojara. Missolonghi no era un bonito lugar, en realidad era sólo un pueblo desordenado, encaramado al borde de las marismas, pero a mí me pareció el lugar más maravilloso que hubiera visto nunca. Mientras cabalgaba al trote por las marismas y miraba con

asombro las franjas de color que se extendían hacia el este, fue como si nunca hubiera visto el alba.

»Entré en Missolonghi y hallé la taberna donde Hobhouse y yo habíamos acordado encontrarnos. El tabernero, después de que yo le despertara, me miró lleno de horror: yo tenía los ojos enloquecidos, y mi ropa estaba toda cubierta de sangre. Le pedí ropa interior limpia y agua caliente, y el placer que me proporcionó estar de nuevo fresco y lozano, una vez que me lavé y me puse ropa limpia, fue también una sensación que nunca antes había conocido. Subí a la habitación de Hobhouse haciendo mucho ruido. Cogí una almohada y se la arrojé.

»-Hobby, despierta. Soy yo. He vuelto.

«Hobhouse abrió un ojo legañoso.

»-Maldita sea -dijo-. Ya lo veo. – Se sentó y se frotó los ojos-. Bueno, viejo amigo, ¿qué es de tu vida? – Sonrió-. Supongo que nada interesante, ¿no?

Capítulo VII

Le cautivaban algunas leyendas orientales acerca de la preexistencia, y en su conversación y en su poesía ocupaba la parte de un ser caído o exiliado, expulsado del cielo o sentenciado a un nuevo avatar sobre la tierra por algún crimen, que existía bajo una maldición, predestinado a una fatalidad en realidad fijada por él mismo dentro de su propia imaginación, pero que parecía decidido a cumplir. A veces esta dramática imaginación parecía una ilusión, jugaba a hacerse el loco, y poco a poco se iba poniendo más serio, como si creyera que estaba destinado a arruinar su propia vida y la de cuantos le rodeaban.

Nieto de lord Byron, *Astarté*

–¿Y usted qué le dijo entonces? – le preguntó Rebecca.

Lord Byron la miró. Había estado con la mirada fija en la oscuridad, con una media sonrisa asomándole a la comisura de los labios. Frunció el entrecejo.

–¿Decirle? – preguntó él a su vez.

–A Hobhouse... ¿le contó usted la verdad?

–¿Contarle la verdad? – Lord Byron se echó a reír-. ¿Qué era la verdad?

–Lo de su transformación.

—¿En vampiro? — Lord Byron se echó a reír de nuevo e hizo un movimiento de negación con la cabeza-. A Hobhouse le había afectado el sol mientras había estado lejos de mí, ¿sabe? Él siempre había tenido el rostro colorado, pero entonces mostraba verdaderamente un color castaño rojizo. Además, aquella noche tuvo una indigestión. Se pasó toda la noche rojo en medio de la oscuridad, gruñendo y ventoseando. Y Hobby nunca había sido una persona crédula, precisamente. De manera que no, señorita Carville, no se lo conté; el pobre hombre prácticamente estaba flotando en sus propios vientos. No era aquél el momento oportuno para revelaciones dramáticas.

—Aun así, él debió de imaginárselo.

—Sí, se imaginó que había pasado algo, desde luego. Pero, ¿qué exactamente? Ni siquiera yo estaba seguro de eso. Hobhouse se mostraba condenadamente vivo, ¿sabe? — Lord Byron sonrió, y durante una fracción de segundo algo parecido al cariño pareció asomarle a los ojos-. No; tras pasar un par de horas con Hobby, que no paraba de refunfuñar, de rascarse y de quejarse de sus flatulencias, a uno le resultaba verdaderamente difícil creer en vampiros... Y aún más difícil, por supuesto, creer que yo hubiera podido convertirme en uno. Empecé a dudar de todo lo que me había ocurrido, a preguntarme si todo aquello no habría sido un sueño, sólo que mientras tanto notaba, de forma indiscutible, aquella insensibilidad en el corazón, insensibilidad producida por una dolorosa sensación de pérdida. Estaba solo, Haidée no se encontraba conmigo; estaba solo, Haidée había sido asesinada, la habían ahogado bajo las aguas del lago Trihonida. Y algo... algo... me había ocurrido... algo raro; porque mis sentidos, como le he dicho anteriormente, ya no me parecían míos, sino pertenecientes a algún espíritu, a algún ángel, de manera que yo podía sentir cosas que los mortales nunca han sentido. Solamente hacía falta el soplo del aire en mi rostro, la más leve brisa, y las sensaciones me inundaban, pasiones de extraordinaria belleza y fortaleza. O bien me acariciaba la piel del brazo, oía arrastrar una silla, olía la cera de una vela, me quedaba mirando durante horas la llama... cosas todas ellas insignificantes, pero que me arrobaban... sí... me producían un placer que era... -Hizo una breve pausa y movió la cabeza-. Indescriptible. — Volvió a sonreír y se acarició el antebrazo, reviviendo los recuerdos-. Todo parecía haber cambiado -murmuró suavemente-, haber cambiado por completo. Y así, me preguntaba qué le

habría ocurrido al mundo, o a mí, para dar a luz semejante estado de misterio.

Rebecca le miró fijamente al rostro, tan pálido, hermoso y melancólico.

—Pero usted lo sabía -le dijo la muchacha. Lord Byron movió negativamente la cabeza, muy despacio-. Tenía que saberlo. — E instintivamente Rebecca se llevó las manos al cuello, donde tenía las marcas de pinchazos-. ¿Cómo no iba a saberlo? — Se dio cuenta, al decirlo, de que lord Byron le estaba mirando las cicatrices con ojos tan brillantes y fríos como gemas, y se apresuró a bajar el brazo-. El deseo vehemente de sangre -inquirió ella-. No lo entiendo. ¿Qué pasó con eso?

—No lo sentía -repuso lord Byron tras una pausa.

—Pero lo había sentido antes, en las montañas, usted me ha dicho que había sido así.

Lord Byron asintió imperceptiblemente con la cabeza.

—No obstante, eso fue lo que llegué a creer que había sido una fantasía -dijo suavemente-. Olía la vida a mí alrededor, en seres humanos, en animales e incluso en las flores, sí, y me sentía embriagado, pero seguía sin tener hambre. En una ocasión, mientras cabalgaba junto al golfo de Lepanto, vi un aguilucho que volaba por encima de nosotros y sentí una oleada de deseo: las montañas a un lado, las tranquilas aguas al otro, y aquel hermoso animal entre ambas cosas. Sentí un acuciante deseo de sangre, pero no por la sangre en sí, sino porque yo también quería elevarme en el aire y ser libre como aquel pájaro; porque quería que él formase parte de mí, supongo. Yo llevaba encima una pistola. Disparé contra el aguilucho y observé cómo caía. Sólo estaba herido e intenté salvarlo; tenía la mirada muy viva. Pero languideció y murió al cabo de unos días; me sentí terriblemente asqueado por lo que había hecho. Era el primer ser vivo que había matado desde la muerte del pacha; y desde entonces nunca he intentado, y espero que nunca lo intentaré, matar a ningún otro animal.

—No -dijo Rebecca moviendo la cabeza de un lado a otro-.

Sencillamente no lo comprendo. — Recordó el cadáver del vagabundo que habían sacado del agua junto al puente de Waterloo; recordó el suave flujo de su propia sangre-. ¿Por un águila? ¿Por qué sentir remordimiento por un águila?

—Ya se lo he explicado -le dijo lord Byron, ahora con voz cargada de frialdad-. Quería que formase parte de mí... estaba tan vivo... Y al matarlo,

destruí aquello que me atraía.

—Pero, ¿no es eso lo que ha estado haciendo durante toda su existencia?

El vampiro bajó la cabeza.

—Quizá -respondió suavemente. Tenía el rostro ensombrecido; Rebecca no podía saber con certeza hasta Qué punto el vampiro estaba enfadado. Pero luego él volvió a levantar la cabeza y mostró un rostro impassible; y entonces, al hablar, pareció animarse poco a poco y adoptar casi una expresión afectuosa-. Tiene usted que creerme -le dijo lord Byron-. Yo no sentía sed. Al menos no durante aquellos primeros meses. Sólo tenía sensaciones, deseos, universos enteros llenos de deseos que me insinuaban aún más deleites, mucho más allá de mis sueños. Por la noche, cuando había luna llena y el aire se llenaba de misterio con el aroma de las flores de las montañas, la eternidad parecía rodearme por todas partes. Sentía una calma que era a la vez un fiero gozo que me corría por las venas, y ello se debía tan sólo al placer de tener consciencia, de saber que existía. Mis nervios se mostraban extremadamente dulces ante cualquier contacto; el más leve roce y esa experiencia me producía estremecimientos de placer en toda mi carne. La sensualidad se encontraba presente en todo: en el beso de la brisa, en el aroma de una flor, en el aliento de vida que flotaba en el aire que me rodeaba.

—¿Y Haidée? — Rebecca trató de no parecer cáustica al decir aquello, pero no lo consiguió-. En medio de esa pura felicidad... ¿qué le inspiraba ella?

Lord Byron apoyó la barbilla en la punta de los dedos. — La tristeza -dijo finalmente- puede a veces ser una cosa buena y agradable. Una droga oscura. Y su gozo es muy poco probable que traicione a sus leales adictos. — Se inclinó hacia adelante-. Todavía lloraba a Haidée, sí, desde luego, pero lo hacía más bien del mismo modo en que tomaría un prolongado baño. Me perturbaba esa incapacidad para sentir verdadero dolor; notaba, creo yo, que aquello era un síntoma de hasta qué punto se había visto alterada mi humanidad, pero al mismo tiempo, a pesar de que yo intentaba llorar, no era capaz de lamentarlo. Pero aquello habría de cambiar, desde luego... -Hizo una pausa-. Sí, aquello cambiaría. — Examinó a Rebecca, casi, le pareció a ella, como si la compadeciese. La muchacha se removió, incómoda, y al hacerlo se encontró de nuevo envuelta en el hielo que era la mirada de lord Byron. Éste alargó una mano, como si fuera a tocarle la mejilla o a

acariciarle el largo cabello, pero luego se detuvo y se quedó inmóvil-. Todavía tenía que llegar la hora -dijo en voz baja- en que yo sufriría cruelmente por Haidée. Oh, sí, esa hora llegaría. Pero no entonces. El gozo que me producía mi nuevo estado no se podía combatir. Era una locura. Sofocaba todo lo demás. – Esbozó una sonrisa-. De manera que incluso mi tristeza me encantaba. – Movi6 afirmativamente la cabeza-. Fue en aquel estado de ánimo que me convertí en poeta. Había empezado un poema que era completamente nuevo, no como las sátiras que había escrito en Londres, sino algo salvaje e inquieto, lleno de romántica desesperación. Se titulaba *La peregrinación de Childe Harold*. En Inglaterra ese poema me proporcionaría fama y me convertiría en el poeta melancólico por excelencia, pero en Grecia, donde lo escribí, la melancolía que el poema expresaba no me produjo más que deleite. Por entonces íbamos cabalgando frente al monte Parnaso, de camino hacia Delfos. Quería visitar el oráculo de Apolo, el antiguo dios de la poesía; le ofrecí una plegaria, y al día siguiente vimos una bandada de águilas que, remontándose en el cielo, muy alto por encima de nosotros, iban más allá de las cumbres nevadas. Lo tomé como un presagio: el dios me había bendecido. Me quedé mirando las montañas y pensé en Haidée, con lo que mi desgracia se hizo más espléndida y poética. Nunca antes me había sentido tan elevado. Hobhouse, naturalmente, siendo Hobhouse, afirmaba que las águilas no eran otra cosa que buitres, pero yo lo maldije con alegría y seguí cabalgando, melancólicamente enfrascado en mi poesía, exultante de gozo.

«Estábamos a finales de año, pero continuábamos viajando; y el día de Navidad, desde un tortuoso camino de montaña, alcanzamos por primera vez una vista de Atenas. Era una vista gloriosa: la llanura Ática, el Egeo y la propia ciudad, coronada por la Acrópolis, todo ello apareció al mismo tiempo ante nuestros ojos. Pero no fue la arquitectura precisamente lo que me llenó de deleite: Atenas tenía encantos mucho más vitales y frescos que las piedras muertas. Tomamos habitaciones en casa de una viuda, la señora Tarsia Macri, que tenía tres hijas; todas ellas eran encantadoras, pero concretamente la más joven, Teresa, era una pequeña hurí recién salida del paraíso. Ella nos sirvió nuestra primera comida, y sonrió y se ruborizó como si hubiera sido educada para ello. Aquella noche nos instalamos en casa de la viuda para una estancia que duraría varios meses.

»Más tarde, en el silencio de la noche, caí sobre Teresa como un rayo. ¿Me había olvidado ya de Haidée? No, pero estaba muerta, y mi deseo por Teresa pareció brotar súbitamente como una fuente en el desierto, y con tanta fuerza que casi llegó a asustarme. ¿Amor, amor constante? – Lord Byron se echó a reír y negó con la cabeza-. No, ni siquiera hacia Haidée era eso lo que yo sentía, aunque le juro que hice todo lo que pude. Paseé por el patio para que se me enfriara la sangre, pero aquella pequeña y dulce puta me estaba esperando, e incluso prometiéndome a mí mismo que no consentiría en ello... consentí, naturalmente. No había remedio para ello, ninguno en absoluto, la muchacha era demasiado deliciosa y viva. Las venas que tenía bajo la piel eran tan delicadas, y el pecho y el cuello desnudos invitaban tanto a un beso... y el placer que sentí cuando forniqué con ella fue como la oleada que provoca una droga. Aplastamos bajo nuestros cuerpos flores invernales, mientras por encima de nosotros se extendía el cielo impasible y el espectral mármol del Partenón. Teresa gemía de júbilo, pero también se le reflejaba el terror en los ojos, y las emociones, según noté, eran inextricables. Exploré dentro de ella, sentí el profundo calor de su vida. Mi esperma olía a sándalo... ella, a rosas silvestres. La poseí una y otra vez, hasta que la mañana se levantó por detrás de la Acrópolis.

»Ninguna otra cosa en Atenas fue comparable a lo de aquella noche. Pero nuestra estancia en la ciudad fue, con todo, deliciosa, y el invierno empezó a dejar paso a la primavera. Hobhouse recorría con desnudo el campo en busca de antigüedades; yo cabalgaba en una mula, hechizado por la mítica belleza del paisaje, pero sin hacer anotaciones, sin hacer preguntas eruditas. En cambio contemplaba las estrellas, y rumiaba, y sentía remontarse mis sueños hasta que parecían llenar el cielo. Pero la profundidad llegaba a cansarme, y entonces recurría a persecuciones más voluptuosas. Mi doncella de Atenas era insaciable... afortunadamente, pues le convenía serlo, ya que mi propia necesidad de placer me corría furiosa por la sangre como si de una enfermedad se tratase. Sin embargo, acabé por cansarme de Teresa; miré a mi alrededor y tomé a sus hermanas, primero por separado, pero luego todas juntas, *en famille*; pero aun así el deseo me punzaba sin fin. Me faltaba algo; algún placer que no se me había ocurrido todavía. Empecé a adoptar la costumbre de deambular de noche por las calles de Atenas, como buscando aquella satisfacción, el *tokalon*, como

dirían los griegos. Vagué por los miserables callejones de la ciudad moderna y por las pálidas reliquias de la gloria perdida, el mármol hecho añicos, los altares dedicados a dioses olvidados. Nada. Y entonces volvía a la cama de las hermanas Macri; las despertaba y las hacía actuar de nuevo. Pero aquella hambre de algo continuaba... pero, ¿de qué?

»Una noche, a primeros de marzo, lo descubrí. Unos amigos nuestros, griegos, y viajeros como nosotros, habían venido a cenar en nuestra compañía. La velada empezó silenciosa, luego se hizo locuaz, luego tempestuosa, luego ebria, y hacia el final todo parecía felicidad. Mis tres bonitas concubinas se esforzaban por complacerme, y el vino tendía un velo rosado sobre mis pensamientos. Poco a poco, a través del color del vino, el hambre empezó de nuevo a gritarme con estridencia. De súbito me encontré temblando ante la desnudez de la garganta de Teresa y el atisbo de la sombra que le acentuaba los pechos. Ella debió de ver mi expresión, porque se dio la vuelta con coquetería y se echó hacia atrás el pelo de un modo que hizo que el estómago se me apretase. Luego se echó a reír, y sus labios estaban tan húmedos y rojos que me levanté sin pensarlo y alargué la mano para cogerla por un brazo. Pero Teresa, sin dejar de reír, se echó hacia atrás danzando, y entonces resbaló y la botella de vino que llevaba en la mano cayó al suelo y se rompió en mil pedazos. Se hizo el silencio. Todos se volvieron hacia Teresa; ésta levantó las manos lentamente y vimos que las tenía llenas de sangre. De nuevo sentí en el estómago el nudo del deseo. Me acerqué a ella y la tomé en brazos, como para consolarla. Teresa alzó las manos hacia mí y yo se las cogí; de pronto comprendí, con una desnuda emoción de certidumbre, qué clase de hambre era la que venía sintiendo desde hacía tiempo. Se me hacía la boca agua; tenía los ojos ciegos. Pero me llevé a los labios las manos de Teresa, se las besé suavemente y luego se las lamí. ¡Sangre! Aquel sabor... -Lord Byron tragó saliva-. ¿Qué puedo decir?... Aquel sabor era como un manjar del paraíso. Sangre. Volví a lamerlas, y experimenté liviandad y energía en una ola de oro radiante que me teñía el alma con su pureza. Empecé a beber ávidamente de la herida más profunda. Pero con un repentino y agudo grito, Teresa apartó la mano, e inmediatamente volvió a hacerse el silencio en la habitación. La muchacha buscó a su madre y corrió hacia ella, pero todos los demás tenían los ojos clavados en mí. Me limpié la boca con la mano. Cuando la retiré la tenía manchada de sangre. Me la limpié en la camisa y luego volví a

tocarme los labios. Todavía estaban manchados. Me pasé la lengua por ellos y miré a mí alrededor por toda la habitación. Nadie me miraba a los ojos. Y nadie pronunció una sola palabra.

»Entonces, Hobhouse, mi queridísimo Hobhouse, mi mejor amigo, se levantó y me cogió del brazo.

»-Maldita sea, Byron -me dijo con voz fuerte y sonora-. Maldito sea, qué borrachera llevas.

»Me sacó de la estancia; mientras salía oí voces detrás de mí que empezaban a murmurar de nuevo. Me detuve en los escalones que conducían a mi habitación. Al caer en la cuenta de lo que había hecho me sentí impresionado otra vez. Mis piernas parecían agua corriente. El sabor de la sangre me llegó en otra oleada que me hizo tambalear, y caí en brazos de Hobhouse. Éste me ayudó a subir la escalera y me dejó en mi habitación. Me dormí inmediatamente, la primera vez en más de un mes, pero no tuve un sueño tranquilo. Soñé que yo nunca había sido un ser vivo, sino una criatura fabricada por la ciencia del pacha. Me vi tumbado sobre una mesa de disección, expuesto a los relámpagos en lo alto de su torre. No tenía piel.

Estaba completamente desnudo bajo las manos del pacha. Éste me estaba creando. Yo anhelaba matarlo, pero sabía que, hiciera lo que hiciese, siempre sería algo suyo. Siempre, siempre...

»Cuando por fin desperté, me encontré tumbado en medio de una hedionda materia pútrida. Las sábanas estaban cubiertas de mi propia inmundicia, como lo habían estado las rocas, junto al lago Trihonida. Me puse en pie de un salto y me quedé mirando aquella porquería que antes había formado parte de mi propio ser viviente. ¿Cuánto residuo como aquél quedaba en mí? Y cuando todo hubiera desaparecido... ¿qué sería de mí? ¿Estaría vivo o muerto? ¿O acaso ninguna de las dos cosas? Había sido la sangre, lo sabía, la sangre que había bebido, había sido eso lo que me había hecho sudar de aquel modo. Empecé a temblar. ¿Qué me sucedía? No me molesté en detenerme a pensar en ello. En lugar de eso me lavé, me vestí y luego ordené a Fletcher que quemase las sábanas. Desperté a Hobhouse.

»-Levántate -le dije-. Nos marchamos inmediatamente.

»Me sorprendió ver que Hobhouse ni siquiera refunfuñaba. Se limitó a asentir con la cabeza y salió de la cama tambaleándose. Nos fuimos de Atenas como si fuésemos ladrones. Cuando llegamos al Pireo, por encima de nosotros el alba sangraba el cielo a todo lo ancho.

»Subimos a un barco para cruzar el mar Egeo. El capitán era un inglés a quien habíamos conocido unos días antes, y se ocupó de que ambos tuviéramos camarotes privados. Yo preferí no salir del mío, pues la sed estaba empezando a acosarme de nuevo y tenía miedo de lo que pudiera impulsarme a hacer. Por la noche, Hobhouse se reunió conmigo, nos emborrachamos como locos y por segunda vez tuvo que llevarme a la cama. Pero no dormí; permanecí tumbado en la cama recordando el dorado sabor prohibido de la sangre. El ardiente deseo que sentía fue empeorando; por fin, justo antes del alba, cogí una navaja de afeitar y me abrí el brazo. Sólo una delgada línea de sangre brotó de la herida, pero bebí con avidez y encontré el sabor tan rico y delicioso como las otras veces. Luego me dormí y soñé, y de nuevo imaginé que era una criatura del pacha, una masa de miembros sin piel debajo de su bisturí de anatomista. Por la mañana la ropa de mi cama estaba otra vez rígida a causa de aquella inmundicia que ya me resultaba familiar.

»El segundo día de navegación, por la tarde, llegamos a Esmirna. Mi estancia allí fue una verdadera tortura. Sentía una inquietud y un desasosiego que nunca había experimentado antes, y me aterrorizaba la idea de lo que pudiera estar ocurriéndome. Las pruebas de ello, dentro tanto de mi cuerpo como de mi mente, parecían terribles y completas, pero seguía sin poder soportar la idea de aceptar la verdad. Y si no era capaz de confesármela a mí mismo, entonces, ¿a quién podría recurrir en busca de ayuda y consejo? Hobhouse era, como siempre, un amigo fiel; pero era tan sólido, tan generoso, un hombre que tenía tan bien puestos los pies en el suelo, que yo no era capaz de soportarlo. No quería compasión ni razonamientos. Yo tenía sueños más oscuros. Lo que quería, o mejor dicho, lo que intentaba, era no pensar en ello, pero durante todo el tiempo, naturalmente, no conseguí pensar en otra cosa.

»Así que continué silencioso y desesperado. Al final mi sed se hizo tan terrible que creí que me iba a volver loco. Hobhouse, al ver lo negro que se había vuelto mi estado de ánimo, y siendo como era un deportista, me aconsejó hacer un poco de ejercicio. – Al decir esto, lord Byron sonrió-. Como si boxear o jugar un partido de cricket hubiera podido ayudarme en aquellos momentos. – Volvió a sonreír y movió la cabeza en sentido negativo-. Desgraciadamente, al no tener a mano ninguna de aquellas actividades, acordamos que en lugar de ello haríamos una excursión. A dos

días de viaje a caballo se encontraban las ruinas de Éfeso, así que nos pusimos en marcha hacia allí acompañados por un único jenízaro a modo de escolta. El camino era agreste y desolado, y estaba rodeado de marismas inhóspitas desde las que nos llegaba el ensordecedor croar de las ranas. Por fin dejamos atrás incluso las ranas; sólo alguna esporádica tumba turca insinuaba que alguna vez había existido vida en aquellos páramos. Por lo demás, ni una columna rota ni una mezquita sin tejado perturbaba la desolación de aquella tierra virgen: nada en absoluto; estábamos completamente solos.

»Empecé a sentir que la sed me consumía. Miré desesperadamente por la aterradora llanura en busca de algún asomo de vida, pero delante de nosotros sólo había un cementerio, una destrozada y vacía ciudad de los muertos. La respiración empezaba a ser agitada y me parecía que los pulmones se me iban encogiendo poco a poco. Levanté una mano para limpiarme la frente, pero al hacerlo la miré y vi con horror en qué se habían convertido mis dedos: en retorcidos y nudosos huesos ennegrecidos. Me miré el brazo, que también estaba negro y seco; me palpé el rostro: se notaba marchito al tacto; intenté tragar, pero tenía la lengua espesa y llena de una especie de polvo. Emití un rasposo sonido con la garganta y Hobhouse se volvió hacia mí y me miró.

»-Dios mío -dijo en voz baja. Yo nunca había visto una mirada de repulsión como aquélla-. Byron. Dios mío, Byron.

»Se acercó a mí cabalgando. Me sentía muy seco. Podía oler la sangre en las venas de Hobhouse. Me pondría fresco y lozano y tan húmedo como el rocío. Lo necesitaba. Tenía que beber. Alargué la mano hacia la garganta de mi amigo. Pero cerré el puño en el aire. Me caí del caballo.

»Con la ayuda de nuestro jenízaro, Hobhouse me transportó hasta el cementerio. Me tumbó a la sombra de un ciprés, y me recosté contra una de las tumbas. Me arranqué la camisa. Pude ver que tenía todo el cuerpo ennegrecido y la carne me ardía sobre los huesos, de modo que parecía un auténtico esqueleto. Hobhouse se arrodilló a mi lado.

»-Tengo que beber -conseguí decirle en un susurro-, tengo que beber.

«Levanté un dedo para apuntar hacia el jenízaro que nos acompañaba y luego miré ávidamente otra vez a Hobhouse en un intento por hacérselo comprender.

»Él asintió.

»-Sí, desde luego, viejo amigo. – Se volvió hacia el jenízaro, que había estado mirándome con unos ojos en los que se reflejaba el terror-. *Suleiman, verban su!* -le gritó Hobhouse-. ¡Trae agua! – El jenízaro inclinó la cabeza y se alejó precipitadamente-. Vamos, viejo amigo -me dijo Hobhouse limpiándome la frente-, pronto tendrás el agua. – Lo miré con furia y con un anhelante deseo de su sangre. Arañé débilmente la tumba con los dedos, pero se me desprendieron las uñas en escamas y temí que los arañazos me dejaran los huesos al descubierto. Me quedé impotente donde estaba, tumbado. El tiempo fue transcurriendo: cinco minutos, diez, y luego un cuarto de hora. Yo sentía que el estómago se me derrumbaba hacia dentro, e imaginé que los intestinos se me estarían encogiendo como uvas pasas. Hobhouse parecía estar cada vez más desesperado mientras contemplaba cómo me consumía de ardor-. ¡Maldito sea ese tipo! – gritó de pronto-. Maldito sea. ¿Qué demonios estará haciendo? – Se puso en pie-. ¡Suleiman! – le llamó a gritos-. ¡Suleiman, necesitamos el agua ahora mismo! – Volvió a mirar hacia mí-. Voy a buscarla yo mismo, Byron -me dijo. Intentó sonreír-. Byron, tú no... tú no... -Creí que iba a echarse a llorar, pero volvió la cara hacia otro lado y echó a correr, apresurándose por entre los hierbajos y las tumbas destrozadas hasta que finalmente quedó fuera de mi vista. Me quedé donde él me había dejado. Sentí que la consciencia se me evaporaba ante la negra sed que corría por mis venas.

»Me desmayé, aunque por eso no dejé de sufrir, y cuando volví a despertarme recé pidiendo la muerte. De pronto, en el desierto de aquel sufrimiento, sentí un frío que me sobresaltó. Era una mano que se había posado en mi frente. Traté de pronunciar el nombre de Hobhouse.

»-No. No soy Hobhouse -me dijo una voz de hombre a la que no reconocí-. Deje reposar la lengua. Ya tendremos tiempo más adelante para hablar. – Meforcé por levantar la mirada. Sentí que una segunda mano me ladeaba la cabeza. Me encontré mirando a un rostro sorprendentemente atractivo. El largo cabello dorado enmarcaba unas facciones que parecían, a la vez que pálidas como la muerte, iluminadas por los placeres de la vida; era un rostro aristocrático, divertido, levemente cruel y con cierto toque de gracia animal. El desconocido me sonrió y luego me besó en los labios-. Un saludo lleno de gusanos -me comentó-. Besar será mejor, creo yo, cuando vuelva a estar más guapo.

»Se echó a reír con deleite, pero los ojos de aquel hombre, por lo que pude ver, brillaban como el sol cuando se refleja en un lago de hielo. Me recordaron los ojos del pacha, y de pronto lo comprendí: yacía en brazos de una criatura que era igual que yo. El vampiro se puso en pie.

»-Tiene una hormigueante inclinación a beber sangre, creo yo -me dijo-. Obedézcala. Porque la sangre es el mejor tónico que existe. Engendra ingenio, buen humor y alegría. Devuelve la salud a nuestro cuerpo cuando se ha arrugado como gachas rancias. Desvanece esos pensamientos agobiantes que hacen que la existencia parezca desagradable. – Se echó a reír-. Más dulce que el vino, más dulce que la ambrosia de una doncella, es la única bebida. Así que venga conmigo. – Me cogió de la mano-. Venga conmigo y beba. – Lo intenté, pero no conseguí levantarme-. Tenga confianza en sí mismo -me musitó el vampiro con un atisbo de ironía en la voz. Me cogió por la otra mano-. Es usted tan peligroso como una plaga y tan malo como el diablo. ¿Cree que todavía es esclavo de su carne? Maldita sea, caballero, se lo digo yo, ya no lo es. Tenga fe en sus poderes y sígame.

«Intenté levantarme... y de pronto lo conseguí. Me sorprendió comprobar que me había puesto en pie sin apenas moverme. Di un paso hacia adelante y fue como si mi cuerpo no fuera más que un soplo de aire. Di otro paso y vi que había pasado por encima de las tumbas y que me encontraba de pie en el camino. Me volví y miré el ciprés bajo el cual había estado tumbado. Allí había un cuerpo derramado, retorcido y negro. Era mi propio cuerpo.

»- ¿Estoy muerto? – pregunté; y la voz sonó en mis oídos como el gemido de una tormenta.

»Mi guía se echó a reír.

»- ¿Muerto? No... ¡No está muerto! ¡Usted nunca estará muerto mientras exista vida! – Volvió a reír con el júbilo de un libertino y señaló carretera abajo-. He pasado junto a él al venir hacia aquí. Cójalo. Es suyo.

»Me moví cual negro vendaval, con una velocidad que apenas podía reconocer como tal. La sangre del jenízaro tenía un olor maravillosamente fresco. Ahora podía verlo delante de mí, galopando de regreso hacia Esmirna; los flancos de su caballo estaban blancos de espuma. El jenízaro se volvió y miró hacia atrás, y yo me quedé donde estaba, como una silueta recortada contra el cielo, saboreando la mirada de susto que se reflejaba en la palidez de aquella cara. El caballo relinchó y dio un traspié.

»- ¡No! – gritó el soldado al tiempo que salía despedido hacia el suelo-. ¡No, no, Alá, por favor, no!

»Sentí un súbito aumento de mi sed. Esperé, intrigado, mientras el jenízaro intentaba volver a capturar el caballo. No tenía ninguna posibilidad de escapar... ¿Lo entendía así? El jenízaro estaba sollozando... y de nuevo la sed se apoderó de mí. Me moví... salté... el jenízaro chilló... y mis dientes mordieron la piel de su cuello. Sentí que los incisivos me crecían en las encías y que la piel cedía; la sangre, en un suave y sedoso chorro, me llenó la boca. Sentí un delirio estremecedor mientras el corazón de aquel hombre agonizante bombeaba la sangre y la lluvia me inundaba por fuera la apergaminada piel y la garganta.

»Estuve desangrando a mi víctima hasta que quedó totalmente blanca. Cuando hube terminado, su sangre en la mía produjo la misma pesada sensación que una droga.

»-Es agradable encontrar en el camino a otro colega bebedor de sangre. – Me volví y miré hacia atrás. El vampiro había estado observándome. La alegría hacía que le brillasen los ojos-. ¿Se han recuperado ya sus sedientas venas? – me preguntó. Asentí despacio con la cabeza-. Excelente. – El vampiro sonrió-. Créame, caballero, esto es néctar púrpura. No hay nada más saludable que una copa llena de sangre fresca. – Me levanté para besar las mejillas de aquella atractiva cara de feldespató, y luego apreté mis labios contra los del vampiro. Éste entornó los ojos, saboreando en mi boca la sangre del jenízaro antes de separarse de mí para hacerme una extravagante reverencia-. Me llamo Lovelace -se presentó al tiempo que se inclinaba de nuevo ante mí-. Como usted, creo, soy inglés y par del reino. Es decir, si no me equivoco al dirigirme a usted como el tristemente famoso lord Byron. ¿Es así?

»Levanté una ceja.»- ¿Tristemente famoso?

»- ¡Pues sí, tristemente famoso! ¿Acaso no fue usted quien, en una cena llena de desmanes, bebió en público la sangre de una puta ateniense? No le sorprenda, milord, que tales líos provoquen extrañeza y que sean tema de conversación entre la gente normal y corriente.»Me encogí de hombros.

»-No tenía intención de provocar un escándalo. Se cortó ella sola. Me vi sorprendido por mi propio deseo en el momento en que contemplé la sangre.»Lovelace me miró, intrigado.

»- ¿Cuánto tiempo hace, milord, que pertenece a la hermandad?

»- ¿Hermandad?

»-A la aristocracia, caballero, a la aristocracia de la sangre por la cual usted y yo somos doblemente semejantes. – Levantó una mano para acariciarme la mejilla. Tenía las uñas afiladas y su contacto era como el cristal-. Es usted virgen, ¿no es así? – me preguntó de pronto. Hizo un gesto y señaló al masacrado jenízaro-. ¿Ha sido ésta su primera víctima?

«Incliné la cabeza fríamente.»-En cierto modo, supongo.

»-Maldita sea, caballero, pude adivinar que era usted virgen por el estado ennegrecido en que se hallaba hace un rato.

»- ¿Qué quiere decir?

»-Debe de ser usted nuevo en esto de la sangre para haberse dejado consumir hasta tal extremo.»Lo miré fijamente.

»-Si no bebo, ¿quiere usted decir -y le indiqué con un gesto el cementerio- que eso volverá a sucederme?

»Lovelace asintió brevemente con un movimiento de cabeza.

»-Eso es, caballero. Y estoy poderosamente sorprendido de que haya podido aguantar sin sangre tanto tiempo, desde lo de Atenas. Es por eso que deseaba saber cuánto tiempo hace que es usted de la hermandad.

»Intenté acordarme. Haidée en la cueva... los dientes del pacha en mi pecho.

»-Cinco meses -repuse finalmente.

»Lovelace me miró fijamente con una expresión de atónita sorpresa reflejada en su atractivo rostro; luego entornó los ojos.

»-Vaya, caballero; pues si eso es cierto es usted probablemente el bebedor de sangre más selecto que he conocido.

»-No entiendo su sorpresa -dije.

»Lovelace se echó a reír y me apretó la mano.

»-En una ocasión sobreviví en seco durante más de un mes. Se dice que a veces se ha llegado a sobrevivir dos meses... pero más de eso, nunca. Y sin embargo usted, señor, el más reciente y el más inexperto recluta de nuestras filas, es capaz de aguantar cinco meses. Caballero, dice usted que cinco meses. – Volvió a reírse, y me besó en la boca-. Oh, milord. ¡Cómo nos vamos a divertir juntos! ¡Cuántos desmanes y asesinatos! ¡Cómo me alegro de haberle seguido! Byron... ¡seamos malvados juntos!

»Hice una inclinación de cabeza.

»-Resulta evidente que me quedan todavía muchas cosas por aprender.

»-Sí, eso es -dijo Lovelace al tiempo que asentía con la cabeza-. Créame, caballero, yo ya he cumplido un siglo y medio de libertinaje. Hablo como un cortesano del segundo rey Carlos. No era aquélla una época hipócrita, remilgada y puritana, no, señor; nosotros sabíamos bien en qué consistía el placer. – Luego me susurró al oído-: Putas, milord, vinos finos, refrescantes dosis de sangre. Estoy seguro de que encontrará usted que la eternidad es algo acogedor. – Me besó, y luego se detuvo para limpiarme la sangre de la boca. Miró el cadáver del jenízaro-. ¿Estaba buena? – me preguntó golpeando el cadáver desangrado con la punta del pie. Asentí-. Pues seguro que las habrá mejores -añadió brevemente Lovelace. Me cogió de la mano-. Pero de momento, milord, ambos tenemos que regresar a nuestras formas corpóreas.

»- ¿Corpóreas?

«Lovelace asintió.

»-De lo contrario su amigo creerá que usted ha muerto.

»Me toqué el cuerpo.

»-Me resulta muy extraño -le dije-. Los placeres en que me he empapado parecen muy corporales. Pero, ¿cómo es que los siento si no soy más que espíritu?

»Lovelace se encogió de hombros con desdén.

»-Esas sutilezas las dejo para litigantes y adivinos.

»-Eso no es una sutileza. Si no tengo cuerpo, ¿qué es lo que estoy sintiendo ahora mismo, aquí, dentro de mis venas? ¿Es real el placer? Parece insoportable la idea de que se trate sólo de un fantasma.

«Lovelace me cogió una mano. Se la metió dentro de la camisa y la puso sobre su pecho para que yo pudiera sentir los músculos debajo de la piel.

»-Estamos en un sueño -me explicó en voz baja-, un sueño que compartimos los dos. Nosotros hacemos las reglas y nosotros les damos forma. Debe usted comprender, caballero, que tenemos el poder de convertir en realidad la sustancia de nuestros sueños.

»Le miré a los ojos. Noté que el pezón se le endurecía con mi contacto. Miré al jenízaro.

»- ¿Y él? – le pregunté-. ¿Sólo he soñado que le he bebido la sangre?

»Lovelace sonrió, una débil sonrisa, cruel y divertida.

»-Nuestros sueños son como una carpa, milord, hacia cuyo interior arrastramos a nuestras presas. Ese turco que le acompañaba está muerto, y usted, caballero, vuelve a estar entero. – Me cogió de la mano-. Vamos, milord. Tenemos que regresar junto a su afligido amigo.

»Nos fuimos, y cuando llegamos al cementerio dejé a Lovelace en el camino y eché a andar entre las tumbas.

Delante de mí, más allá de las lápidas en forma de turbante, distinguí a Hobhouse. Estaba llorando desconsoladamente sobre mi ennegrecido cadáver. Era algo que resultaba agradable de ver. ¿Qué puede haber mejor que saber que a uno lo echarán de menos los amigos cuando haya muerto? Pero luego lo lamenté, cuando comprendí que había causado dolor a mi querido amigo Hobhouse, y volví, como un estremecimiento de luz, a mi propia carne. Abrí los ojos y sentí que la sangre corría de nuevo por mis venas marchitas.

Lord Byron cerró los ojos. Se le notaba en la sonrisa que estaba gozando del éxtasis del recuerdo.

–Como si los hubieran liberado de estar atrapados en un torno, mis miembros volvieron a la vida. Champaña después del agua de soda; luz del sol después de la bruma; mujeres después de un monasterio: todo parecía ofrecer una insinuación de resurrección. Pero no era así. Sólo hay una resurrección verdadera: y ésa es la sangre después de una medicina para la carne.

–¿Así que usted bebía sangre en sueños? – preguntó Rebecca, interrumpiéndolo- ¿Es así como ocurre?

Lord Byron la miró.

–Debería recordarlo -le dijo a Rebecca suavemente. Miró fijamente el cuello de la muchacha-. Usted ha sido atrapada en la telaraña de mis sueños.

Rebecca se estremeció, y no sólo de miedo.

–Pero usted había bebido la sangre de Teresa -indicó. Lord Byron inclinó la cabeza-. Entonces, ¿no le hace falta soñar para beber sangre?

–No. – Lord Byron sonrió-. Claro que no. Hay muchas maneras de saborearla. Muchas artes.

Rebecca lo miró fijamente, fascinada y aterrada.

–¿Artes? ¿A qué se refiere? – preguntó.

–Lovelace, aquella primera noche, me tentó al insinuármelas.

Rebecca enarcó las cejas.

—¿Por qué lo tentó?

—Porque yo entonces no quería ni oír hablar de ellas. Al principio, no.

—Pero usted ha dicho que obtenía placer, me lo ha descrito.

—Sí. — Lord Byron curvó ligeramente los labios-. pero estaba saciado con la sangre que había bebido, y aquella noche, en la aldea situada en las afueras de Éfeso, sufrí el asco de uno mismo que sigue a todos los grandes placeres. Había matado a un hombre, lo había desangrado, y estaba sorprendido de no estar más asqueado de mí mismo. Pero además había otro motivo para ignorar las lisonjas de Lovelace. Descubrí que era la posesión de sangre lo que ensalzaba todas las demás experiencias. La comida y la bebida resultaron deliciosas aquella noche, de un modo que yo había olvidado que pudieran serlo. No tenía tiempo para oír secretos en voz baja acerca de artes secretas o víctimas nuevas.

—¿Lovelace quería matar de nuevo?

—Oh, sí, por supuesto. — Lord Byron hizo una pausa-. Quería a Hobhouse.

—¿A Hobhouse?

Lord Byron asintió y luego sonrió.

—Lovelace era un admirador de la casta, ¿sabe usted?

»-Debo tenerlo a él -me confesó aquella noche-. Hace meses, Byron, que no he tomado otra cosa más que campesinos y griegos que huelen a rayos. Uf, caballero, yo soy británico de pura cepa, no puedo sobrevivir siempre a base de semejante basura. ¿Y dice usted que Hobhouse es un hombre de Cambridge? Pues entonces, señor, tiene que ser mío. — Hice un movimiento negativo con la cabeza, pero Lovelace insistió con más ahínco todavía-. Debe morir -me dijo en un susurro-. Dejando aparte lo demás, él le ha visto a usted expirar y resucitar.

»Me encogí de hombros.

»-La medicina no es el punto fuerte de Hobhouse. Cree que ha sido una insolación.

»Lovelace movió la cabeza de un lado a otro.

»-Eso no importa. — Me acarició el brazo; tenía los ojos como puntas de alfiler. Me estremecí, pero Lovelace malinterpretó mi repugnancia y la tomó por sed-. La sangre roja está bastante bien -me susurró al oído-, pero la sangre azul, caballero... vaya, no hay bebida en este mundo que pueda

comparársele. – Le dije que se fuera a paseo. Lovelace se echó a reír. Parece no comprender en qué se ha convertido, milord.

»Le miré de nuevo fijamente.

»-Espero que no sea en algo como usted.

»Lovelace me apretó el brazo con fuerza.

»-No se engañe a sí mismo, milord -me dijo en un susurro.

»Lo miré con frialdad.

»-No osaría intentarlo -repuse al fin.

»-Pues yo creo que sí -me contradijo Lovelace al tiempo que esbozaba una sonrisa llena de maldad-. Es usted una criatura tan mala como el pecado. Negarlo no es más que vil hipocresía. – Me soltó el brazo y echó a andar por el camino, iluminado por la luz de la luna, que conducía a Éfeso-. Su cuerpo tiene sed, milord -me gritó mientras yo observaba cómo se alejaba. Se detuvo y se dio la vuelta para quedar frente a mí-. Pregúnteselo usted, Byron... ¿Cree posible que una cosa como usted pueda permitirse tener amigos?

»Sonrió, luego volvió a darse la vuelta y desapareció. Me quedé de pie donde estaba, tratando de apartar de la mente los ecos de aquella pregunta. Hice un movimiento de negación con la cabeza y luego regresé a la habitación donde dormía Hobhouse.

»Me quedé vigilándolo durante toda la noche. Mi cuerpo permaneció puro e inmaculado durante todo el tiempo. Aquella era la primera vez que yo había bebido sangre y no sudaba inmundicia por la noche. Me pregunté qué querría decir aquello. ¿Estaría en lo cierto Lovelace? ¿Serían verdaderamente irreversibles los cambios obrados en mí? Me aferré a la compañía de Hobhouse como si él fuera un amuleto. Al día siguiente fuimos a visitar las ruinas de Éfeso. Hobhouse estuvo hurgando en las inscripciones, como solía hacer siempre; yo me senté en el montón de lo que en otro tiempo había sido el templo de Diana y estuve escuchando el plañidero aullido de los chacales. Era un sonido melancólico, tan melancólico como mis pensamientos. Me preguntaba adonde habría ido Lovelace. No notaba su presencia entre las ruinas, pero aunque mi instinto y mis poderes estaban amortiguados por el sol, estaba seguro de que no podía estar muy lejos. Seguramente volvería.

«Aquella noche regresó. Yo había presentido su proximidad cuando se acercaba a nosotros y, sin que me viera, lo estuve observando mientras se

dirigía a la cama de Hobhouse. Se inclinó peligrosamente hacia la garganta de mi amigo y vi el brillo de sus afilados colmillos cuando los dejó al descubierto. Lo así por la muñeca; se debatió en silencio, pero no consiguió escapar. Tiré de él hasta sacarlo de la habitación y lo conduje hasta la escalera. Allí Lovelace se soltó.

»-Es usted un mentecato de mierda, señor -dijo con un gruñido-. Déjeme que lo consiga. – Le intercepté el paso. Lovelace intentó apartarme de un empujón, pero lo agarré por la garganta y, al apretársela, sentí que la fuerza me inundaba en una oleada de gozo. Lovelace se asfixiaba; se debatió de nuevo y yo disfruté al ver su miedo; finalmente lo dejé caer; Lovelace tragó saliva dolorosamente y luego me miró de nuevo-. Por las llagas de Cristo, caballero, vaya fuerza tan poderosa tiene usted -me dijo-. Es una lástima que sea tan remilgado en lo concerniente a su amigo. – Incliné la cabeza educadamente. Lovelace siguió mirándome mientras se frotaba el cuello y luego se puso en pie-. Dígame, Byron -me preguntó al tiempo que fruncía el entrecejo-: ¿Quién lo creó a usted?

»- ¿Crearme? – Negué con la cabeza-. A mí no me han creado. Me han transformado.

»Lovelace sonrió ligeramente.

»-A usted lo han creado, caballero -dijo.

»- ¿Por qué lo pregunta?

«Lovelace volvió a acariciarse el cuello y luego respiró profundamente.

»-Hoy le he estado observando en Éfeso -me dijo en un susurro-. Hace un siglo y medio que soy vampiro. Estoy muy versado en asuntos de sangre y tengo experiencia. Pero yo no habría podido soportar el brillo del sol radiante, en la forma como usted lo hizo, allí sentado. Por eso me hago preguntas, caballero. Y estoy dolorosamente perplejo. ¿Quién le dio su sangre para que pueda tener semejante poder? – Me mantuve en silencio; luego pronuncié el nombre del pacha Vakhel. Capté un dejo de ironía en la mirada de Lovelace-. He oído hablar del pacha Vakhel -dijo lentamente-. Un mago, ¿no es eso? ¿Un alquimista?

«Asentí.

»- ¿Dónde está ahora? – me preguntó Lovelace.

»- ¿Por qué?

»Lovelace sonrió.

»-Porque parece ser que le ha enseñado a usted muy poco, milord. – No respondí, me limité a dar media vuelta y empecé a subir la escalera. Lovelace corrió tras de mí y me cogió por el brazo-. ¿Lo mató usted? – preguntó en voz baja. Me solté de un tirón-. ¿Lo mató usted? – Lovelace descubrió los dientes en una sonrisa y volvió a sujetarme-. ¿Lo mató usted, caballero, y su sangre se elevó y cayó sobre usted en forma de lluvia, como las fuentes que juegan en el parque de St. James?

»Me di la vuelta. La espina dorsal se me había puesto como el hielo.

»- ¿Cómo lo ha sabido? – le pregunté.

«Lovelace se echó a reír. Los ojos le chispearon de placer.

»-Circulan rumores, milord. Yo los oí junto al lago Trihonida. En seguida me invadió el deseo de averiguar qué de cierto había en esos rumores. Así que aquí me tiene. – Acercó su cara a la mía-. Está usted condenado, Byron.

»Le miré aquellos ojos despiadados. Sentí que el odio y la ira fluían como lava por todo mí ser.

»-Váyase -le dije en un susurro.

»- ¿Cree que así desterrará también sus apremios, milord? – Lo cogí otra vez por la garganta y apreté; luego lo empujé hacia atrás. Pero Lovelace seguía sonriendo con maldad-. Puede que tenga usted la fuerza de un espíritu poderoso, milord, pero no le quepa la menor duda: usted ha caído, igual que Lucifer, hijo de la mañana, ha caído... como todos nosotros hemos caído. Vuelva con su amigo. Disfrute de él; él es mortal y morirá.

»-Atrévase a destruirlo, Lovelace...

»- ¿Sí?

»-Atrévase... y le destruiré.

»Lovelace me hizo una burlona reverencia.

»-Usted no conoce el secreto, Byron, ¿no es así?

»- ¿Qué secreto?»-No le ha sido revelado.

»Lovelace no lo preguntaba, se limitaba a constatar un hecho. Di un paso hacia él; Lovelace se dirigió hacia la puerta.

»- ¿Qué secreto? – pregunté de nuevo.

»-Está usted condenado... y condenará a cuantos le rodean.

»- ¿Por qué?

»Lovelace sonrió irónicamente.

»-El porqué, caballero, es el secreto.

»-Espere.

«Lovelace volvió a sonreír.

»-Viajan ustedes hacia Constantinopla, según creo, ¿no es así?

»- ¡Espere! – le grité.

»Lovelace inclinó la cabeza y desapareció. Corrí hacia la puerta, pero no había ni rastro de él. Sin embargo, me pareció oír su risa en la brisa de la noche, y su voz parecía resonar en mi cabeza: «Está usted condenado... y condenará a cuantos le rodean.» A lo lejos cantó un gallo. Moví la cabeza a ambos lados. Me di la vuelta y caminé, solo, hacia la habitación donde Hobhouse seguía dormido.

OceanofPDF.com

Capítulo VIII

... hasta la compañía de su compañero de viaje, cuyos propósitos eran tan afines a los suyos, acabó por convertirse en una cadena y en una carga para él; y hasta que se vio solo, sin compañía, en la costa de la pequeña isla del Egeo, no sintió que su espíritu respiraba en libertad.

Thomas Moore, *Vida de lord Byron*

¿Con qué autoridad dice esto Tom? No tiene ni la más remota idea del verdadero motivo que indujo a lord Byron a preferir no tener a su lado a ningún inglés inmediata y constantemente.

John Cam Hobhouse, nota escrita al margen de lo anterior

—El miedo envolvió mis pensamientos como una bruma durante los siguientes días. El propio Lovelace parecía haber desaparecido con el canto del gallo, pero su irónica alusión a un «secreto» me obsesionaba. ¿Qué había querido decir con que yo estaba fatalmente condenado a destruir a aquellos seres que me eran queridos? Permanecí cerca de Hobhouse y examiné cuidadosamente mis sentimientos; mi lujuriosa avidez de sangre parecía domada, y el afecto que sentía hacia mi amigo continuaba tan encendido como antes. Empecé a relajarme; y después a disfrutar de los poderes que la sangre de la que me había alimentado me otorgaba. Nos hicimos a la mar rumbo a Constantinopla. Una vez más mis emociones resultaron encendidamente poéticas. Una tormenta nos sorprendió frente a los Dardanelos. Visitamos la legendaria llanura de Troya. Y, lo más estimulante, crucé a nado el Helesponto, más de tres kilómetros contra una helada marea, desde Asia hasta la costa de Europa, para probar, como las leyendas han sostenido siempre, que el héroe Leandro bien pudo haber realizado esta hazaña. Lo más probable es que Leandro, naturalmente, no gozara de la ventaja de una buena dosis de sangre fresca, pero por lo demás yo estaba poderosamente impresionado por mi gesta.

«Llegamos a Constantinopla en la cresta de una galerna. Anclamos en medio de grandes dificultades debajo de un escarpado acantilado. Por encima de nosotros se alzaba el Serrallo, el palacio del sultán, pero la oscuridad que nos rodeaba por doquier era la misma que en alta mar. Sin embargo, noté el flujo de la gran ciudad que se extendía por la orilla; y los cánticos procedentes de las mezquitas, transportados débilmente hasta nosotros sobre las cortantes olas, parecían convocarnos a extraños y

exóticos gozos. Al día siguiente, un bote nos transportó a lo largo del acantilado del Serrallo. Miré detenidamente hacia lo alto e imaginé los placeres que albergarían las paredes de aquel palacio. Y entonces, de pronto... olí a sangre, a sangre fresca. Miré atentamente hacia una estrecha terraza que había entre el muro y el mar; algunos perros ladraban sobre unos cadáveres. Contemplé fascinado cómo uno de los animales arrancaba la carne del cráneo de un tártaro, de manera parecida a como se pela un higo recién cogido del árbol.

»-Esclavos díscolos -masculló a modo de explicación el capitán de nuestro bote-. Los suelen arrojar desde lo alto de los muros.

»Asentí lentamente y noté de nuevo un apagado amago de sed en mis huesos.

»Nos alojamos en el barrio reservado a los europeos, como correspondía. Era moderno y estaba lleno de viajeros como nosotros; ello me incomodó. Había emprendido el viaje con la intención de escapar de mis paisanos, y ahora me sentía doblemente alejado de ellos. Por mis venas corría una música salvaje que le cantaba a la oscuridad y a los placeres de la noche, cosa que sabía que me marcaba como algo aparte. Al otro lado de las aguas del Cuerno de Oro estaba Constantinopla: cruel, antigua, rica en placeres prohibidos. Estuve vagando por aquellas estrechas calles. El aire enrarecido tenía el aroma de la sangre. Cerca de la verja del Serrallo había varias cabezas cercenadas, expuestas a la vista pública; los carniceros desangraban los cadáveres y dejaban que la sangre corriera por las calles; los derviches, al tiempo que gritaban inmersos en un climax místico, se azotaban hasta que la roja sangre corría por los patios. Yo observaba todas estas cosas en silencio... pero no bebía. Imaginaba, rodeado de aquellos frutos deliciosos, que no tendría necesidad de utilizarlos. En cambio busqué otros goces en los tugurios de hachís o en las tabernas, donde bailarinas excesivamente maquilladas se retorcían en las arenas, y confié en que el hecho de probar un poco de todos ellos conseguiría apaciguar mi sed más profunda.

»Pero notaba que poco a poco la sed me iba apergaminando de nuevo. Los placeres de la ciudad no hacían más que intensificar mi asco, y me encontré con que ya me estaba cansando de Constantinopla, porque sus crueldades me revolvían tanto más cuanto que me recordaban a mí mismo. Presa de la desesperación, volví a frecuentar la compañía de algunos de mis

compatriotas. Evitaba a Hobhouse, pues aún temía cuál podría ser el «secreto» del que me había hablado Lovelace; pero con otros ingleses traté de comportarme como si no fuera en nada diferente a ellos. A veces encontraba que esto era bastante fácil; en otras ocasiones el fingimiento se me hacía insoportable. Siempre que notaba que me crecía la sed de sangre disimulaba mi anhelo tras exhibiciones de frialdad o de rabia: discutía sobre banales cuestiones de etiqueta o negaba el saludo a los conocidos con los que me cruzaba por la calle.

»Una tarde me encontré de manera casual con un hombre que había tenido que sufrir ese estado de humor por mi parte. En cierta ocasión le había vuelto la espalda en el Ambassador's, y al verlo de nuevo me invadió un súbito remordimiento: aquel hombre siempre se había mostrado amable conmigo. Residía en Constantinopla, de modo que, sabiendo que eso le resultaría halagador, le pedí que me mostrase algunas de las curiosidades de la ciudad. Yo ya las había visto todas, por supuesto, pero me obligué a soportar la compañía de mi guía como una forma de penitencia. Al final acabamos bajo los muros del Serrallo.

»Mi compañero me echó una mirada fugaz.

»- ¿Sabe usted -me preguntó- que dentro de tres días el sultán nos concederá una audiencia? Es una lástima... ¿no cree usted, Byron...? Sólo podremos ver una pequeña parte de las maravillas del palacio. – Señaló hacia donde se hallaba situado el harén-. Mil mujeres... -Se rió entre dientes, con nerviosismo, y luego me miró de nuevo-. Dicen que el sultán ni siquiera siente inclinaciones hacia ese lado. – Asentí brevemente. El perfume de la sangre flotaba en el aire: sobre los estercoleros, ante los muros del Serrallo, los perros arrancaban pedazos de cuerpos decapitados. Me sentí asqueado y excitado-. ¿A usted... a usted le gustan... las mujeres? – me preguntó mi acompañante. Tragué saliva y dije que no con la cabeza sin acabar de comprenderle; luego hice que mi caballo diera la vuelta y me alejé al trote.

»Caía la tarde, y los minaretes penetraban en un cielo de un color tan rojo como la sangre. Me sentía mareado por los deseos insatisfechos. Rogué a mi acompañante que me dejase solo y estuve cabalgando junto a las murallas de la gran ciudad, que durante mil cuatrocientos años se habían alzado imponentes sobre la ciudad de Constantino. Pero ahora se estaban desmoronando y se encontraban desiertas, y pronto dejé atrás cualquier

asentamiento humano; en cambio me vi en medio de un cementerio, cubierto de hiedra silvestre y cipreses, que al parecer estaba completamente vacío. Oí un crujido y vi dos cabras que salían huyendo entre unos arbustos, delante de mí. El aroma de la sangre aguardaba dulce y pesado entre las sombras. Miré fugazmente hacia la luna. Estaba llena, me di cuenta de ello por primera vez, y brillaba pálidamente sobre las aguas del Bosforo.

»-Oiga, Byron...

»Me di la vuelta y miré para ver quién me hablaba. Era mi acompañante del Serrallo. Me vio el rostro y tartamudeó algo; luego guardó silencio.

»Me quedé mirándolo fijamente, mareado por el apremiante deseo de su sangre.

»- ¿Qué quiere? – le pregunté en un susurro.

»-Yo... me preguntaba si...

«Volvió a quedar en silencio. Sonreí. De pronto reconocí aquello que había preferido ignorar durante todo el día: el deseo que aquel hombre sentía por mí, mezclado ahora con un terror paralizante que él apenas alcanzaba a comprender. Avancé unos pasos hacia él. Le acaricié la mejilla. Con la uña hice que le brotara sangre. Nervioso al principio, y luego dejando escapar un súbito y desesperado gemido, el hombre se alzó ligeramente para besarme. Lo tomé en mis brazos y sentí su corazón latiendo contra mi pecho. Probé la sangre del arañazo que le había hecho en la mejilla y abrí la boca otra vez... pero luego aparté de mí violentamente a mi acompañante y lo hice caer en el camino.

»- ¿Byron? – inquirió con voz temblorosa.

»-Váyase -le dije fríamente.

»-Pero... Byron...

»- ¡Váyase! – le grité-. Si estima en algo su vida... ¡Por amor de Dios, váyase!

»El hombre se quedó mirándome y luego se puso de pie atropelladamente. Parecía que no fuera capaz de apartar los ojos de los míos, pero aun así retrocedió apresuradamente, como luchando por liberarse del hechizo de mi rostro; finalmente consiguió llegar hasta su caballo, montó en él y se alejó al galope por el camino. Respiré profundamente y luego solté una maldición en voz baja. Mis venas, decepcionadas en su expectativa de conseguir sangre, parecían latir y estremecerse; incluso mi cerebro parecía haber quedado seco a causa de la sed que me invadía.

Monté en mi caballo y lo espoleé para que siguiera adelante. Cabalgué a bastante velocidad con la intención de alcanzar a mi presa antes de que saliera del terreno de las tumbas.

»De improviso, un rebaño de cabras salió y se cruzó en mi camino. Antes de oír el grito del pastor yo ya había oído su sangre; pasó corriendo por mi lado, sin dejar de gritar a las cabras, y apenas tuvo tiempo de dirigirme una fugaz mirada. Hice girar al caballo y fui tras él. Entonces el pastor se detuvo y me miró; me bajé del caballo y caminé hacia él para intentar atraparlo con el poder de mi mirada, como había estado a punto de atrapar poco antes al otro hombre. El pastor quedó paralizado; luego gimió y cayó de rodillas; era un viejo. Sentí lástima por él, como si no fuera yo quien hubiese de ser su asesino. Estuve a punto de dar media vuelta, pero en aquel momento la luna salió de detrás de una nube; y entonces, tocado por su luz, me dio la impresión de que la sed me gritaba con exigencia. Le mordí en la garganta; el viejo tenía la piel correosa, y tuve que tirar con los dientes dos veces antes de que comenzara a brotar la sangre. Su sabor, sin embargo, me pareció tan delicioso como las otras veces, y la satisfacción que me proporcionó fue aún más violenta y extraña. Levanté la vista del hollejo de mi presa y de nuevo vi cómo la luz de la luna aparecía plateada y llena de vida; en el silencio flotaban hermosos sonidos.

»-Caramba, caballero, no hay ninguna ley que diga que sólo se puede matar en un cementerio.

»Me di la vuelta y miré por encima del hombro. Lovelace estaba sentado encima de una columna caída y rota. Sin querer, sonreí. Era agradable, después de pasar tantas semanas solo, ver a una criatura semejante a mí.

»Lovelace se puso en pie y se acercó. Miró hacia la matanza que yo acababa de hacer.

»-El que ha dejado escapar era más atractivo.

»-Era inglés.

»Lovelace sonrió.

»-Maldita sea, Byron, nunca lo hubiera imaginado en usted: un patriota.

»-Justo al contrario. Pero he pensado que su ausencia se notaría antes.

»Lovelace movió la cabeza irónicamente.

»-Si usted lo dice, milord... -Hizo una breve pausa-. Pero me dio la impresión de que como guía era bastante aburrido, un cabeza de chorlito.

»Lo miré con recelo.

»- ¿Qué quiere decir?

»-Vaya, caballero, los he estado observando durante todo el día. Primero estuvieron ustedes junto a los muros del harén y luego se separaron. Es como contentarse sólo con un pequeño atisbo de las bragas de una ramera.

»- ¿Ah, sí?

»-Lo que hay dentro, milord, eso es el tesoro. – Sus brillantes ojos comenzaron a lanzar destellos-. En el Serrallo del turco esperan mil putas enjauladas.

»Lo miré con una tenue sonrisa de incredulidad asomándome a los labios.

»- ¿Me está ofreciendo llevarme al interior del harén del sultán?

»Lovelace asintió con la cabeza.

»-Naturalmente, señor. – Me acarició una mano-. Pero con una condición.

»-Ya he supuesto que la habría.

»-Su amigo, Hobhouse...

»- ¡No! – le interrumpí con repentina furia-. Y se lo advierto de nuevo...

»Lovelace movió la mano en un gesto de desprecio.

»-Cálmese, señor, aquí hay bocados mucho más delicados que su amigo Hobhouse. No obstante, Byron -me dijo esbozando una sonrisa-, tiene usted que convencerle para que regrese a Inglaterra inmediatamente.

»- ¿Ah, sí? ¿Por qué?

»Lovelace volvió a acariciarme la mano.

»-Para que nosotros podamos estar solos y juntos -me dijo-. Usted se entregará a mí, Byron, para que pueda enseñarle las artes. – Miró hacia el suelo, al cuerpo del pastor-. Me parece que está usted muy necesitado de ellas.

»Me quedé mirándolo.

»- ¿Abandonar a Hobhouse? – pregunté al cabo de unos segundos. Lovelace asintió. Lentamente, le dije que no con la cabeza-. Imposible.

»-Yo le enseñaré los placeres del Serrallo.

»Volví a negar con un movimiento de cabeza y monté en mi caballo.

»-En una ocasión me habló usted de un secreto, Lovelace; un secreto que amenazaría a cuantos me rodeasen. Pues bien, desafío ese secreto. No

abandonaré a Hobhouse. Nunca abandonaré a aquellos que amo.

»- ¿Secreto? – Lovelace pareció sorprenderse al oírme mencionarlo. Luego sonrió, como recordando de qué se trataba-. Oh, no tiene por qué preocuparse, milord. No es para Hobhouse para quien usted supone una amenaza.

»-Entonces, ¿para quién?

»-Quédese conmigo en Oriente y le enseñaré todo lo que sé. – Abrió un poco la boca-. Muchísimo placer, Byron. Sé que es usted un hombre que se deleita en el placer.

»Lo miré con súbito desprecio.

»-Sé que usted y yo somos asesinos -le dije-, pero a mí eso no me produce ningún gozo. Ya se lo he dicho antes: no tengo el menor deseo de convertirme en una criatura como usted. No tengo el menor deseo de compartir el saber que usted posee. No tengo ningún deseo de ser su pupilo, Lovelace. – Incliné la cabeza con frialdad-. Así que... le deseo buenas noches.

»Arreé a mi caballo dando una brusca sacudida a las riendas. Luego cabalgué hasta dejar atrás las silenciosas tumbas. Regresé al camino que había junto a las murallas de la ciudad. La luz de la luna parecía quemar de tan brillante como era, y sirvió para iluminar mi camino.

»- ¡Byron! – Me di la vuelta y miré hacia atrás-. ¡Byron! – Lovelace seguía de pie en el mismo lugar donde lo había dejado, un ser de belleza espectral en medio de aquellas tumbas cubiertas de hiedra. Sus cabellos dorados parecían tocados por el fuego, y los ojos le resplandecían-. ¡Byron -volvió a gritarme con repentina ferocidad-, le aseguro que las cosas son así! Aquí, en estos pacíficos jardines, los perros se regodean en su presa; y hasta los pajarillos más dulces se alimentan de gusanos. ¡En la naturaleza no existe más que eterna destrucción! Usted es un depredador, ya no es un hombre, ya no es lo que era. ¿Acaso no sabe usted que la voluntad más poderosa se alimenta de aquellas otras que son inferiores a ella? – De pronto empezó a sonreír-. Byron -le oí susurrarme en la mente-, beberemos juntos.

»Me estremecí, y la sangre pareció volverse mercurio en mis venas, sangre tan brillante como la luna. Cuando miré hacia donde se encontraba, Lovelace había desaparecido.

»No volví a verlo durante tres días. Sus palabras me habían perturbado, y también me habían excitado. Empecé a recrearme en el esplendor de aquello en que me había convertido. ¿Acaso Lovelace no se había limitado a exponer la verdad? Yo era un ser caído, y ése era un estado terrible y romántico. Hobhouse, que tenía de satánico lo mismo que un arenque ahumado, empezó a enfurecerme; nos peleábamos constantemente, y empecé a preguntarme si, al fin y al cabo, no convendría que nos separásemos. Así que cuando Hobhouse mencionó que estaba pensando en regresar a casa, no lo desanimé ni me comprometí a hacer lo mismo. Pero el hecho de pensar en cuáles podrían ser los placeres de que había hablado Lovelace me seguía llenando de temor; temía, más que nada, que pudiera llegar a recrearme en ellos y a encontrar que despertaban en mí deseos aún más crueles. Así que me reservé la opinión y aguardé a que Lovelace se me acercase de nuevo. Pero durante todo el tiempo confiaba en lo más profundo de mi alma que las tentaciones que me ofreciera fueran suficientes para animarme a que me quedase.

»Llegó el día de la audiencia con el sultán. Éramos veinte, todos ingleses, los que sufrimos aquel horrible privilegio; el guía que me había servido tres días antes se encontraba entre nosotros, y también Lovelace, que llegó en el último momento. Me vio en compañía del guía y sonrió, pero no dijo nada. Se puso detrás de mí mientras esperábamos en la sala de audiencias del sultán, y más tarde, cuando aquel tedioso asunto hubo terminado, estuvo revoloteando cerca de Hobhouse y de mí, lo bastante cerca como para oír lo que decíamos.

»El guía se acercó a nosotros con los ojos brillantes a causa de la excitación.

»-Ha causado usted un efecto notable en el sultán -me dijo. Incliné la cabeza educadamente-. Sí, sí, Byron -explicó-, el esplendor de sus ropajes y el impresionante porte del que usted hace gala han conseguido que lo singularice como particular objeto de atención. La verdad es que...

»Aquí el hombre se detuvo y soltó una azorada risita; luego se ruborizó.

»- ¿De qué se trata? – le preguntó Hobhouse.

»El hombre volvió a reírse como una colegiala y de nuevo se dio la vuelta. Tartamudeó unas palabras, tragó saliva y recuperó la compostura.

»-Ha dicho el sultán que no cree que usted sea un hombre.

»Se me oscureció la frente y enrojecí fríamente; miré de soslayo a Lovelace, quien me dedicó una malvada sonrisa.

»-Así que no soy un hombre -repetí lentamente-. ¿A qué se refería?

»El rubor de aquel hombre se convirtió en un tono de color púrpura.

»-Bueno, Byron -dijo vacilante-, el sultán creía que era usted una mujer disfrazada con ropa de hombre.

«Respiré profundamente y luego sonreí, aliviado. A su vez el guía sonrió con ansiedad. Pero la sonrisa de Lovelace, según constaté, fue la más amplia de todas.

«Aquella misma noche vino a visitarme mientras Hobhouse dormía. Estuvimos juntos, de pie, en el terrado de mi casa, y dejamos que la luz de la luna nos bañase el rostro. Lovelace sacó una daga. Acarició la hoja delgada y cruel.

»-El Gran Turco es un chulo agusanado, ¿no le parece? – me preguntó.

»- ¿Por qué?

»Lovelace mostró los dientes. Pasó el dedo pulgar por el filo de la daga.

»-Por tomarle a usted por una puta, desde luego.

»Me encogí de hombros.

»-Mejor eso que ser reconocido como lo que soy.

»- ¡Pues yo en su lugar, caballero, exigiría venganza por esa disparatada insolencia!

»Miré fijamente los brillantes ojos de Lovelace.

»-No me incomoda que la gente me encuentre hermoso.

»Lovelace sonrió.

»- ¿Ah, no, señor? – me preguntó en voz baja.

»Se dio la vuelta, miró por encima de las aguas hacia el Serrallo y luego se metió la daga en el cinturón.

»- ¿No? – Empezó a tararear un fragmento de ópera. Se agachó y sacó varias botellas de una bolsa. Descorchó una de ellas. Entonces olí el dorado perfume de la sangre-. El saludable jugo -me dijo al tiempo que me tendía una botella-. Lo he mezclado con el mejor Madeira que se conoce. Beba a conciencia, Byron, porque esta noche vamos a necesitar todas nuestras fuerzas. – Luego levantó otra botella-. Un brindis. – Me sonrió-. Por la extraña diversión que tendremos esta noche.

»Nos emborrachamos con aquellos cócteles de vino y sangre. No, no nos emborrachamos, sino que mis sentidos se volvieron más ricos que

nunca hasta entonces, y sentí que un violento gozo surgía en mi sangre como si fuera fuego. Me apoyé en la pared y miré el cielo poblado de cúpulas de la ciudad antigua; las estrellas que se veían por detrás del Serrallo parecían resplandecer con la fiereza de mi ávida crueldad, y comprendí que Lovelace me estaba conquistando el alma. Me abrazó mientras tarareaba quedamente un aria y luego me habló al oído.

»-Es usted una criatura muy poderosa -me dijo en un susurro-. ¿Quiere ver lo que es capaz de hacer? – Sonreí ligeramente-. Le aseguro que ello lo dejará agotado, Byron, pero posee usted la fuerza necesaria para eso, a pesar de tener poca experiencia en materia de sangre.

»Miré hacia las aguas del Cuerno Dorado.

»-Vamos a cruzar hasta allí por el aire -dije en voz baja. Lovelace asintió con la cabeza. Fruncí el entrecejo al darme cuenta de lo lejanos que quedaban mis recuerdos-. En mis sueños, hace ya mucho tiempo, seguí al pacha. Y él me mostró los milagros del tiempo y el espacio.

»Lovelace sonrió.

»-A la mierda con los milagros del tiempo y del espacio. – Echó una ojeada hacia el Serrallo-. Lo que yo quiero ahora son putas.

»Me eché a reír desde lo más profundo de mis entrañas, sin poder remediarlo. Quedé agotado de tanto reírme. Lovelace se mostró tolerante conmigo mientras me acariciaba los rizos del cabello. Señaló hacia el Serrallo.

»-Mírelo usted bien -susurró-, aprehenda una imagen de él con la vista. Hágalo suyo. Haga que se eleve y venga hasta usted.

»Dejé bruscamente de reír. Fijé la mirada en las profundidades de los ojos de Lovelace e hice lo que me decía. Vi cómo el cielo se doblaba. Los minaretes y cúpulas parecían fluir como agua. Mi frente sintió el toque del beso del palacio.

»- ¿Qué está ocurriendo? – le pregunté con voz queda-. ¿Cómo estoy haciendo esto?

»Lovelace me apretó los labios con un dedo. Se agachó para coger una última botella y la descorchó.

»-Sí, eso está muy bien -asintió-. Respire el aroma de este líquido. Huela su riqueza. Toda la consistencia que usted necesita está contenida dentro de esto. Es usted una criatura de sangre. Y como ella, puede fluir y atravesar el cielo. – De pronto agitó la botella hacia arriba y vi cómo la

sangre, en un arco de color carmesí, salpicaba sobre la ciudad y las estrellas-. ¡Sí, fluya con ella! – gritó Lovelace.

»Me elevé en el aire. Sentí que mi ser incorpóreo abandonaba la carne igual que la sangre sale por una herida abierta. El aire seguía siendo denso. Me movía con él. Constantinopla aparecía teñida de oscuro como la noche y de carmesí como la sangre a cuya llamada yo acudía en aquel momento. Vi que todo daba vueltas, la ciudad, el mar y el cielo; y luego, de repente, delante de mí no hubo nada más que el Serrallo, algo distorsionado y desapareciendo poco a poco de mi vista, como reflejado en una serie de espejos; lo seguí hasta lo más profundo de su oscuro vértice y entonces noté que el aire fresco me daba en el rostro y me di cuenta de que me encontraba sobre el muro del harén.

»Me di la vuelta. Mis movimientos parecían inconexos. Eché a andar y me pareció como si yo fuera una brisa que soplase sobre un lago de aguas oscuras.

»-Byron. – La voz fue una piedra que cayó en las profundidades. Las dos sílabas se alejaron de mí en oleadas. Lovelace me sonrió y su rostro parecía nadar y cambiar ante mis ojos. Imaginé que él se hundía bajo las oscuras aguas del lago. La fantasmal palidez del rostro de aquel hombre estaba apagada, y tenía el cuerpo encogido; era como si tuviera la forma de un enano negro. Me eché a reír, y el sonido de mi propia risa sonó en mi cerebro refractado y extraño-. Byron. – Miré hacia abajo otra vez. Lovelace seguía teniendo forma de enano. Sonrió de un modo horrible y sus labios comenzaron a moverse-. Yo soy el eunuco -le oí decir-. Y usted será la esclava del sultán. – Me sonrió de nuevo con malicia y yo me eché a reír como los borrachos, pero esta vez no hubo oleadas porque la oscuridad se encontraba tan inmóvil como un estanque de cristal. De pronto, conjurada desde las espirales de mi memoria y de mi deseo, vi a Haidée reflejada en el cristal. Sofoqué un grito y alargué una mano para tocarla. Pero la imagen se expandió para escapar de mí, y luego sentí que me lamía la piel; ya no podía ver a Haidée, y todo parecía fundirse y alejarse. Me puse los dedos sobre los ojos. La extrañeza parecía ahora más hechicera que antes. Cuando volví a abrir los ojos vi que tenía las uñas pintadas de color dorado y que mis dedos eran delgados y esbeltos-. Preciosa -dijo el enano. Se echó a reír y señaló-. Por aquí, bella doncella infiel.

»Lo seguí. Pasamos por las puertas del harén como las sombras de una tormenta. Largos pasadizos se alejaban de nosotros, ricos en amatistas y cerámica de Faenza. Todo estaba en silencio, salvo por las pisadas de los enanos negros que custodiaban unas elaboradas puertas de oro. Cuando pasamos junto a ellos pusieron mala cara y se volvieron para mirar, pero no nos veían; hasta que, delante de la puerta más hermosa de todas, Lovelace sacó la daga y le abrió la garganta al centinela.

«Avancé a toda prisa, ansioso por el olor de la sangre. Lovelace hizo un gesto negativo con la cabeza.

»- ¿Por qué beber agua cuando dentro hay champaña?

»Me retuvo junto a él, y el contacto de aquel cuerpo con el mío resultó dulce y extraño. Miré hacia abajo. Vi la verdad de lo que había supuesto que era un sueño: mi cuerpo era el de una hermosa muchacha. Me toqué los pechos; levanté un esbelto brazo para acariciarme el largo cabello. No experimenté ninguna sorpresa; sólo el ensalzamiento de un gozo cruel y erótico. Caminé hacia adelante y por primera vez me percaté del remolino de tenue seda que me envolvía las piernas y oí el tintineante roce de los cascabeles que llevaba puestos en los tobillos. Miré a mí alrededor. Me encontraba en una espaciosa cámara.

Unos canapés aparecían alineados a lo largo de la pared. Todo estaba silencioso y oscuro. Empecé a deslizarme junto a los canapés por el centro del salón.

»Había mujeres dormidas en todos los canapés. Aspiré el embriagador perfume que emanaba de su sangre. Lovelace estaba de pie a mi lado. Mostraba una sonrisa hambrienta y lasciva.

»-Caramba -susurró-, pero si ésta es la más dulce habitación de rameras que he visto en mi vida. – Dejó al descubierto los dientes-. Tienen que ser mías. – Me miró-. Las tendré.

»Avanzó hacia adelante como la bruma sobre el mar. Se detuvo junto a la cama de una muchacha que, al caer la sombra sobre sus sueños, gimió y levantó un brazo como para apartar de sí el mal. Oí la risita disimulada y queda de Lovelace y, no queriendo ver más, me di la vuelta y eché a andar por el centro de la sala. Delante había otra puerta de oro con ornamentos. Estaba ligeramente entreabierta. Pude oír un débil llanto. Me aparté el velo de las orejas. Oí un crujido y luego más sollozos. Con un roce de cascabeles, pasé a la habitación contigua.

»Miré a mi alrededor. Había cojines esparcidos por el suelo de mármol. Por el borde del salón se extendía un estanque de aguas azules. La única llama que había ardía dentro de una lámpara dorada. De pie, iluminada por la luz de la llama, había una chica desnuda. La observé. Era maravillosamente hermosa, pero tenía un porte imperioso y su rostro parecía por igual voluptuoso y cruel. Aspiró con profundidad; luego levantó un bastón y lo abatió con fuerza hacia abajo. El bastón pegó en la espalda de la esclava que estaba a sus pies.

»La muchacha gimió, pero no cambió la postura de sumisión. La dueña contempló su obra y luego miró hacia las sombras donde yo me encontraba. Las facciones aburridas y estropeadas de aquella mujer parecieron iluminarse con curiosidad; entornó los ojos; luego la mirada de seriedad volvió a su rostro; suspiró y dejó caer el bastón al suelo. Le gritó a la chica y le volvió la espalda; la esclava, aún sollozando, empezó a recoger pedazos de vidrio.

Cuando terminó de hacerlo, hizo una inclinación de cabeza y salió corriendo de la habitación.

»La reina del sultán, porque estaba claro que eso era, se dejó caer sobre los cojines. Se abrazó a uno de ellos con fuerza, retorciéndolo sin parar, y luego lo tiró al suelo violentamente. Mientras hacía esto, observé que tenía las muñecas cortadas y manchadas de sangre húmeda; la reina se las miró detenidamente, se tocó una herida y luego se puso en pie de nuevo. Llamó a la doncella; no obtuvo respuesta. Volvió a llamar y comenzó a patear con el pie en el suelo; después cogió el bastón y se acercó a la puerta. Al hacerlo, yo salí de entre las sombras. La reina se dio la vuelta y me miró. Enarcó las cejas cuando vio que yo no bajaba la mirada.

«Lentamente, el ceño fruncido se convirtió en una mirada de sorpresa, y un extraño alboroto le cruzó por el rostro. Luego la altanería se abrió paso con voluptuosidad; chascó los dedos y adoptó de nuevo su actitud imperiosa. Gritó algo en una lengua que yo no comprendí y luego me señaló hacia el lugar donde su doncella había roto la copa.

»-Estoy sangrando -me dijo en turco al tiempo que me enseñaba las muñecas-. Llama al médico, muchacha.

«Sonreí lentamente. La reina se sonrojó y luego la incredulidad que su rostro reflejaba se oscureció hasta convertirse en apasionada rabia. Me golpeó con fuerza la espalda con el bastón. El dolor que sentí fue como una

llamarada, pero permanecí donde estaba. La reina me miró profundamente a los ojos; se atragantó, dejó caer el bastón y retrocedió, tropezando al hacerlo. Sollozó ruidosamente. Contemplé cómo le subían y bajaban los hombros. Enterró la cara entre las manos. Bajo la luz dorada, la sangre que le manaba de las muñecas brillaba como las joyas.

»Crucé el suelo de mármol hacia ella y la tomé en mis brazos. La reina levantó la vista, sobresaltada; le puse un dedo en los labios. Tenía los ojos y las mejillas humedecidos por el llanto; le limpié las lágrimas y luego le acaricié con suavidad las heridas de las muñecas. La reina se encogió de dolor, pero cuando su mirada se encontró con la mía pareció olvidar el sufrimiento y levantó los brazos para abrazarme y acariciarme el pelo. Nerviosa, me cogió los pechos; luego me susurró unas palabras al oído, palabras que yo no comprendí, y empezó a desabrocharme la ropa de seda. Me arrodillé, le besé las manos y las muñecas y probé la sangre que le manaba de las heridas; cuando estuve tan desnudo como ella la besé en los labios, tiñéndoselos de rojo con su propia sangre, y luego la conduje a la tranquilidad del baño. Las aguas nos envolvieron dulcemente. Sentí que los suaves dedos de la reina me acariciaban los pechos y el estómago; abrí las piernas. Ella me acarició y yo tendí la mano hacia ella, que gimió y echó atrás la cabeza; la luz iluminaba el agua, que le cubría hasta la garganta, e hizo que le apareciera un rubor dorado. La reina temblaba; el agua tibia producía unas delicadas ondas, y a mí me pareció que la sangre se me movía debajo de la piel con el flujo del agua. Le lamí los pechos; luego, con delicadeza, la mordí; al perforar mis dientes la piel, la reina se puso rígida y jadeó, pero no gritó, y la respiración se le hizo más profunda debido al ardiente deseo. De pronto se estremeció; todo su cuerpo se puso a temblar y cayó hacia atrás contra las baldosas; de nuevo la garganta se le tiñó de dorado. Yo parecía estar más allá de mi consciencia, fuera de mí, no sentía otra cosa que deseo. Sin pensarlo, le abrí el cuello, y, al derramarse su sangre en las aguas del baño, sentí que mis muslos se hacían agua y se juntaban con aquel flujo.

»Pero la reina continuaba sin gritar. Yacía entre mis brazos, acariciada por su propia sangre mientras la respiración se le iba haciendo más débil y yo bebía de sus heridas. Murió sin un suspiro, y las aguas se enturbiaron con aquella vida que se alejaba. La besé suavemente y luego salí del baño. Me estiré; mis miembros parecían engrasados y frescos por la sangre de

aquella mujer. Miré fijamente a la reina, que flotaba en su féretro de color púrpura, y vi cómo sus labios muertos me sonreían.

Lord Byron hizo una pausa y sonrió él también.

—¿Le repugna? — le preguntó a Rebecca fijándose en el modo en que ella lo miraba.

—Sí, desde luego. — La muchacha apretó un puño—. Claro que sí. A usted le gustó aquello. Incluso después de haberla matado, no sintió repugnancia.

La sonrisa de lord Byron desapareció.

—Soy un vampiro -le recordó suavemente.

—Sí, pero... -Rebecca tragó saliva-. Anteriormente... anteriormente usted había desafiado a Lovelace.

—Y a mi propia naturaleza.

—¿Así que él finalmente le había conquistado?

—¿Lovelace?

Rebecca asintió.

—¿No sintió usted remordimiento?

Lord Byron cerró los ojos y no dijo nada durante lo que pareció un tiempo muy largo. Después, lentamente, se pasó los dedos por entre el pelo.

—Encontré a Lovelace manchado de sangre, agachado como un íncubo sobre el pecho de su víctima. Le dije que yo había matado a la reina del sultán. La hilaridad que aquello le produjo fue completamente desaforada. No me reía con él, pero... no... No sentía remordimiento alguno. Hasta que...

La voz se le apagó.

Rebecca aguardó.

—¿Sí? — preguntó finalmente.

Lord Byron curvó los labios.

—Nos dimos el festín hasta el alba, como dos zorros en un gallinero. Sólo cuando el almuecín llamó a las primeras oraciones abandonamos la cámara de odaliscas. No salimos al pasillo, sino que pasamos a otra habitación reservada para que las esclavas se acicalasen. Las paredes se hallaban cubiertas de espejos. Por primera vez me vi a mí mismo. Me detuve... y me quedé helado. Estaba mirando a Haidée... a Haidée, a quien yo no había visto desde aquella noche fatídica en la cueva. Pero no era Haidée. Haidée nunca había tenido los labios manchados de sangre. Los ojos de Haidée nunca habían tenido un brillo tan frío. Haidée nunca había

sido un vampiro maldito y aborrecible. Parpadeé y luego vi mi rostro que me miraba fijamente. Dejé escapar un grito. Lovelace trató de sujetarme, pero lo aparté de mí. Los placeres de la noche parecieron de pronto transformarse en horrores. Se criaban como gusanos en mis desnudos pensamientos.

»Durante tres días permanecí en el lecho, presa del agotamiento y de la fiebre. Hobhouse estuvo cuidando de mí. No sé qué cosas me oiría decir en mi delirio, pero al cuarto día me comunicó que nos marchábamos de Constantinopla, y cuando pronuncié el nombre de Lovelace se le oscureció el rostro y me advirtió que no volviera a preguntar por él.

»-He oído extraños rumores -me dijo-, rumores imposibles. Vas a venir conmigo en el barco que he reservado. Es por tu propio bien y por tu seguridad. Tú lo sabes bien, Byron, así que no quiero oír réplicas.

»Y no tuvo que oírlas. Aquel día nos hicimos a la mar en un barco con rumbo a Inglaterra. A Lovelace no le dejé ningún mensaje ni dirección.

»Pero yo sabía que no podía regresar a casa con Hobhouse. Cuando nos aproximábamos a Atenas le dije que pensaba quedarme en el Este. Me había imaginado que mi amigo se pondría furioso, pero no dijo nada, se limitó a sonreír de un modo extraño y me tendió su diario. Fruncí el entrecejo.

»-Hobby, por favor -le dije-, guarda tus garabatos para tu público de Inglaterra. Ya sé lo que hemos hecho. Yo estaba contigo, por si no lo recuerdas.

»Hobhouse volvió a sonreír, una sonrisa torcida.

»-No todo el tiempo -dijo-. Echa un vistazo a las entradas que corresponden a Albania... estudíalas.

»Se fue. Leí los pasajes inmediatamente. Luego me eché a llorar: Hobhouse había cambiado todas las anotaciones de lo que él había hecho, de modo que pareciera que nunca nos habíamos separado; la temporada que yo había pasado con el pacha Vakhel estaba eliminada por completo. Busqué a Hobhouse, lo abracé con fuerza y volví a llorar.

»-Te quiero de verdad, Hobby -le dije-. Tienes tantas cualidades buenas y tantos defectos, que resulta imposible vivir contigo y vivir sin ti.

»Al día siguiente nos separamos. Hobhouse repartió conmigo un ramillete de flores.

»- ¿Será esto lo último que compartamos? – me preguntó-. ¿Qué va a ser de ti, Byron?

»No respondí. Hobhouse se dio la vuelta y subió a bordo del barco. Y yo me quedé solo.

»Seguí camino hacia Atenas e hice una breve estancia en casa de la viuda Macri y de sus tres encantadoras ninfas. Pero no fui bien recibido, y a pesar de que Teresa me *abrazó* con bastante entusiasmo, descubrí que el miedo acechaba en sus ojos. Empecé a sentir de nuevo la fiebre, y como no quería provocar un nuevo escándalo, decidí dejar atrás Atenas y continué el viaje por Grecia. Estímulos, sensaciones, novedades; necesitaba tener todas aquellas cosas, porque la alternativa eran la inquietud y el sufrimiento. Dios mío, qué alivio me producía el hecho de que Hobhouse se hubiera ido. En Tripolitza me alojé durante una breve temporada en casa de Veli, el hijo del pacha Alí, quien se esforzó por proporcionarme entretenimiento como si yo fuera un amigo suyo al que hubiera perdido hacía mucho tiempo; me di cuenta de que quería tenerme en su cama. Le permití que gozase de mí. ¿Por qué no iba a hacerlo? El placer de que me utilizase como a una puta fue una emoción momentánea. Como pago por mis servicios, Veli me pasó información de Albania. Por lo visto el castillo del pacha Vakhel había sido arrasado por el fuego hasta quedar completamente destruido.

»- ¿Querrá creerlo? – Me preguntó Veli al tiempo que movía la cabeza de un lado a otro-. La gente de las montañas cree que los muertos salieron de sus tumbas.

»Se echó a reír ante la idea de semejante superstición desventurada. Yo le escuché, divertido; luego le pregunté por el pacha Vakhel. De nuevo Veli movió la cabeza.

»-Lo hallaron cerca del lago Trihonida -dijo.

»- ¿Muerto? – le pregunté.

»Veli asintió.

»-Oh, sí, muerto, milord. Le habían clavado una espada hasta el fondo del corazón. Lo enterramos junto a su castillo, en la ladera de la montaña.

»De modo que había desaparecido. Estaba muerto de verdad.

Comprendí que hasta entonces yo pensaba que quizá estuviera aún con vida. Ahora tenía la certeza de su muerte, y el saberlo sirvió en cierto modo para liberarme. Todo parecía haber cambiado, me encontraba libre de mi creador y por fin aceptaba la verdad de lo que yo era.

»Más arriba del golfo de Corinto, mientras bebía la sangre de un muchacho campesino, me descubrió Lovelace. Nos abrazamos efusivamente y ninguno de los dos mencionó mi escapada de Constantinopla.

»- ¿Quiere que seamos malos? – me preguntó Lovelace.

»Sonreí.

»-Tan malos como el pecado -repuse.

»Regresamos a Atenas. Rodeados de nuestros mutuos placeres, el miedo y la culpa se convirtieron en palabras olvidadas; nunca habían existido dos libertinos como nosotros, me aseguró Lovelace, desde los días de los calaveras de la Restauración. Nuevos mundos de deleite se abrieron para mí, y me emborraché de compañía, de sexo y de buenos vinos. Y de sangre, por supuesto... sí... siempre de sangre. Las llamas del gozo parecían haber quemado cualquier vestigio de vergüenza en mí. Ahora mi crueldad se me antojaba hermosa, me encantaba, lo mismo que me encantaban los cielos azules y los paisajes de Grecia, aquel paraíso exótico que había hecho mío. Mi antiguo mundo me parecía muy alejado de mí. Animado por Lovelace, empecé a pensar en ello como algo que había desaparecido para siempre.

«Aunque en ocasiones, quizá después de haber tomado un baño, mientras estaba sentado en alguna roca solitaria contemplando el mar, volvía a oír su llamada. Lovelace, que despreciaba aquellos trances y los tildaba de hipocresía, me maldecía rotundamente por mi melancolía y me tentaba para que nos fuéramos de nuevo de juerga, aunque a veces, en esos momentos, eran precisamente sus propias palabras de ánimo lo que más me molestaba. En algunas ocasiones, cuando yo sentía la llamada de mi patria, Lovelace volvía a insinuar secretos, oscuras verdades, amenazas que en Inglaterra podrían traicionarme.

»- ¿Y en Grecia? – le preguntaba yo.

»-Pues no -me respondió en cierta ocasión Lovelace-. No sé si ha envuelto usted su espíritu en una buena funda de tripa de cerdo. – Insistí para que se explicase mejor, pero Lovelace se echó a reír-. No, Byron, todavía no tiene el alma lo suficientemente endurecida. Llegará el momento en que usted esté empapado en sangre. Entonces regrese a Inglaterra, pero de momento... caramba, señor, ya es casi de noche... aventurémonos a salir para limpiar de coños la ciudad. – Protesté, pero Lovelace levantó las manos-. Byron, se lo ruego. ¡Acabemos esta discusión, por favor!

»Y acto seguido cogió la capa y se puso a tararear una melodía, y me di cuenta de que se regocijaba del poder que ejercía sobre mí.

»Pero aquello no me preocupó durante mucho tiempo; nada me preocupaba; había muchos placeres que aprender. De manera parecida a como una cortesana instruye a su amante, así se me enseñó a mí el arte de beber sangre. Aprendí cómo entrar en los sueños de la víctima, cómo dominar los míos, cómo hipnotizar y engendrar ilusiones y deseos. Aprendí distintas formas de hacer vampiros, y los diferentes órdenes en que se puede transformar una víctima: los zombis, cuyos ojos muertos yo había tenido ocasión de ver en el castillo del pacha; los demonios necrófagos, como aquellos en los que se habían convertido Gorgiou y su familia; y lo que era más extraño de todo: los amos, los señores de la muerte, el orden de criaturas al que yo pertenecía.

»-Pero sea cuidadoso al elegir a alguien para tal honor -me advirtió Lovelace en una ocasión-. ¿Acaso no sabe que tanto en la muerte como en la vida debe haber aristocracia? – Me sonrió-. Usted, Byron, casi hubiera podido ser elegido rey.

»Me encogí de hombros ante aquel halago de Lovelace.

»-Al infierno con los malditos reyes -dije-. No soy un perverso conservador. Si pudiera enseñaría a las mismísimas paredes a levantarse contra la tiranía. Yo mato, de acuerdo... pero nunca esclavizaré a nadie.

«Lovelace escupió con desprecio.

»- ¿Qué distinción es ésta?

»Le miré fijamente.

»-Una que está bastante clara, diría yo. Necesito beber sangre, si no, me muero; como usted ha dicho, Lovelace, somos depredadores, no podemos desafiar lo que en nosotros es natural. Pero, ¿acaso puede ser natural convertir a nuestras víctimas en esclavos? Espero que no. No seré nunca como aquel que me creó a mí, eso es lo que quiero decir, rodeado de siervos sin mente, más allá de la redención de amor y esperanza.

»- ¿Por qué? ¿Cree usted que ya no está más allá?

»Lovelace me sonrió cruelmente, pero yo hice caso omiso de sus irónicas preguntas, ignoré sus ya conocidas insinuaciones de que existía algún oscuro misterio, porque me sentía poderoso y sabía que me encontraba más allá de su autoridad... y dudaba de que Lovelace tuviera en realidad un secreto. Creí que por fin comprendía en qué me había

convertido. No tenía asco de mí mismo; lo único que sentía era gozo y fuerza. De modo que también me sentía libre, libre de un modo que nunca hubiera soñado que se pudiera ser, y me abandoné a esa sensación de libertad que fluía tan ilimitada e indómita como el mar. O al menos eso era lo que yo creía.

Lord Byron hizo una pausa y durante unos prolongados instantes miró fijamente hacia las sombras que no iluminaba la llama de la vela. Después se sirvió un vaso de vino y lo vació de un solo trago. Cuando habló de nuevo, su voz parecía muerta.

—Una tarde pasaba yo por una calle estrecha y muy concurrida. Hacía poco que había bebido; no sentía sed, sólo una agradable sensación de deleite que me inundaba las venas. Pero de pronto, por encima de los olores callejeros, me llegó el olor más puro que he conocido nunca. No puedo describirlo. — Echó una fugaz mirada a Rebecca—. Aunque quisiera expresar con palabras aquel perfume, puesto que era algo que un mortal nunca podría comprender. Dorado, sensual... perfecto.

—¿Era sangre?

—Sí -asintió lord Byron-. Pero... ¿sangre? No, era más que eso. Me produjo un deseo que pareció vaciarme los huesos... el estómago... incluso la mente. Me quedé parado donde estaba, en medio de la calle, y aspiré profundamente. Luego lo vi: era un bebé que una mujer llevaba en brazos, y el aroma de la sangre procedía de aquel niño. Di un paso adelante, pero la mujer se perdió de vista y cuando llegué al lugar donde ella había estado un momento antes ya no había ni rastro de ella. Inspiré de nuevo; el aroma se iba disipando, y entonces, mientras corría por la calle dando tumbos desesperadamente, vi a la mujer delante de mí, igual que antes; aunque otra vez pareció desvanecerse en el aire. La perseguí, pero pronto hasta el aroma de la sangre había desaparecido, y quedé presa de gran sufrimiento. Estuve buscando a aquel bebé durante toda la noche. Pero el rostro de la madre estaba oculto bajo una capucha y el bebé se parecía a todos los de su edad, así que por último desesperé y abandoné la búsqueda.

»Salí de Atenas a galope tendido. Había un templo en lo alto de un acantilado, colgado sobre el mar, donde yo tenía por costumbre ir a poner en orden mis pensamientos; pero aquella noche la calma del templo parecía un sarcasmo, y yo no sentía más que el hambre que me corroía las entrañas. En mis orificios nasales, persistía el perfume de aquella sangre. Sabía, con

la certeza que proporciona la revelación, que nunca conseguiría la verdadera felicidad hasta que hubiera saboreado aquella sangre, así que me levanté, desaté el caballo y me dispuse a regresar con intención de seguir el rastro de aquel bebé. Entonces vi a Lovelace. Estaba de pie entre dos columnas, y el alba que nacía detrás de él tenía el mismo color de la sangre. Se acercó a mí. Me miró profundamente a los ojos; luego, de pronto, sonrió. Me dio una palmada en el hombro.

»-Felicidades -me dijo.

»- ¿Por qué? – le pregunté lentamente.

»-Por su hijo, señor, naturalmente.

»- ¿Mi hijo, Lovelace?

»-Sí, Byron. Su hijo. – Volvió a palmearme el hombro-. Ha engendrado usted un bastardo en alguna de sus putas.

»Me pasé la lengua por los labios.

»- ¿Cómo lo sabe? – le pregunté lentamente.

»-Porque lo he visto correr por la ciudad durante toda la noche como una maldita perra en celo, Byron. Y ése es un signo infalible, señor, entre los de nuestra especie, de que les ha nacido un hijo.

»Sentí que un frío de muerte recorría todo mi ser.

»- ¿Por qué? – le pregunté buscando algún signo de esperanza en los ojos de Lovelace. Pero no hallé ninguno.

»-Me parece, caballero, que no puede negarse la fatídica verdad. – Se echó a reír-. La llamo fatídica, aunque para mí, desde luego, esto no vale una mierda. – Sonrió dejando al descubierto los dientes-. Pero usted, señor, a pesar de ser lo que es, no ha perdido por completo sus principios. Lo que resulta presuntuoso por su parte, Byron, dadas las circunstancias.

Condenadamente presuntuoso.

«Lentamente tendí la mano hacia él y lo agarré con fuerza por la garganta.

»-Dígame -le pedí en voz baja. Lovelace se ahogaba, pero no aflojé la presión-. Dígame -le susurré de nuevo-. Dígame que eso que insinúa no es cierto.

»-No puedo -repuso en un jadeo Lovelace-. Se lo habría ocultado a usted durante más tiempo -dijo-, teniendo en cuenta lo débilmente afectada por el vicio que está su alma a estas alturas, pero ya no hay modo de evitarlo, tiene que saber la verdad. Sepa, pues, Byron -me explicó-, que la

maldición de su naturaleza... -Hizo una pausa y sonrió-. La maldición de su naturaleza es que aquellos que llevan su misma sangre son los que resultarán más deliciosos para usted.

»-No...

»- ¡Sí! – gritó Lovelace con entusiasmo.

»Negué con la cabeza.

»-No puede ser cierto.

»-Usted ha oído esa sangre. Es un aroma maravilloso, ¿no es así?

Incluso ahora persiste en sus conductos nasales. Le volverá loco, he visto eso antes.

»-Así que usted... usted también lo ha conocido.

»Lovelace se encogió de hombros y se retorció una de las puntas del bigote.

»-A mí nunca me gustaron demasiado los niños.

»-Pero... su propia carne y su propia sangre...

»-Mmm... -Lovelace juntó ruidosamente los labios-. Créame, Byron, esos pequeños bastardos suponen una dosis sin igual.

»Volví a atenazarle la garganta.

»-Déjeme en paz -le dije. Lovelace abrió la boca para hacer algún otro comentario jocoso, pero le sostuve la mirada de tal manera que se vio obligado a bajar la vista lentamente, y comprendí, a pesar de mi inmenso sufrimiento, que mi fuerza no se había debilitado. Pero, ¿qué utilidad tenía saber aquello? Mis poderes sólo servían para agravar mi fatídico destino-. Aléjese de mí -le dije otra vez en voz baja. Eché hacia atrás a Lovelace, que tropezó y cayó al suelo; luego, cuando el sonido de los cascos de su caballo ya se iba desvaneciendo en mis oídos, me senté a solas al borde del acantilado. Durante todo el día estuve luchando con la sed que sentía por la sangre de mi hijo.

-¿Le había dicho la verdad? – Le preguntó Rebecca en voz baja-

¿Lovelace?

Lord Byron la contempló. Los ojos del vampiro lanzaban destellos.

-Oh, sí -repuso.

-Entonces...

-¿Sí?

Rebecca lo miró fijamente. Se agarró la garganta con las manos. Tragó saliva.

—Nada -dijo.

Lord Byron le sonrió débilmente; luego bajó los ojos y se quedó mirando a lo lejos.

—Todo había cambiado para mí a causa de lo que Lovelace me había dicho -continuó lord Byron-. Aquella tarde, mientras contemplaba las olas, imaginé que veía una mano ensangrentada, recién cercenada, que me hacía señas para que me acercase. Me rebelé contra ella... aunque sabía que se parecía más al pacha de lo que nunca me hubiera atrevido a temer. Regresé a Atenas. Me reuní con Lovelace. No había vuelto a percibir el olor de la sangre de mi hijo, pero lo temía y lo anhelaba a un tiempo.

»-Tengo que irme -le comuniqué a Lovelace aquella misma noche-. Tengo que marcharme inmediatamente de Atenas. No puede haber la menor demora.

»Lovelace se encogió de hombros.

»- ¿También se marchará de Grecia? — Asentí-. Entonces, ¿adonde irá?

»Me quedé pensando.

»-A Inglaterra -repuse al cabo de unos instantes-. Tengo que recoger dinero... y poner en orden mis asuntos. Luego, cuando lo haya arreglado todo, me marcharé otra vez lejos de los que llevan mi propia sangre.

»- ¿Tiene usted familia en Inglaterra?

»-Sí -asentí yo-. Mi madre. — Me quedé pensando un poco-. Y una hermana... una hermanastra.

»-Eso no supone diferencia alguna. Evítelas a las dos.

»-Sí, desde luego. — Enterré la cabeza entre las manos-. Desde luego.

»Lovelace me estrechó en sus brazos.

»-Cuando esté dispuesto -me susurró-, reúnase conmigo y continuaremos nuestra diversión. Es usted una rara criatura, Byron. Cuando su alma esté negra por el vicio será un vampiro como ninguno que yo haya conocido.

»Levanté la mirada hacia él.

»- ¿Dónde estará usted? — le pregunté.

»Lovelace se puso a tararear su melodía de ópera favorita.

»-Pues en el único lugar que existe para la diversión: en Italia.

»-Me reuniré con usted allí -le dije.

»Lovelace me besó.

»- ¡Excelente! – gritó-. Pero no tarde, Byron. No se demore en Inglaterra. Si permanece allí demasiado tiempo le resultará difícil, quizá imposible, marcharse.

«Asentí.

»-Comprendo -dije.

»-Conozco a una chica en Londres. Es un miembro de nuestra especie. – Me hizo un guiño-. El más condenado par de tetas que usted haya podido ver jamás. Le escribiré. Ella le servirá de guía, espero. – Volvió a besarme-. Le servirá de guía mientras esté separado de mí.

–Sonrió-. Pero no se entretenga. He tardado mucho tiempo, Byron, en encontrar un compañero tan agradable como usted. Caramba, señor, los dos juntos de nuevo, ¡qué juergas nos vamos a correr! Y ahora -hizo una inclinación de cabeza-, vaya con Dios. Volveremos a vernos en Italia.

»Dicho esto se marchó; y una semana después, yo también había dejado atrás Atenas. La travesía, como podrá comprender, no fue placentera, ni mucho menos. Ni un solo día transcurrió sin que considerase la idea de abandonar el barco, establecerme en alguna ciudad extranjera y no volver nunca a Inglaterra. Pero necesitaba dinero y sentía nostalgia de mis amigos, de mi hogar... de contemplar por última vez mi tierra natal. También tenía nostalgia de mi madre y de Augusta, mi hermana; pero, naturalmente, éstos eran unos pensamientos que trataba de apartar de mi cabeza. Por fin, al cabo de un mes de travesía y después de dos años de estar viajando, y tras la completa y total transformación de mi vida, sentí de nuevo el suelo inglés bajo mis pies.

Capítulo IX

Sucedió que en medio de los libertinajes que trae consigo un invierno londinense, apareció en diferentes fiestas de los líderes de la sociedad elegante un noble más notable por sus singularidades que por su categoría. Paseaba la mirada sobre el regocijo que lo rodeaba, como si no pudiera tomar parte en él. Aparentemente, las ligeras risas de aquella feria sólo le llamaban la atención en cuanto podía, mediante una mirada, sofocarlas y arrojar miedo al interior de aquellos pechos donde reinaba la irreflexión. Aquellos que experimentaron esa sensación de miedo sobrecogedor no podían explicar de dónde procedía: algunos lo atribuían a aquellos ojos muertos y grises que, al fijarse sobre el rostro de un sujeto en particular, no

parecían penetrar ni perforar con una sola mirada lo más profundo del fondo del corazón, sino que se posaban sobre la mejilla con un rayo plomizo que pesaba sobre la piel que le resultaba imposible traspasar. Precisamente esas peculiaridades hacían que se le invitase a todas las casas; todos deseaban verle, y aquellos que se habían acostumbrado a las emociones violentas y ahora sentían el peso del aburrimiento, se complacían en tener algo delante capaz de llamar su atención. A pesar del tinte mortal que cubría aquel rostro -que nunca adoptaba un tono más cálido, bien fuera por el sonrojo de la violencia o por la fuerte emoción de la pasión, aunque su forma y perfil eran bellos-, muchas de las féminas cazadoras que buscaban dar el escándalo intentaron atraer su atención y ganarse, por lo menos, algunas muestras de lo que ellas podrían calificar de afecto:

Lady Mercer, que había sido la mofa de todos los monstruos que se exhibían en los salones desde que contrajera matrimonio, se puso en el camino de ese personaje e hizo todo menos ponerse el vestido de un saltimbanqui para llamar su atención...

Dr. John Polidori, *El vampiro*

—Tuve que ir a Inglaterra para comprender del todo la maldición que había caído sobre mí. Yo era el único hijo de mi madre; durante dos años, ella había estado gobernando Newstead, mi hogar, en mi nombre; yo sabía con qué ansia había deseado que yo volviera. Sin embargo, ni siquiera podía ir a visitarla. Recordaba demasiado bien el aroma dorado de Atenas y sabía que volver a respirarlo resultaría fatal para mi madre y para mí mismo. De manera que, en lugar de eso, me dirigí a Londres. Tenía algunos asuntos que poner en orden, amigos a los que ver. Uno de ellos me preguntó si había escrito algún poema durante mi estancia en el extranjero. Le di el manuscrito de *La peregrinación de Childe Harold*. Mi amigo vino a verme un día después, lleno de excitación y de alabanzas...

»-Por favor, no se ofenda por lo que voy a decirle -me dijo-, pero seguro que pretende que este Childe Harold sea un retrato de usted mismo. — Entornó los ojos y me observó detenidamente-. Un hombre errante, bello y pálido, melancólico a causa de los pensamientos que alberga de decadencia y de muerte, que trae la desgracia a todos los que se acercan a él. Sí, va a funcionar, usted podría hacerlo ver. — Volvió a observarme y luego frunció el entrecejo-. Hay algo raro en usted, ¿sabe, Byron? Algo que resulta casi...

bueno, inquietante. Antes no lo había notado. – Luego sonrió y me dio una palmadita en la espalda-. Así que siga el juego, ¿eh? – Me guiñó un ojo-. Este poema va a venderse muy bien, ya lo creo, y le va a hacer famoso.

»Cuando se hubo marchado me eché a reír al pensar en lo poco que aquel hombre o cualquier otro sabían. Luego me envolví en la capa y abandoné mis aposentos para salir a rondar por las calles de Londres. Lo hacía casi cada noche. Mi sed parecía haberse hecho insaciable. Me consumía continuamente, como la promesa de un deleite que hacía que todos los demás placeres parecieran polvo. Pero incluso mientras bebía sangre sabía que me estaba negando a mí mismo el gozo más dulce de todos. A medida que la luna empezaba a crecer, también aumentaban mis deseos por la sangre de mi madre. En varias ocasiones pedí un carruaje para que me llevara a Newstead... para cancelarlo en el último momento y buscar otra presa inferior. No obstante, sabía que antes o después la tentación me vencería; sólo era cuestión de tiempo. Y entonces, casi un mes después de mi vuelta, recibí la noticia de que mi madre había caído enferma. Toda mi determinación se derrumbó. Pedí un carruaje y me puse en marcha en seguida. El horror y el deseo que sentía no pueden describirse. Parecía como si me estuviera derritiendo de anticipada emoción. Mataría a mi madre... la desangraría... lo haría: sentía su sangre dorada llenándome las venas. Temblaba aun antes de salir de Londres, y fue precisamente en las afueras de la ciudad donde un criado me encontró; traía el mensaje de que mi madre había muerto.

»Me encontraba entumecido. Durante todo el viaje no sentí nada en absoluto. Llegué a Newstead. Permanecí de pie junto al cadáver de mi madre y empecé a llorar y a reír al mismo tiempo; luego le besé la cara, que estaba helada. Sorprendido, me di cuenta de que no sentía frustración; era como si, con su muerte, mi conocimiento de cómo hubiera sido el sabor de su sangre hubiese muerto también. Así que la lloré como cualquier hijo hubiera llorado a su madre, y durante unos días disfruté del olvidado sabor del dolor de un mortal. Ahora estaba solo en el mundo, con la excepción de mi hermanastra Augusta, a quien apenas conocía. Me escribió una amable carta de pésame, pero no vino a quedarse en Newstead, y yo me alegré al darme cuenta de que no quería que lo hiciera. Sabía que si olía su sangre aquel anhelo volvería a mí, pero no sentía nada parecido a la tentación que había experimentado con mi madre, la tentación de buscarla. Por el

contrario, hice la promesa de que nuestras vidas continuarían separadas. Una semana después de la muerte de mi madre fui a cazar en los bosques de la abadía. Bebí con un deleite que casi ya había olvidado. El placer me resultó tan profundo como siempre... tan profundo como lo había sido antes de aquella fatídica tarde, cuando me detuve en la calle de Atenas y olí por primera vez la sangre de mi hijo. ¿Podría ser realmente posible, me preguntaba, que el recuerdo de aquel aroma hubiera muerto junto con mi madre? Recé porque así fuera, y a medida que fueron transcurriendo los meses llegué a creer que el recuerdo realmente estaba muerto.

»Aun así, las cosas no eran como antes. La criatura que yo había sido en el Este, tan libre, tan enamorada de la novedad de sus crímenes, había desaparecido; en Inglaterra, en cambio, mi sed parecía más cruel, más impaciente con un mundo demasiado aburrido como para reconocerlo. Envolví mi alma en una frialdad precavida y avancé, como un cazador inquieto, entre la muchedumbre de mortales incomprensivos. Cada vez comprendía mejor lo que era ser una cosa aparte: un espíritu entre barro, un forastero entre escenarios que antes me habían sido muy familiares. Sin embargo, sentía cierto orgullo en medio de mi desolación y anhelaba remontarme, como un halcón nacido salvaje, alto y sin ataduras por encima de los límites que imponía la tierra. Regresé a Londres, aquella poderosa vorágine de placeres y vicios, y escalé la vertiginosa espiral de sus deleites. En los lugares más oscuros de la ciudad, donde la miseria engendraba pesadillas mucho peores que yo mismo, me convertí en un murmullo de horror que acechaba a los borrachos y a los criminales; les sorbía la sangre con un avaricioso impulso, saciando mi hambre allí donde no hubiera testigos, envuelto en las asquerosas brumas de los barrios bajos. Pero no tenía intención de seguir vagando al acecho para siempre en los bajos fondos de la ciudad, viviendo como una rata en los más sucios recovecos; yo era un vampiro, sí, pero también era un ser poderoso, de aterrador poder, y sabía que tenía a mi alcance la posibilidad de someter a todo Londres. Así que me levanté y entré en los brillantes salones de la sociedad, aquel centelleante mundo de grandes mansiones y elegantes bailes; pasé por él y, al hacerlo, lo conquisté.

»Porque mi amigo había estado en lo cierto en lo referente a Childe Harold. Una mañana desperté y me encontré con que era famoso. Todo el mundo parecía haberse vuelto loco de atar por el poema; y por mí, su autor,

se habían vuelto más locos todavía. Me cortejaban, me visitaban, me adulaban y me deseaban; no había otro tema de conversación más que yo, ningún otro objeto de curiosidad o alabanza. Pero no era mi poesía lo que me había acarreado semejante fama; ni por un momento llegué a pensar tal cosa. Era el hechizo de mis ojos lo que había hecho que Londres se postrara ante mí, era el hechizo de mi naturaleza lo que sometía a duquesas y a vizcondes con la misma facilidad que si se tratase de muchachos campesinos. Sólo tenía que asistir a un baile para sentir cómo se me rendían. Contemplaba a mí alrededor la belleza y la riqueza que daban vueltas por la pista, y de inmediato mil ojos se volvían para admirar mi rostro, mil corazones latían más de prisa ante mi mirada. Pero esta fascinación que la gente sentía era algo que ellos apenas alcanzaban a comprender, porque, ¿qué podían ellos saber del vampiro y de su mundo secreto? Pero yo lo comprendía... y al presenciar mi imperio sentí de nuevo lo que significaba ser un señor de los muertos.

»Sin embargo, incluso con todas estas múltiples pruebas de mi poder, yo no era feliz. Entre los pobres me alimentaba de sangre. Entre la aristocracia, del culto desventurado que me rendían. Ambas cosas servían para calmar mi desasosiego, que ahora me torturaba como si fuera un fuego en el mismo centro de mí ser, fuego que se consumiría a menos que fuera constantemente alimentado. Pero mientras yo procuraba aplacar las llamas, también sentía que mi alma se marchitaba, y empecé a suspirar de nuevo por el amor mortal, para que me redimiese, quizá, y cayese como una lluvia refrescante sobre mi corazón. Sin embargo, ¿dónde podría encontrar un amor semejante? Mis ojos, ahora, sólo podían ganarse esclavos, y a éstos los despreciaba porque me amaban como los pájaros aman a la serpiente de cascabel. Difícilmente podía culparlos por ello; la mirada de un vampiro es mortal y a la vez dulce. Pero a veces, cuando mi sed de sangre estaba saciada, aborrecía mis poderes y sentía cuan fuerte y cuan dolorosamente mis anhelos mortales seguían sobreviviendo en mí.

«Sucedió que, en la cúspide de la fama, asistí al baile de lady Westmoreland. Las acostumbradas multitudes de mujeres se arremolinaron en torno a mí, suplicando una palabra o siquiera una mirada fugaz, pero entre la muchedumbre había una mujer que miraba hacia otra parte. Pedí que me la presentasen... pero rehusaron hacerlo. Naturalmente, eso me dejó intrigado. Unos días después volví a ver a aquella mujer, y esta vez,

graciosamente, me hizo caso. Según pude averiguar, se llamaba lady Caroline Lamb; estaba casada con el hijo de lady Melbourne, cuya casa de Whitehall era la que estaba de moda en la ciudad. A la mañana siguiente fui a visitar a lady Caroline; me acompañaron a su habitación y la encontré esperándome vestida de paje.

»-Byron -me dijo con voz lenta-, lléveme a su carruaje. – Sonreí, pero no dije nada e hice lo que me pedía-. A los muelles -le ordenó al cochero. Tenía un ceceo totalmente cautivador. Físicamente era más bien huesuda, pero con el disfraz de paje me recordaba a Haidée, y yo ya había decidido que, si podía, la haría mía. Lady Caroline, por lo visto, había tomado la misma decisión-. Creo que su rostro -me dijo en un dramático susurro- es mi destino. – Me apretó una mano-. Qué tacto tan helado. Qué frío. – Sonreí ligeramente, intentando disimular el ceño... y lady Caroline se estremeció de deleite-. Sí -dijo besándome de pronto-, creo que su amor es la corrupción. ¡Me destruiría por completo! – La idea pareció excitarla aún más. Volvió a besarme violentamente y luego se asomó fuera del carruaje-. ¡Más aprisa! – le gritó al cochero-. ¡Más aprisa! ¡Tu amo tiene ganas de arremeter a su malvada manera contra mí!

»Y así lo hice, en una maloliente taberna al borde de los muelles. La poseí una vez de cualquier manera, de pie contra la pared, y luego por segunda vez sin que se quitase el traje de paje; a Caro le encantó las dos veces.

»-Qué horrible resulta -me confesó jadeante de felicidad- ser el objeto de sus intemperadas lujurias. Estoy mancillada, arruinada. Oh, me mataré. – Hizo una pequeña pausa y luego volvió a besarme con salvaje abandono-. Oh, Byron, qué demonio es usted... ¡qué monstruo de alma negra!

«Sonreí.

»-Entonces huya usted de mí -le susurré en tono de burla-. ¿Acaso no sabe que mi contacto es mortal?

»Caro soltó una risita y me besó; de pronto el rostro se le puso solemne.

»Sí -dijo suavemente-. Creo que sí lo es.

»Se escurrió de entre mis brazos y salió corriendo de la habitación; me vestí apresuradamente y salí tras ella, y juntos regresamos a la mansión de los Melbourne.

» ¿Hasta qué punto lo había comprendido ella cuando me llamó demonio, ángel de la muerte? ¿Acaso habría sospechado la verdad? Yo

tenía serias dudas... pero estaba lo suficientemente cautivado como para no querer averiguarlo. Al día siguiente volví a visitarla. Le regalé una rosa.

»-Según me han dicho, a su señoría le gusta todo lo que es nuevo y diferente.

»Caro miró fijamente la rosa.

»- ¿De verdad, milord? – me dijo en voz baja-. Me imaginaba que eso sería más cierto en usted.

»Se echó a reír histéricamente y empezó a arrancar los pétalos de la flor. Luego, como al parecer su gusto por lo melodramático estaba ya satisfecho, me cogió del brazo y me condujo al salón de los Melbourne.

»El salón estaba lleno a rebosar, pero en cuanto hube entrado en él me di cuenta de que allí había otro vampiro. Inspiré profundamente y miré a mi alrededor... y luego la sensación desapareció. Aunque estaba seguro de que mis sentidos no me habían engañado. Recordé que Lovelace me había prometido escribir a una joven de nuestra especie para que me ayudase y me aconsejase mientras yo estuviera en Londres. Volví a recorrer el salón con la mirada. Caro me estaba observando con sus ardientes y violentos ojos; la propia lady Melbourne me estaba observando; todo el salón me estaba observando. Y entonces, en un rincón, vi a una persona que estaba sentada sola y que no me observaba.

»Era una joven radiante y solemne. De pronto sentí que comenzaban a brotarme las lágrimas y que me escocían los ojos. La muchacha se parecía a Haidée tanto como una gema se parece a una flor... y sin embargo en su cara había la misma insinuación de sublimidad, todo juventud, pero con un aspecto que iba más allá del tiempo. Sintió mis ojos fijos en ella y levantó la mirada. Había una gran profundidad en aquella mirada, y también cierta tristeza, pero esa tristeza se debía al crimen de otra persona, y esa persona, comprendí con repentina impresión, era yo. Estaba sentada como si vigilara la entrada al Edén, llorando por aquellos que ya no podrían regresar. Volvió a sonreír y miró hacia otra parte; y, a pesar de que yo continué mirándola de forma penetrante, no volvió a mirarme por segunda vez.

»Más tarde, aquella misma noche, cuando me encontraba solo, de pie, se me acercó.

»-Le conozco por lo que es usted -me confió en un susurro.

»La miré fijamente.

»- ¿De verdad, señorita? – le pregunté.

«Sonrió gentilmente. Qué joven es, pensé, y sin embargo qué profundidad tiene en la mirada, como si su alma abrazase pensamientos ilimitados. Abrí la boca para mencionar el nombre de Lovelace, pero de pronto me fijé en algo extraño que me impidió hacerlo. Porque, si ella era la criatura por la que la había tomado, ¿dónde estaba la crueldad de su rostro? ¿Y la frialdad helada de la muerte? ¿Y el reflejo del hambre en los ojos?

»-Usted puede tener sentimientos nobles, milord -me dijo aquella extraña muchacha. Hizo una pausa, como si se sintiera confusa de pronto-. Pero es usted quien desanima su propia bondad -se apresuró a decir-. Por favor, lord Byron... no crea nunca que está usted más allá de toda esperanza.

»-Entonces, ¿usted tiene esperanza?

»-Oh, sí. – La chica sonrió-. Todos tenemos esperanza. – Hizo una pausa y bajó la mirada hacia el suelo-. Adiós -dijo volviendo a levantar los ojos-. Confío en que seamos amigos.

»-Sí -repuse yo. La miré mientras se daba la vuelta para marcharse y noté que una súbita amargura me curvaba los labios-. Quizá lo seamos -susurré suavemente para mí mismo; y luego me eché a reír sin alegría y moví la cabeza de un lado a otro.

»- ¿Ha estado entreteniéndolo mi sobrina, milord?

»Me volví. Lady Melbourne se encontraba de pie a mi espalda. Le hice una educada inclinación de cabeza.

»- ¿Su sobrina? – le pregunté.

»-Sí. Se llama Annabella. Es la hija de mi hermana mayor, glacialmente provinciana.

»Lady Melbourne miró fugazmente por la puerta por la que su sobrina había desaparecido. Seguí la dirección de su mirada.

»-Parece una muchacha extraordinaria -comenté.

»- ¿De verdad? – Lady Melbourne se dio media vuelta y me miró fijamente a los ojos. Los suyos le brillaban con cierto toque de ironía, y en los labios lucía una sonrisa cruel-. Nunca imaginé que fuera precisamente el tipo de muchacha que pudiera resultarle a usted atractiva, milord.

»Me encogí de hombros.

»-Quizá esté un poco cargada de virtud.

»Lady Melbourne volvió a sonreír. Realmente era una mujer muy atractiva, me di cuenta entonces: de pelo oscuro, voluptuosa, con unos ojos

que brillaban tanto como los míos. Era imposible creer que tuviera sesenta y dos años. Me puso suavemente una mano en el brazo.

»-Tenga cuidado con Annabella -me advirtió suavemente-. El exceso de virtud puede resultar peligroso.

«Durante un buen rato no le contesté; me limité a mirar fijamente la palidez de muerte que había en el rostro de lady Melbourne. Luego asentí con la cabeza.

»-Estoy seguro de que tiene usted razón -le dije.

»En aquel momento oí que Caro me llamaba a gritos. Giré la cabeza y miré por encima del hombro.

»-Llame a su carruaje -me gritó con unas voces que cruzaron el salón de un extremo al otro-. Quiero irme, Byron. ¡Quiero irme ya!

»Vi que su marido me dirigía una hosca mirada y luego apartaba la vista. Me volví hacia lady Melbourne.

»-Yo que usted no me preocuparía -le dije-. Dudo que tenga tiempo para que su sobrina me distraiga. – Sonreí débilmente-. Creo que su nuera se encargará de eso.

»Lady Melbourne asintió, pero no respondió a mi sonrisa.

»-Se lo repito, milord -me dijo en voz baja-. Tenga cuidado. Es usted poderoso, pero todavía es muy joven. No conoce su propia fuerza. Y Caroline es una mujer apasionada. – Me dio un apretón en la mano-. Si las cosas se ponen mal, mi querido Byron, puede que sea conveniente tener una amiga.

»Me miró profundamente a los ojos. Qué poco terrenal es su belleza, pensé, qué extraña y fiera... parecida a la de Lovelace. Pero era demasiado mayor para ser la muchacha de la que él me había hablado. Miré hacia donde se encontraba Caro, y luego otra vez a lady Melbourne, que ya se alejaba de mí. La llamé.

»Ella levantó una ceja al darse la vuelta.

»- ¿Milord?

»-Lady Melbourne... -Me eché a reír y después comencé a mover la cabeza de un lado a otro-. Perdóneme, pero tengo que hacerle una pregunta...

»-Por favor -dijo. Aguardó discretamente-. Pregunte.

»- ¿Es usted lo que parece?

»La mujer sonrió suavemente.

»-El hecho de que me haga usted la pregunta seguramente ya la responde. – Incliné la cabeza-. Somos muy pocos -me susurró de pronto. Volvió a cogerme la mano-. Nosotros, los que hemos elegido besar los labios de la muerte.

»- ¿Elegido, lady Melbourne? – Me quedé mirándola-. Yo nunca lo elegí.

»Una triste sonrisa comenzó a jugar en los labios de lady Melbourne.

»-Desde luego -dijo-. Se me olvidaba. – Se dio la vuelta, y cuando eché a andar tras ella y alargué una mano para detenerla, lady Melbourne la apartó de sí-. Por favor -me pidió mirándome fijamente-, le ruego... que olvide lo que acabo de decirle. – Los ojos le brillaban llenos de advertencia-. No me presione con eso, querido Byron. Cualquier otra cosa... pídamela... y le ayudaré. Pero no me pregunte los motivos que me llevaron a... a convertirme en lo que usted ve. Lo siento. Ha sido culpa mía. No tenía intención de referirme a ello. – Una sombra de amargura le cruzó el rostro... y como si algo se lo hubiera recordado, miró hacia su nuera-. Sea bueno con ella -me dijo en voz baja-. No le destroce la mente. Ella es un ser mortal... y usted no lo es. – Luego, con una súbita sonrisa, volvió a ser la anfitriona urbana-. Y ahora -añadió a modo de despedida-, no puedo acapararlo a usted sólo para mí. – Me dio un beso de despedida-. Váyase y seduzca a la mujer de mi hijo.

»Y así lo hice aquella noche. Hice poco caso de los requerimientos de lady Melbourne. Naturalmente, puesto que era mi naturaleza inmortal lo que yo más anhelaba olvidar; no tenía otro motivo para enamorarme. Había estado suspirando por una mujer como Caro: un espíritu indómito, una amante sin inhibiciones cuyo deseo fuera igual que el ansia de mi propio deseo. Durante unas semanas nuestra pasión ardió locamente con una desesperada fiebre que nos contagiaba a ambos y que consumía cualquier pensamiento que no se refiriese a nuestro amor, de manera que durante algún tiempo incluso mi inquieta lujuria por la sangre pareció apagarse. Pero aquella fiebre pasó, y comprendí que lo que tenía no era sino una esclava más, como todas mis esclavas, sólo que la pasión salvaje que Caro sentía hacía que su esclavitud, sus ataduras conmigo fueran todavía más completas. Yo no le había chupado la sangre, como hace normalmente un vampiro, pero, lo que era mucho más cruel, la había contagiado de un

ardiente deseo carente de todo remordimiento, de manera que la mente de Caro era cada vez más frenética y más loca. Me di cuenta por primera vez de hasta qué punto puede resultar mortífero el amor de un vampiro, de que beber sangre no es el único modo de destruir, porque yo había envuelto a Caro en todo el resplandor deslumbrante de mi pasión, y, al igual que el sol, aquel resplandor era demasiado brillante para que la mente de un mortal pudiera soportarlo. Mi amor se apagó pronto, pero la fatalidad de Caro fue que nunca se curaría de mí.

»Pronto sus indiscreciones se fueron haciendo insufribles... y fui yo, el vampiro, quien se vio acosado por ella. Me enviaba regalos, se presentaba en mis habitaciones a medianoche, seguía a mi carruaje vestida con el disfraz de paje. Yo le enviaba brutales despedidas; tomé una segunda amante; desesperado, incluso contemplé la posibilidad de matarla. Pero lady Melbourne, cuando le sugerí semejante plan, se echó a reír y negó con la cabeza.

»-El escándalo ya es bastante perjudicial. – Me acarició la cabeza-. Queridísimo Byron. Ya se lo advertí: tiene usted que ser más comedido. Procure llamar menos la atención. Sea discreto, como lo soy yo, como lo somos todos los de nuestra calaña.

»La miré. Pensé en la muchacha que Lovelace conocía y que aún no había acudido a mí.

»- ¿Hay otros -le pregunté- como nosotros, aquí en Londres?

»Lady Melbourneladeó la cabeza.

»-Sin duda.

»-Y seguro que usted los conoce.

» Sonrió.

»-Como acabo de decirle, sobre todo somos discretos. Hizo una pausa-. También hay que decir, en honor a la verdad, que nosotros carecemos del poder que tiene usted, Byron; eso lo hace extraordinario, pero también muy peligroso. Tiene usted genialidad y fuego, y por eso, precisamente por esos motivos, Byron, debe tener cuidado. – Me cogió por los brazos y me miró fijamente el rostro-.

¿Duda usted de que la ley, si nos encontrara, no buscaría el modo de destruirnos? La fama de que goza usted es algo terrible... si lo desenmascarasen, eso podría servir para aniquilarnos a todos.

»-No me apetece permanecer oculto -le dije perezosamente.

»El tono apremiante de lady Melbourne me había impresionado, y esta vez tuve buen cuidado de hacer caso de sus palabras. No maté a lady Caroline; me limité a redoblar los esfuerzos por mantenerla a raya. No hice nada que atrajese la atención hacia mí; en otras palabras, seduje, bebí, practiqué los juegos de azar, hablé de política... como cualquier caballero londinense; y, sobre todo, pasé mucho tiempo con Hobhouse; aquel único punto fijo que mi vida aún poseía. Hobby nunca me preguntó nada acerca del año que pasé solo en Grecia, y yo tampoco se lo conté. En cambio, como verdadero amigo que era, se esforzó mucho con tal de evitarme algunos arañazos, y yo confiaba en él de un modo en que me resultaba difícil confiar incluso en mí mismo. Sólo por la noche, ya tarde, cuando regresábamos de alguna fiesta o de algún club de juego, procuraba quitármelo de encima. Y entonces me encaminaba subrepticamente hacia las tinieblas y reanudaba una existencia que Hobhouse no podía constatar, y durante unas breves horas me mostraba sincero conmigo mismo, tal como era. Pero incluso cuando me encontraba en los muelles o en los más miserables barrios bajos, recordaba la súplica de lady Melbourne y procuraba comportarme con discreción. Mis víctimas, una vez seleccionadas, nunca escapaban.

»Una noche, sin embargo, mi sed se agudizó más de lo normal. Caro me había hecho una escena: llegó a mi casa, ya muy tarde, ataviada con el disfraz de paje, y me exigió que me fugase con ella. Hobhouse, como siempre, fue el pilar fuerte donde apoyarme, y finalmente conseguimos poner a Caro de patitas en la calle; pero me quedé en un estado febril de crueldad, y aborrecí la necesidad de disimular lo que era. Esperé hasta que Hobhouse se hubo ido y luego salí y me dirigí a la oscuridad de los bajos fondos de Whitechapel. Estuve caminando por las calles más oscuras y solitarias. Tenía una desesperada sed de sangre. De pronto la oí, delante y detrás de mí. Pero no estaba de humor para andarme con precauciones. Seguí caminando y me metí en un callejón sucio y lleno de barro; mis pasos eran el único sonido que se oía. El olor de sangre se había hecho muy intenso. Entonces noté que alguien salía desde detrás de mí. Me di la vuelta con el tiempo justo de ver un arma que bajaba hacia mí; la atrapé, retorcí el brazo que la sujetaba y obligué al individuo a caer al suelo. Él me miró al rostro y comenzó a gritar, y entonces le rajé la garganta; se hizo el silencio de nuevo excepto por el dulce baño que su sangre le dio a mi rostro. Estuve

bebiendo largo rato, sin dejar de sujetar la garganta del hombre muerto contra mis labios. Por fin quedé saciado; dejé caer el marchito cadáver sobre el barro y entonces me detuve. Olí el perfume de la sangre de otra persona. Levanté los ojos. Caro me estaba mirando.

«Lentamente, me limpié la sangre de la boca. Caro no dijo nada, sólo me miró fijamente con ojos enloquecidos y desesperados mientras me levantaba y me acercaba a ella. Le pasé los dedos por entre los cabellos; se estremeció; creí que entonces se soltaría de mí y escaparía. Pero en vez de eso empezó a temblar, su delgado cuerpo se vio arrasado por largos sollozos sin lágrimas, y luego buscó mis labios con los suyos; me besó y se manchó de sangre la boca y la cara. Me abracé a ella.

»-Caro -le susurré a lo más profundo de su mente-, esta noche no ha visto nada. – Sin pronunciar palabra, ella asintió-. Tenemos que irnos -le dije, al tiempo que echaba una ojeada al cadáver que yacía en el barro. Cogí a Caro del brazo-. Vamos -le ordené-, aquí no estamos seguros ninguno de los dos.

»En el carruaje, Caro se mostró aturdida. En el camino de regreso a Whitehall le hice el amor con ternura, pero ella siguió sin pronunciar ni una palabra. Una vez en la mansión de los Melbourne la acompañé hasta el interior y nos despedimos con un beso. Cuando me iba capté el reflejo de mí mismo en un espejo. El alma de la pasión parecía impresa en cada una de mis facciones. Tenía la cara pálida y llena de altanería y de amargo desprecio; pero también había cierto aire de abatimiento y aflicción que suavizaba y ensombrecía la fiereza de mi aspecto. Era un rostro terrible, hermoso y miserable: era mi propio rostro. Me estremecí como lo había hecho Caro poco antes y vi cómo la aflicción pugnaba con la maldad, hasta que finalmente todo quedó frío y solemne como antes. Impasible de nuevo, me arrojé con la capa y volví a adentrarme en la noche.

»Al día siguiente Caro vino a mi alojamiento; se abrió paso a la fuerza entre mis sirvientes y ordenó a gritos a mis amigos que nos dejaran solos.

»-Le amo -me dijo cuando estuvimos a solas-. Le amo, Byron, con todo mi corazón, lo es usted todo para mí... mi vida. Sí, tome mi vida si no quiere tomarme a mí. – De pronto comenzó a rasgarse el vestido-. ¡Máteme! – gritó-. ¡Aliméntese de mí!

»Me quedé mirándola con dureza. Luego hice un movimiento con la cabeza.

»-Déjeme en paz -dije.

»Pero Caro me cogió el brazo y se arrojó contra mí.

»- ¡Permítame ser una criatura como usted! ¡Déjeme que comparta su existencia! ¡Lo entregaré todo!

»Me eché a reír.

»-No sabe lo que dice.

»- ¡Sí! – repuso Caro a gritos-. ¡Lo sé, lo sé! ¡Quiero sentir el beso de la muerte sobre mis labios! ¡Quiero compartir esas tinieblas de donde usted ha surgido! ¡Quiero probar la magia de su sangre, Byron! – Empezó a sollozar. Luego se desplomó de rodillas en el suelo-. ¡Por favor, Byron! Por favor, no puedo vivir sin usted. ¡Déme su sangre, por favor!

»Me quedé mirándola y sentí una terrible compasión por ella, y también cierta tentación. Permitirle que compartiera su existencia conmigo, sí, para aliviar la carga de mi soledad... Pero entonces recordé la promesa que había hecho de no crear nunca una criatura semejante a mí, y le volví la espalda.

»-Su vanidad resulta ridícula -le dije al tiempo que hacía sonar la campanilla para que acudieran los criados-. Vaya a ejercer sus absurdos caprichos con otro.

»- ¡No! – aulló Caro golpeándose la cabeza contra mis rodillas-. ¡No, Byron, no!

»Entró un criado.

»-Tráele a su señoría alguna ropa decente -le ordené-. Ya se marcha.

»-Voy a revelar su secreto -me gritó ella-. Le veré destruido.

»-Su amor por lo teatral es tristemente famoso, lady Caroline. ¿Quién ha creído nunca algo que usted haya dicho?

»Me quedé mirando mientras mi criado acompañaba a lady Caroline fuera de la habitación. Luego saqué papel y tinta y escribí una carta a lady Melbourne poniéndola al corriente de todo lo que había sucedido.

»Ambos acordamos que lo mejor sería enviar lejos de Londres a lady Caroline. Su locura ahora estaba rayando en la desesperación. Me envió como regalo un mechón de vello púbico manchado de sangre y, acompañándolo, una nota en la que me pedía de nuevo que le diera mi sangre. Me seguía por todas partes, incesantemente; me gritaba por la calle; le dijo a su marido que iba a casarse conmigo. Este se encogió de hombros tranquilamente al oír la noticia y le dijo que dudaba mucho que yo la quisiera tener por esposa... tal como lady Melbourne le había dicho a él que

hiciera. Finalmente, y mediante la combinación de nuestros esfuerzos, convencimos a Caro para que se marchase con su familia a Irlanda. Sin embargo, por entonces, tal como había amenazado hacer, ya había estado hablando como una loca por todas partes de mi afición por la sangre. Los rumores llegaron a hacerse tan peligrosos que incluso llegué a contemplar la idea de casarme como único medio de hacerles frente. Me acordé de Annabella, la sobrina de lady Melbourne; era lo convenientemente virtuosa, ideal, pensé. Pero lady Melbourne se limitó a echarse a reír al oírme decir aquello y, cuando la obligué a que le escribiera mi proposición de matrimonio a su sobrina, fue la propia Annabella quien me rechazó. No me sentí herido ni demasiado sorprendido por aquella negativa; admiraba a Annabella y sabía que merecía un corazón mejor que el mío. Mis ambiciones matrimoniales empezaron a desvanecerse. En cambio, a fin de acallar los rumores, seguí un plan que resultaba ligeramente menos deprimente: abandoné Londres y me fui a Cheltenham.

»Allí permanecí oculto. Aquel asunto con Caro me había dejado maltrecho y deprimido. Yo la había amado -la había amado de verdad-, pero también la había destruido, y me había visto enfrentado una y otra vez a la naturaleza de mi fatídico destino. No podía tener ataduras, no podía gozar del amor, y por eso volvió a nacer en mí un febril deseo de viajar, de escapar de Inglaterra y de irme a Italia, como siempre había tenido intención de hacer. Vendí Newstead: el dinero se lo tragarón inmediatamente las facturas; traté de poner en orden mis finanzas... los meses fueron pasando lentamente. El pensamiento de la eternidad de la cual yo era heredero empezaba a entumecerme. Y cada vez me resultaba más difícil despertar de aquel entumecimiento. Cuánta razón tenía Lovelace al advertirme que no me demorase, que no me entretuviese. Casi cada semana esbozaba planes para marcharme al extranjero, pero era inútil, porque mi resolución y mi energía parecían haber desaparecido, y mi existencia carecía de la excitación que todo eso había vuelto a despertar en mí. Necesitaba algo de acción, algún placer nuevo y grande que sirviese para excitarme la sangre y volver a despertar. No ocurrió nada... la monotonía permaneció. Dejé de fingir que me iría de viaje al extranjero. Parecía que Inglaterra nunca me dejaría marchar.

«Regresé a Londres. Allí mi sensación de desolación empeoró aún más. La existencia, que en Grecia me había parecido tan rica y variada, en

Inglaterra parecía despojada de todo su color. ¿Qué es la felicidad, al fin y al cabo, sino excitación? ¿Y qué es la excitación más que un estado de la mente? Empezaba a sentir que las pasiones se me habían agotado: cuando jugaba, bebía o hacía el amor, cada vez resultaba más difícil recuperar la chispa, aquella «agitación» que es el objeto de toda la vida. Volví a la poesía, a los recuerdos de Haidée... y a mi caída. Me esforcé por hallar sentido a aquella cosa en la que me había convertido. Me pasaba toda la noche garabateando con furia, como si los ritmos de la pluma pudieran ayudarme a recuperar lo que había perdido; pero me estaba engañando; escribir sólo hacía que malgastara mis energías aún más; que las desperdiciase como semilla sobre terreno árido. En Grecia la sangre había servido para aumentar la intensidad de todos mis placeres; pero en Londres bebía la sangre por su dulzura en sí, y sentía que poco a poco iba embotándome el sabor de todo lo demás. Y así, al atenuar mis otros apetitos, la naturaleza vampírica que anidaba en mí se alimentaba de sí misma. Cada vez más notaba que mi mortalidad iba muriendo; cada vez más me sentía como algo aislado, sin otros seres semejantes.

«Mientras me encontraba sumido en las profundidades de esta cansina desesperación, mi hermana, Augusta, llegó a la ciudad. Aún no la había visto desde mi regreso del Este, porque era consciente del efecto que la sangre de mi hermana produciría en mí. No obstante, cuando recibí una nota suya preguntándome si me gustaría encontrarme con ella, fue precisamente ese conocimiento, esa certeza, lo que más me excitó, y en cuanto mis enfangados ánimos renacieron, la tentación se me hizo imposible de resistir. Le contesté con otra carta, escrita con tinta roja, en la que le preguntaba si le gustaría que la invitase a cenar. La esperé en el lugar convenido. Antes incluso de verla ya había oído su sangre. Entonces Augusta entró en la estancia y fue como si un mundo gris se hubiera iluminado con mil relucientes chispas. Se acercó al lugar donde yo me encontraba. La besé suavemente en una mejilla, y la delicada fluidez de su sangre pareció ponerse a cantar.

»Me detuve... y estuve tentado de... Pero luego decidí retrasarlo. Nos sentamos a comer. El bombeo del corazón de Augusta, el ritmo que producían sus venas, estuvo resonando en mis oídos durante toda la cena. Pero también estuvo resonando en mis oídos la suave música de su voz que me hechizaba como antes nada lo había hecho. Hablamos de todo y de

nada, como sólo los viejos amigos lo pueden hacer; bromeamos y reímos, y nos dimos cuenta de que nos entendíamos perfectamente. Mientras cenábamos, mientras hablábamos, mientras reíamos juntos, los grandes placeres de la mortalidad parecieron volver a mí. Capté un atisbo de mi propia imagen reflejada en la plata de la mesa. La vida, en un cálido arrebol, estaba aflorando de nuevo a las mejillas.

«Aquella noche no toqué a Augusta. Ni tampoco la noche siguiente. Mi hermana no era guapa, pero resultaba encantadora: la hermana por la que había suspirado y a la que nunca había conocido. Empecé a salir con ella como acompañante. Mi fiebre por tener compañía rivalizaba con mi sed. A veces el deseo que su sangre me producía me dejaba vacío, y en una oscura oleada, el perfume de aquella sangre me nublaba los ojos; entonces bajaba la cabeza. Suavemente, mis labios acariciaban la suave piel del cuello de Augusta. Le daba un toquecito con la lengua; me imaginaba mordéndola profundamente y chupándole la sangre. Augusta parecía sobresaltarse y me miraba, y los dos nos echábamos a reír. Yo me acariciaba los incisivos con la punta de la lengua, pero cuando me decidía a ir otra vez en busca de su garganta era para besarla y sentir el pulso de su vida, rico, profundo y sensual.

»Una noche, mientras bailábamos un vals, ella aceptó mi beso. Nos separamos en seguida. Augusta bajó los ojos, avergonzada y disgustada, pero yo había sentido cómo la pasión le encendía la sangre, y cuando me incliné de nuevo hacia ella, Augusta no me rechazó. Tímidamente alzó los ojos. El perfume de su sangre nubló todo mi ser. Abrí la boca. Augusta se estremeció. Echó la cabeza hacia atrás y trató de soltarse; luego volvió a estremecerse y gimió, y cuando yo bajé la cabeza me encontré con sus labios. Esta vez no nos separamos. Sólo cuando oí un apagado sollozo levanté la mirada. Una mujer corría por el pasillo hacia el salón de baile. Reconocí la espalda de lady Caroline Lamb.

»Más tarde, aquella misma noche, mientras yo entraba en el salón dispuesto para la cena, Caro se enfrentó conmigo. Llevaba una daga en la mano.

»-Use el cuerpo de su hermana -me dijo en voz baja-, pero por lo menos tome mi sangre. – Le sonreí sin pronunciar palabra y pasé de largo junto a ella; Caro se atragantó a causa de la ira que sentía y se tambaleó hacia atrás; cuando varias damas intentaron quitarle la daga, se cortó la mano con la

hoja. Luego levantó la herida hacia mí-. ¡Ya ve lo que sería capaz de hacer por usted, milord! – me dijo a gritos-. ¡Beba mi sangre, lord Byron! ¡Si no quiere amarme, por lo menos déjeme morir!

»Se besó el corte, manchándose de sangre los labios. El escándalo, a la mañana siguiente, fue la comidilla de todas las reuniones de cotilleo.

»Lady Melbourne, furiosa, vino a visitarme aquella noche. Me mostró un periódico.

»-Yo a esto no lo llamo discreción.

»Me encogí de hombros.

»- ¿Es culpa mía que me persiga una maníaca?

»-Pues ya que lo menciona, Byron, sí, sí lo es. Le advertí que no destruyera a Caroline.

»La miré lánguidamente.

»-Pero no me lo advirtió lo suficiente, ¿recuerda, lady Melbourne? ¿Se acuerda de que se mostró reacia a hablarme de los efectos del amor de un vampiro? – Moví la cabeza-. Cuánta timidez.

»Sonreí, al tiempo que una ligera lividez producida por el enojo se apoderaba de las mejillas de lady Melbourne. Tragó saliva y luego recobró el dominio de sí misma.

»-Deduzco -me dijo en un tono helado- que la más reciente víctima de su amor es su hermana.

»- ¿Caro le ha dicho eso?

»-Sí.

»Me encogí de hombros.

»-Bueno... supongo que no puedo negarlo. Es un asunto interesante.

»Lady Melbourne movió la cabeza a ambos lados.

»-Es usted imposible -dijo al fin.

»- ¿Por qué?

»-Porque la sangre de su hermana...

»-Sí, ya lo sé -le interrumpí-. Su sangre es una tortura para mí. Pero también lo es la idea de perderla. Con Augusta, lady Melbourne, vuelvo a sentirme mortal. Con Augusta puedo sentir que el pasado se disuelve.

»-Desde luego -convino lady Melbourne sin sorprenderse.

»Fruncí el entrecejo.

»- ¿Qué quiere decir?

»-Augusta lleva la misma sangre que usted. Se atraen el uno al otro. Su amor no puede destruirla. – Se interrumpió-. Pero la sed que usted siente sí, Byron.

»La miré fijamente.

»- ¿Mi amor no puede destruirla? – repetí lentamente.

»Lady Melbourne dejó escapar un suspiro y alargó una mano para acariciar la mía.

»-Por favor -susurró-. No se permita usted enamorarse de su hermana.

»- ¿Por qué no?

»-Creía que era evidente.

»- ¿Porque es un incesto?

»Lady Melbourne se echó a reír amargamente.

»-No somos nosotros dos, precisamente, las personas más adecuadas para defender la moralidad. – Hizo un gesto negativo con la cabeza-. No, Byron, no porque sea un incesto, sino porque lleva su misma sangre y usted se siente atraído hacia ella. Porque su sangre le resulta a usted irresistible. – Me cogió una mano y la apretó con fuerza-. Al final tendrá que matarla. Lo sabe usted muy bien. No ahora, es posible, pero sí más tarde, cuando hayan pasado los años, sabe usted muy bien que lo hará.

«Enarqué las cejas.

»-No. No lo sé, en absoluto.

»Lady Melbourne ladeó la cabeza.

»-Sí lo sabe. Lo siento mucho, pero estoy segura de que lo sabe. No tiene usted ningún otro pariente. – Parpadeó. ¿Eran lágrimas lo que había en aquellos ojos, o sólo el brillo propio de la mirada de un vampiro?-. Cuanto más la ame, más difícil le resultará hacerlo.

»Me besó suavemente en una de las mejillas; luego salió de la habitación sin hacer ruido. No intenté seguirla. En cambio permanecí sentado en silencio. Toda la noche estuve meditando sus palabras.

«Palabras que, como una astilla de hielo, parecieron clavarse en mi corazón. Admiraba a lady Melbourne: ella era la mujer más lista y sabia que conocía, y la seguridad con que había hablado me resultaba espantosa. Desde entonces viví en constante agonía. Me separaba de Augusta, pero la existencia volvía a hacérseme monótona y gris, y corría de nuevo junto a ella, buscando su compañía, el perfume de su sangre. Qué perfecta era para mí... qué amable y bondadosa... sin ningún otro pensamiento que

proporcionarme felicidad a mí... ¿cómo iba a pensar siquiera en matarla? Y lo hacía, desde luego, durante todo el tiempo; y, cada vez más, fui dándome cuenta de cuánta razón tenía lady Melbourne. Yo amaba a Augusta, y al mismo tiempo sentía sed por ella. No parecía haber escapatoria.

»«He intentado, y con mucho ahínco, vencer a mi demonio -le escribí a lady Melbourne-, pero con muy poco éxito.»

»Pero, cosa extraña, aquel tormento servía para revivirme. Al fin y al cabo, es mejor el sufrimiento que el aburrimiento; mejor una tempestad en el océano que un plácido estanque. Mi mente, quemada por deseos contradictorios, anhelaba perderse de nuevo en medio de fieros excesos; volví a frecuentar la sociedad londinense, y me encontré borracho de excesos ante los cuales antes me había mostrado inmune. Pero la alegría que sentía era parecida a la fiebre; se dice que en Italia, en épocas de peste, se celebraban orgías en los osarios, y también mis placeres, aun en su punto máximo, se veían ensombrecidos con mis fantasías de muerte. La imagen de Augusta expirando en mis brazos, desangrada hasta haber adquirido un encantador color blanco, me obsesionaba; y las conjunciones de vida y muerte, de gozo y desesperación, de amor y sed, empezaron a perturbarme de nuevo, algo que no había sucedido desde mis correrías con Lovelace en el Este. Hacía mucho tiempo que sólo veía a mis víctimas como sacos de sangre que andaban; pero otra vez, aunque la sed por las víctimas se había hecho tan desesperada como lo fuera antes, volvía a llorar por aquellos seres a quienes me veía obligado a matar.

»-Seguro que eso les sirve de consuelo -se mofaba de mí lady Melbourne.

»Y yo sabía que ella tenía razón; que la compasión, en un vampiro, no es más que una palabra, pura gazmoñería. Sin embargo, el asco que sentía por mí mismo volvió a invadirme. Empecé a matar con menos salvajismo, a ser consciente de aquella vida que estaba desangrando, a sentir su cualidad de única mientras se apagaba la chispa. A veces incluso tenía la fantasía de que la víctima era Augusta; entonces mi sentido de culpabilidad aumentaba, y también mi placer. Mi repulsión y mi deleite empezaron a aparecer entrelazados.

»Fue por ello que, con cierta esperanza atormentada, reanudé la correspondencia con Annabella. En la crisis que me torturaba durante aquel largo y cruel año, su fortaleza mortal... sí, su belleza mortal... parecían

ofrecerme cada vez más una cierta esperanza de redención, y estaba lo bastante desesperado como para aferrarme a ella. Siempre, desde que la viera por primera vez aquella noche en los salones de lady Melbourne, Annabella me había resultado fascinante. «Le conozco por lo que usted es», me había susurrado... Y desde luego, de un modo extraño, así parecía ser. Porque ella había advertido el dolor de mi alma, el anhelo de absolución, el destruido amor por las cosas elevadas y por días mejores. Al escribirme, dirigiéndose no a la criatura que yo era, sino al hombre en el que pude haberme convertido, sentí que Annabella estaba renovando en mí sentimientos que yo creía perdidos, sentimientos que un vampiro nunca debe mantener, sentimientos entrelazados con una única palabra: «conciencia». Era un poder inquietante, pues, el que ella tenía; y había pavor y respeto en el homenaje que me incitaba a rendirle.

Un espíritu a su vez parecía ella, pero de luz, sentada en un trono y separada del mundo circundante, fuerte en su fuerza, todo ello infrecuente en una persona tan joven.

»Pero no conviene exagerar. La moralidad estaba muy bien cuando sentía pena de mí mismo, pero no me servía de nada ante el sabor de la sangre viva. Ni, desde luego, podía compararse mi admiración por Annabella con el sentimiento amoroso que me inspiraba mi hermana Augusta, un anhelo que ahora empezaba a hacerse más cruel. Porque Augusta estaba encinta, y yo temía, y esperaba, que el niño fuera mío. Durante semanas, después del nacimiento del niño, me esforcé por entretenerme en Londres; cuando finalmente me puse en camino hacia la casa de Augusta, que estaba en el campo, lo hice con la terrible certidumbre de que yo había de matar a mi propio hijo. Llegué; abracé a Augusta; ella me condujo hasta donde se encontraba mi hija. Me incliné sobre la cama. La niña me sonrió. Respiré profundamente. La sangre tenía un agradable olor dulce... pero no dorado. El bebé empezó a llorar. Me volví hacia Augusta con una fría sonrisa torciéndome los labios.

»-Dale la enhorabuena de mi parte a tu marido -le dije-. Te ha dado una hija preciosa.

»Salí de allí, lleno de furia a causa de la desilusión y el alivio, y estuve galopando por el campo hasta que salió la pálida luna, lo que sirvió para que la rabia se me calmase.

»Una vez que mi frustración hubo desaparecido, me quedó sólo el alivio. Augusta pasó conmigo tres semanas en una casa junto al mar, y en su compañía casi me sentí feliz. Nadé, comí pescado y bebí buenos brandies; no maté durante las tres semanas en que permanecí allí. Al final, el deseo de sangre se hizo demasiado grande; regresé a Londres, pero el recuerdo de aquellas tres semanas permanecería siempre conmigo. Comencé a imaginar que mis peores temores podían estar equivocados, que quizá podría vivir con Augusta y vencer mi sed. Empecé a imaginar que hasta podría negar mi propia naturaleza.

»Lady Melbourne, por supuesto, se limitó a echarse a reír ante aquella idea.

»-Es una verdadera lástima -me dijo una noche fatídica- que la hija de Augusta no sea de usted. – La miré, perplejo. Ella vio mi extrañeza-. Quiero decir que es una pena que Augusta siga siendo su único familiar.

»-Sí, usted no hace más que repetirme eso -repuse sin comprender-, pero no veo por qué. Ya le he dicho que creo en el poder de mi voluntad. Creo que mi amor es mayor que mi sed.

»Lady Melbourne negó tristemente con la cabeza. Extendió una mano para acariciarme la cabeza, y su sonrisa, al pasar sus dedos entre los rizos, fue desoladora.

»-Tiene ya algunas canas -me comentó-. Se está haciendo viejo.

«Levanté la mirada hacia ella y sonreí ligeramente.

»-Bromea usted, naturalmente.

»Lady Melbourne abrió mucho los ojos.

»- ¿Por qué? – me preguntó.

»-Porque soy un vampiro. No envejeceré nunca.

»De pronto una expresión de terrible sobresalto cruzó por el rostro de lady Melbourne. Se puso en pie y casi se tambaleó al acercarse a la ventana. Cuando de nuevo se volvió hacia mí, el rostro de aquella mujer, a la luz de la luna, era tan desolado como el invierno.

»-De manera que él no le dijo nada... -dijo.

»- ¿Quién?

»-Lovelace.

»- ¿Lo conocía usted?

»-Sí, desde luego. – Movié la cabeza-. Pensé que lo habría usted adivinado.

»- ¿Adivinado?

»-Usted... con Caroline... creí que lo comprendía. El porqué yo le pedía que tuviese compasión de ella. – Lady Melbourne se echó a reír con un terrible sonido lleno de dolor y de pesar-. Me veía a mí misma en ella. Y a Lovelace en usted. Por eso, supongo, le quiero a usted tanto. Porque aún lo amo... aún amo a Lovelace, ya ve. – Las lágrimas empezaron a rodarle en silencio por la cara como gotas de plata sobre un mármol-. Lo amaré siempre... siempre. Se portó usted bien, Byron, al no darle a Caroline el beso de la muerte. Así su sufrimiento terminará algún día. – Inclino la cabeza-. El mío nunca tendrá fin.

«Permanecí sentado donde estaba, helado.

»-Usted -le dije por fin-, usted era la muchacha a la que él escribió.

»Lady Melbourne asintió con la cabeza.

»-Desde luego.

»-Pero... su edad... usted ha envejecido... -Se me fue apagando la voz. Nunca había visto una mirada tan terrible como la que tenía lady Melbourne en aquellos momentos. Se acercó a mí y me abrazó. El contacto de aquella mujer era helado; tenía los pechos fríos, y su beso sobre mi frente fue como el beso de la muerte-.

Dígame -le pregunté. Miré fijamente hacia la luna. Su brillo, de pronto, parecía implacable y cruel-. Cuéntemelo todo.

»-Querido Byron... -Lady Melbourne se acarició los pechos, se palpó las arrugas que los surcaban-. Usted se hará viejo -me dijo-. Envejecerá más aprisa que un mortal. Su belleza se marchitará, y morirá. A menos que...

»Yo seguía contemplando el resplandor de la luna.

»- ¿A menos que...? – le pregunté con calma.

»- ¿Seguro que no lo sabe?

»-Dígamelo. A menos que...

»-A menos que... -Lady Melbourne me acarició la cabeza-. A menos que beba la sangre dorada. A menos que se alimente de su hermana. Si es así, conservará para siempre la forma que tiene, y nunca envejecerá. Pero tiene que ser necesariamente la sangre de un pariente.

»Se inclinó y apoyó una mejilla en mi cabeza. Me acunó. Durante largo rato no dije nada.

»Luego me levanté y me acerqué a la ventana; me quedé bañado por la luz plateada de la luna.

»-Bueno -dije con calma-. Entonces debo tener un hijo.

»Lady Melbourne me miró fijamente. Sonrió ligeramente.

»-Ésa es una posibilidad -dijo al fin.

»-Eso es lo que usted hizo, supongo. – Lady Melbourne agachó la cabeza-. ¿Cuándo?

»-Hace diez años -repuso por fin-. Mi hijo mayor.

»-Bien -dije yo con frialdad. Volví a quedarme mirando la luna. Sentía que su luz renovaba mi crueldad-. Si usted lo ha hecho, yo también puedo hacerlo. Después podré volver a vivir con mi hermana. Pero hasta entonces... para librarla de las calumnias del mundo... me casaré.

»Lady Melbourne me miró, impresionada.

»- ¿Casarse?

»-Sí, claro. ¿De qué otro modo voy a tener un hijo? No le gustaría que engendrara un bastardo, ¿verdad?

»Me eché a reír sin alegría, y sentí que la desesperación crecía en mi corazón junto con la crueldad, y me aparté del abrazo de lady Melbourne.

»- ¿Adonde va? – me gritó cuando ya me iba.

»No le respondí. Abandoné la casa y salí a la calle. El horror gritaba en mi sangre como el viento al azotar el alambre. Aquella noche maté muchas veces con el salvajismo que proporciona la locura. Rasgué las gargantas con los dientes, bebí la sangre de mis víctimas hasta que no quedó de ellas nada más que montones de huesos y piel blanca, me emborraché de muerte. Cuando el sol comenzó a asomar en el horizonte, yo estaba sonrojado a causa de la enorme cantidad de sangre como había bebido, y estaba lleno como una sanguijuela. Mi frenesí empezó a morir. Cuando el sol se elevó, volví con sigilo a la acogedora oscuridad de mis aposentos. Allí, como una sombra de la noche, me encogí de miedo.

«Aquella misma tarde escribí a Annabella. Yo sabía que la correspondencia que habíamos mantenido había servido para ablandarle el corazón. Anteriormente me había rechazado, pero no lo hizo en esta segunda ocasión. Aceptó inmediatamente mi proposición de matrimonio.

Capítulo X

Las principales ideas dementes son: que él debe ser malo, que está predestinado al mal y está impulsado por algún irresistible poder a seguir este destino ejerciendo la violencia todo el tiempo hacia sus sentimientos. Bajo la influencia de este imaginario fatalismo, él se mostrará más malvado con aquellos a quienes más ama, sufriendo agonías al mismo tiempo debido al dolor que les ocasiona. Entonces cree que el mundo está gobernado por un Espíritu Maligno; y en una ocasión concibió la idea de que él mismo era un ángel caído, aunque se sentía medio avergonzado por la idea, y se puso taimado y misterioso sobre ello cuando di muestras de haberlo detectado... Sin lugar a dudas, yo soy más que nadie el sujeto de su irritación, porque él se considera a sí mismo (tal como ha dicho) un malvado por casarse conmigo a causa de circunstancias anteriores... añadiendo que cuanto más lo ame yo, y cuanto mejor sea, más maldito es él.

Lady Byron, declaración a un médico acerca de la supuesta demencia de su marido

—¿Por qué me casé con ella? — Lord Byron hizo una breve pausa-. Para engendrar un hijo, sí... pero, ¿por qué ella, precisamente? ¿Por qué Annabella? Iba a resultarme casi fatal. Lady Melbourne, cuando le dije quién iba a ser mi esposa, ya me lo profetizó. Ella me comprendía mejor, quizá, que yo mismo. Porque era capaz de ver en mi alma el veneno de la angustia; veía cuán violentamente ardía la llama, muy por debajo del hielo que era mi forma exterior; veía lo peligroso que ello era.

»-Usted está herido -me dijo-, y acude a Annabella con la esperanza de que ella le ofrezca un remedio a su mal. — Me reí de aquello con desprecio, pero lady Melbourne negó moviendo la cabeza de un lado a otro-. Ya se lo advertí, Byron: tenga cuidado con mi sobrina. Ella posee la peor clase de virtud moral: es fuerte y apasionada.

»-Bien -respondí-. Eso aumentará el placer de destruir esa virtud.

»Pero me estaba engañando a mí mismo, y lady Melbourne se había mostrado mucho más perspicaz de lo que yo hubiera querido admitir. El torbellino de mis sentimientos hacia Augusta, mi autorrepulsión, mi miedo por lo que me pudiera deparar el destino, todo ello hacía que deseara con desespero cierta sensación de paz. Y no sabía de nadie más que Annabella

que pudiera ofrecermelo eso; y, aunque parecía una esperanza vana, no me quedó más remedio, al final, que reconocerlo. Yo había viajado al norte, a casa de sus padres. La estuve esperando en el salón, junto a la chimenea. Me habían dejado solo. Llegó Annabella y se detuvo un momento en la entrada. Me miró fijamente a los ojos. Una sombra cruzó su rostro, y me di cuenta de que ella reconocía en mí el frío de la muerte: lo mucho que me había manchado, lo mucho que me había embrutecido desde nuestro último encuentro. No aparté los ojos de los suyos, pero su mirada era tan transparente y bella que me encogí por dentro, como tienen que hacer los malos espíritus, según se dice, siempre que se hallan en presencia de los buenos. Y entonces ella atravesó la sala; me cogió las manos y noté que le inspiraba compasión, una compasión que se elevaba y se mezclaba con su amor. Incliné la cabeza y la besé suavemente. Al hacerlo las esperanzas que tenía puestas en ella se elevaron al nivel del pensamiento, y ya no pude evitar reconocerlas. En aquel momento comprendí que lo haría: me casaría con ella.

»Aun así, estuve a punto de no hacerlo. Me quedé con Annabella dos semanas y no probé la sangre ni una sola vez; en cambio sentía que me marchitaba y me enfriaba. El viento era helado; la comida, espantosa; los padres, fríos y aburridos. «Maldita sea, soy un vampiro -pensé-, un señor de los muertos... no tengo por qué soportar esto.» Cuando por fin me escapé y volví al sur, me parecía que matar era recuperar la libertad, y en la pasión de mi lujuria por la sangre casi olvidaba la necesidad de tener un hijo. A medida que se acercaba la fecha de la boda continué recreándome en mis múltiples merodeos por Londres, y cuando por fin me puse en camino, la perspectiva del matrimonio me resultaba tan gélida como antes. Al pasar por la carretera que llevaba a la casa de Augusta, y siguiendo un impulso, tomé esta carretera; cuando llegué, le escribí una carta a Annabella en la que le decía que rompía el compromiso. Pero no pude dormir con Augusta aquella noche; su marido estaba con ella y el tormento de mi frustración bastó para convencerme de que tenía que hacer pedazos la carta. Al recordar qué motivos me impulsaban a casarme, emprendí por fin el camino; me reuní por el camino con Hobhouse y viajamos lentamente hacia el norte, hacia mi ansiosa prometida. Estábamos en pleno invierno. La nieve espesa cubría el suelo, y el mundo entero parecía helado. Mi propia alma también parecía haberse vuelto de hielo.

«Llegamos a nuestro destino por la noche, ya tarde, Me detuve ante las puertas de la verja. Más allá se podían ver unas luces parpadeantes. En contraste con ellas, la oscuridad y la resplandeciente nieve parecían ser la libertad. Tuve ganas de salir corriendo como un lobo salvaje y cruel. Anhelaba matar. Seguro que la sangre, salpicada encima de la nieve, tendría un aspecto precioso. Pero Hobhouse estaba conmigo, no había escape posible, de manera que empezamos a cabalgar por el sendero. Annabella me recibió con un no disimulado alivio.

»Me casé con ella en el salón de la casa de sus padres. Me había negado a entrar en una iglesia, lo que bastó para que la madre de Annabella cayera presa de la histeria, mientras nosotros esperábamos formular los votos, al pensar qué podría ser aquello con lo que su hija se estaba casando. No obstante, la propia Annabella, cuando le puse el anillo en el dedo, me miró con su calma acostumbrada, dolorosa y sublime, y sentí que aquellos ojos servían para aquietar mi desasosiego. No hubo recepción. En cambio, una vez que la ya lady Byron se hubo cambiado y tuvo puesta la ropa de viaje, subimos a un carruaje e iniciamos la marcha, en un viaje invernal de setenta kilómetros, hacia un lugar llamado Halnaby Hall. Allí habríamos de pasar nuestra luna de miel.

»Por el camino observé a mi esposa. Ella me respondió con una tranquila sonrisa. De pronto empecé a odiarla. Aparté la mirada y me puse a contemplar los campos helados. Pensé en Haidée, en cielos azules y en cálidos placeres; pensé en la sangre. Miré fugazmente otra vez a Annabella. De pronto me eché a reír. Yo era un ser peligroso y libre, ¿y aquella muchacha pensaba que podría encadenarme con unos votos sensibleros?

»-Me las pagarás -dije en un susurro.

«Annabella me miró, sobresaltada. Sonreí fríamente, luego volví a mirar al exterior, a las calles por las que pasábamos. Estábamos en Durham, y la vista de tanta gente hizo que se me despertara la sed. Las campanas doblaban desde la torre de la catedral.

»-Por nuestra felicidad, supongo -dije en tono de burla. Annabella me miró en silencio, con la cara pálida a causa del dolor. Hice un signo de negación con la cabeza-. Esto tiene que acabar en una separación -le dije en un siseo. Pensé en el destino que aguardaba al hijo de Annabella-. Deberías haberte casado conmigo la primera vez que te lo propuse.

»Antes de que me hubiera encontrado con Augusta. Antes de que me hubiera enterado del horror de mi destino... que ahora, con toda seguridad, nos engulliría a ambos.

»De repente sentí una vergüenza terrible. Annabella todavía no me había contestado, pero yo podía sentir su angustia de un modo como nunca antes había sentido el dolor de un mortal. Ella tenía mucho, y muy poco, de niña, pero siempre, en lo más profundo de sus ojos, parecía esperar esa profundidad eterna. Por fin llegamos a Halnaby Hall. Cuando bajamos del carruaje, Annabella se aferró a mi brazo, y yo le sonreí. Nos besamos. Luego, antes de la cena, la poseí en el sofá. Todavía le brillaban los ojos cuando levantó la mirada hacia mí, pero ahora era de pasión, no de dolor. Era bueno darle placer y también era bueno sentir el poder que yo ejercía sobre ella, sentir que su cuerpo me obedecía, aunque no su mente. Durante la cena, su rostro de manzana permaneció alegre y sonrosado. Me pregunté qué conjunción podría haber tenido lugar en su vientre... qué chispa de algo nuevo podría estar creciendo en él.

»La idea me excitó. La oscuridad parecía estar llamando a mi sed, y le dije a Annabella que no dormiría con ella. Pero el pesar volvió a arder en sus ojos, y me acarició la mano con tanta suavidad que no pude resistirme a su petición. Aquella noche volví a poseerla tras la cortina de nuestra cama de cuatro columnas. Después, por primera vez en mucho tiempo, me dormí. Tuve un sueño terrible. Imaginé que estaba en un laboratorio. Una mujer embarazada yacía sobre una losa. Estaba muerta. Le habían abierto el vientre, y una figura ataviada con una túnica negra se inclinaba sobre ella. Me acerqué más. Estaba seguro de que aquella figura era el pacha. Entonces vi que estaba sacando a un niño, liberando al feto muerto del útero de su madre. La criatura tenía unos cables sujetos a la *cabeza*. Los cables comenzaron a arder y a echar chispas; el feto se movió; abrió la boca y empezó a llorar, reviviendo de ese modo. Lentamente, el pacha inclinó la cabeza hacia adelante.

»- ¡No! – grité yo.

»Pero el pacha mordió; vi que el bebé se ponía rígido, para luego desmadejarse, y que la sangre empezaba a gotearle y a extenderse con una rapidez imposible, hasta que pareció una inundación que llenaba la habitación. Cogí al pacha por los hombros y le obligué a darse la vuelta. Le miré fijamente el rostro. Pero no era el rostro del pacha. No. Era el mío.

»Lancé un grito. Abrí los ojos. La luz del fuego de la chimenea se filtraba por la roja cortina de la cama.

»- ¡Seguramente estoy en el infierno! – mascullé.

»Annabella se despertó e intentó sujetarme, pero me aparté de ella. Me levanté de la cama y permanecí sentado mirando fijamente la suave máscara de nieve que cubría los páramos. Entonces abandoné mi cuerpo y me elevé para vagar sobre los vientos en aquella heladora noche. Encontré un pastor, que estaba solo buscando un cordero. Nunca iba a encontrarlo. La sangre del pastor cayó como lluvia sobre la nieve, salpicándola de resplandecientes rubíes. Cuando hube bebido hasta saciarme, dejé caer a mi víctima y regresé a mi cuerpo y a mi cama. Annabella, al notar mi tristeza, me abrazó y puso la cabeza sobre mi pecho. Pero su amor no sirvió en absoluto para calmar mi espíritu, sino que lo agitó aún más.

»-Queridísima Bell -le dije mientras le acariciaba el cabello-, deberías tener una almohada más blanda en la que recostarte que mi corazón.

»A la mañana siguiente permanecí en la cama hasta las doce. Cuando al fin me levanté, encontré a mi esposa en la biblioteca. Me miró. Vi que tenía lágrimas en los ojos. La abracé y sentí su cuerpo contra el mío. Aspiré su perfume. Fruncí el entrecejo y luego le acaricié el vientre. Volví a fruncir el entrecejo. Annabella no estaba embarazada, lo supe con toda seguridad. No se le notaba en el vientre el revuelo de la sangre de otra criatura, no se notaba la vida de un niño. Suspiré. Abracé a mi esposa como protegiéndola contra su destino.

»-Créeme -dije en un susurro, casi exclusivamente para mis adentros-, estoy más maldito en este matrimonio que en cualquier otro acto de mi vida.

»Bell me miró profundamente a los ojos.

»-Por favor -dijo al fin con voz suave y desesperada-, ¿qué agonía es ésa que me estás ocultando?

»Moví la cabeza de un lado a otro.

»-Soy un malvado -susurré-. Podría convencerte de ello con tres palabras.

»Bell no dijo nada. Apretó la mejilla otra vez contra mi pecho.

»- ¿Lo sabe tu hermana? – me preguntó luego.

»Di un paso atrás. Yo estaba temblando.

»-Por Dios -le dije en voz baja-, no me preguntes por ella.

»Bell siguió mirándome fijamente. Parecía penetrar con los ojos hasta las profundidades de mi alma.

»-No hay ningún secreto -dijo finalmente-, por terrible que sea, que pueda destruir mi amor. Ninguno.

»Sonrió con una sonrisa de piedad y contemplación, y el rostro se le llenó de tranquilidad, como siempre, y de amor. Carraspeé, me di la vuelta y me alejé.

»Bell no me siguió, ni tampoco durante las siguientes semanas me presionó para que le contase el secreto que, era consciente de ello, yo guardaba. En cuanto a mí, como el que tiene una herida, no hacía más que acariciarlo y exponerlo a medias ante ella, porque la calma de Annabella me enfurecía, y a menudo rabiaba de ganas de ver destruida aquella calma. Cuando me encontraba sumido en ese estado de ánimo, aborrecía a mi esposa. Le insinuaba las desgracias que nos aguardaban, como si mi fatal destino fuera el antídoto a mi estado de casado: marido, que no vampiro, era la palabra que encontraba más espantosa. Casi volvía a estar enamorado de mi destino. Pero más tarde el horror regresaba a mí, y con él el sentimiento de culpa, mientras el amor de Annabella continuaba presente. En tales ocasiones, cuando podía confiarme a ella, casi me sentía feliz, y los sueños de redención volvían a mí. Había una gran confusión en mí, y mis sentimientos cambiaban como las llamas de una hoguera. No fue una luna de miel tranquila.

«Durante todo el tiempo mi sed se iba haciendo más acuciante. Bell siempre estaba cerca de mí, y eso me enloquecía. Regresamos a casa de sus padres; de nuevo mala comida y peor conversación. Yo ansiaba ardientemente el vicio. Una noche mi suegro me contó una historia por séptima vez. Mi paciencia llegó al límite. Anuncié que partiría para Londres inmediatamente. Bell exigió venir conmigo. Me negué. Tuvimos una furiosa pelea. Parecía haber algo extraño en Bell, algo que rozaba la mojigatería, cualidad que su virtud no había sufrido anteriormente. Volvió a repetir los mismos argumentos delante de sus padres y no tuve otro remedio que doblegarlos a ellos.

»Me fui con mi esposa, por lo tanto, pero el odio que sentía hacia ella era helado y cruel.

»-Iremos a visitar a Augusta -le anuncié de pronto-. Tenemos tiempo en el camino de regreso a Londres.

»Bell no protestó. Al contrario, pareció complacida.

»-Sí, estoy deseando conocer a tu hermana -me comentó. Hizo una pausa y esbozó una ligera sonrisa-. De la que, por cierto, he oído hablar mucho.

»Oh, pues tendría que oír hablar más, mucho más. Después de tres meses separado de mi hermana, yo sentía un hambre desesperada de ella, y mi pasión se había convertido en un torbellino de deseos conflictivos. Nuestro carruaje se detuvo a la puerta de la casa de Augusta. Ésta descendió por las escaleras para darnos la bienvenida. Saludó primero a Bell; luego se volvió hacia mí. Me rozó la mejilla con la suya y ante aquel contacto sentí un chispazo que me llegó a lo más profundo del alma.

»-Esta noche -le susurré.

»Pero Augusta pareció muy sorprendida y se apartó de mí. Bell estaba algo alejada, esperándome para cogerme de la mano. Pasé junto a ella sin ni siquiera mirarla.

«Aquella noche, Bell se fue temprano a la cama.

»- ¿Vienes, B?

»Sonreí débilmente y dirigí una fugaz mirada a Augusta.

»-Tú no nos haces falta aquí, encanto -le dije con desprecio, al tiempo que cogía a Augusta de la mano.

»El rostro de Bell se puso pálido; se quedó mirándome, pero al cabo de unos segundos de silencio se dio la vuelta y se retiró sin añadir nada más.

»Cuando Bell se hubo ido, Augusta se puso en pie. Estaba enfadada y disgustada.

»- ¿Cómo es posible que trates así a tu esposa? ¿Cómo puedes hacerlo, B? – Se negó a mis exigencias de acostarme con ella-. Antes no había daño en ello, pero ahora no es posible, B, ahora no. Vete con Annabella. Sé bueno con ella. Consuélala.

»Luego me apartó de un empujón, y cuando salió a toda prisa de la habitación vi que estaba llorando.

»Salí a pasear por el jardín. En aquellos momentos odiaba a Augusta, pero también la amaba, las amaba a ella y a Bell, las amaba a las dos con locura. Y sin embargo era precisamente el dolor de ambas lo que más me excitaba, el hecho de vislumbrar las lágrimas a punto de asomarles a los ojos, su propio amor luchando y mezclándose con el miedo que yo les inspiraba. Levanté el rostro hacia la resplandeciente luna. Sentí que aquella

luz reavivaba mi crueldad. Miré hacia la habitación en la que dormía Augusta. El perfume de mi hermana llegó hasta mí en el suspiro del viento. De pronto, con las uñas, me corté en la muñeca. La sangre empezó a brotar. Bebí un poco. Una liviandad, como mercurio, que me produjo oleadas en las venas. Me elevé; mis deseos me transportaron en el viento y entré suavemente en los sueños de Augusta. Su marido roncaba tendido junto a ella, pero me tumbé a su lado, al lado de mi dulce hermana, y sentí su cálida carne contra la mía, moviéndose. Una nube avanzó en el cielo y dejó al descubierto la luna, cuya luz se derramó sobre la cama.

»-Augusta -susurré cuando la luz plateada de la luna le acarició la garganta.

«Incliné la cabeza y apreté ligeramente con los dientes. Igual que la piel de un melocotón, la garganta empezó a ceder. Apreté un poco más. La piel siguió cediendo. Qué fácil sería pincharla. Imaginé la sangre sabrosa y madura, el líquido dorado, elevándose para darle la bienvenida al contacto de mis labios y alimentarme así de juventud, de eterna juventud. Me puse tenso y luego me eché hacia atrás. Augusta jadeó y apretó las sábanas; me moví al mismo tiempo que ella hasta que, lánguidamente, se quedó inmóvil en mis brazos. La miré fijamente al rostro y fui siguiendo en sus facciones las mías propias. Cuatro horas estuve junto a ella. Empecé a oír los primeros cantos de los pájaros medio despierto. Como una estrella, me desvanecí con las primeras luces del día.

»Bell estaba despierta cuando volví a su lado. Tenía el rostro ojeroso y los ojos llenos de lágrimas.

»- ¿Dónde has estado? – me preguntó.

»Hice un movimiento con la cabeza.

»-No necesitas saberlo.

»Bell alargó la mano para tocarme. Me aparté para evitar el contacto. Ella se detuvo.

»- ¿Me odias? – me preguntó al cabo de un rato.

»La miré fijamente. Culpa, frustración, lástima y deseo, todo surgió dentro de mí luchando por la supremacía.

»-Creo que te amo -dije al cabo-. Pero me temo, queridísima Bell, que eso no baste.

»Me miró profundamente a los ojos, y como siempre, sentí que me curaba y que se calmaba la ira que había en mi interior. Me besó

suavemente en los labios.

»-Si el amor no basta -dijo ella por fin-, ¿qué puede redimirnos?

»Moví la cabeza de un lado a otro. Estreché a Bell entre mis brazos. Durante el resto de aquella noche aquella pregunta estuvo torturándome. Si el amor no basta... ¿entonces qué? Yo no lo sabía. No lo sabía.

«Porque ambos, Annabella y yo, estábamos encadenados al anaquel de mi destino. El amor nos empujaba en una dirección, mi sed en la otra. Me sentía asustado de lo cerca que había estado de matar a Augusta, de lo fácil que me había parecido hacerlo, y experimenté una nueva desesperación por salvarla de mí mismo y tener un hijo. Yo no podía hacerlo; no podía implantar una comida de sangre en el vientre de Annabella, cuando sabía que esa comida sería su sangre y la mía. Así, Augusta continuaba torturándome, y el esfuerzo por no utilizarla como alimento, a ella ni al vientre de Annabella, me inundaba en unos ataques de rabia que rayaban la demencia. Ya no podía soportar dormir con Bell. En lugar de eso, vagaba por las encrucijadas y por los campos saciando mi sed, dando salida a mi rabia con ataques de furioso salvajismo. Pero la sangre fresca apenas podía apaciguar mi frenesí; al cabo de unas horas mi necesidad volvía a ser tan desesperada como antes. Una noche, al volver a casa de Augusta, su aroma estuvo de nuevo a punto de vencerme, y de pie junto a la cama conseguí sobreponerme para no rajarle la desnuda garganta. Haciendo un esfuerzo desesperado, me controlé y me alejé. Estuve paseando arriba y abajo por el jardín; y entonces, por primera vez en una semana, volví a mi cama.

»Sin decir una palabra, Bell levantó los brazos para recibirme. Veneno brillante pareció entonces mi sangre. Bell se estremeció, y gritó con un desesperado grito animal.

»-Tienes los ojos llenos del fuego del infierno -me dijo con voz ahogada.

»Sonreí; el fuego parecía estar también en los ojos de ella, que tenía las mejillas sonrosadas y los labios de un rojo brillante. De pronto emitió un gruñido; acercó su boca a la mía; su pureza parecía haber desaparecido consumida por el fuego. No quedaba nada de Annabella en aquel rostro de ramera sin corazón; no había nada de Annabella en lo que me hizo aquella noche. Comenzó a chillar y a retorcerse como una posesa mientras mi esperma fluía por su interior y la inundaba, transportando la minúscula y

fatal semilla de vida. Todo su cuerpo se encabritó; levantó los brazos; movió los dedos para acariciarme el rostro. Y luego empezó a llorar.

»-Has concebido -le susurré-. Nuestro hijo está creciendo dentro de ti.

»Annabella levantó la mirada hacia mí; luego torció la cara con un gesto y miró hacia otra parte. La dejé. Quedó tendida donde estaba, sollozando sin hacer ruido.

»Los frutos de aquella noche fueron vida y muerte a la vez. Sí, habíamos engendrado un hijo: yo ya podía rozar con la mejilla el vientre de Annabella y reconocer el tenue aroma dorado que emanaba del interior de su vientre. Pero había muerte en aquel perfume; y también había muerte en la propia Annabella. Algo había muerto en ella aquella noche: el infinito que había en ella parecía haber ardido hasta consumirse. Se volvió más fría, más dura, la eternidad que había en el fondo de sus ojos empezó a apagarse; lo que antes había sido pasión, ahora parecía gazmoñería. Seguía amándome, desde luego; pero, igual que le había sucedido a Caro, eso sería su tortura y su perdición. Ya no parecía haber esperanza de redención para ninguno de los dos; y, con la destrucción de Bell, yo sentía que mi última esperanza también estaba muerta.

«Porque entonces empezó la verdadera tortura. Dejamos a Augusta y nos dirigimos a Londres. Había alquilado una casa nueva en una de las calles más elegantes de la ciudad, en el número trece de Picadilly. ¿Un lugar de mala suerte? No; la mala suerte la llevamos allí nosotros. Bell ya mostraba evidentes síntomas de gestación. Yo podía oler a la criatura en su vómito matutino o en el sudor grasiento que se le deslizaba por el hinchado vientre. Apenas podía soportar separarme de aquel olor. Y así era como se veía a lord y lady Byron, juntos, cogidos del brazo como un matrimonio modelo: el devoto marido y la esposa encinta. Bell, por lo menos, al ver que el deseo se me reflejaba en el rostro, fue lo suficientemente inteligente como para comprender que ese deseo no era por ella.

»-Me miras con mucho anhelo -me dijo una noche-, pero no hay amor en tus ojos.

«Sonreí. Me quedé mirándole el vientre, imaginando -debajo del vestido, debajo de la ropa interior, muy profundo dentro de la carne de Bell- el dorado feto que maduraba.

»Bell me miró y enarcó las cejas.

»-Tu rostro, B, me desconcierta.

«Levanté la mirada.

»- ¿De verdad? – le pregunté.

»Bell asintió. Me observó de nuevo.

»- ¿Cómo es posible que un rostro tan hermoso pueda parecer tan ávido y cruel? Me miras, o mejor dicho -se agarró el vientre-, miras esto del mismo modo como mirabas a Augusta. Recuerdo cómo la seguías con los ojos por la habitación.

»La miré sin ninguna pasión en el rostro.

»- ¿Y por qué te desconcierta eso, Bell?

»-Me desconcierta -me contestó- porque al mismo tiempo me da miedo. – Entornó los ojos. Había en ellos un brillo frío y una expresión seria-. Tengo miedo, B. Tengo miedo de lo que puedas hacerle a mi hijo.

»- ¿A nuestro hijo? – Me eché a reír-. ¿Qué podría hacerle yo? – De pronto mi rostro se heló-. ¿Crees que acaso lo estrangularía al nacer y me bebería su sangre?

»Bell se quedó mirándome fijamente. Su rostro parecía más agotado que nunca. Se puso de pie; se agarró el vientre; luego dio media vuelta y, sin decir palabra, salió de la habitación.

»A la semana siguiente Augusta llegó para quedarse con nosotros una temporada. Había acudido tras aceptar la invitación de Annabella. Aquello me perturbó. Me preguntaba cuánto sabría o se imaginaría Bell. Ciertamente, el aroma de la sangre de Augusta me distrajo; el deseo hizo que me volviese salvaje otra vez; le ordené que se fuese. Todo esto lo observaba Annabella con ojos fríos y llenos de sospechas, y puso las manos sobre su vientre como para protegerlo de mí. En adelante traté de ser más cuidadoso. Ya me lo había advertido lady Melbourne: «No pierdas a tu esposa antes de nacer el hijo.» Así que empecé a dejar a Bell sola por las noches. Salía a cenar, me emborrachaba, iba al teatro; luego, ataviado de negro y envuelto en una violenta crueldad, me iba de nuevo de cacería por las más miserables guaridas de la ciudad. Bebía hasta que la piel se me ponía sonrosada y lisa; bebía hasta estar completamente ahído de sangre. Sólo entonces regresaba a Picadilly. Me reunía con Bell en la cama. La cogía en brazos y, por supuesto, le palpaba la cada vez más pronunciada curva del vientre. Suavemente, sin remordimiento, el latido de un diminuto corazón sonaba en mis oídos. A mi pesar, volvía a apretarle el vientre. A mi contacto parecía removerse y ondularse. Me imaginaba que no tenía más

que apretar un poco y la piel y la carne se abrirían como agua. Imaginaba al feto, viscoso y azulado, con aquel delicado entramado de venas, esperando mi contacto, esperando que yo lo saborease. Lo mordería con mucha suavidad, absorbería la sangre como agua de una esponja. Aquellos anhelos se fueron haciendo tan intensos que me ponía a temblar. Me imaginaba matando a mi esposa en la cama, abriéndole el vientre, apartando los músculos, las vísceras y la carne... y allí estaría, enroscado y esperando, mi hijo, mi creación. Recordaba los sueños que había tenido en la torre del pacha. Deseaba tener un bisturí y la mesa de disección.

»Me despertaba de aquellas fantasías con estremecimientos de repugnancia. Intenté cauterizarlos, amputarlos de mi cerebro. Pero fue en vano. Nada podía librarme de su presencia: formaban parte del veneno que me corría por las venas, un fuego entremezclado de sensaciones y pensamientos. No podía escapar de aquella podredumbre, como no podía escapar de mí mismo. El pacha estaba muerto, pero igual que la sífilis sobrevive a la puta infectada, así también seguía viviendo aquel mal, consumiéndome las venas a mí y a todos los que yo amaba.

»- ¡Ojala el niño estuviera muerto! – gritaba cuando su sangre me latía en los oídos con un aroma particularmente dorado y mis fantasías parecían derretirme-. Oh, Bell -la llamaba, sollozando-. Queridísima Bell.

»Le acariciaba el pelo. Ella, asustada, se estremecía, y vacilante, me cogía la mano. A veces se la ponía contra el vientre abultado y la apretaba contra él. Ella miraba hacia mí y sonreía, con dudosa esperanza, buscando en mi rostro al padre de su hijo. Pero nunca lo encontraba. Con los ojos muertos, helada, se daba la vuelta hacia otra parte.

»Una noche, muy avanzado ya el embarazo, Bell se estremeció al ver mi mirada y luego dejó escapar un grito ahogado.

»-Bell -la llamé mientras me arrodillaba a su lado-. ¿Qué te pasa? ¡Bell!

«Intenté abrazarla, pero me apartó a empujones. Jadeó de nuevo, y el aroma de mi hijo, en una súbita oleada dorada, me empañó los ojos y llenó la habitación. Bell gimió. Intenté cogerle la mano, pero ella volvió a apartarme. Me puse en pie. Llamé pidiendo ayuda. Cuando llegaron los criados, también ellos parecieron encogerse y se apartaron de mí, tan fría era la oscuridad que se reflejaba en mis ojos. Levantaron del suelo a Bell y la llevaron a la cama. Me quedé abajo. El perfume de la sangre de mi hijo

flotaba densamente en el aire. Durante toda la noche, y a medida que avanzó la mañana, el aroma se fue haciendo cada vez más penetrante.

»A la una de la tarde la comadrona bajó a verme.

»- ¿Ha muerto el niño? – le pregunté.

»Me eché a reír al ver la mirada sorprendida de la comadrona. No me hizo falta oír la respuesta. Sólo tenía que respirar aquella sangre viva. La casa parecía llena de hermosas flores de variados colores. Con paso incierto subí la escalera. Me sentía como Eva al acercarse al fruto del árbol prohibido. Las piernas me temblaban, jadeaba al respirar, sentía la enfermedad de una sed profunda y extasiada. Entré en la habitación donde habían instalado a mi esposa.

»Una enfermera se me acercó.

»-Milord -me dijo, mostrándome un pequeño envoltorio blanco-, nuestra enhorabuena. Tiene usted una hija.

»Miré el envoltorio.

»-Sí -conseguí decir; tragué saliva. El aroma de sangre parecía quemarme los ojos. Apenas si podía ver a mi hija, porque cuando miré sólo advertí un halo dorado-. Sí -dije de nuevo con voz ahogada. Parpadeé. Conseguí ver el rostro de mi hija-. Oh, Dios mío -dije en un susurro-. Oh, Dios. – Sonreí débilmente-. Qué instrumento de tortura he conseguido contigo. – La enfermera se apartó y retrocedió. Miré cómo volvía a poner a mi hija en la cuna-. ¡Fuera de aquí! – grité de pronto. Miré por toda la habitación-. ¡Fuera!

»Todos los presentes me miraron asustados; luego hicieron una inclinación de cabeza y se apresuraron a salir. Me acerqué a mi hija. De nuevo parecía estar envuelta en un halo de fuego. Me incliné mucho sobre ella. En aquel momento todo sentimiento, toda sensación, todo pensamiento se perdió en mí fundido en una resplandeciente bruma de gozo. La riqueza de la sangre de mi hija parecía elevarse al encuentro de mis labios, esparciendo oro como la cola de un cometa. La besé y luego la tomé en brazos. Volví a inclinarme. Con ternura, le puse los labios en la garganta.

»- ¡Byron! – Me detuve y, lentamente, me di la vuelta. Bell se esforzaba por incorporarse en la cama-. ¡Byron! – La voz le sonaba ronca y desesperada. Rodó sobre sí misma para bajar de la cama y trató de acercarse a mí. Volví a mirar a mi hija. La pequeña levantó una mano hacia mi cara.

¡Qué dedos más pequeños tenía, qué uñas más exquisitas! Acerqué más la cabeza para contemplarlas mejor-. Dámela.

»Me di la vuelta para quedar de frente a Bell. Ésta se tambaleó mientras tendía los brazos y a punto estuvo de caerse.

»-He estado esperándola durante mucho tiempo -le dije suavemente.

»-Sí -convino Bell jadeando mientras hablaba-. Sí, pero ahora yo soy su madre; la niña es mía; Por favor, B -me pidió con voz quebrada-, dámela. – Me quedé mirándola fijamente, sin parpadear. Bell se esforzó por sostenerme la mirada. Volví a mirar a mi hija. Era realmente hermosa aquella creación mía. Levantó de nuevo una diminuta mano. A mi pesar, sonreí al verla-. Por favor -me rogó Bell-. Por favor.

»Me di la vuelta y me acerqué a la ventana. Miré hacia el frío cielo de Londres. Qué cálido y suave era el contacto de mi hija en mis brazos. Sentí que me tocaban el hombro. Me di la vuelta. La expresión del rostro de Bell era indescriptible.

»Aparté la mirada de mi esposa y volví a mirar al cielo. La oscuridad se elevaba por el este y las nubes parecían estar ya preñadas de noche. Londres, en un gran revoltijo, se extendía hacia su encuentro. Me sentía helado, con una sensación de inmensidad del mundo. Todo esto, y más, me lo había enseñado el pacha en el vuelo de sus sueños, aunque entonces yo no lo había comprendido... no lo había comprendido. Cerré los ojos, tirité y sentí la inconmensurable naturaleza de las cosas. ¿Qué era el amor humano en un universo así? Sólo una burbuja en el rompiente flujo de la eternidad. Una chispa, breve y parpadeante, encendida contra la oscuridad de una noche universal. Una vez que hubiera desaparecido, no habría más que vacío.

»-Tienes que recordar este momento, Bell -le dije sin volver la mirada hacia ella-. Tienes que abandonarme, Bell. No importa lo que yo diga, no importa con cuánta fuerza te llame después... debes abandonarme. – Por fin me volví a mirarla. Los ojos de Bell, que durante tanto tiempo se habían mostrado fríos, estaban ahora húmedos por las lágrimas. Levantó una mano para intentar acariciarme las mejillas, pero yo me negué con un movimiento de cabeza-. Se llamará Ada -le indiqué colocándole a nuestra hija en los brazos. Luego me di la vuelta, sin añadir nada más, y salí de la habitación. No me volví para mirar hacia atrás.

»-Está usted loco -me dijo lady Melbourne cuando, más adelante, le conté lo que había hecho-. Completamente loco. Se casa usted con la chica, la deja embarazada, ella le da un hijo... y ahora esto. ¿Por qué?

»-Porque no soy capaz de hacerlo.

»-Pues tiene que hacerlo. Tiene que matarla. Y si no mata a Ada... entonces tendrá que matar a Augusta.

»Me encogí de hombros y me di la vuelta.

»-No creo -le contesté-. Los placeres son siempre más dulces cuando uno los espera por anticipado. Continuaré esperando.

»-Byron. – Lady Melbourne me indicó con un gesto que me acercase a ella. En aquel pálido rostro había un brillo de piedad y desprecio-. Todo el tiempo -me susurró-, continuamente, se está usted haciendo viejo. Míreme a mí. Yo también esperé. Me comporté como una tonta... y al final cedí. Todos lo hacemos. Acabe ahora con ello de una vez. Beba la sangre de su hija mientras aún posee usted juventud. Nos lo debe a nosotros.

»Fruncí el entrecejo.

»- ¿Que se lo debo? – le pregunté-. ¿Que se lo debo? ¿A quién se lo debo?

»La frente de lady Melbourne se arrugó ligeramente.

»-A todos los de nuestra especie -me contestó finalmente.

»- ¿Por qué?

»-Porque fue usted quien dio muerte al pacha Vakhel.

»La miré, sorprendido.

»-Eso nunca se lo he dicho -le indiqué.

»-Pero todos lo sabemos.

»- ¿Cómo?

»-El pacha era un hombre de poderes extraordinarios. Entre los vampiros, que son los señores de la muerte, él era casi como nuestro rey. ¿No se dio usted cuenta de ello? – Lady Melbourne hizo una pausa-. Todos lo echamos a faltar. – Enarqué las cejas. De pronto, medio formada desde las sombras de mi mente, la imagen del pacha pareció pasar ante mis ojos, pálida y terrible, con el rostro helado a causa de un dolor insoportable. Sacudí la cabeza y el fantasma desapareció. Lady Melbourne me observó con una débil sonrisa en aquellos labios sin sangre-. Y ahora que él ha muerto -me susurró al oído-, usted es su heredero.

»La miré fríamente.

»- ¿Herederero? – repetí. Luego me eché a reír-. Qué ridículo. Olvida usted que fui yo quien lo mató.

»-No -dijo lady Melbourne-. No lo olvido.

»-Entonces, ¿qué quiere decir?

»-Bueno, Byron. – Lady Melbourne volvió a sonreír-. Él lo había elegido a usted antes.

»- ¿Elegirme? ¿Para qué?

»Lady Melbourne se detuvo y su rostro quedó de nuevo helado por la inmovilidad.

»-Para que profundice en los misterios de nuestra especie -me dijo finalmente-. Para que encuentre significado en el rostro de la eternidad.

»-Oh, bien. – Me eché a reír brevemente-. Nada que sea difícil, entonces.

»Me di la vuelta con desprecio, pero lady Melbourne me siguió y me sujetó por el brazo.

»-Por favor, Byron -dijo-, mate a su hija, beba la sangre de su hija. Necesitará toda nuestra fuerza.

»- ¿Para qué? ¿Para acabar convirtiéndome en una cosa como el pacha? No. – Aparté de mí a lady Melbourne-. No.

»-Por favor, Byron, yo...

»- ¡No!

»Lady Melbourne se estremeció ante mi mirada. Bajó los ojos. Durante largo rato permaneció en silencio.

»-Es usted muy joven -dijo por fin-. Pero vea qué poder tiene ya.

»Hice un movimiento de negación con la cabeza. Puse las manos en los hombros de lady Melbourne.

»-No quiero poder -le confesé.

»-Porque ya lo tiene. – Lady Melbourne levantó la mirada-. ¿Qué más puede querer?

»-Descanso. Paz. Ser de nuevo mortal.

»Lady Melbourne arrugó la frente.

»-Sueños imposibles.

»-Sí. – Sonreí ligeramente-. Pero... mientras Ada y Augusta vivan, quizá... -Hice una pausa-. Quizá haya una parte de mí que sea mortal todavía. – Lady Melbourne se echó a reír, pero la obligué a callar y la sujeté con los brazos; como una víctima atrapada, me miró profundamente a los

ojos-. Me pide usted -le dije lentamente- que desentrañe los misterios de nuestra estirpe de vampiros. El misterio, no obstante, no consiste en saber, sino en escapar de lo que somos. Los vampiros tenemos poder, sabiduría, vida eterna, pero esas cosas no son nada mientras tengamos también el deseo desesperado de sangre. Porque mientras tengamos esa sed, seremos perseguidos y aborrecidos. Sin embargo, a pesar de saber esto, advierto que mi sed se hace cada día más feroz. Pronto la sangre será mi único placer. Todos los demás goces se convertirán en ceniza. Ésa es mi condena, nuestra condena, lady Melbourne, ¿no es así? – No contestó. En los ojos de aquella mujer vi reflejado mi rostro, ardiente y duro. Mis pasiones cruzaban por él como las sombras de las nubes-. Encontraré una forma de escapar -continué diciendo al cabo de unos instantes-. La buscaré, si hace falta, más allá de la eternidad. Pero... -Hice una breve pausa-. Pero el viaje se hará más duro, el peregrinaje más cruel, cuanto más haya perdido mi condición humana. No había comprendido esto antes, pero ahora lo veo con toda claridad. Sí - asentí-. Ahora lo veo. – Se me fue apagando la voz. Miré hacia la oscuridad. Una sobria figura parecía estar observándome. Por segunda vez me pareció que tenía la cara del pacha. Parpadeé, y luego ya no hubo nada. Volví de nuevo la mirada hacia lady Melbourne-. Me marcharé de Inglaterra -le indiqué-. Dejaré atrás a mi hermana y a mi hija. Pero nunca beberé su sangre.

»Me di la vuelta dispuesto a irme. Lady Melbourne no intentó detenerme esta vez. Atravesé la habitación y salí; poco después mis pisadas resonaban en el vestíbulo. Caroline Lamb se encontraba allí. Estaba horriblemente delgada, y la sonrisa que esbozó cuando pasé a su lado fue semejante a la de una calavera. Se levantó inmediatamente y me siguió.

»-He oído decir que se marcha de Inglaterra -me dijo. No le contesté. Me sujetó por un brazo-. ¿Qué le dirá a su esposa? – me preguntó-. Vampiro.

»Me volví hacia ella.

»- ¿Ahora se dedica a escuchar por las cerraduras, Caro? – le pregunté-. Eso puede ser peligroso.

»Caro se echó a reír.

»-Sí, puede serlo -dijo. Tenía una expresión amarga y extraña, pero, aunque se esforzaba, no podía soportar la fiereza que se reflejaba en mis ojos. Se apartó hacia atrás. Seguí andando por el vestíbulo-. ¡Lléveme con

usted! – gritó de pronto Caro-. ¡Haré la cama a sus favoritas! ¡Recorreré las calles para traerle a sus víctimas! ¡Por favor, Byron, por favor! – Echó a correr detrás de mí y se arrojó a mis pies. Me cogió la mano y empezó a besármela-. Es usted un ángel, un ángel caído, pero, oh, Byron mío, aun así, un ángel. Lléveme con usted. Prométalo. Júremelo. – Empezó a temblarle todo el cuerpo-. El corazón de un vampiro es como el hierro -masculló, más para sí misma que para que yo la oyera-. Se ablanda cuando se calienta con los fuegos de la lujuria, pero luego se queda frío y duro. – Me miró el rostro y se echó a reír salvajemente-. Sí, frío y duro. ¡Tan frío como la muerte! – Me encogí de hombros y eché a andar dispuesto a marcharme-. ¡No se atreverá a abandonarme! – me gritó Caro con incredulidad-. ¡Qué amor... qué odio... no se atreverá usted! – Seguí caminando-. ¡Lo maldeciré! ¡Maldito sea, maldito sea, maldito sea! – Se le quebró la voz. Me detuve. Me di la vuelta y la miré. Caro, todavía postrada de rodillas, se estremeció; luego pareció que se le pasaba el ataque y se limpió una lágrima-. Lo maldeciré -me volvió a decir, pero ahora con más suavidad-. Mi queridísimo, mi queridísimo amor, yo... -Hizo una pausa-. Yo le salvaré.

»Tres semanas después, sin que yo lo supiera, Caro fue a visitar a Bell. Por supuesto, yo no había sido capaz de abandonar Londres. Augusta había pasado unos días en nuestra casa... y la sangre de Ada, oh, la sangre de Ada... la sangre de Ada era aún más dulce que la suya. Por eso me había quedado, mientras la tentación crecía cada vez más en mí; sabía que lady Melbourne tenía razón en lo que me había dicho, que yo acabaría sucumbiendo. Una noche, de pie junto a la cuna, habría bebido la sangre de Ada si Bell no me hubiese interrumpido. Me miró de un modo extraño y estrechó al bebé contra su pecho. Me dijo que quería marcharse de Londres, regresar al campo, quizá pasar una temporada con sus padres. Asentí distraídamente. Poco después se fue. Le había dicho que me reuniría con ella más adelante. Junto al carruaje que iba a llevárselas, me acercó a nuestra hija a los labios para que la besase. Luego me besó ella, apasionadamente, y me abrazó hasta que creí que no iba a soltarme nunca. Por fin se desprendió.

»-Adiós, B -me dijo.

»Subió al carruaje y yo me quedé contemplando cómo éste se alejaba por Picadilly. No habría de volver a verlas, ni a ella ni a mi hija, nunca más.

»Unas dos semanas después me llegó una carta. En ella Bell me exigía la separación. Aquella misma tarde recibí la visita de Hobhouse.

»-He creído que deberías saber -me dijo- que por toda la ciudad circulan los más increíbles rumores. Dicen que tu esposa quiere separarse de ti... y otras cosas peores. – Le tiré la carta a Hobby. Éste la leyó, con el entrecejo cada vez más fruncido. Al final la dejó caer y me miró-. No te quedará otro remedio que marcharte al extranjero.

»- ¿Por qué? – le pregunté-. ¿Tan malos son esos rumores? – Hobby aguardó un rato. Luego asintió-. Cuéntame.

»Hobhouse sonrió.

»-Oh, ya sabes -dijo agitando una mano en el aire-. Adulterio, sodomía, incesto...

»- ¿Y cosas peores?

»Hobhouse me miró fijamente. Sirvió una copa y me la dio.

»-Es esa perra, Caroline Lamb -me dijo finalmente-. Va por ahí contándole a la gente... bueno, ya lo puedes suponer. – Sonreí ligeramente y apuré la copa; luego la arrojé contra el suelo, donde se estrelló. Hobhouse movió la cabeza a ambos lados-. Tendrás que irte al extranjero -volvió a decir-. Por favor, amigo mío. La verdad es que no te queda otra elección.

»Desde luego, no me quedaba ninguna. Aunque no podía soportar la idea de marcharme. Cuanto más se me condenaba en los periódicos o cuanto más se murmuraba entre dientes de mí en las calles, con más desesperación anhelaba mi mortalidad robada para poder negar lo que ahora, al parecer, el mundo entero ya sabía. Pero mi sino estaba fijado: Caro había hecho muy bien su trabajo. Una noche asistí a un baile con Augusta del brazo. Cuando entramos en el salón, todo el mundo quedó en silencio. Todos los ojos estaban puestos en mí... y después todos miraron hacia otra parte. Nadie se nos acercó. Nadie nos habló. Pero yo oí esa única palabra susurrada a nuestra espalda: vampiro. Esa noche me pareció oírla por doquier.

»Sabía que mi exilio era algo irrevocable. Unos días más tarde envié a Augusta a su casa. Ella había permanecido a mi lado en aquel trance y su amor nunca me había fallado. Sin ella, mi vida estaría condenada a una completa soledad. Pero sentí alivio cuando nos separamos, porque ya podía estar seguro de que nunca le bebería la sangre. Renové mis proyectos de viaje. La desesperación se mezclaba en mí con una salvaje sensación de

libertad. El mundo me odiaba; bueno, pues yo lo odiaba a él. Recordé mis antiguas intenciones. Me iría de viaje... y buscaría. Como lo había expresado claramente lady Melbourne, haría un estudio de la naturaleza de mi estado de vampiro. Encargué que me construyeran un carruaje basado en el diseño del de Napoleón. Contenía una cama de matrimonio, una bodega de vino y una biblioteca. En la bodega almacené botellas de vino de Madeira mezclado con sangre; en la biblioteca puse libros de ciencia y de esoterismo. También contraté a un médico, un joven que había escrito algunos trabajos acerca de las propiedades de la sangre. Tenía fama de ser muy aficionado a trabajar en los límites más oscuros de la medicina. Aquella clase de saber, pensé, podría resultarme estimulante. Le di muestras de mi sangre para que las estudiase. El nombre de ese médico era John Polidori.

»La fecha de la partida se acercaba. Mi casa de Picadilly estaba siendo levantada a buen ritmo. Yo vagaba por los pasillos, que resonaban vacíos. En la habitación del bebé y en el dormitorio de Augusta todavía flotaba un leve y burlón rastro de olor a sangre. Intenté ignorarlo. Rara vez salía a la calle: mi rostro y mi nombre tenían mala fama, pero estaba muy ocupado con mis negocios y mis amigos. También había tomado una amante. Se llamaba Claire y tenía sólo diecisiete años. Era guapa, supongo, pero algo rara; se había entregado a mí y yo la utilizaba para distraer la mente de otros asuntos. Una tarde traje con ella a su hermana.

»-Ésta es Mary -me dijo.

»La hermana también era guapa, pero solemne, menos salvaje que Claire. Hojeó los libros que yo estaba empaquetando para el viaje. Cogió uno y leyó el título del lomo.

»-*La electricidad y los principios de la vida*. A mi marido también le interesan mucho estos temas -comentó clavando en mí unos ojos profundos y serios-. También es poeta. ¿No lo conocerá usted, por casualidad? – Levanté una inquisitiva ceja-. Se llama Shelley -me dijo Mary-. Percy Shelley. Creo que es posible que le gustase a usted su compañía.

»-Por desgracia -le dije, al tiempo que le señalaba mis baúles-, ya ve que estoy a punto de irme de viaje al extranjero.

»-Nosotros también -dijo Mary-. ¿Quién sabe? Quizá nos encontremos en el continente.

»Sonreí ligeramente.

»-Sí... es posible.

»Pero yo lo dudaba. Podía adivinar, por la locura cada vez mayor que se reflejaba en los ojos de Claire, que su cerebro se estaba trastornando a causa de la pasión que sentía por mí. Desde entonces procuré desanimarla, convencerla para que no me visitase. No quería que se derrumbase y viniera detrás de mí. Si lo hacía... bueno, peor para ella.

»La noche antes de mi partida de Londres la pasé en la habitación de Augusta. El aroma de sangre casi había desaparecido. Me tumbé en el canapé y aspiré los últimos y débiles vestigios. La casa estaba oscura y callada; el vacío flotaba en el aire como polvo. Durante varias horas permanecí allí tumbado, a solas. Sentía que el hambre y el pesar luchaban entre sí en mis venas.

»De pronto creí oír unas pisadas. Inmediatamente sentí la presencia de algo no humano en la casa. Miré hacia arriba. No había nada. Convoqué todo mi poder para instar a la criatura a que se mostrase, pero la habitación seguía vacía. Moví la cabeza. La soledad me estaba jugando una mala pasada. De repente el vacío comenzó a hacérseme insoportable, y aunque sabía que sería un fantasma, anhelé ver el rostro de Augusta de nuevo. Y a partir de lo que quedaba allí de su perfume, conjuré su forma. Augusta apareció de pie ante mí.

»-Augusta -susurré. Le tendí las manos. Parecía imposible que fuera tan real. Traté de acariciarle la mejilla. Con gran asombro, sentí el resplandor de la carne viva-. ¿Augusta? – Ella no dijo nada, pero el deseo y el amor parecían arder en sus ojos. Me incliné para besarla. Al hacerlo me di cuenta por primera vez de que no podía oler su sangre-. ¿Augusta? – volví a llamarla en un susurro. Tiró suavemente de mí para atraerme hacia ella. Nuestras mejillas se rozaron. Nos besamos.

»Y entonces grité. Los labios de Augusta parecían estar vivos con mil cosas que se movían. Di un paso atrás y vi que mi hermana estaba cubierta de un blanco reverberante, y que se retorció. Volví a tender la mano para tocarla y los gusanos cayeron y se me enroscaron en el dedo. Ella levantó los brazos, como pidiendo ayuda, y luego, lentamente, su cuerpo se fue desmoronando y el suelo se alfombró de gusanos que se retorcían.

«Retrocedí, tambaleante. Sentí algo detrás de mí. Me di la vuelta. Bell estaba tendiendo a Ada hacia mí. Intenté apartarla. Vi que Ada empezaba a sangrar y a derretirse; vi que la carne de Bell se congelaba y se encogía

sobre los huesos. A mí alrededor se encontraban personas que yo había amado; todas imploraban, me llamaban, tendían las manos hacia mí. Las aparté de un empujón y pasé junto a ellas; dio la impresión de que se destruyeran ante mi contacto; pero luego volvieron a levantarse y me siguieron como espectros. Me agarraron con dedos blandos y muertos; miré desesperadamente a mí alrededor; creí ver una figura frente a mí, una figura envuelta en una capa negra. Se giró. Le miré el rostro. Se parecía mucho al pacha. Aunque, si lo era, estaba muy cambiado. La piel se le había vuelto perfectamente lisa y la palidez de su rostro tenía un toque de amarillo lívido y febril. Pero sólo lo vi durante una fracción de segundo.

»- ¡Espera! – le grité-. ¿Qué son esas visiones que estás conjurándome? ¡Espera, te ordeno que esperes!

»Pero la figura se había dado la vuelta y había desaparecido con tanta rapidez que pensé que lo más probable era que se tratara de una fantasía, y me di cuenta de que los otros fantasmas también habían desaparecido y de que me encontraba solo de nuevo. Me detuve y me quedé de pie en la escalera. Todo estaba en silencio. Nada se movía. Di un paso hacia adelante. Y entonces me di cuenta de que no estaba solo.

»Oí su sangre antes de oír los débiles sollozos. Era Claire. La encontré escondida detrás de una de las cómodas. Estaba medio aturdida a causa del miedo. Le pregunté qué había visto. Se negó a contestarme con un movimiento de cabeza. La presioné con la mirada. El terror de la muchacha me estaba excitando. Yo sabía que necesitaba sangre. Las visiones, los sueños que había tenido... sabía que sólo la sangre los mantendría alejados.

«Tendí la mano hacia la garganta de Claire. La toqué y luego me detuve. Podía sentir la vida latiendo muy dentro de ella. Le puse un dedo debajo de la barbilla. Lentamente, guié sus labios hacia los míos. Temblé; cerré los ojos; la besé. Luego volví a besarla. Ella se había abandonado en mis brazos, se había desplomado. La poseí. Jadeé. Claire todavía estaba viva. La envolví en mi disolvente abrazo. Y la inundé de semen.

»-Yo te doy vida -le susurré. Me levanté-. Y ahora vete -le dije-. Y, por el bien de ambos, no vuelvas nunca a intentar verme.

»Claire asintió con los ojos muy abiertos; se alisó la ropa; luego me abandonó sin pronunciar ni una palabra. Ya era casi de mañana.

»Hobhouse vino una hora después para despedirme. Polidori estaba con él. A las ocho ya nos habíamos puesto en camino.

Capítulo XI

Muchas y largas fueron las conversaciones entre lord Byron y Shelley, de las cuales fui una devota pero casi silenciosa oyente. Durante las mismas se discutieron distintas doctrinas filosóficas, entre otras la naturaleza del principio de la vida y si había posibilidad de que alguna vez este principio se descubriera y se comunicara... En ese caso quizá se pudiera reanimar un cadáver; el galvanismo ha dado indicios de cosas como ésa; quizá las partes que componen una criatura se puedan fabricar, ensamblar y dotar de calor vital.

La noche se consumió en esta conversación, e incluso la hora de las brujas pasó antes de que nos retirásemos a descansar. Cuando coloqué la cabeza en la almohada no conseguí dormir, y tampoco puede decirse que pensara. Mi imaginación, sin que la invitase a ello, me poseyó y me guió, dotando a las sucesivas imágenes que se despertaron en mi mente de un realismo que iba mucho más allá de los usuales límites de la fantasía. Vi - con los ojos cerrados, pero con una aguda visión mental- al pálido estudiante de artes impías arrodillado junto a aquella cosa que él mismo había ensamblado. Vi el espantoso fantasma de un hombre tendido, que luego, por obra de alguna poderosa máquina, comenzó a dar señales de vida y a moverse con movimientos incómodos, mitad vitales. Debe de ser espantoso; porque sumamente espantoso sería el efecto de cualquier tentativa humana por imitar el grandioso mecanismo del Creador del mundo...

Mary Shelley, Introducción a *Frankenstein*

–Y así fue como terminó -dijo lord Byron- mi vano intento de vivir como un hombre mortal. – Hizo una pausa; el rostro, mientras observaba a Rebecca, pareció iluminado por una mezcla de desafío y pesar-. A partir de entonces -continuó-, habría de ser yo mismo, un ser solo, sin compañía.

–¿Solo? – Rebecca se abrazó a sí misma. La voz, después de tanto tiempo en silencio, sonó extraña a sus propios oídos-. Entonces, ¿de quién...?

–¿Sí? – le preguntó lord Byron al tiempo que levantaba una ceja con ironía.

–¿De quién...? – Rebecca, completamente atónita, miró el rostro de su antepasado-. ¿De quién soy yo descendiente? – Consiguió decir finalmente

en voz baja-. ¿No soy descendiente de Annabella? ¿Ni de Ada?

—No. — Lord Byron miró más allá de la muchacha, hacia la oscuridad. De nuevo aparecieron en su frente señales de desafío y de dolor-. Ahora no -dijo débilmente.

—Pero...

El vampiro pareció apuñalarla con la mirada.

—¡He dicho que ahora no! — Rebecca tragó saliva; aunque lo intentó, no pudo disimular que tenía el entrecejo fruncido. No era aquella repentina ira lo que la había impresionado, sino más bien el modo en que el enojo parecía haber perturbado a Byron. Después de tanto tiempo, pensó la muchacha, tanto tiempo para que aquel ser se acostumbrara al ser en que se había convertido, la soledad parecía seguir cogiéndole por sorpresa. Y sentía lástima por él; lord Byron, como si le leyera el pensamiento, clavó de pronto la mirada en ella y se echó a reír-. No me insulte -le dijo él. Rebecca arrugó la frente, fingiendo no comprender-. Hay una gran libertad en la desesperación -concluyó lord Byron.

—¿Libertad?

—Sí. — Lord Byron sonrió-. Una vez que se alcanza, incluso la desesperación puede ser un paraíso.

—No lo comprendo.

—Claro. Usted es mortal. ¿Cómo puede saber lo que es estar condenado? Yo sí lo sabía aquella mañana en que abandoné las costas de Inglaterra; y, sin embargo, en cierto modo, la falta de esperanza parecía más dulce, con mucho, de lo que nunca había sido la esperanza. De pie bajo la aleteante vela, contemplé cómo los blancos acantilados de Dover desaparecían detrás de las olas. Me iba al exilio. Me había visto obligado, como un ser maldito, a huir de mi tierra natal. Había perdido a la familia, a los amigos y a todo aquello que había amado. Nunca sería otra cosa más que lo que era: el errante proscrito en que me había convertido mi oscura mente. Pero la desesperación que sentía llevaba, como mi rostro, una sonrisa precavida. — Lord Byron hizo una pausa. Miró profundamente los ojos de Rebecca, como animándola a que intentara comprender. Luego, finalmente, suspiró y miró hacia otra parte, aunque la sonrisa permaneció en su rostro con un toque de mofa, siempre orgullosa-. Permanecí en cubierta. Una y otra vez los blancos acantilados surgían y luego desaparecían. «Soy un vampiro», me dije. El viento ululaba, el mástil vibraba y mis palabras parecieron

perderse en el aliento de la tormenta. Pero no se habían perdido. Porque ellas, igual que yo, pertenecían al rugido de la tempestad. Me agarré a la borda mientras las olas se elevaban y rebotaban como un caballo que reconoce a su jinete. Yo tenía una botella en la mano. Estaba descorchada. Aspiré el aroma del vino mezclado con sangre. Deseé echar la botella al mar. La sangre describiría un arco y se esparciría sobre los vientos; me elevaría con ella y luego me remontaría, tan libre y salvaje como la propia tormenta. Sentí que un júbilo hilarante me llenaba la sangre. Sí, pensé, cumpliría mi promesa, buscaría los secretos de mi naturaleza de vampiro; me convertiría en un peregrino de la eternidad. Lo único que tenía que hacer era cabalgar sobre la tormenta.

»Bebí unos tragos de la botella; luego la levanté, dispuesto a lanzarla a los vientos. La sangre me salpicó la mano. Me puse tenso... y entonces sentí que alguien me rozaba el brazo.

»Milord. – Me di la vuelta para ver quién era-. Milord... -Se trataba de Polidori. Empezó a revolver en una carpeta que llevaba debajo del brazo-. Milord... me preguntaba si querría usted ver la tragedia que he escrito.

»Lo miré fijamente, con fría incredulidad.

»- ¿Una tragedia?

»-Sí, milord -asintió Polidori. Sacó un fajo de papeles-. *Cajetan*, una tragedia en cinco actos, que es la trágica historia de Cajetan. – Comenzó a manosear la carpeta-. Estoy particularmente atascado en un verso que dice así: «Así gimiendo, el poderoso Cajetan...»

»Esperé unos instantes.

»-Bueno -le pregunté luego-, ¿qué es lo que hizo el poderoso Cajetan?

»-Ése es el problema precisamente -me contestó Polidori-. No estoy seguro.

»Me tendió la hoja de papel. El viento se la arrancó de la mano. Me quedé mirando cómo revoloteaba por encima del barco y luego volaba sobre las olas.

»Entonces me volví hacia él.

»-No me interesa su tragedia -le indiqué.

«Polidori, que de por sí ya tenía los ojos saltones, los abrió tanto que dio la impresión de que iban a reventar y a salirse de las órbitas.

»-Milord -farfulló-, realmente creo...

»-No.

»Los ojos volvieron a hinchársele a causa de la indignación que sentía.

»-Usted es poeta -se quejó-. ¿Por qué no puedo serlo yo?

»-Porque yo le pago para que lleve a cabo una investigación médica, no para que pierda el tiempo garabateando esa basura.

»Me giré y me quedé mirando las olas. Polidori chapurreó algunas palabras más; luego le oí darse la vuelta y marcharse. Me pregunté si sería demasiado tarde para mandarlo de vuelta a Inglaterra. Sí, pensé; y suspiré: probablemente ya era tarde.

»Así que intenté con ahínco, en los días que siguieron, mejorar nuestra relación. Polidori era engreído y ridículo, pero también era un hombre brillante dotado de una mente inquieta, y sus conocimientos acerca de las fronteras de la ciencia eran profundos. Mientras viajábamos hacia el sur, tuve ocasión de preguntarle sobre las teorías de la naturaleza de la vida, de la creación y de la inmortalidad. En estos temas, por lo menos, Polidori era un experto con un gran bagaje. Conocía los últimos experimentos sobre la búsqueda de células que se reprodujeran interminablemente, y del potencial -él no utilizaba jamás ninguna palabra más fuerte- para la espontánea generación eléctrica de la vida. A menudo hablaba de textos que yo había tenido oportunidad de ver en el laboratorio del pacha. Empecé a hacerme preguntas acerca de aquellos libros. ¿Por qué habría mostrado el pacha tanto interés por el galvanismo y por la química? ¿Acaso habría estado buscando él también una explicación científica a su inmortalidad? ¿Habría estado buscando un principio de la vida? ¿Un principio que, una vez encontrado, pudiera obviar la necesidad de sobrevivir a base de sangre? Si ése había sido el caso, entonces quizá lady Melbourne hubiera estado en lo cierto, al fin y al cabo, cuando me dijo que yo tenía más en común con el pacha de lo que nunca habría podido imaginar.

»Una o dos veces, como ya me había ocurrido con anterioridad en Londres, imaginé que lo veía. Era tan sólo un debilísimo atisbo, en el cual el rostro del pacha, igual que antes, tenía un febril brillo amarillento. Pero nunca tuve la sensación, que yo sabía que podía tener, de estar cerca de otra criatura de mi especie. De todos modos, tenía la certeza de que el pacha estaba muerto. Empecé a preguntarle cosas a Polidori acerca del funcionamiento de la mente, de las alucinaciones y de la naturaleza de los sueños. Y de nuevo las teorías de Polidori me resultaron atrevidas y profundas. Había escrito una tesis, me explicó, sobre el sonambulismo. Se

ofreció a hipnotizarme. Me eché a reír y accedí a ello, pero los ojos mortales de Polidori no pudieron dominar los míos. Por el contrario, fui yo quien invadió el cerebro de Polidori. Apareciendo en sus pensamientos, le musité que abandonase la poesía y que mostrase el debido respeto a su patrono. Cuando despertó, la reacción de Polidori fue un prolongado mal humor.

»-Maldita sea -masculló-, insiste usted en enseñorearse incluso del subconsciente.

»Durante el resto del día apenas pronunció alguna palabra más. En cambio -y a propósito- estuvo trabajando sin descanso en la tragedia.

»Por aquel entonces estábamos en Bruselas. Yo tenía ganas de ver los campos de Waterloo, donde se había librado la gran batalla un año antes. La mañana siguiente a la que dio comienzo su estado de malhumor, Polidori se encontraba lo suficientemente recuperado como para acompañarme.

»- ¿Es cierto, milord -me preguntó mientras íbamos de camino-, que le gusta que se le conozca como el Napoleón de la rima?

»-Eso es lo que me han llamado otras personas. – Lo miré fugazmente-. ¿Por qué, Polidori? ¿Por eso viene usted conmigo ahora? ¿Para verme en Waterloo?

«Polidori asintió, muy rígido.

»-Ciertamente, milord, me parece que no le han desafiado como poeta desde hace demasiado tiempo. Creo... -aquí tosió-. No, estoy convencido de que mi tragedia puede resultar un Wellington para usted.

»De nuevo me eché a reír, pero no le contesté porque ya empezaba a percibir el olor de la sangre rancia. Seguí avanzando a medio galope. Delante de mí, las colinas suavemente onduladas parecían estar desiertas y en calma. Sí, volví a percibir aquel olor; el olor a muerto se notaba denso en el aire.

»- ¿Es éste el lugar exacto de la batalla? – pregunté dirigiéndome a nuestro guía. Éste asintió. Miré a mí alrededor y luego seguí adelante al galope. El barro absorbía el sonido de los cascos de mi caballo, y al ser removido daba la impresión de rezumar sangre. Cabalgué hasta donde Napoleón había acampado el día de su fatídica derrota. Permanecí sentado en mi silla y contemplé aquella llanura de calaveras.

»Los campos de maíz se mecían movidos por la suave brisa. Imaginé que susurraban mi nombre. Sentí que una extraña liviandad me invadía y

seguí cabalgando en un intento de sacudírmela de encima. Al hacerlo, el barro sobre el que pasaba parecía absorber los golpes cada vez más. Continué al galope hacia una extensión de hierba. El barro seguía rezumando. Miré hacia abajo. Entonces vi que la hierba se estaba tiñendo de un tono rojizo. Allí donde pisaba mi caballo, burbujas de sangre empezaban a brotar de la tierra.

»Miré a mi alrededor. Estaba solo. No había ni rastro de los otros jinetes, y el cielo aparecía de pronto de un color púrpura oscuro. Todos los sonidos habían caído y se habían apagado: los pájaros, los insectos, el roce del maíz. El silencio, como el cielo, estaba frío y muerto. En la extensa llanura no se movía ni un solo ser viviente.

»Y entonces, desde detrás de las crestas de una cordillera lejana, me llegó muy débilmente un sonido. Era el redoble de un tambor. Se calló y luego, con más fuerza que antes, comenzó de nuevo. Guíé a mi caballo hacia adelante. El redoble del tambor se hizo más rápido. Mientras yo cabalgaba hacia la cordillera, el redoble parecía resonar en el cielo. Llegué a la cima de la cordillera. Allí tiré de las riendas de mi caballo. Permanecí sentado en la silla mirando fijamente la escena que tenía debajo.

»De los campos manaba sangre, como si el suelo fuera una venda que cubriese una herida imposible de restañar. La tierra empezó a fundirse y a mezclarse con los charcos de sangre, y en toda la extensión del campo de batalla se empezaron a formar grumos de tierra sanguinolenta. Reconocí varias formas humanas que salían tambaleándose de las tumbas que las contenían. Se fueron colocando en hileras y distinguí los jirones descompuestos en que se habían convertido los uniformes. Estaba viendo batallones, regimientos, ejércitos de muertos. Hicieron frente a mi mirada con ojos idiotizados. Tenían la piel pútrida, la nariz se les había caído, los cuerpos aparecían rancios y malolientes, mezclados con la sangre y el lodo. Durante unos segundos todo permaneció en calma. Luego, como movidos por una sola mente, los soldados dieron un paso hacia adelante. Se quitaron los sombreros. Con terrible lentitud comenzaron a agitarlos en el aire, saludándome.

»-*Vive l'empereur* -gritaron-. ¡Viva nuestro emperador...! ¡El emperador de los muertos!

»Me giré sobre la silla. Recordé la última noche que había pasado en la casa de Picadilly. Estaba seguro de que lo que tenía delante era una visión

como la de aquella noche, que yo había conjurado. Busqué la criatura que tenía la forma del pacha. La vi, montada a caballo, y su silueta se recortaba contra el cielo púrpura. Me estaba mirando.

»- ¿Pacha Vakhel? – le pregunté en voz baja. Entorné los ojos-. ¿Es posible que sea usted?

«Levantó el sombrero e imitó el saludo de los soldados muertos. Empezó a galopar alejándose de mí, pero lo seguí con intención de destruirlo y volver a recuperar así el control de mi sueño. La criatura se dio la vuelta. Tenía una expresión de sorpresa reflejada en la cara. De pronto, antes incluso de que yo lo hubiera visto moverse, sentí sus dedos alrededor de mi garganta. Me vi sorprendido por su fuerza. Hacía mucho tiempo que no me enfrentaba a un ser con poderes como los míos. Luché contra él. De nuevo vi que la sorpresa y la duda cruzaban por el rostro del pacha. Sentí que se debilitaba. Le rajé el rostro. Él se tambaleó hacia atrás y rodó por el suelo. Avancé hacia él. En aquel momento oí un grito.

»Me di la vuelta. Polidori me observaba. Sin dejar de mirarme fijamente a los ojos, volvió a gritar. Miré hacia el lugar en el que había caído el pacha. Había desaparecido. Lancé un juramento en voz baja. Podía oír de nuevo a los Pájaros, y al mirar hacia el campo de batalla vi que solamente había hierba y cosechas sin pisotear.

»Me di la vuelta y miré a Polidori. Seguía dormido, gimiendo y retorciéndose en el suelo. Nuestros sirvientes venían hacia él. Bien, pensé. Le hacían falta. Hice dar media vuelta a mi caballo y atravesé el campo de batalla. Unos campesinos me ofrecieron espadas rotas y calaveras. Les compré unas cuantas. Por lo demás, seguí cabalgando solo, meditando sobre la caída de Napoleón y la fatídica fugacidad de la mortalidad.

»En el viaje de vuelta a Bruselas, Polidori continuó mirándome en silencio. Tenía la mirada recelosa y llena de miedo. Decidí ignorarlo. Hasta que más tarde, aquella misma noche, después de matar y alimentarme, y cuando estaba caliente por la sangre, me enfrenté a él. Polidori estaba dormido. Lo desperté bruscamente. Lo cogí con fuerza por la garganta. Le advertí que nunca más volviera a leer mis sueños.

»-Lo vi en trance -dijo Polidori con la voz quebrada-. Me pareció que podía ser interesante leerle los pensamientos. La verdad es que -añadió hinchando el pecho- como médico suyo creí que era mi deber hacerlo.

»Le pasé el dedo por la mejilla.

»-No vuelva a intentarlo -le susurré.

«Polidori me miró agresivamente.

»- ¿Por qué no, milord? – me preguntó-. ¿Cree que mi mente no es igual que la suya?

«Sonreí.

»-No -le dije bajando la voz. Polidori abrió la boca para decir algo, pero cuando vio mis ojos se le puso el rostro muy pálido y sólo acertó a emitir un sonido ininteligible. Después bajó la cabeza. Se dio la vuelta y se marchó. Yo confiaba en que hubiera comprendido.

»Sin embargo, no había manera de refrenar su vanidad. Polidori continuó meditando.

»- ¿Por qué -me preguntó unos días después- le saludaron los soldados como su emperador?

»Le miré sorprendido y luego sonreí fríamente.

»-Sólo fue un sueño, Polidori.

»- ¿Lo fue? – Los ojos se le abultaron y asintió con la cabeza, lleno de excitación-. ¿Lo fue?

»Desvié la vista y miré al exterior por la ventanilla del carruaje para admirar la belleza del Rin. Le aconsejé a Polidori que hiciera lo mismo. Durante unos kilómetros así lo hizo. Seguimos viajando en silencio. Luego Polidori comenzó a señalarme con el dedo.

»- ¿Por qué a usted? – volvió a estallar-. ¿Por qué? – Se dio unas palmadas en el pecho-. ¿Por qué no yo? – Lo miré y me eché a reír. Polidori se atragantó de tan furioso como estaba; luego tragó saliva e intentó guardar la compostura-. Le ruego que me diga, milord: ¿qué puede hacer usted que yo no pueda hacer mejor?

»Sonreí débilmente.

»- ¿Aparte de escribir un tipo de poesía que se vende? – Me incliné hacia adelante-. Tres cosas. – Cogí una pistola y la amortillé. Polidori se encogió al ver lo que hacía-. Puedo darle al agujero de una cerradura a treinta pasos. – Luego le señalé el Rin-. Puedo atravesar ese río a nado. Y en tercer lugar... -Le coloqué el cañón de la pistola debajo de la barbilla. Le capturé los ojos y le invadí la mente. Conjuré una imagen para él, una imagen de él mismo sujeto y desollado sobre su propia mesa de disección. Vi cómo el color huía del rostro de Polidori. Me eché a reír y me recosté en

el asiento-. En tercer lugar -repetí-, como usted mismo acaba de ver... puedo llenarle de terror hasta volverle loco. Así que, doctor, no me tiene.

»Polidori permaneció sentado, boqueando en busca de aire. Volvimos a quedar en silencio. No dijo nada hasta que el carruaje se detuvo para pernoctar. Entonces, mientras salíamos del carruaje, me miró.

»- ¿Por qué había de ser usted emperador? – me preguntó-. ¿Por qué habían de aparecérselo a usted los muertos?

El resentimiento y la envidia le oscurecían el rostro. Luego dio media vuelta y se alejó a toda prisa hacia el interior de la posada.

»Le dejé marchar. Las preguntas que me había hecho eran buenas, desde luego. Heredero del pacha, me había llamado lady Melbourne; y el pacha había sido algo muy Parecido a un rey. Yo no quería un poder así, los tiempos de los reyes habían pasado, y aunque fuera un vampiro sabía valorar la libertad. Pero los muertos de Waterloo me habían rendido homenaje. ¿Habrían sido conjurados a modo de mofa? ¿Y quién lo habría hecho? ¿El propio pacha? El pacha estaba muerto, estaba completamente seguro de ello; yo mismo le había atravesado el corazón. Lo había sentido morir, sabía que había sido así.

»No podía ser, pues, su rostro el que yo había visto en Picadilly, o el que, lívido y pálido, había visto recortado en el cielo de Waterloo. Empecé a ser precavido con mis pensamientos. No estaba dispuesto a permitir que nadie se apoderara de ellos de nuevo. Si había alguna criatura que quisiera desafiarme, que así fuese; pero dudaba de que sus poderes pudieran igualarse a los míos. Continuamos nuestro viaje, pasamos por Drachenfells y entramos en Suiza. Los Alpes, invernales y extensos, se alzaban ante nosotros. Durante este tiempo no vi nada extraño. Ningún ser invadió mis sueños. La criatura -fuera lo que fuese- parecía haberse quedado atrás. Estaba complacido, pero no sorprendido. Recordé cuando le había rajado la cara en Waterloo. Habría sido estúpido atreverse a seguir conteniendo conmigo. Al acercarnos a Ginebra empecé a relajarme.

Lord Byron hizo una pausa.

–Cosa que resultó ser un error por mi parte, desde luego.

Rebecca aguardó.

–¿El pacha? – preguntó al rato.

–No, no. – Lord Byron negó con la cabeza-. No, fue un susto por un motivo completamente diferente. Llegamos al Hotel d'Angleterre. Me apeé

del carruaje y entré en el vestíbulo. Al hacerlo noté que flotaba en el ambiente cierto aroma. Me resultaba conocido, mortal, irresistible. Me quedé helado y miré a mí alrededor con la vana esperanza de ver a Augusta. Pero allí sólo estaban Polidori y el personal del hotel. Firmé el registro distraídamente. Edad, pedía. De pronto sentí una terrible y cansada desesperación. Cien años, escribí. Luego me retiré a mi habitación tratando de que se me vaciara la mente. Pero era imposible. Por todas partes flotaba el penetrante olor a sangre dorada.

»Una hora después me enviaron una nota a la habitación. Rompí el lacre y la abrí. «Mi queridísimo amor -decía-, siento que hayas envejecido tanto, aunque sospechaba que tendrías ya doscientos años a juzgar por la lentitud de tu viaje. Estoy aquí en compañía de Mary y de Shelley. Espero que tengamos oportunidad de verte pronto. Ciertamente, tengo muchas cosas que contarte. Pero, por ahora, que el cielo te envíe un dulce sueño. Estoy muy contenta.» Estaba firmado simplemente «Claire».

»- ¿Malas noticias? – me preguntó Polidori con su habitual falta de tacto.

»-Sí -respondí lentamente-. Podría decirse que sí.

«Polidori sonrió mostrando los dientes.

»-Oh, vaya -dijo.

«Conseguí evitar a Claire durante dos días. Pero me acosaba enviándome notas todo el tiempo, y yo sabía que al final daría conmigo. Al fin y al cabo había atravesado media Europa para estar a mi lado, y por lo tanto estaba claro que su locura no podía negarse. Finalmente me encontró una tarde, mientras yo estaba remando en el lago con Polidori. Se detuvo para esperarme, con dos acompañantes a su lado. Estaba atrapado. Al acercarme a ella el perfume se hizo cada vez más intenso en mis orificios nasales. Abandoné precipitadamente la barca y me acerqué despacio a Claire. Ésta me tendió la mano y yo se la cogí, aunque de mala gana; se la besé. Al hacerlo me sentí mareado, puesto que me invadió la sed de sangre. Dejé caer apresuradamente la mano de Claire y le di la espalda... a ella y al feto de nuestro hijo nonato.

»- ¿Lord Byron?

»Uno de los dos acompañantes de Claire se había adelantado para saludarme. Miré su cara. Era un rostro delicado y pálido, enmarcado por

largos cabellos dorados: el rostro de un poeta; casi, pensé, el rostro de un vampiro.

»- ¿Señor Shelley? – inquirí. Él asintió-. Me alegro mucho de conocerle -le dije estrechando la mano que me ofrecía. Luego miré al tercer miembro del grupo. Shelley, siguiendo mi mirada, cogió del brazo a su acompañante. La acercó ligeramente hacia mí.

»-Ya conoce usted a Mary, según creo, la hermana de Claire.

«Sonreí y asentí.

»-Sí, conozco a su esposa.

»-No es mi esposa.

»Miré fijamente a Shelley, con sorpresa.

»-Oh, le pido disculpas. Pensaba...

»-Shelley no cree en el matrimonio -comentó Mary.

»Shelley me sonrió con timidez.

»-Tengo entendido que usted tampoco dedica mucho tiempo al estado marital.

»Me eché a reír y así se rompió el hielo. Claire corrió hacia mí, enfadada porque la había estado ignorando, e intentó cogerme del brazo, pero me aparté y la rechacé.

»-Venga usted a cenar conmigo esta noche -le susurré a Shelley al oído-. Pero no traiga a Claire.

»Y luego, haciendo una inclinación de cabeza a las dos hermanas, regresé a la barca.

«Shelley, efectivamente, vino a cenar aquella noche, y acudió solo. Estuvimos hablando hasta el amanecer. Su conversación me cautivó. Era un infiel incorregible. No era sólo el matrimonio lo que condenaba: condenaba también a los curas, a los tiranos e incluso a Dios.

»-Éste es el invierno del mundo -me dijo-. Todo está gris y cargado de cadenas. – Pero en esa afirmación no había desesperanza; al contrario, su fe en el futuro ardía como una llama, y yo, que había olvidado lo apasionada que puede ser la esperanza, le estuve escuchando extasiado. Shelley tenía fe en la humanidad; creía que ésta podría alcanzar un estado más elevado. Me burlé de él, por supuesto, porque muchas de las especulaciones que hacía trataban de cosas de las que era imposible que tuviera algún conocimiento. Sin embargo, me intrigó cuando se puso a hablar de abrirle la mente al universo, de que él tensaba sus propias percepciones como las cuerdas de

una lira, de manera que sus sensaciones visionarias se incrementaban inmensurablemente-. Hay fuerzas extrañas en el mundo -me dijo- que resultan invisibles para nosotros, pero que a pesar de todo son tan reales como usted y yo.

»Sonreí.

»- ¿Y cómo establece contacto con esas fuerzas? – le pregunté.

»-A través del terror -repuso Shelley-. Del terror y del sexo. Ambos pueden servir para abrir la puerta **al** mundo de lo desconocido.

»Mi sonrisa se hizo más amplia. Miré a Shelley a los ojos. De nuevo pensé que sería un vampiro muy hermoso.

«Decidí que me quedaría en Suiza. Shelley y sus acompañantes se habían instalado en una casa junto al lago. Alquilé una gran villa a unos doscientos metros de distancia de ellos... distancia a la cual el aroma del vientre de Claire se debilitaba. Claire seguía mostrándose inoportuna y había ocasiones en que se negaba a mantenerse alejada de mí. La mayor parte del tiempo, sin embargo, conseguía esquivarla con éxito y mantenía a raya la, para mí, tortura que llevaba en su carne. A Shelley, desde luego, lo veía a todas horas. Paseábamos en barca, cabalgábamos y nos quedábamos hablando hasta altas horas de la noche.

»Al cabo de unas semanas el tiempo empezó a empeorar notablemente. Había nieblas interminables, tormentas y densas lluvias. Nos quedamos en mi villa día y noche. Por las noches nos reuníamos en la sala delantera. En la chimenea gigante ardía un resplandeciente fuego, mientras en el exterior el viento aullaba por encima del lago y hacía vibrar el vidrio de los balcones. A menudo nos situábamos de pie junto a ellos y contemplábamos el juego de los relámpagos sobre los helados picos de las montañas. Aquella vista me inspiraba renovadas preguntas acerca del galvanismo y de la electricidad, y de si existía un principio de vida. A Shelley también le fascinaban esos temas; en Oxford, por lo visto, incluso había llevado a cabo algunos experimentos.

»- ¿Con éxito? – le pregunté.

»Shelley se echó a reír y negó con la cabeza.

»-Aunque sigo creyendo que quizá sea posible generar vida -dijo-. Es posible que se pueda reanimar u_n cadáver.

»-Oh, sí -dijo Polidori, entrometiéndose en la conversación-, lord Byron lo sabe todo acerca de eso, ¿no es cierto, milord? – Se le empezó a contorsionar el rostro con varios tics-. Es el emperador de los muertos -añadió con desprecio. Sonreí ligeramente y lo ignoré. Polidori estaba celoso de Shelley. Tenía buenos motivos. Shelley y yo continuamos hablando. Después de unas cuantas interrupciones más, Polidori nos lanzó un improperio y se apartó de nosotros. Sacó la tragedia que había escrito y empezó a leer en voz alta. Oí la risita de Claire. Polidori interrumpió la lectura y se sonrojó. Miró por toda la habitación. Todos guardamos silencio-. Oiga -dijo Polidori de pronto apuntando hacia Shelley-. Mi poema, ¿qué le parece a usted?

»Shelley permaneció en silencio durante un momento.

»-Creo que es usted un médico excelente -dijo finalmente.

«Polidori se puso a temblar.

»- ¿Me está usted insultando? – quiso saber con voz ronca y trémula.

»Shelley pareció sorprendido.

»-No, Dios me libre -dijo. Se encogió de hombros-. Pero me temo que, en mi opinión, su poema no vale mucho.

»Polidori arrojó violentamente al suelo el manuscrito.

»-Exijo una satisfacción -gritó. Avanzó hacia Shelley-. ¡Sí, señor, exijo una satisfacción!

»Shelley estalló en carcajadas.

»-Oh, por el amor de Dios, Polidori -le dije yo con voz pausada-. Shelley es pacifista. Si quiere usted batirse en duelo, hágalo conmigo.

»Polidori me echó una ojeada.

»-Se burla usted de mí, milord.

» Sonreí.

»-Sí, así es.

»De pronto Polidori dejó caer los hombros. Alicaído, se volvió hacia Shelley.

»- ¿En qué le parece que falla mi poema?

»Shelley se quedó pensando. En aquel momento un relámpago cruzó el Jura y toda la sala se iluminó con su resplandor.

»-La poesía -le dijo Shelley mientras el eco del trueno se apagaba- debe ser... -Hizo una pequeña pausa-. Debe ser una chispa de fuego, una

descarga eléctrica que dé vida a un mundo muerto, y que le abra los ojos que han estado cerrados durante mucho tiempo.

»Le sonreí.

»- ¿Como el terror, entonces?

»Shelley asintió con los ojos muy abiertos y solemnes.

»-Sí, desde luego, Byron, como el terror.

»Me puse en pie.

»-Tengo una idea -dije-. Intentemos ver si la teoría de Shelley es acertada.

»Mary me miró con el entrecejo fruncido.

»- ¿Cómo? – preguntó-. ¿Qué quiere decir?

»Me acerqué a un estante y levanté un libro.

»Voy a leer historias de fantasmas -les expliqué-. Y después cada uno de nosotros contará una historia que conozca.

«Recorrí la habitación atenuando las luces. Sólo Shelley me ayudó a hacerlo. Polidori miraba con altivez, mientras Claire y Mary se mostraban indecisas y temerosas. Los reuní a todos a mí alrededor y nos sentamos junto al fuego. Cuando empecé, se oyó el satisfactorio rugido de un trueno en el exterior. Aunque a mí no me hacía ninguna falta la tormenta: tan sólo con mi voz, lo sabía con toda certeza, podría arrojar un manto de miedo. A los demás les parecía que yo estaba leyendo del libro, pero, naturalmente, no tenía necesidad de él; los cuentos de horror que les conté eran míos. Hubo dos relatos que redacté aquella noche. En el primero, un amante abrazaba a su flamante esposa, la besaba y sentía que ella se convertía en el cadáver de todas las muchachas a las que él había traicionado. Y en el segundo...

Lord Byron hizo una breve pausa y dirigió una sonrisa a Rebecca.

–El segundo contaba la historia de una familia. Su fundador, a causa de sus pecados, estaba condenado a dar el beso de la muerte a todos sus descendientes. – Lord Byron hizo otra pausa-. A todos los que llevaran su misma sangre. Sí -asintió al ver que Rebecca se quedaba paralizada en el sillón-, recuerdo que a Claire le agradó mucho ese relato. Empezó a apretarse el vientre de la misma forma en que lo había hecho Bell. Y entonces... bueno, el aroma que producía el terror de Claire me animó. Les conté mi propia historia, disfrazada, naturalmente, la historia de dos amigos que viajan a Grecia y lo que allí le ocurre a uno de ellos. Cuando terminé el

relato reinaba el silencio. Advertí con placer hasta qué punto Shelley parecía estar afectado. Tenía los ojos fijos en algún punto y muy abiertos, casi salidos de las cuencas por la convulsión de los músculos, hasta el punto que parecían dos globos oculares que acabaran de ser colocados en una máscara. El cabello le resplandecía y tenía tal palidez en el rostro que era casi tan brillante como una luz.

»- ¿Y eso no es más... que un relato? – preguntó finalmente.

«Levanté una ceja.

»- ¿Por qué lo pregunta?

»-Por el modo en que lo ha contado. – Se le abrieron los ojos aún más-. Parecía como si... bueno, como si encerrase una horrible verdad.

»Sonreí, pero al abrir la boca para responderle, Polidori se me adelantó.

»- ¡Ahora me toca a mí! – Dijo poniéndose en pie de un salto-. Pero las aviso, señoras -añadió con una galante inclinación de cabeza hacia Mary y Claire-, puede que se les hiele la sangre.

»Se colocó en posición con una vela, se aclaró la garganta y empezó. La historia era ridícula, desde luego. Una mujer, por alguna razón no explicada, llevaba una calavera por cabeza. Tenía la costumbre de espiar por el ojo de las cerraduras. Algo sorprendente le ocurrió, no recuerdo qué. Al final, Polidori se atascó e hizo que la mujer terminara en una tumba, de nuevo por algún motivo que no acerté a ver. La velada, que antes se había visto electrizada por el miedo, cayó en la hilaridad.

»De pronto, en el punto más alto de nuestras risas, Mary lanzó un grito. Las puertas del balcón se abrieron de golpe, el viento irrumpió en la sala y todas las velas se apagaron. Mary volvió a gritar.

»- ¡No ocurre nada! – gritó Shelley apresurándose a cerrar las ventanas-. ¡No es más que la tormenta!

»-No -dijo Mary-. Hay algo en el balcón. Lo he visto claramente. – Fruncí el entrecejo y salí con Shelley al balcón. Estaba vacío. Intentamos escudriñar en la oscuridad, pero la lluvia barría el lago hacia nosotros y nos cegaba. Tampoco pude oler nada-. Pues yo he visto una cara -insistió Mary mientras nos disponíamos a encender de nuevo las velas-. Espantosa, maligna.

»- ¿Era pálida? – le pregunté-. ¿Tenía los ojos ardientes?

»-Sí. – Mary movió la cabeza a ambos lados-. No. Tenía los ojos... -Me miró-. Tenía los ojos, Byron, como los de usted.

»Shelley me miró fugazmente. Tenía una expresión extraña. De pronto me eché a reír.

»- ¿Qué sucede? – preguntó Shelley.

»-Parece probada su teoría -le dije-. Mírenos. Todos nos hemos puesto nerviosos. Polidori, le felicito. – Polidori sonrió e hizo una inclinación de cabeza-. Su historia puede que no haya sido tan risible como yo había creído. Parece que todos estemos alucinando.

»-No me lo he imaginado -insistió Mary-. Hay alguna... cosa... ahí fuera.

»Shelley se acercó a ella y le cogió la mano. Pero no dejó de mirarme fijamente todo el tiempo. Estaba temblando.

»-Quiero irme a la cama -dijo Claire en voz baja.

»La miré.

»-Bueno.

»Claire se levantó y miró por toda la habitación. Luego salió corriendo.

»- ¿Shelley? – le pregunté.

»Éste arrugó el entrecejo. Aquel pálido rostro estaba bañado en sudor.

»-Aquí hay algún poder -dijo-, una horrible sombra de poder invisible.

«Comprendí que se iba hundiendo cada vez más profundamente en la oscuridad de mis ojos. Le leí el pensamiento y vi lo enamorado que estaba del éxtasis de su propio miedo. Como la luz de la luna en un mar tempestuoso, tendí sobre su alma los destellos de un mundo más remoto. Se estremeció, dando la bienvenida a su terror a medida que éste aumentaba. Se volvió hacia Mary en un intento de calmar su propio miedo. Pero no iba a escapar tan fácilmente. De nuevo mi poder le invadió la mente. Cuando Shelley miró a Mary, la vio desnuda y sus costados aparecían pálidos, espantosos y deformes; en vez de pezones tenía ojos cerrados, que de pronto se abrieron; brillaron como los de un vampiro, burlándose de él, llamándole. Shelley emitió un agudo grito y luego se quedó mirándome. La piel del rostro se le había contraído en incontables arrugas, líneas de un terror que no podía contener. Puso la cabeza entre las manos y salió corriendo de la sala. Polidori me miró y echó a correr tras él.

»Mary se puso en pie.

»-Esta velada ha sido demasiado fuerte para todos -dijo tras una larga pausa. Miró al exterior, hacia la noche-. Confío en que podamos quedarnos a dormir aquí.

» Asentí.

»-Desde luego. – Luego le dirigí una sonrisa-. Tiene que hacerlo de todas formas. Todavía no hemos tenido ocasión de oír su relato.

»-Lo sé. Pero a mí se me da muy mal inventar. De todas formas, intentaré pensar en algo.

»Hizo una inclinación de cabeza y se giró dispuesta a irse.

»-Mary -la llamé.

»Se dio la vuelta y me miró.

»-No se preocupe por Shelley. Se pondrá bien.

»Mary continuó mirándome a los ojos. Sonrió ligeramente. Luego, sin decir nada, me dejó solo.

»Me quedé en el balcón. La lluvia había cesado, pero la tormenta era aún muy violenta. Me puse a olfatear el viento en un intento de localizar la cara que Mary aseguraba haber visto. Pero no encontré nada. Lo más probable era que se lo hubiese imaginado. Sin embargo, pensé que resultaba extraño que su alucinación se pareciese tanto a la mía. Me encogí de hombros. Había sido una noche sorprendente y embriagadora. Volví a mirar con atención hacia afuera, al fragor de la tormenta. A lo lejos, las montañas brillaban como colmillos, y, a pesar de que estaba oculta detrás de las nubes, yo sabía que había luna llena. El conocimiento de mi propio poder me gritaba en la sangre. Desde la distante ciudad de Ginebra, un reloj dio las dos. Me di la vuelta, entré en la sala y cerré las puertas del balcón. Luego, sin hacer ruido, atravesé la villa hasta la habitación de los Shelley.

«Estaban en la cama, desnudos y pálidos, el uno en brazos del otro. Mary dejó escapar un gemido cuando mi sombra pasó sobre ella; se dio la vuelta entre sueños; Shelley también se removió, de manera que el rostro y el pecho le quedaron vueltos hacia mí. Me quedé de pie a su lado. ¡Qué hermoso era! Como un padre que acaricia las mejillas de su hija dormida, decidí explorar sus sueños. Eran bonitos y extraños. Nunca antes había conocido yo a un mortal como aquél. Me había hablado de que deseaba el poder secreto, el poder del mundo que yace más allá del hombre, y la mente de Shelley, yo estaba seguro de ello, se lo merecía. Aquella noche, abajo, en el salón, le había concedido un atisbo de lo que se encontraba más allá de la mortalidad. Pero aún podía darle más: podía crearlo a mi imagen, podía darle la existencia para la eternidad.

»De pronto sentí un dolor desesperado. ¡Cómo anhelaba tener un compañero de mi especie a quien pudiera amar! Seríamos vampiros, cierto, y estaríamos separados de todo el mundo, pero no desgraciados y solos como me encontraba yo. Me incliné mucho sobre la forma durmiente de Shelley. No sería un pecado convertirlo en un ser semejante a mí. Era vida lo que le daría, y la vida, al fin y al cabo, era el don de Dios. Le puse la mano en el pecho. Sentí el latido de un corazón que esperaba abrirse a mi beso. No. No sería un esclavo lo que iba a crear, ni un monstruo, sino un amante para siempre. No. Ni culpa ni pecado. Recorrí con un dedo el pecho de Shelley.

»Éste no se movió, pero Mary volvió a gemir, como luchando por despertar de algún terrible sueño. La miré; luego dirigí la vista más allá de ella y, lentamente, levanté los labios que tenía puestos sobre el pecho de Shelley.

»El pacha me estaba mirando. Estaba de pie junto a la puerta envuelto en las sombras; tenía el rostro inexpresivo, liso y pálido. Sin embargo, sus ojos parecían penetrar mi alma como la luz. Luego dio media vuelta y desapareció. Me alcé de la cama de Shelley y fui tras el pacha.

»Pero se había ido. La casa parecía estar vacía y no se notaba ningún perfume en el aire que delatara su presencia. Entonces una puerta golpeó violentamente y oí el viento aullar en el pasillo. Eché a correr a lo largo de él. La puerta que había al fondo se movía a causa del vendaval. Detrás se encontraba el jardín. Pasé al exterior y busqué a mi presa. Todo estaba oscuro y revuelto por la tormenta. Entonces, al apuñalar un relámpago las cumbres de las montañas, vi una forma negra iluminada que se recortaba contra las olas del lago. Me apresuré sobre el viento hacia la orilla. Al acercarme a la forma oscura, ésta se dio la vuelta hacia mí y me miró. Todavía tenía el rostro resplandeciente y dotado de un brillo amarillento, y sus facciones parecían aún más crueles de lo que yo las recordaba. Pero era él. Ahora estaba seguro. Era él.

»- ¿De qué profundidades del infierno, de qué abismo imposible ha vuelto? – El pacha sonrió, pero no dijo nada-. Maldito sea, maldito sea por siempre, por aparecer de nuevo... -Pensé en Shelley, que seguía dormido en la cama-. ¿Me negará un compañero? ¿Acaso yo no puedo crear, como usted me creó a mí? – La sonrisa del pacha se hizo más amplia. Tenía los dientes amarillos, insoportablemente sucios. El enojo, tan fiero como el

viento que soplaba a mis espaldas, me empujó hacia adelante. Sujeté al pacha por la garganta-. Recuerde -le susurre que soy creación suya. Por todas partes veo dicha, de la cual sólo yo estoy excluido. Yo era humano; y usted me ha convertido en un demonio. No se burle de mí por desear la felicidad, ni intente frustrar mis ilusiones cuando la busco. – El pacha seguía sonriendo irónicamente. Le apreté más la garganta-. Déjeme -susurré-, creador mío, y por ello mi eterno enemigo.

»El cuello del pacha se quebró a causa de mi apretón. La cabeza se le ladeó y la sangre empezó a manarle de la garganta y a caer sobre mis manos. Dejé caer el cadáver al suelo. Lo miré fijamente y vi que ahora el pacha tenía el rostro de Shelley. Me incliné a su lado. Lentamente, el cadáver se incorporó y se acercó a mí. Me besó en los labios. Abrió la boca. Su lengua era un gordo y blando gusano. Retrocedí. Vi que había estado besando los dientes de una calavera.

»Miré hacia otra parte, y cuando de nuevo dirigí la vista hacia abajo el cadáver había desaparecido. Oí una risa salvaje que resonaba en lo más profundo de mi mente. Miré frenéticamente a mí alrededor. Estaba solo en la orilla, pero la risa iba aumentando de intensidad, hasta que el lago y las montañas parecieron hacerse eco de ella y creí que acabaría por ensordecirme. Pero llegó a su punto culminante y luego se apagó, y en ese preciso momento el cristal de las ventanas del balcón se hizo pedazos, las puertas se abrieron con violencia y libros y papeles se esparcieron a causa del viento. Como una plaga de insectos fueron barridos por el césped del jardín hacia la orilla donde me encontraba de pie; revoloteaban y se posaban en el suelo a mí alrededor, quedaban atrapados en el barro o se hundían lentamente en las aguas del lago. Cogí un libro que, empapado, había quedado a mis pies. Leí el título: *El galvanismo y los principios de la vida humana*. Lo recordaba muy bien. Yo había leído ese mismo título en la biblioteca de la torre del pacha. Recogí más libros, más hojas diseminadas: los restos de la biblioteca que había traído conmigo. Los apilé en un montón sobre los guijarros de la orilla. Cuando la tormenta amainó, encendí una hoguera. Sin apenas fuerza, la pira empezó a arder. Al salir el sol salió a saludarlo un penacho de humo negro que atravesaba el lago.

Lord Byron hizo una pausa. Rebecca lo miró fijamente.

–No lo comprendo... -dijo por fin.

Lord Byron cerró los ojos.

–Me sentía burlado -dijo en tono pausado.

–¿Burlado?

–Sí... mis esperanzas habían sido sometidas a burla.

Rebecca enarcó las cejas.

–¿Se refiere a su búsqueda del principio de la vida?

–¿Ve lo vacías y melodramáticas que suenan siempre esas palabras? – dijo lord Byron sonriendo amargamente. Movi6 la cabeza de un lado a otro-. Sin embargo, yo habí6 creído que estaba exento. Era un vampiro, al fin y al cabo. ¿Quién era yo para decir lo que era imposible? Pero aquella mañana, de pie junto al lago, mientras se esparcían las cenizas de mi hoguera de libros, lo único que sentí fue impotencia. Tenía grandes poderes, sí, pero ahora sabía que había otros con poderes aún mayores, y más allá de nosotros, insondable, el universo. ¿Cómo podía albergar esperanzas de encontrar el inicio de la vida? Era una ambición sin esperanza, una ambición más apropiada para un cuento gótico, alguna historia de ciencia-ficción o de fantasía. – Lord Byron hizo una breve pausa y torció los labios en una sonrisa-. Así, el odio que sentía por el pacha, por mi creador, al que al parecer yo era incapaz de destruir, ardía con más fuerza que nunca. Yo anhelaba una confrontación final y fatídica. Pero el pacha, como un auténtico dios, se ocultaba ahora de mí.

»La inquietud empezó a corroerme de nuevo. Pensé en partir hacia Italia, pero la reticencia que sentía a separarme de Shelley era demasiado grande; en lugar de eso fuimos de excursión alrededor del lago. Aún anhelaba dar mi sangre a Shelley para convertirlo en un vampiro como yo, pero ya no deseaba imponérselo por la fuerza. Mi odio hacia el pacha me servía de aviso; no quería lo que él había obtenido: el odio eterno por parte del ser que había creado. Así que decidí tentar a Shelley insinuándole lo que podría darle; le susurraba oscuros y extraños misterios. ¿Me entendía Shelley? Quizá... quizá, sí... ya entonces. Ocurrió en cierta ocasión, cuando íbamos en barca por el lago. Se levantó una tormenta. Se rompió el timón. Estábamos convencidos de que íbamos a hundirnos. Me quité la chaqueta, pero Shelley se quedó quieto, sentado, y se limitó a mirarme fijamente.

»- ¿No lo sabía usted? – me dijo-. No sé nadar.

»-Entonces déjeme que lo salve -le grité intentando cogerlo; pero Shelley se echó hacia atrás.

»-Me da miedo cualquier don de vida que proceda de usted -me dijo.

»-Se ahogará.

»-Más que de eso, tengo miedo de...

»- ¿De qué, Shelley? ¿De la vida? – le pregunté sonriendo.

»Se aferró a los bordes de la barca y se quedó mirando hacia las aguas; luego levantó de nuevo la vista hacia mis ojos.

»-Tengo miedo -me dijo- de ser arrastrado hacia abajo, abajo, abajo.

»Y se quedó sentado donde estaba, con los brazos cruzados, y entonces comprendí que yo había fracasado, por lo menos durante aquel verano. La tormenta amainó, la barca quedó a salvo y nosotros también. Ninguno de los dos mencionó lo sucedido. Ahora yo estaba preparado para irme a Italia.

»Sin embargo, me quedé. Fue la sangre de mi hijo nonato, naturalmente, lo que me mantuvo allí. Como antes, me torturaba y me tentaba. El peligro se hacía cada vez mayor. Me negaba a quedarme a solas con Claire. Con Shelley también me sentía incómodo, y Polidori, desde luego, era insufrible. De todo el grupo, a quien más veía era a Mary, que estaba escribiendo un libro. Se lo habían inspirado, según ella, las pesadillas que había tenido durante aquella terrible tormenta. La novela contaba la historia de un científico que creaba vida. Su creación lo odiaba y a su vez era odiada por él. Mary llamaba a esa novela *Frankenstein*.

»Leí parte del manuscrito. Tuvo un profundo y terrible efecto sobre mí. Había mucho en ella -demasiado- que yo reconocía. «Oh, Frankenstein -le decía el monstruo a su hacedor-, yo debería ser tu Adán, pero soy más bien el ángel caído, a quien tú has alejado del gozo sin haber cometido ningún pecado.»

»Me estremecí ante aquellas palabras. Desde aquel momento animé a Shelley a que se fuese, a que se llevase a Claire con él y cuidase del niño. Por fin lo hicieron. Ahora ya estaba listo. Saldría en persecución de mi propio Frankenstein. Y sin embargo... -Lord Byron hizo una pausa-. No, el pacha no era del todo un Frankenstein, y el efecto de aquel libro no residía del todo en su verdad. La novela, aun con todo su poder, no era más que ficción. No había ninguna ciencia que fuera capaz de generar vida. La creación seguía siendo un misterio. Todavía me sentía impresionado por lo ridículas que habían sido mis ambiciones. Me alegraba de haber contemplado cómo ardía mi biblioteca.

«Despedí a Polidori. Ya no tenía necesidad de él. Le pagué generosamente, pero él se tomó a mal mi decisión con su habitual carácter envidioso.

»- ¿Por qué ha de ser usted quien tenga poder para hacer esto? – me preguntó mientras contaba el dinero-. ¿Por qué no yo?

»-Porque yo pertenezco a una categoría diferente.

»-Sí. – Polidori entornó mucho los ojos-. Sí, milord, creo que así es.

»Me eché a reír.

»-Nunca he negado que tiene usted una gran perspicacia.

»Me sonrió con desprecio y luego sacó un pequeño vial del bolsillo. Lo sostuvo a la luz.

»-Su sangre, milord.

»- ¿Qué?

»-Me ha estado usted pagando para que realizara pruebas con ella, ¿se acuerda?

»-Sí. ¿Qué ha encontrado?

»Polidori volvió a sonreír de modo desagradable.

»- ¿Se atreve usted -emitió una risita por lo bajo-, se atreve usted a despreciarme sabiendo lo que sé?

»Me quedé mirándolo fijamente. Polidori se estremeció y empezó a mascullar algo en voz baja. Le invadí la mente y se la llené de un ciego terror.

»-No me amenace -le dije en un susurro. Le quité de las manos el vial de sangre-. Y ahora, váyase.

»Polidori se puso en pie. Salió tambaleante de la sala. Al día siguiente, sin haberle visto de nuevo, me marché.

»Subí hasta muy arriba por el camino que cruza los Alpes. Hobhouse había venido a reunirse conmigo. Continuamos el viaje juntos. Cuanto más avanzábamos, más mareante resultaba la altura de los muros de roca que parecían inclinarse sobre nosotros. Por encima se elevaban las crestas de hielo e inmensas gargantas se extendían por debajo; sobre las cimas cubiertas de nieve se remontaban las águilas con las alas extendidas.

»-Esto es como Grecia -comentó Hobhouse-. ¿Te acuerdas, Byron? En Albania...

»Se le apagó la voz. Miró hacia atrás por encima del hombro, como presa de un involuntario miedo. Yo también me di la vuelta. El camino

estaba vacío. Por encima de él se extendía un bosque de pinos marchitos. Tenían los troncos desnudos y sin corteza, y las ramas sin vida. Su aspecto me recordó a mi propia familia y a mí mismo. Al otro lado del camino se extendía un glaciar como un huracán helado. «Sí -pensé-, si viene, tiene que ser aquí.» Me sujeté con firmeza. Estaba preparado para enfrentarme a él. Pero el camino seguía tan vacío como antes.

»Luego, más o menos a la hora del crepúsculo, después de pasar el Grindenwald, oímos el ruido de cascos de caballo. Miramos hacia atrás y nos quedamos esperando. Un hombre, solo, se acercaba a nosotros por detrás. Vi que tenía en el rostro un brillo amarillento. Desenfundé la pistola, pero cuando el jinete llegó a nuestra altura, volví a meterla en la funda.

»- ¿Quién es usted? – le grité. No era el pacha.

»El viajero sonrió.

»-Ahasver -repuso.

»- ¿Quién es usted? – le repitió Hobhouse con la pistola amartillada y lista en la mano.

»-Un viajero errante -respondió el jinete. Tenía un acento extraño, pero dotado de una melodía bellísima que penetraba en el alma. Volvió a sonreír y me dirigió una inclinación de cabeza-. Soy un vagabundo, como su amigo aquí presente, señor Hobhouse. Sólo un vagabundo.

»- ¿Nos conoce?

»-*Ja, naturlich.*

»- ¿Es usted alemán? – le pregunté.

»El viajero se echó a reír.

»- ¡No, no, milord! Aunque sí amo a los alemanes. Son una raza de filósofos, y sin la filosofía... ¿quién habría que creyera en mí?

»Hobhouse frunció el entrecejo.

»- ¿Por qué no iban a creer en usted?

»-Bueno... quizá, señor Hobhouse, porque mi existencia es un imposible.

»Sonrió y se volvió hacia mí, como si sintiera el brillo de mis ojos.

»- ¿Quién es usted? – le pregunté en voz baja. El viajero me observó con una mirada tan profunda como la mía.

»-Si ha de llamarme usted algo, milord, que sea... -Hizo una pausa-. Judío. – Sonrió-. Sí, judío. Como los miembros de esa extraordinaria y

estimable raza, yo pertenezco a todos los países, pero a ninguno de ellos en particular.

»Hobhouse arrugó la frente.

»-Este hombre es un maldito lunático -me siseó al oído.

»Le indiqué por señas que se callase. Contemplé el rostro del viajero. Era una extraordinaria mezcla de vejez y juventud. Tenía el cabello largo y canoso, pero sus ojos eran tan profundos y brillantes como los míos, y su rostro carecía por completo de arrugas. No era un vampiro, o al menos no parecía serlo, pero tenía un aire de extraordinario misterio, que yo encontraba repugnante pero que al mismo tiempo inspiraba un pavoroso respeto.

»- ¿Desea cabalgar con nosotros? – le pregunté. Ahasver hizo un movimiento afirmativo con la cabeza-. Entonces continuemos y apretemos el paso -dije tirando de las riendas de mi caballo-. Todavía nos queda una hora hasta llegar a la próxima posada.

«Durante todo el trayecto le estuve observando. Hablamos. Él lo hacía en inglés, pero de vez en cuando se desviaba hacia otras lenguas, unas modernas, otras antiguas, algunas de las cuales yo ni siquiera podía reconocer. Pronto averigüé que había estado en el Este. Aquella noche cenó con nosotros y después se retiró temprano a su habitación. Yo no dormí. Mantuve vigilada su habitación. A las dos lo vi salir y atravesar la posada. Lo seguí.

«Ascendió por los riscos con increíble velocidad. Trepó sobre grietas de hielo y subió por serpenteantes glaciares. Delante, dentadas como una ciudad de la muerte, aguardaban las cimas de las montañas, que parecían despreciar las obras del hombre, pero Ahasver no era un ser mortal al que aquellos muros pudieran repeler. No. Yo sabía lo que era. Recordé cómo los fantasmas de Picadilly habían cambiado de forma ante mis ojos. Recordé cuando le rompí el cuello al pacha y me encontré sujetando un esqueleto. Qué poderes tenía. Cómo cambiaba, era algo que yo no sabía; pero estaba seguro de una cosa: era el pacha lo que yo iba persiguiendo por aquella ladera de montaña.

»Se mantuvo dentro del alcance de mi vista todo el camino. ¿Me estaba guiando deliberadamente? No me importaba; uno de los dos iba a morir y casi me daba igual cuál de los dos fuese. Llegué al borde de un precipicio. Mi presa iba justo delante. Miré a mí alrededor. Pero las rocas aparecían

vacías y desnudas. Miré hacia abajo, delante de mí, a las brumas que hervían alrededor de los glaciares. Luego oí una pisada a mis espaldas. Me di la vuelta. Allí, frente a mí, estaba el pacha.

»Rápido como el pensamiento, me lancé contra él. El pacha se tambaleó y vi que un súbito pánico se reflejaba en su rostro al tiempo que resbalaba. Se agarró a mí y tiró hacia abajo, de modo que los dos rodamos por el borde del precipicio, cuyo abismo parecía llamarnos. Sentí que el pacha cambiaba y se derretía en mis brazos, pero continué sujetándolo con fuerza y le aplasté la cabeza contra las rocas hasta que la sangre y los sesos salieron volando. Pero seguí golpeando la calavera. La resistencia del pacha empezó a ceder. Al final se quedó tumbado en el suelo, inmóvil; me detuve; el pacha todavía tenía los ojos abiertos, pero mostraban el barniz de la muerte. Luego, lentamente, aquella cara destrozada comenzó a cambiar. Ahora era Ahasver quien me miraba. Apenas me fijé en ello. Le clavé el cuchillo en el corazón una y otra vez. Le pateé todo el cuerpo. Y me quedé mirando cómo se hundía en el abismo que se abría allí abajo.

»En lento éxtasis, me puse a caminar por el borde del precipicio. Sentía sed. Regresaría al camino, buscaría a algún viajero y lo desangraría. Delante de mí, brotando de una hendidura en la roca, caía un torrente; parecía la cola de un caballo blanco ondeando al viento, el pálido caballo blanco en el que cabalga la Muerte en el Apocalipsis.

»-Muerte. – Susurré la palabra para oír el sonido que producía-. Muerte. – Era como si no la hubiera oído nunca antes. De pronto me parecía un sonido espantoso, extraño, desconocido-. ¡Muerte!

»Las rocas de la montaña devolvieron el eco de mi grito. Me di la vuelta. Ahasver me estaba sonriendo. Tenía el rostro tan liso como antes. Lentamente, dobló una rodilla.

»-Es usted digno de ser emperador.

»Lo miré fijamente; se encontraba de pie junto a la caída del torrente.

»-El pacha... -dije. Fruncí el entrecejo. Luego me puse a temblar-. Usted no es él. Él está muerto.

»La expresión de Ahasver no cambió.

»-Sea lo que sea, esté donde esté él en estos momentos... usted es ahora el emperador. – Sonrió de pronto y me saludó-. Vive l'Empereur!

»Yo recordaba el grito de Waterloo.

»-Durante este tiempo -le dije lentamente-, desde que me fui de Inglaterra, ha estado usted persiguiéndome, burlándose de mí. ¿Por qué?

»Ahasver se encogió de hombros; luego inclinó la cabeza en señal de asentimiento.

»-Me aburro -dijo-. La eternidad pasa lentamente.

»- ¿Qué es usted? Usted no es un vampiro.

»Ahasver se echó a reír desdeñosamente.

»- ¿Un vampiro? No.

»- ¿Entonces qué es?

»Ahasver miró hacia donde las brumas ondulaban como mares lejanos.

»-Hay fuerzas en este mundo -dijo al cabo de unos instantes- llenas de poder, extrañeza y sublimidad. Usted mismo, milord, tiene pruebas de ello. En usted, los polos opuestos de la vida y la muerte se confunden; lo que el hombre separa falsamente, usted lo reúne. Y usted es grande, milord, muy grande, pero hay poderes y seres aún mayores que usted. Le digo esto para advertirle y ayudarle en su sufrimiento. – Me acarició las mejillas y luego me besó-. Ah, milord -dijo-, sus ojos son tan profundos, tan hermosos y peligrosos como los míos. Es usted extraordinario... extraordinario. – Me cogió por el brazo y me condujo por el borde del precipicio-. A veces me aparezco a los hombres para torturarlos con ideas de eternidad, pero con los vampiros, que me comprenderían mejor y por ello se aterrarían más genuinamente, nunca lo hago. Sin embargo, usted... usted es distinto. Ya había oído rumores de que los Señores de la Muerte tenían un nuevo emperador. Luego la fama que adquirió usted empezó a llenar el mundo. Lord Byron... lord Byron. Su fuerza parecía revolotear en todas las lenguas. Yo estaba intrigado. Y decidí venir hasta usted. Decidí ponerlo a prueba. – Ahasver hizo una pausa y sonrió-. Milord, puedo prometerle esto: usted será un emperador como los vampiros no han conocido otro. Y por eso le advierto. Si me he estado burlando de sus esperanzas es sólo para recordarle que no puede escapar de su naturaleza. Imaginar otra cosa es torturarse a sí mismo. No confíe en la ciencia mortal, milord. Usted es una criatura más allá de lo que la ciencia pueda explicar. ¿Espera de verdad que la ciencia pueda liberarlo de la sed? – Ahasver se echó a reír e hizo un gesto con la mano-. Si el abismo pudiera vomitar sus secretos... -Aguardó. Debajo de nosotros la sima estaba tan silenciosa como antes. Ahasver volvió a reírse-.

La verdad profunda no tiene imagen, milord. Lo que yo sé, usted no puede saberlo. Así que conténtese con su inmortalidad.

»- ¿Usted bebe sangre? – Ahasver me miró fijamente y no contestó-. ¿Bebe sangre? – le repetí amargamente-. No. Entonces, ¿cómo puede decirme que me contente? Estoy maldito. ¿Cómo puede entender eso?

«Ahasver sonrió débilmente. En sus ojos creí ver un brillo de burla.

»-Toda inmortalidad, milord, es una maldición. – Hizo una pausa y me cogió las manos-. Pero acéptela, acéptela tal como es y entonces se convertirá en una bendición -dijo abriendo mucho los ojos-, en una oportunidad, milord. Y no odie su inmortalidad. Reciba la grandeza que está esperando para ser suya. – Se apartó de mí y señaló hacia las montañas y el cielo-. Es usted digno de gobernar; más digno de lo que lo haya sido antes ninguno de los de su estirpe. Hágalo, milord. gobierne como emperador. Así es como le ayudo, aconsejándole que abandone ese ridículo sentimiento de culpa. ¡Vea! ¡El mundo está a sus pies! Aquellos que sobrepasen o sometan a la humanidad siempre deben mirar con desprecio el odio de los que tienen debajo. No tema lo que es usted. ¡Goce de ello!

«Debajo de nosotros las nubes hervían, blancas y sulfurosas, como espuma de los océanos del Infierno. Pero al mirarlas vi cómo se debilitaban y separaban, y un profundo abismo se abrió para mí. Mi espíritu, como el relámpago, pareció lanzarse como un dardo a través del vacío. Sentí que el rico pulso de la vida llenaba los cielos. Las montañas parecían moverse y respirar, e imaginé la sangre corriendo por sus venas de piedra, las vi con tanta viveza que anhelé apartar las rocas y alimentarme de ellas y de todo el mundo. Creí que aquella pasión, aquella pasión de inmortalidad, me abrumaría, pero no fue así, porque mi mente se había vuelto colosal, expandida por la belleza de las montañas y de mis pensamientos. Me volví hacia Ahasver. Había cambiado. Se estiraba hacia lo lejos, muy alto por encima de los picos, hacia el cielo; era una oscura forma de sombra gigantesca que se encontraba con el alba al elevarse ésta por encima del Mont-Blanc. Sentí que me elevaba con él moviéndome con el viento. Vi los Alpes que se extendían muy por debajo, a lo lejos.

»- ¿Qué es usted? – volví a preguntarle-. ¿Un ser de qué naturaleza? – Sentí que la voz de Ahasver repetía dentro de mis pensamientos: «Usted es digno de gobernar... ¡Goce de ello!»-. ¡Sí! – grité, riendo-. ¡Sí!

»Luego noté la roca bajo mis pies. El viento gemía y me azotaba la espalda. El aire era frío. De nuevo estaba solo. Ahasver había desaparecido.

»Volví a la carretera. Maté al primer campesino con el que me encontré y lo vacié. Sentí cuan espantoso era yo, qué insondable y qué solo me encontraba. Más tarde, con Hobhouse, pasé a caballo junto al cadáver de mi víctima. Había mucha gente en torno a él. Un hombre estaba inclinado sobre el pecho del muerto. Cuando pasamos, levantó los ojos y me miró a la cara. Era Polidori. Le sostuve la mirada hasta que él la apartó. Arree a mi caballo con un movimiento de las riendas. Me eché a reír al pensar que venía siguiéndome. Yo era un vampiro. ¿No comprendía el muy necio lo que eso significaba? Me eché a reír otra vez.

»-Bueno -dijo Hobhouse-. Parece que de pronto te has puesto muy contento.

«Descendimos y nos adentramos en Italia. Por el camino fui matando y bebiendo sangre sin remordimiento alguno. Una noche, en las afueras de Milán, capturé a un pastor, un guapo muchacho. Tenía la sangre tan tierna y suave como los labios. Al beberla sentí que alguien me tocaba en la espalda.

»-Caramba, Byron, usted siempre ha tenido buen ojo. ¿De dónde ha sacado esta preciosidad?

«Levanté la vista y sonreí.»-Lovelace.

»Lo besé. Seguía tan dorado y cruel como antes.

»Se echó a reír y me abrazó.

»-Le hemos estado esperando -me dijo-. Bien venido, Byron, bien venido a Milán.

»Había otros vampiros que se habían congregado en la ciudad. Habían venido, según me explicó Lovelace, a presentarme sus respetos. Aquello no me resultó extraño. Su homenaje, al fin y al cabo, no era sino lo que me merecía. Eran doce los vampiros de Italia. Mortíferos, hermosos y con grandes poderes, tan grandes como los de Lovelace. Pero yo era más grande que todos ellos, era algo que notaba fácilmente, cosa que no me había ocurrido antes, e incluso Lovelace parecía ahora intimidado por mí. Le hablé, mediante extrañas insinuaciones, de mi encuentro con Ahasver. Él nunca había oído hablar antes de semejante ser. Y eso me complació. Donde antes él había sido el profesor, ahora yo mandaba por instinto. Él y los demás vampiros respetaron mi orden de dejar en paz a Hobhouse. En

cambio cazamos otras presas, y en nuestros banquetes corrió el rojo de la sangre viva.

«Teníamos por costumbre, antes de esos banquetes, asistir a la ópera. Una noche lo hice con Lovelace y otro vampiro, tan bello y cruel como cualquiera de los dos: la condesa Marianna Lucrezia Cenci. Cuando ella descendió de nuestro carruaje y se alisó las faldas del traje carmesí, olfateó el aire, entornó sus verdes ojos y se volvió hacia mí.

»-Hay alguien ahí fuera -me dijo-. Nos ha estado siguiendo. – Se acarició los guantes a todo lo largo del brazo en un gesto muy parecido al de un gato cuando se limpia-. Lo mataré.

»Fruncí el entrecejo. Yo también podía oler la sangre de nuestro perseguidor.

»-Después -dijo Lovelace cogiendo a Marianna del brazo-. Apresurémonos o nos perderemos el comienzo de la ópera.

»Marianna me miró. Asentí. Ocupamos nuestros sitios en el palco privado. La representación de aquella noche era una obra de Mozart: *Don Giovanni*, el hombre que sedujo a mil mujeres y las abandonó a todas. Cuando dio comienzo la función nuestros ojos empezaron a relucir; era una historia escrita, así lo parecía, para que nos resultase atractiva a nosotros. Lovelace se volvió y me sonrió.

»-Pronto verá, Byron, cómo a ese pillo se le enfrenta su mujer. Él la había abandonado porque sentía la comezón de una irrefrenable villanía.

«Volvió a sonreír.

»-Un hombre como mi propio corazón -repuse. Entró la esposa; el protagonista salió corriendo; el criado se quedó para arreglar las cosas. Empezó a cantarle a la esposa, describiendo las conquistas de su amo por todo el mundo. «En Alemania, doscientas treinta y una; cien en Francia; en Turquía, noventa y una.» Reconocí inmediatamente la melodía. Me giré hacia Lovelace-. Ésta es la melodía que usted tarareaba -le dije- cuando íbamos de caza en Constantinopla y en Grecia.

»Lovelace asintió.

»-Sí, pero mi lista de víctimas es muchísimo más larga.

»Marianna se volvió hacia mí al tiempo que se echaba hacia atrás el largo cabello negro.

»-Deo, esto me da sed de matar.

»En aquel momento se produjo un altercado. La puerta de nuestro palco se abrió. Me giré para ver de qué se trataba. Un joven ojoso me estaba mirando. Era Polidori. Levantó el brazo y apuntó hacia nosotros.

»- ¡Vampiros! – gritó-. ¡Son vampiros, los he visto, tengo pruebas!

«Mientras el público se volvía en los asientos para mirar hacia nuestro palco, Marianna se puso en pie.

»-*Mi scusi* -dijo en un susurro.

»Unos soldados entraron en el palco. Ella les dijo algo en voz baja. Los soldados asintieron con la cabeza y luego cogieron a Polidori bruscamente sujetándolo por los brazos. Se lo llevaron a rastras.

»- ¿Adonde lo han llevado? – pregunté.

»-A los calabozos.

»- ¿Por qué delito?

»-Uno de los soldados lo acusará de haberlo insultado. – Marianna sonrió-. Así es como se hace, milord.

»Asentí. La ópera continuaba. Vi cómo Don Giovanni era arrastrado al infierno.

»- ¡Arrepiéntete! – se le exigía.

»- ¡No! – replicaba Don Giovanni.

»- ¡Arrepiéntete!

»- ¡No!

»Admiré su valor. Marianna y Lovelace también parecían complacidos.

»Cuando salimos, de nuevo en la oscuridad de las calles, Marianna y Lovelace tenían los ojos brillantes y ávidos de sed.

»- ¿Viene, Byron? – me preguntó Lovelace.

»Marianna movió la cabeza haciendo un gesto de negación. Me sonrió al tiempo que cogía del brazo a Lovelace.

»-Milord tiene otros asuntos esta noche.

»Asentí. Llamé a mi carruaje para que se acercase.

»Polidori me estaba esperando.

»-Sabía que vendría -me dijo temblando cuando entré en el calabozo-. ¿Ha venido a matarme?

«Sonreí.

»-Tengo la costumbre de intentar no matar a aquellos a quienes conozco.

»- ¡Vampiro! – Escupió de pronto Polidori-. ¡Vampiro, vampiro, vampiro! ¡Maldito y odioso vampiro!

«Bostecé.

»-Sí, gracias, lo ha dejado muy claro.

»- ¡Sanguiuela! – Me eché a reír. Entonces Polidori se estremeció. Se apretó mucho contra la pared del calabozo-. ¿Qué va a hacer conmigo? – me preguntó.

»-Van a expulsarlo del territorio de Milán. Se irá usted mañana. – Le arrojé una bolsa de monedas-. Tenga... coja esto y no vuelva nunca a intentar seguirme.

»Polidori miró las monedas con incredulidad. Luego, de pronto, me las volvió a lanzar.

»-Usted lo tiene todo, ¿no es eso? – me gritó-. Riqueza, talento, poder... y ahora incluso generosidad. ¡Oh, maravilloso! El demonio que resulta bueno. Pues, condenado sea, Byron, váyase al infierno. Es un maldito tramposo, eso es lo que es. ¡Lo desprecio, lo desprecio! ¡Si yo fuera un vampiro, yo sería el señor! – Se derrumbó y cayó a mis pies, sollozando. Tendí la mano hacia él. Polidori se encogió-. ¡Maldito sea! – volvió a gritar.

»Luego cayó hacia adelante y apoyó la cabeza en mis rodillas. Suavemente, le acaricié los mechones del pelo.

»-Coja el dinero -le dije en voz baja- y váyase.

»Polidori me miró.

»-Maldito sea.

»-Váyase.

»Polidori permaneció arrodillado, en silencio.

»-Yo sería una criatura de un poder terrible -me dijo finalmente-, si fuera vampiro.

»Se hizo el silencio. Lo miré con una mezcla de compasión y desprecio. Él empezó a lloriquear. Lo empujé hacia atrás con el pie. La luz de la luna entraba por una ventana del calabozo. Di un puntapié a Polidori para que quedase tendido a la luz. Lloraba mientras yo le arrancaba la camisa. La sangre empezaba a arderme. Le puse el pie en el pecho. Él me miraba sin pronunciar palabra. Le mordí la garganta y luego le abrí el pecho con una daga. Bebí la sangre que manaba de la herida mientras le rompía los huesos hasta que el corazón quedó al descubierto. Todavía latía, aunque débilmente. La desnudez de Polidori era horrible. Yo había estado desnudo

del mismo modo: privado de dignidad, de vida y de humanidad. Su corazón sufrió un espasmo, como un pez en la orilla del río, y luego quedó inmóvil. Me moví sobre el cadáver. Y entonces le concedí el Don.

Lord Byron se quedó sentado en silencio. Miró hacia algo en la oscuridad, algo que Rebecca no podía ver. Luego se pasó los dedos entre los rizos del pelo.

—El Don... -dijo Rebecca por fin-. ¿Qué es eso?

—Algo terrible.

Rebecca aguardó.

—¿Indescriptible?

Lord Byron la miró fijamente.

—Hasta que uno lo ha recibido... sí.

Rebecca ignoró las implicaciones de la expresión «hasta que».

—Y Polidori -preguntó-. ¿Se recuperó?

Se daba cuenta de lo inapropiado de la expresión que había utilizado en aquella pregunta. Se le apagó la voz.

Lord Byron sirvió otra copa de vino.

—Se despertaría de la muerte, si es a eso a lo que se refiere.

—¿Cómo...? Quiero decir...

Lord Byron sonrió.

—¿Cómo? — Preguntó él a su vez-. Abrió los ojos... respiró afanosamente... un movimiento convulsivo le agitó los miembros. Me miró. Abrió la boca y masculló unos sonidos inarticulados mientras una sonrisa le arrugaba las mejillas. Puede que hablase, no lo oí; tenía una mano tendida hacia mí, pero yo no podía soportar aquella visión, aquel cadáver, aquel horrible monstruo al que yo le había dado la existencia. Me di la vuelta y salí del calabozo. Pagué a los guardias. Ellos acompañaron a Polidori a la frontera. Varios días después fueron encontrados, rajados y desangrados. Todo se mantuvo en secreto.

—¿Y Polidori?

—¿Qué quiere saber de él?

—¿Volvió usted a verlo?

Lord Byron sonrió. Miró a Rebecca con ojos ardientes.

—¿No lo ha adivinado? — le preguntó.

—¿Adivinado?

–¿La identidad del hombre que la ha enviado aquí esta noche? ¿El hombre que le mostró los papeles? ¿El hombre del puente? – Lord Byron asintió con la cabeza-. Oh, sí -dijo-. Yo habría de ver de nuevo a Polidori.

OceanofPDF.com

Capítulo XII

Lift not the painted veil which those who live call Life: Though unreal shapes be pictured there, and it but mimic all we would believe with colours idly spread, - behind, lurk Fear and Hope, twin Destinies; who ever weave their shadows, o 'er the chasm, sightless and drear. I knew one who had lifted it - he sought, for his lost heart was tender, things to love, but found them not, alas! nor was there aught the world contains, the which he could approve. Through the unheeding mny he did move, a splendour among shadows, a bright blot upon this gloomy scene, a Spirit that strove for truth, and like the Preacher found it not.

Percy Bysshe Shelley, Sonnet

No levantes el velo pintado que aquellos que viven
llaman vida: aunque allí se representen sombras irreales
y casi imite todo lo que creeríamos
con colores lánguidamente extendidos; detrás acechan el Miedo
y la Esperanza, dos destinos gemelos, que siempre entretejen
sus sombras sobre el abismo, ciegos y monótonos.

Conocí a uno que lo había levantado; buscó,
porque su corazón perdido era tierno, cosas a las que amar,
pero no las halló, ¡ay!, ni hay nada
que el mundo contenga, lo cual él pudiera aprobar.
Se movió entre los numerosos sordos,
como un esplendor entre las sombras, una mancha
brillante sobre esta escena sombría, un Espíritu que anhelaba
la verdad e, igual que el Predicador, no la encontró.

Percy Bysshe Shelley, Soneto

—¿Polidori? ¿Ese... hombre?

Rebecca estaba sentada, como entumecida, en el sillón. Lord Byron le sonrió.

—¿Por qué se muestra tan sorprendida? Hubiese jurado que ya lo había adivinado.

—¿Cómo iba a adivinarlo?

—¿Quién más tenía interés en enviarla aquí?

Rebecca se echó con la mano el cabello hacia atrás y le dio unos golpecitos, como si esperase que con aquello se calmara el apresurado latir

de su corazón.

—No sé a qué se refiere -dijo.

Lord Byron la miró, y la sonrisa que esbozaba se fue curvando lentamente y haciéndose más cruel. Luego se echó a reír y levantó una ceja.

—Muy bien -dijo en tono burlón-, usted no lo comprende.

Rebecca percibió el sonido de su propio corazón en los oídos, corazón en el que latía la sangre; sangre Ruthven, sangre Byron. Se pasó la lengua por los labios.

—Entonces, ¿Polidori siguió odiándole? — le preguntó lentamente-.

¿Incluso después de que le hubiera dado lo que pedía? ¿No sentía gratitud?

—Oh, me amaba. — Lord Byron unió las manos-. Sí, él siempre me amó. Pero en Polidori el amor y el odio estaban mezclados de una forma tan peligrosa que era muy difícil diferenciar el uno del otro. Ni siquiera el propio Polidori era capaz de hacerlo, ¿cómo demonios iba a serlo yo? Y una vez que se convirtió en vampiro, bueno...

—¿Le tenía usted miedo?

—¿Miedo? — Lord Byron la miró con sorpresa. Hizo un gesto negativo con la cabeza, de pronto todo quedó en silencio. Rebecca se llevó las manos a los ojos. Se vio a sí misma herida con mil cortes, colgando de un gancho; la sangre le goteaba como si fuese la más fina lluvia. Estaba muerta, blanca de tan desangrada. Abrió los ojos-. ¿No ha comprendido el poder que tengo? — Lord Byron sonrió-. ¿Miedo, yo? No. — Rebecca se estremeció y trató de ponerse en pie, insegura-. Siéntese. — De nuevo la mente de Rebecca se vio invadida por el miedo. Se esforzó por liberarse de aquella opresión. El terror aumentó. Sentía que ese terror le anulaba cualquier vestigio de valor. Las piernas se le doblaron. Se sentó. Inmediatamente el terror desapareció de ella. Al mirar, a su pesar, los ojos de lord Byron, sintió que una calma no natural se apoderaba de nuevo de su mente-. No, no -dijo él-. ¿Miedo...? No. Pero sí culpa. Sí, me sentía culpable. Había hecho de Polidori lo mismo que el pacha había hecho de mí. Había hecho lo que había jurado no hacer nunca. Había incrementado las filas de los muertos vivientes. Durante un tiempo me sentí muy desgraciado por ello, y como todas las personas que se quejan, no pude evitar contarles a mis compañeros cómo me sentía. No tenía deseo alguno de volver a ver a Polidori después de lo que había visto en el calabozo, pero la condesa Marianna, que me amaba, dio con el paradero del médico. Lo encontró en el vestíbulo de un

hotel para turistas. Por lo visto Polidori se estaba riendo histéricamente, como un demente, pero reconoció en seguida que Marianna era un vampiro, y con ella a su lado pareció tranquilizarse. Según le explicó, lo había contratado un conde austriaco. Al parecer el conde había cogido un resfriado. «Me pidió -me contó la condesa que le había dicho Polidori mientras estallaba de nuevo en carcajadas-, me pidió... ¡Ja, ja, ja...! ¡Me pidió que lo sangrase! ¡Ja, ja, ja, ja! Bien, he hecho lo que me pedía. Ahora está arriba. Y tengo que decir... ¡que su resfriado ha empeorado! – Al decir esto Polidori había sucumbido a la alegría, pero luego se había echado a llorar y más tarde la cara se le había quedado completamente inexpresiva-. Dígale a Byron -le pidió a Marianna en voz baja- que, al fin y al cabo, sí quiero el dinero. Él lo comprenderá.» Por lo visto se le habían puesto los ojos saltones. Tenía la lengua como la de un perro rabioso, colgando, espumosa y flácida. El cuerpo le temblaba. Le volvió la espalda a Marianna y salió corriendo a la calle. Ella ni se molestó en seguirlo.

»El consejo que ella me dio a mí después fue muy simple:

»-Mátelo. Será lo mejor. Algunos, milord, no pueden recibir el Don. Especialmente si es usted quien se lo da. Tiene usted la sangre demasiado fuerte. Le ha desequilibrado la mente. No hay remedio. Debe liquidarlo.

»Pero no pude hacerlo. Con eso únicamente habría agrandado mi culpa. Le mandé el dinero que me había pedido. Sólo le puse una condición: que regresara a Inglaterra. Yo ya había decidido que me quedaría a vivir en Venecia. No quería que Polidori estuviese cerca, molestándome.

—¿Y se fue?

—Cuando recibió el dinero, sí. Antes tuvimos noticias de él. Lo habían contratado sucesivamente una serie de personajes ingleses. Todos ellos murieron. Pero nadie sospechó de Polidori. Únicamente se decía de él que era muy aficionado a aplicar sanguijuelas. – Lord Byron sonrió-. Finalmente volvió a Inglaterra. Lo supe porque empezó a acosar a mi editor con obras de teatro que no se podían ni leer. Cuando me enteré de ello me produjo cierto regocijo. Advertí a mi editor que cerrase las ventanas por la noche. Aparte de eso, no pensé demasiado en Polidori.

—Entonces, ¿se mantuvo alejado de usted?

Lord Byron se quedó pensando unos instantes.

—No se habría atrevido a acercarse a mí. Al menos mientras yo estuviera en Venecia.

—¿Por qué no?

—Porque Venecia era mi fortaleza, mi guarida, mi corte. En Venecia yo era inexpugnable.

—Sí, pero... ¿por qué Venecia?

—¿Por qué Venecia? — Lord Byron sonrió cariñosamente-. Yo siempre había soñado con esa ciudad; esperaba mucho de ella y no me defraudó. — Fijó la mirada en los ojos de Rebecca-. ¿Por qué Venecia? ¿Necesita preguntarlo? Ah, claro, se me olvidaba que ahora la ciudad está muy cambiada. Pero cuando yo vivía allí... -Lord Byron sonrió de nuevo-. Era una isla de la muerte, una isla encantada y habitada por la tristeza. Palacios desmoronados en medio del barro, ratas que jugaban entre aquel laberinto de oscuros canales; los vivos parecían sobrepasados en número por los fantasmas. La gloria política y el poder habían sido destruidos. No había otra razón para la existencia que el placer: Venecia se había convertido en el patio de juegos de la depravación. Todo en ella era extraordinario, y tenía un aspecto de ensueño: espléndida y sucia, graciosa y cruel, una puta cuya belleza escondía la enfermedad que padecía. Encontré en Venecia, en sus piedras, en sus aguas y en su luz, la encarnación de mi belleza y de mi vileza. Ella era el vampiro de las ciudades. La reclamé por derecho propio.

»Me alojé en un gran *palazzo* junto al Gran Canal. No estaba solo en Venecia. Lovelace estaba conmigo, y también otros vampiros. Había sido la condesa Marianna la primera que había intentado convencerme de ir allí. Ella vivía al otro lado de la laguna, en un palacio situado en la isla desde el cual había estado depredando la ciudad durante siglos. Me enseñó las mazmorras. Eran húmedas como tumbas; rollos de cadenas colgaban todavía de las paredes. En otros tiempos, me explicó, en aquellas mazmorras engordaban y preparaban a las víctimas.

»-Ahora es más difícil -me dijo-. Todo el mundo habla de esas cosas absurdas, de derechos... *droits*. -Escupió la palabra en francés, el idioma de la Revolución que había derrocado el antiguo orden en Venecia. Se echó a reír despectivamente-. Lo siento por usted, milord. Los verdaderos placeres de la aristocracia están muertos.

»No obstante, en la propia Marianna parecía sobrevivir aún el espíritu de los Borgia, y sus diversiones resultaban bastante crueles. Seleccionaba e incluso criaba a sus víctimas cuidadosamente; a la condesa le divertía engalanarlas, vestirlas de querubines o colocarlas formando retablos. Estos

banquetes los servían los esclavos de la condesa: fantasmas sin mente, como los que había tenido el pacha.

»Lovelace, cuando estaba borracho, me tomaba el pelo a ese respecto.

»-Es una suerte, Byron, que la condesa no lo encontrara a usted antes de que se convirtiera en su rey. ¿Ve usted a ese mierdecilla de allí? – me preguntaba señalando hacia uno de los esclavos, de ojos inexpresivos-. En otro tiempo fue un compositor de rimas muy parecido a usted. Pero no se le ocurrió otra cosa que garabatear algunos libelos acerca de *madonna la Contessa*. ¿Qué le parece? ¿Cree que ahora sigue jugando a hacerse el satírico?

»Y yo, para desesperación de Lovelace, me limitaba a sonreír, porque contemplaba a los zombis y las comidas que servían no con indiferencia, sino con cierta sensación de estremecimiento. Yo gobernaba, como Ahasver me había ordenado que hiciese, pero no prohibía nada. La crueldad de Marianna formaba parte de ella tanto como su belleza, su gusto o su amor por el arte, y yo no trataba de cambiarlo. Pero después, una vez cruzaba la laguna y regresaba a mi *palazzo*, volvían a mí los recuerdos de lo que había visto poco antes y me proporcionaban mucho de lo que extrañarme y sobre lo cual filosofar.

Lord Byron hizo una pausa. Suspiró y movió la cabeza.

–Sin embargo, siempre, en la cima del placer y del deseo, mundano, social o amoroso, se mezclaba un sentimiento de pena y de duda. Y eso fue en aumento. Fornicaba como entumecido, como el calavera que envejece y cuyos poderes sexuales ya no van al compás de sus deseos. Mi salvajismo no era en realidad más que desesperación. En las lagunas, de noche, me confesaba todo eso a mí mismo. No tenía más placer que el de beber sangre; mi mortalidad había muerto, apenas podía recordar la persona que había sido antes. Empecé a soñar con Haidée. Soñaba que estábamos en la cueva sobre el lago Trihonida. Me volvía hacia ella y la besaba, pero Haidée tenía el rostro podrido, sucio de barro, y cuando abría la boca vomitaba agua. En sus ojos, sin embargo, había cierta nota de reproche, y entonces me volvía hacia otra parte y el sueño se desvanecía. Me despertaba intentando recordar la persona que yo había sido antes, en aquellas horas perdidas y preciosas que precedían a la aparición del pacha en mi vida. Comencé un poema. Lo titulé *Don Juan*. El nombre del protagonista era una mofa de mí mismo. Él no era un monstruo, no seducía, no depredaba, no mataba, pero

vivía. Utilicé el poema para registrar, mientras aún me fuera posible hacerlo, todos los recuerdos de mortalidad que me quedaban. Pero también era una despedida. Se me había agotado la verdadera vida, ya no quedaba más que un sueño de lo que la vida había sido en otro tiempo para mí. Continué escribiendo el gran poema épico de la vida, pero sin hacerme ilusiones de que ello fuera a servir para rescatarme de mi estado. Yo era lo que era, el señor vampiro, y mi reino era el reino de la muerte.

»Empecé a sentir de nuevo la soledad. Marianna y Lovelace estaban cerca de mí, y también otros vampiros, pero yo era su emperador y no me parecía oportuno revelarles mi estado de melancolía. Ellos no lo habrían comprendido, estaban demasiado hundidos en sangre, y su dureza era demasiado exquisita y aguda. Anhelaba otra vez la compañía de alguien, la compañía de una pareja del alma con quien poder compartir la carga de la eternidad. Y el compañero no podía ser cualquiera. Si era preciso, no me quedaría más remedio que esperar. Pero si encontraba alguna persona que pudiera ser apropiada para ello, la convencería y luego la poseería: haría de esa persona un vampiro tan poderoso como yo mismo.

»Dos años después de mi llegada a Venecia me enteré de que Shelley estaba de viaje hacia Italia. Claire lo acompañaba, y también una niña: la hija que yo había engendrado en ella. Ya me habían comunicado el nacimiento de esa niña. Había ordenado que la bautizaran con el nombre de Allegra, por una prostituta de quien yo había estado encariñado fugazmente, y ahora me traían a Allegra llevando dentro de ella, como un frasco de perfume, su fatídica carga de sangre.

»Shelley llegó a Italia; le escribí pidiéndole que viniera a visitarme a Venecia. Rehusó la invitación. Eso me perturbó. Me acordé de Suiza y del recelo que él había sentido hacia mí, de los temores que había albergado cuando estábamos allí. Entonces me escribió invitándome a pasar una temporada con él. Estuve dolorosamente tentado de aceptar. Allegra... y Shelley; la idea de verlos a ambos... sí, sentí una gran tentación. Pero también me sentía reacio a hacerlo porque me daba miedo volver a oler la sangre, y porque deseaba que fuera Shelley quien viniese a mí, que se viera atraído hacia mí como una mosca. Decidí quedarme esperando donde estaba. No abandoné Venecia.

»A principios de abril recibí una fuerte impresión. Me enteré de que lady Melbourne había muerto. Pero aquella misma tarde ella llegó a mi

palazzo. Mi expresión de sorpresa la divirtió muchísimo.

»-Usted ya se había escapado de Inglaterra -me dijo-. ¿De veras cree que yo iba a quedarme allí sola? Además, la gente ya empezaba a hablar: se preguntaban cómo me las arreglaba para seguir tan bien conservada.

»- ¿Y ahora? – inquirí-. ¿Qué va a hacer usted?

»-Cualquier cosa. – Lady Melbourne sonrió-. Puedo hacer cualquier cosa. Me he convertido en una auténtica criatura de los muertos. Debería usted intentarlo, Byron.

»-No podría hacerlo, todavía no. Me gusta demasiado disfrutar de mi fama.

»-Sí. – Lady Melbourne miró hacia el Gran Canal-. En Londres hemos oído hablar de sus actos de libertinaje. – Se volvió a mirarme-. Me he sentido muy celosa.

»-Pues quédese aquí. Le gustará Venecia.

»-Estoy segura de ello.

»- ¿Se quedará?

»Lady Melbourne me miró a los ojos. Luego suspiró y desvió la mirada.

»-Lovelace está aquí.

»-Sí. ¿Y qué?

»Lady Melbourne se acarició los surcos del rostro.

»-Yo tenía veinte años -me confío con voz lejana- la última vez que nos vimos.

»-Sigue siendo hermosa -le dije.

»-No. – Lady Melbourne negó con la cabeza-. No, yo no podría soportarlo. – Levantó la mano hacia mi cara.

Me acarició las mejillas y luego los rizos del pelo-. ¿Y usted? – Me preguntó en un susurro-. También está envejeciendo, Byron.

»-Sí. – Me eché a reír ligeramente-. Las patas de gallo se han mostrado pródigas en dejarme pisadas indelebles.

»-Indelebles. – Lady Melbourne hizo una pausa-. Pero no inevitables.

»-No -convine lentamente. Me di la vuelta hacia otra parte.

»- ¿Byron?

»- ¿Qué?

»Lady Melbourne no dijo nada, pero el silencio que siguió estaba cargado de significado. Me acerqué a mi escritorio y cogí la carta de

Shelley Se la entregué a lady Melbourne. Ella la leyó y luego me la devolvió.

»-Envíe a buscarla -me dijo.

»- ¿Usted cree?

»-Aparenta usted cuarenta años, Byron. Está engordando.

»La miré fijamente. Sabía que estaba diciendo la verdad.

»-Muy bien -acepté-. Haré lo que usted sugiere.

»Y lo hice. Envié a buscar a mi hija, y me la trajeron. Me había negado a ver a Claire de nuevo; la muy perra seguía estando peligrosamente enamorada de mí, así que Allegra llegó en compañía de una niñera suiza llamada Elise. De Shelley, para mi decepción, ni señal.

»Lady Melbourne se había quedado conmigo, escondida de Lovelace, en mi palacio, para asegurarse de que mi hija llegaba a Venecia.

»-Mátela -me aconsejó aquella primera noche mientras contemplábamos a Allegra, que jugueteaba en el suelo-. Mátela ahora, antes de que se encariñe con ella. Acuérdesse de Augusta. Acuérdesse de Ada.

»-Lo haré -le aseguré-. Pero no ahora, mientras usted esté presente. Debo estar solo.

»Lady Melbourne inclinó la cabeza.

»-Comprendo -dijo.

»- ¿No se quedará usted en Venecia? – volví a preguntarle.

»-No. Voy a cruzar el océano hasta América. Ahora estoy muerta. ¿Qué mejor momento para visitar un Nuevo Mundo?

»Sonreí y la besé.

»-Volveremos a vernos -le dije.

»-Desde luego. Tenemos toda la eternidad.

»Se dio media vuelta y se marchó. La observé desde el balcón de mi palacio. Iba sentada en la góndola y mantenía el rostro oculto. Me quedé allí hasta que quedó fuera de mi vista; entonces me di la vuelta y me miré en un espejo; recorrí con los dedos las huellas de la edad. Miré de soslayo a Allegra. Ella me sonrió y levantó un juguete.

»Papá -dijo-. *Bon di*, papá. – Y volvió a sonreír.

»-Mañana -le dije en voz baja-. Mañana.

»Me fui del palacio. Me reuní con Lovelace. Aquella noche estuve depredando con especial salvajismo.

»Llegó el día siguiente y no maté a Allegra. Ni el siguiente tampoco, ni el otro. ¿Por qué no? Veo que esa pregunta se refleja en su rostro, Rebecca. Pero, ¿acaso hace falta preguntarlo? Había demasiado de Byron en aquella niña: de mí y de Augusta. Fruncía el entrecejo y hacía mohines igual que nosotros. Tenía los ojos profundos... un hoyuelo en la barbilla, la piel blanca, la voz dulce, el gusto por la música, un afán de salirse con la suya en todo. Si yo levantaba a Allegra hacia mi boca y abría los labios, ella me sonreía, como siempre había hecho Augusta. Imposible. Completamente imposible.

»Pero, como siempre, la tortura de la sangre se hacía insoportable, aún peor que antes. ¿O es que se me había olvidado lo desesperado que podía ser ese deseo? Me di cuenta de que Elise, la niñera, empezaba a recelar; no es que me importase demasiado, pero me preocupaba lo que pudiera contarle a Shelley en sus cartas. Empezó a vigilar a Allegra más de cerca, y mi amor por la niña, mi pequeña Byron, iba creciendo, hasta que finalmente comprendí que nunca podría hacerlo, que no podría matarla, que no podría verla con los ojos abiertos de par en par y llenos de muerte. Era una agonía inútil tenerla rondando por mis aposentos. La envié lejos, a que la cuidasen en el hogar del cónsul británico. Al fin y al cabo, pensé, el palacio de un vampiro no es el lugar más apropiado para criar a una niña.

»Pero había otros a quienes enterarse de que Allegra estaba al cuidado de extraños les resultó preocupante. Una tarde de verano, mientras yo desayunaba con Lovelace y hacíamos planes para la velada que teníamos por delante, nos anunciaron la llegada de Shelley. Me levanté para saludarlo, encantado. Shelley se mostró afectuoso, pero fue al grano de inmediato: Claire estaba preocupada por Allegra y le había hecho prometer que vendría a visitarme. Intenté tranquilizarlo. Hablamos de Allegra, de su futuro y de su estado de salud. Al principio, Shelley pareció apaciguado, y luego, como me vio tan ansioso de calmar sus dudas, casi sorprendido. Lovelace también; mientras me miraba con aquellos ojos de color esmeralda, sonreía ligeramente, y al oír que invitaba a Shelley a que se quedase a pasar el verano conmigo, se echó a reír abiertamente. Shelley se volvió hacia él con una mirada de hostilidad en el rostro. Miró fugazmente el desayuno de Lovelace, un bistec crudo, se estremeció y desvió la mirada.

»- ¿Qué ocurre? – Le preguntó Lovelace-. ¿No le gusta el sabor de la carne? – Sonrió y miró hacia mí-. Byron... ¡No me diga que este hombre es

vegetariano!

»Shelley lo miró, furioso.

»-Sí, soy vegetariano -le dijo-. ¿De qué se ríe usted? ¿De que no disfruto con la glotonería de la muerte? ¿Porque los jugos sangrientos y el horror crudo que constituye su comida me llenan de repugnancia?

»Lovelace continuó riéndose; luego se quedó quieto. Miró el rostro de Shelley, pálido y enmarcado por el cabello dorado, como el suyo, así que me pareció, al mirarlos a los dos, que la vida y la muerte estaban contemplando en un espejo la belleza del otro. Lovelace se estremeció; después volvió a sonreír y se dio la vuelta hacia mí.

»-Milord.

»Hizo una ligera inclinación de cabeza y acto seguido se marchó discretamente.

»- ¿Qué era? – Me preguntó Shelley en voz baja-. Un hombre no, desde luego.

«Observé que estaba temblando. Lo cogí del brazo e intenté consolarlo.

»-Venga conmigo -le dije. Le indiqué la góndola, que estaba amarrada ante la escalinata del palacio-. Tenemos muchas cosas de las que hablar.

»Cruzamos hasta la arenosa playa del Lido. Yo tenía caballos allí. Subimos a nuestras sillas de montar y nos pusimos a cabalgar juntos por las dunas. Era un lugar misterioso, alfombrado de cardos y hierbas anfibias que rezumaban sal de las mareas, un lugar completamente solitario. Shelley empezó a mostrarse algo menos alterado.

»-Me gusta esta tierra yerma -me comentó-, donde todo parece no tener límite. Ahí fuera uno casi puede creer que su alma sigue siendo la misma.

»Lo miré fugazmente.

»- ¿Aún sigue usted soñando con poseer visiones y poderes secretos? – le pregunté.

»Shelley me sonrió, espoleó el caballo y se alejó galopando; me reuní con él y galopamos por la orilla del mar. El viento nos traía al rostro rociadas de agua mientras las olas, que lamían la orilla, armonizaban nuestra soledad con un sentimiento de deleite. Al cabo de un rato aminoramos el galope y reanudamos la conversación. El estado de ánimo de felicidad perduraba. Nos reímos mucho; nuestra charla fue entretenida, ingeniosa y franca. Sólo más tarde, y poco a poco, se fue apagando, como ensombrecida por las nubes purpúreas del atardecer, que se fueron haciendo

profundas sobre nosotros cuando dimos la vuelta para regresar a casa. Empezamos a hablar de la vida y de la muerte, del libre albedrío y del destino; Shelley, como era su costumbre, argumentaba en contra del pesimismo, pero yo, que sabía más de lo que mi amigo osara siquiera imaginar, tomé postura por el lado más oscuro. Recordé las palabras que me había dicho Ahasver.

»-La verdad puede que exista -le dije-, pero si es así no tiene imagen. No podemos ni siquiera vislumbrarla. – Eché una fugaz mirada a Shelley-. Ni siquiera pueden aquellos seres que han penetrado en la muerte.

»Un destello de algo indeterminado le cruzó por el rostro.

»-Puede que tenga usted razón -dijo- al decir que estamos indefensos ante nuestra propia ignorancia. Pero sigo creyendo que el destino, el tiempo, el azar y el cambio están sujetos al amor eterno.

»Me burlé de aquello.

»-Habla usted de utopía.

»- ¿Tan seguro está?

»Tiré de las riendas de mi caballo para detenerlo. Miré fijamente a Shelley. Yo era consciente de que mis ojos se habían vuelto fríos.

»- ¿Qué puede usted saber acerca de la eternidad?

»Shelley no quiso que sus ojos se encontraran con los míos. Habíamos llegado al final de nuestro paseo. Sin contestarme, se bajó de la silla de montar y ocupó su lugar en la góndola. Me reuní con él. Empezamos a movernos hacia la laguna. Las aguas, en las que se reflejaban los rayos del sol poniente, semejabán un lago de fuego, pero las torres y los palacios de Venecia, que se veían a lo lejos blancos y recortados contra la oscuridad del cielo, eran como fantasmas, hermosos y fúnebres. Yo sabía que mi rostro tenía la misma palidez. Pasamos por delante de la isla en la que se alzaba el palacio de Marianna. Sonaba una campana. Shelley miró hacia aquellas paredes descoloridas y se estremeció, como si pudiera percibir, más allá de las aguas, emociones de desesperación y dolor.

»- ¿Hay verdaderamente una eternidad -me preguntó con voz distante- más allá de la muerte?

»-Suponiendo que la hubiera -repuse-, ¿se atrevería usted a desearla?

»-Quizá. – Shelley guardó silencio durante unos instantes. Metió una mano en las aguas del lago-. Siempre que no tuviera que perder el alma.

»- ¿Alma? – Me eché a reír-. Creí que era usted ateo, Shelley. ¿Qué es eso de perder el alma? Me parece que suena usted como un cristiano.

»Shelley negó con la cabeza.

»-Un alma que usted, yo y todos nosotros compartimos con el alma del universo. Creo... confío... -Miró hacia arriba. Levanté las cejas en un gesto irónico. Luego se hizo un largo silencio-. Quizá me atreviera -comentó finalmente mientras asentía con la cabeza-. Sí, quizá.

»No hablamos más, no lo hicimos hasta que llegamos a las escaleras del *palazzo*, donde empezamos a bromear otra vez. Yo estaba bastante satisfecho. A Shelley no se le podía forzar, tenía que ser él quien viniera a mí, quien viniera y me lo pidiera. Yo estaba preparado para esperar. Shelley se quedó todo el verano, no en Venecia, sino en la costa italiana, al otro lado de la laguna. La ciudad, yo lo sabía, le resultaba perturbadora: podía ver la inmundicia y la degradación, según me explicó, que se encontraban por debajo de los signos externos de belleza; en eso, Venecia era como Lovelace y Marianna, a los cuales él había conocido y que le habían causado una instintiva repulsión. También le causaban repulsión, según observé, mis caprichos y mis costumbres, así como el desprecio y la desesperación que él reconocía como origen de aquéllos; sin embargo, al mismo tiempo yo también le fascinaba, como debía ser, pues nunca había conocido a otro ser como yo. Hablamos mucho en nuestras cabalgadas por la orilla del Lido. Yo le empujaba y le tentaba todo el tiempo. Él me miraba fijamente, con el horror mezclado con el ansia y el respeto. Shelley estaba preparado para caer, lo notaba, estaba listo para sucumbir. Una noche nos quedamos levantados hasta muy tarde hablando de nuevo de los mundos que quedaban velados a la vista de los mortales. Yo hablaba por propia experiencia; Shelley lo hacía movido por la esperanza. Estuve a punto de revelarle la verdad desnuda, pero eran ya las cinco y el amanecer iba desvaneciendo las sombras del Gran Canal; la noche casi había terminado. Rogué a Shelley que se quedase.

»-Por favor -le pedí-. Hay mucho... -Sonreí-. Muchas cosas que yo podría revelar.

»Shelley me miró fijamente, temblando, y pensé que accedería. Pero se levantó.

»-Tengo que irme -dijo.

»Me llevé una desilusión, pero no protesté. Había tiempo de sobra. Estuve contemplando la góndola en la que iba Shelley hasta que se perdió de vista. Luego, yo también crucé la laguna veneciana. Visité a Shelley en sus sueños. No le bebí la sangre, pero lo tenté. Le mostré la Verdad: una poderosa oscuridad llena de poder que irradiaba melancolía mientras los rayos de sol desprendían luz sin forma; parecía un abismo lleno de muerte, pero a la vez imbuido de vida, donde la inmortalidad se podía buscar y hallar. Me adentré en aquella oscuridad. Shelley me miraba, pero aún no podía seguirme. Miré atrás. Sonreí. Con desesperación, Shelley tendió los brazos hacia mí. Volví a sonreír y le hice señas de que no me siguiera. Luego di media vuelta y la oscuridad me engulló. Mañana, pensé, mañana por la noche podrá seguirme. Mañana ocurrirá.

»A la tarde siguiente, Lovelace me interrumpió durante el desayuno. Se sentó conmigo y se puso a holgazanear ante la mesa. Estuvimos hablando de naderías durante un rato.

»-Por cierto -me dijo de pronto sonriendo-, su amigo, ese que come verduras, ¿sabe usted que se ha marchado? – Se me heló la expresión mientras la sonrisa de Lovelace se hacía cada vez más amplia-. Vaya, supuse que él le habría informado anoche. ¿Acaso no lo hizo?

»Luego se echó a reír; volqué la mesa de un empujón, poseído por la rabia, y le grité que me dejase en paz. Lovelace así lo hizo, con la sonrisa en los labios. Ordené a mis criados que atravesaran la laguna y que fueran a casa de Shelley para asegurarme, para saber a ciencia cierta si Shelley continuaba o no allí. Pero cuando salieron para cumplir mi encargo, yo ya sabía que Lovelace me había dicho la verdad: Shelley había huido de mí. Durante varias semanas quedé sumido en la desesperación. Era consciente de lo cerca que Shelley había estado de ser mío. El hecho de darme cuenta de ello, que durante un tiempo fue un tormento, acabó por servirme de consuelo. Ya volvería a mí. No sería capaz de permanecer mucho tiempo alejado. Había estado a punto de caer... ¿no era sólo cuestión de esperar?

»Pero al tiempo que yo despertaba de mi desesperación, comprobaba que mi anhelo de compañía no se apaciguaba. Mi aventura amorosa con Venecia estaba llegando a su fin. Los placeres de la ciudad me aburrían; ahora sabía con certeza que había quedado fuera del alcance de los deleites humanos: necesitaba algo más. La sangre me excitaba igual que antes, pero incluso mis cacerías empezaban a parecerme monótonas, y Lovelace, en

particular, me ponía enfermo. Sabía que el júbilo que él había sentido por la partida de Shelley no había sido más que la expresión de los celos que sentía, pero, incluso comprendiendo eso, me resultaba difícil perdonarle, por lo que evitaba deliberadamente su compañía. De nuevo los sueños comenzaron a atormentarme, sueños en los que Haidée aparecía con tanta viveza que a veces pensé incluso en abandonar Venecia y marcharme a Grecia. Pero Haidée estaba muerta, y me encontraba cada vez más solo. ¿De qué me serviría ir a Grecia? De modo que me quedé donde estaba. Mi tristeza fue en aumento. Y daba la impresión de que los otros vampiros me tuvieran miedo.

»Marianna era quien mejor comprendía mi soledad. Aquello era una sorpresa, aunque no hubiera debido ser así, porque los crueles dependen de su sensibilidad para los placeres más sutiles. Ella me preguntaba por Shelley. Al principio le hablaba de él en un tono que encerraba cierta burla, pero luego, cuando me di cuenta de su simpatía hacia mí, le hablé con sinceridad.

»-Espere -me aconsejó-. Shelley vendrá. Siempre es mejor cuando el mortal desea el Don. Acuérdesse de lo que le pasó con Polidori.

»-Sí -asentí-. Sí.

»No podía arriesgarme a trastornar la mente de Shelley. Pero eso ya lo sabía...

»-Mientras tanto -dijo Marianna sonriéndome-, debemos encontrarle a usted otro compañero.

»Me eché a reír con desprecio.

»-Oh, sí, condesa, desde luego. – La miré-. ¿Quién?

»-Un mortal.

»-Le destruiré la mente.

»-Tengo una hija.

»La miré, sorprendido.

»- ¿Y no la ha desangrado?

»Marianna negó con la cabeza.

»-Se la había prometido al conde Guiccioli. ¿Se acuerda de él? Tuvo ocasión de conocerlo en Milán.

»Asentí. Aquel hombre se encontraba entre los vampiros que habían venido a presentarme sus respetos. Se trataba de un viejo arrugado y malvado de ojos codiciosos.

»- ¿Por qué a él?

»-Porque quería una esposa. – Levanté las cejas-. ¿Es que no lo sabe usted? – Me preguntó Marianna-. Los hijos de nuestra especie son muy apreciados. Son capaces de soportar el amor de un vampiro sin volverse locos por ello. – Hizo una pequeña pausa-. Teresa sólo tiene diecinueve años.

»Sonreí lentamente.

»- ¿Y está casada con el conde Guiccioli?

«Marianna extendió los dedos; las uñas que lucía en ellos parecían garras.

»-Por supuesto será un privilegio para él, milord, cederle a su esposa.

»Volví a sonreír. Besé a Marianna largamente en los labios.

»-Desde luego -murmuré-. Naturalmente que lo será. – Hice una pausa-. Ocúpese de ello, condesa.

»Y Marianna así lo hizo.

»Al conde, desde luego, no le hizo ninguna gracia... pero, ¿a mí qué me importaba? ¿No era yo su emperador? Ordené al conde que trajera a Teresa a un baile de máscaras. Él así lo hizo, y me la presentó. Quedé encantado. La muchacha era voluptuosa y fresca, con unos pechos abundantes y redondos y el cabello largo y castaño. Tenía algo de Augusta. Se derretía cuando la miraba, pero, aunque no podía resistir mi hechizo, su pasión no parecía perturbarla o desequilibrarla.

»-Me quedo con ella -le susurré al conde. Éste puso mala cara, pero hizo una inclinación de cabeza en señal de consentimiento. Durante los primeros meses permití al conde que viviera con nosotros, pero al cabo de un tiempo me resultó un estorbo y le ordené que se marchase.

»Teresa estaba encantada. Si antes ya estaba enamorada, ahora se había vuelto loca por mí.

»-Un par de Inglaterra y además el más grande de los poetas, ¡mi amante! – Me besaba y juntaba las manos con deleite-. ¡Byron, *caro mio*! ¡Eres como un dios griego! ¡Oh, Byron, Byron, te amaré siempre! ¡Tu belleza es más dulce que el más dulce de mis sueños!

»A mí también me gustaba mucho ella. Me había devuelto una parte de mi pasado. Nos fuimos de Venecia, aquella ciudad vampiro. Nos trasladamos a un lugar cercano a Rávena.

»Yo era feliz allí; más feliz de lo que lo había sido desde el momento de mi caída. Vivía casi como un mortal. Tenía que depredar, desde luego, pero a Teresa, aunque sospechara de mis costumbres, no parecía importarle: ella era alegremente inmoral en todo. La observaba cuidadosamente en busca de alguna señal de locura o declive, pero ella continuaba igual: impulsiva, bella, fascinante; siempre adorándome y adorable. Traté en lo posible de desterrar todo lo que recordase mi estado de vampiro. Allegra, a la que había traído con nosotros de Venecia, iba creciendo. Su sangre era más dulce y más tentadora cada día. Al final la mandé a un convento. De no haberlo hecho la habría matado, porque no habría podido reprimir mucho tiempo el deseo de sangre. Esperaba no tener necesidad de volver a verla nunca. También intenté desterrar de mis sueños a Haidée, o más bien a su fantasma. Rávena, por entonces, estaba preparando la revolución. Los italianos, al igual que los griegos, soñaban con la libertad. Yo los ayudaba con dinero y con mis influencias. Decidí tomar parte en aquella lucha, y se lo dediqué a Haidée, el primer y gran amor de mi vida, y a su pasión por la libertad. Pronto disminuyeron los sueños en que ella aparecía, y si en alguna ocasión persistían, el reproche que había en los ojos de Haidée parecía menos lleno de dolor. Empecé a sentirme libre.

»Y en ese estado de ánimo, a medida que transcurría el año, esperaba a Shelley. Sabía que vendría. A veces me escribía. Me hablaba de planes vagos, de utopías, de comunidades que podríamos formar él y yo. Nunca mencionó aquella última noche en Venecia, pero yo notaba, sin que lo expresase en sus cartas, que anhelaba lo que yo le había ofrecido entonces. Sí, confiaba en que él vendría. Pero mientras tanto vivía sólo con Teresa. Teníamos poco contacto con vampiros y con hombres. En cambio llené nuestra casa de animales: perros, gatos, caballos, monos, pavos reales, gallinas de Guinea, una grulla egipcia; criaturas vivas cuya sangre ahora no me tentaba.

Lord Byron hizo una pausa y miró a su alrededor por la habitación.

—Habría visto que todavía me gusta tener animales de compañía. —
Alargó la mano para acariciar la cabeza al perro, que estaba dormido—. Yo era feliz en aquel palacio con Teresa, tan feliz como no había llegado a serlo nunca desde el día de mi caída. — Lord Byron movió la cabeza y enarcó las cejas con sorpresa—. Sí -frunció el entrecejo-, era casi feliz. — Hizo una pequeña pausa—. Sin embargo, una noche -continuó- oí gritar a Teresa. —

Volvió a hacer una pausa, como si aquel recuerdo le disgustase. Bebió un poco de vino-. Cogí mis pistolas. Corrí a la habitación de la muchacha. Los perros ladraban asustados en la escalera y los pájaros aleteaban contra las paredes.

»- ¡Byron!

»Teresa salió corriendo hacia mí. Se apretaba el pecho con las manos. Le habían producido una herida en la piel.

»- ¿Quién ha sido? – le pregunté.

»Ella negó con la cabeza.

»-No lo sé. Estaba dormida -murmuró entre sollozos.

»Entré en su habitación. Al momento percibí el olor a vampiro. Pero también había otra cosa en el aire, algo mucho más agudo. Respiré profundamente. No había duda en cuanto a aquel olor: era ácido.

–¿Ácido?

Muy a su pesar, Rebecca se inclinó hacia adelante en el asiento que ocupaba.

Lord Byron le sonrió.

–Sí. – La sonrisa se le desvaneció-. Ácido. A la semana siguiente llegó una carta. En ella se me comunicaba que Polidori había muerto. Suicidio. Al parecer lo habían encontrado sin vida, con su hija muerta a su lado y una botella medio vacía de sustancias químicas junto a él. Ácido prúsico, para ser precisos. Leí la carta por segunda vez. Luego la rompí y la tiré al suelo. Al hacerlo percibí de nuevo aquel punzante olor amargo.

»Me di media vuelta. Polidori me estaba mirando. Tenía un aspecto deplorable: la piel estaba grasienta y la boca, floja y completamente abierta.

»-Ha pasado mucho tiempo -dijo. Cuando habló, el hedor me obligó a volver la cara hacia otra parte. Sonrió horriblemente-. Le pido disculpas por mi desagradable aliento. – Luego me miró con más atención y frunció el entrecejo-. Usted tampoco tiene un aspecto muy bueno. Se está haciendo viejo. Ya no es usted tan guapo, milord. – Hizo una pausa y el rostro se le contrajo con espasmos-. Entonces, ¿no ha matado todavía a su hijita? – Lo miré con odio. Bajó la mirada. Incluso en aquel momento, él era mi creación y yo su señor. Polidori se tambaleó ligeramente hacia atrás. Se mordió los nudillos mientras bajaba los bulbosos ojos hacia mis pies. Luego se estremeció y soltó una risita-. Yo maté a mi hija -dijo.

«Empezó a temblar. Yo lo estaba mirando. Luego extendí una mano para tocarle la suya. La tenía pegajosa y fría. Polidori me dejó que se la cogiera.»- ¿Cuándo? – le pregunté.»De pronto el rostro se le contorsionó de dolor.»-No pude luchar contra ello -se quejó-. Usted no me dijo nada. Nadie me había dicho nada. No fui capaz de luchar contra ello, contra la llamada de la sangre. – Soltó de nuevo una risita estúpida y volvió a morderse los nudillos-. Intenté detenerme. Intenté matarme. Ingerí veneno, milord, media botella de aquella sustancia. Naturalmente, no me hizo efecto. Y luego tuve que matarla a ella, a mi hijita. – Soltó una risita entre dientes-. A mi dulce hijita. Y ahora -añadió lanzando el aliento en mi cara- siempre tendré este veneno en la boca. ¡Siempre! – De pronto se puso a gritar-. ¡Siempre! Usted nunca me lo advirtió, milord, nunca me lo dijo, pero gracias, gracias, lo he descubierto yo solo: uno permanece como es cuando bebe la sangre dorada. – Sentí lástima por él, sí, por supuesto que sentí lástima. ¿Quién mejor que yo para comprender su dolor? Pero también sentía odio por él, lo odiaba como lo que más haya podido odiar en la vida. Le ofrecí mi mano por segunda vez en un intento de calmarle, pero él me miró la mano y luego escupió en ella. La retiré instintivamente, cogí la pistola y se la coloqué a Polidori debajo de la barbilla. Entonces se echó a reír-. ¡Ya no puede hacerme daño, milord! – me dijo-. ¿No se ha enterado? Estoy oficialmente muerto.

»Volvió a reírse estúpidamente y farfulló algunas palabras. Esperé hasta que de nuevo se quedó en silencio. Luego sonreí fríamente y lo empujé hacia atrás con el cañón de la pistola. Cayó contra la pared. Me acerqué y me incliné sobre él, mirándolo desde arriba.

»-Usted siempre ha sido un ser ridículo -le dije en voz baja-. ¿Todavía se atreve a desafiarme? Mire en qué se ha convertido y aprenda a contenerse. Yo podría hacer que su condición, que ya es bastante desgraciada, empeorase muchísimo más. – Le apuñalé la mente con mi pensamiento y él lanzó un grito de dolor-. Podría hacer que su condición fuese muchísimo peor. Yo soy su creador. Soy su emperador. – Bajé la pistola y di un paso atrás-. No vuelva a provocarme, doctor Polidori.

»-Yo también tengo poder -tartamudeó él-. Ahora soy un ser igual que usted, milord.

»La visión de Polidori, con aquellos bulbosos ojos que miraban fijamente y la boca colgando, abierta, me hizo reír. Volví a meterme la

pistola al cinto.

»-Váyase -le dije.

»Polidori permaneció inmóvil. Luego se estremeció y empezó a mascullar entre dientes. Me cogió las manos.

»-Quiérame -dijo en un susurro-. Quiérame. Tiene razón: ahora soy su criatura. Muéstreme lo que eso significa. Muéstreme lo que soy.

»Me quedé mirándole. Durante unos instantes titubeé. Luego le dije que no con la cabeza.

»-Tiene que seguir su propio rumbo -le indiqué-. Todos estamos solos, todos los que estamos obligados a vagar por el océano del tiempo.

»- ¿Solos? – El grito de Polidori fue inesperado y terrible: un chillido, un sollozo, un sonido animal. Hizo que se me helara la sangre-. ¿Solos? – volvió a decir Polidori. Se echó a reír incontroladamente. Se atragantó, farfulló y me miró con ardiente odio-. Tengo poder -me dijo de pronto-. Usted se considera a sí mismo desgraciado, pero yo puedo hacer que sea tan miserable que hasta el brillo de la luna le resulte odioso. – Sonrió con una horrible expresión malévola y se limpió la boca-. He bebido la sangre de su puta.

»Lo agarré por la garganta. Lo atraje hasta que su rostro quedó muy cerca del mío. De nuevo le acuchillé en los torbellinos de su cerebro, hasta que Polidori gritó con idiotizado sufrimiento; seguí apuñalándolo y él siguió gritando. Al fin lo dejé caer. Lloraba, lloriqueaba y se arrastraba a mis pies. Lo miré fijamente con desprecio.

»-Toque otra vez a Teresa y lo destruiré para siempre -le dije-. ¿Comprende? – Polidori farfulló algo y luego asintió. Lo agarré por el pelo. Lo mismo que la piel, estaba pegajoso y grasiento-. Le destruiré, Polidori.

»Se puso a lloriquear.

»-Comprendo -dijo finalmente.

»- ¿Qué es lo que comprende?

»-No... -Sorbió por la nariz-. Yo no... No mataré a aquellos que usted ama -dijo al fin volviendo a sorber por la nariz.

»-Bien -le dije en voz baja-. Cumpla su palabra. Y luego... ¿quién sabe? A lo mejor hasta llego a quererle.

»Lo arrastré hasta la escalera. Le di un empujón. Cayó rebotando y haciendo ruido escalones abajo, espantando al hacerlo a una bandada de gallinas de Guinea. Volví a asomarme al balcón. Vi cómo Polidori se iba a

través de los campos. Aquella noche estuve cabalgando por los lindes de la finca del palacio, pero no percibí ningún olor.

Polidori se había ido. No me sorprendió, pues le había instilado un miedo terrible; dudé de que regresara. No obstante, advertí a Teresa que se guardara mucho del olor a sustancias químicas.

»Y no era sólo Teresa quien me preocupaba. Shelley acababa de escribirme para proponerme vagamente que nos encontrásemos. Le contesté de inmediato invitándole a pasar una temporada en mi casa, y cuál no fue mi sorpresa cuando una noche se presentó ante mi puerta. No lo había visto desde hacía tres años. Le besé en un lado del cuello y le mordí suavemente hasta conseguir que brotara la sangre. Shelley se puso tenso; después me agarró por las mejillas y se echó a reír, encantado. Nos quedamos levantados, como siempre habíamos hecho, hasta altas horas. Shelley estaba lleno de sus manías habituales: planes alocados y utopías, chistes impíos, visiones de libertad y revolución. Pero empecé a impacientarme; sabía por qué había venido realmente. El reloj dio las cuatro. Me acerqué al balcón. El aire de la noche me refrescó el rostro. Me volví hacia Shelley.

»- ¿Sabe qué soy yo? – le pregunté.

»-Un espíritu turbado y poderoso -repuso.

»-Lo que yo tengo... mis poderes... todo eso puedo concedérselo.

»Shelley no dijo nada durante un largo rato. Incluso en las sombras, su rostro brillaba pálido como el mío, y sus ojos ardían casi con el mismo fulgor.

»-El espacio -me dijo finalmente- se maravilló ante las rápidas y hermosas creaciones de Dios cuando éste se cansó del vacío, pero no tanto, lord Byron, como yo me maravillo ante las obras de usted. Desespero de poder rivalizar con usted, puede estar seguro de ello. Usted... -Hizo una pausa-. Usted es un ángel en el paraíso mortal de un cuerpo que se está corrompiendo... mientras que yo... -Se le fue apagando la voz-. Mientras que yo... no soy nada.

»Lo atraje hacia mí.

»-Mi cuerpo no necesita corromperse -dije. Le acaricié el pelo y apreté su cabeza contra mi pecho. Incliné la cara hacia él-. Ni el de usted tampoco -murmuré.

»Shelley me miró.

»-Usted envejece.

«Fruncí el entrecejo. Escuché mi corazón. Sentía cómo la sangre se arrastraba lentamente por mis venas.

»-Hay una manera -le dije.

»-No puede ser cierto -murmuró Shelley. Parecía casi estar desafiándome-. No, no puede serlo.

«Sonreí. Me incliné a su lado. Por segunda vez le mordí en la garganta. La sangre, en una única gota como un rubí, brilló sobre el color plateado de su piel. Acaricié la gota, la sentí derretirse en mi lengua, luego le besé la herida y se la lamí. Shelley dejó escapar un gemido. Bebí, y al hacerlo los pensamientos se le abrieron, disolviéndose sus límites mortales, para que fragmentos de visión pudieran brillar en sus sueños. Mis labios lo besaron de nuevo y luego los retiré de su piel. Lentamente Shelley se dio la vuelta y se quedó mirándome fijamente. Su rostro parecía iluminado por el fuego de otro mundo. Ardía con suavidad. Durante largo rato, Shelley no dijo absolutamente nada.

»-Matar -murmuró por fin-, seguir el rastro a cosas que ríen, lloran y sangran... ¿Cómo puede hacer eso?

»Le volví la espalda y miré de nuevo en dirección a los campos.

»-La vida del lobo es la muerte del cordero.

»-Sí, pero yo no soy un lobo.

«Sonreí.

»-Todavía no.

»- ¿Cómo puedo decidirlo? – Hizo una pausa-. Ahora no.

»-Espere si lo desea. – Me volví de nuevo para quedar frente a él-. Desde luego, será mejor que espere.

»- ¿Y mientras tanto?

»Me encogí de hombros.

»-Usted se pone filosófico y yo me aburro.

«Shelley sonrió.

»-Váyase de Rávena, Byron. Végase a vivir con nosotros.

»- ¿Para ayudarlo a decidirse?

»Shelley sonrió de nuevo.

»-Si lo quiere decir así. – Se levantó y vino a reunirse conmigo junto a la ventana. Permaneció de pie en silencio durante un largo rato-. Quizá -dijo por fin- no me arredrase a la hora de matar si...

»Hizo una pausa.

»- ¿Si...?

»-Si... si mi camino por ese desierto pudiera estar marcado por la sangre del opresor y del déspota...

» Sonreí.

»-Tal vez.

»-Qué gran servicio podríamos prestar usted y yo juntos a la causa de la libertad.

»-Sí.

»Sí. Compartir la carga de mi gobierno. Consagrarla a la libertad. Guiar... no tiranizar. ¿Qué habría que juntos no pudiéramos hacer?

»-Ya llega el alba -me indicó Shelley. Me miró. – Grecia está en plena revolución; su lucha por la libertad ha comenzado. ¿Lo sabía usted?

»Asentí.

»-Sí, lo sabía.

»-Si tuviéramos el poder... -Shelley hizo una pausa-. El poder de otros mundos... podríamos llevarlo como Prometeo... el fuego secreto para calentar a la humanidad desesperada. – Me agarró por los hombros-. ¿No podríamos hacerlo, Byron?

»Miré más allá de él. Me pareció distinguir, conjurada por el juego de luces y sombras del amanecer, la figura de Haidée. Pero fue sólo durante un segundo. Mis ojos me engañaban... luego desapareció.

»-Sí -dije sosteniendo la mirada de Shelley-, sí podríamos. – Sonreí-. Pero antes... usted debe esperar; debe pensarlo y tomar una decisión.

»Shelley se quedó otra semana y luego regresó a Pisa. Poco después marché tras él. No me gustaba moverme, pero lo hice por Shelley. Una buena parte de la sociedad inglesa estaba en Pisa. No de los miembros de la peor clase, sino literatos, que ya es bastante mala. Shelley apenas venía a verme solo. Pero cabalgábamos y practicábamos con nuestras pistolas, y cenábamos juntos. Siempre éramos los polos gemelos, opuestos pero iguales, alrededor de los cuales giraba el mundo de nuestras reuniones. Aguardé; no pacientemente, nunca he tenido paciencia, sino con un depredador sentido de la excitación. Un día Shelley me contó que había creído ver a Polidori. Aquello me produjo cierta turbación; no es que yo tuviera miedo de Polidori, sino que tenía miedo de que Shelley pudiera reconocer la verdad y le asustara la criatura en que el médico se había convertido. Traté de presionarle para que se decidiera de una vez. Una

noche me reuní con él. Estuvimos hablando hasta muy tarde. Creí que Shelley ya estaba preparado.

»-Al fin y al cabo -dijo él de pronto-, ¿qué es lo peor que puede ocurrir? Es posible que la vida cambie, pero no puede volar. La esperanza puede desvanecerse, pero no puede ser destruida. – Me acarició las mejillas-. Permítame antes hablar con Mary y con Claire.

»- ¡No! – dije yo. Shelley pareció sorprendido-. No -repetí-, no puedo permitir que ellas sepan nada. Hay misterios, Shelley, que deben permanecer ocultos.

»Shelley me miró fijamente. Tenía el rostro inexpresivo. En aquel momento me pareció que lo estaba perdiendo.

«Finalmente, asintió con la cabeza.

»-Pronto -susurró. Me apretó la mano-. Pero, si no puedo decírselo, al menos concédame un tiempo, unos meses, para estar con ellas en mi forma mortal.

»Asentí.

»-Desde luego -dije.

»Pero no le conté a Shelley la verdad: que un vampiro debe decir adiós a todo amor mortal; ni le conté una verdad aún más oscura que ésa. Me sentía turbado por aquella necesidad de guardar silencio, desde luego, y más aún cuando Claire, a través de Shelley, empezó a acosarme y a exigirme que sacara a Allegra del convento y la devolviera al cuidado de su madre.

»-Claire tiene pesadillas horribles -trató de explicarme Shelley-. Se imagina que Allegra va a morir en ese lugar. Está completamente convencida de ello. Por favor, Byron, los sueños que tiene son terribles. Devuélvale a Allegra. Permita que venga a vivir con nosotros.

»-No. – Negué con la cabeza-. Imposible.

»-Por favor. – Shelley me cogió por el brazo-. Claire está frenética.

»- ¿Y qué? – Me encogí de hombros con impaciencia-. Las mujeres siempre hacen escenas.

»Shelley se puso tenso. La sangre le abandonó el rostro y vi cómo apretaba los puños. Pero consiguió controlarse. Hizo una inclinación de cabeza.

»-Bien, usted sabe lo que conviene, milord.

»-Lo siento -dije-. De verdad, Shelley, que lo siento. Pero no puedo sacar a Allegra del convento. Tendrá que limitarse a decirle eso a Claire.

»Y Shelley obró en consecuencia. Pero las pesadillas de Claire se hicieron aún peores, y los temores que albergaba por su hija fueron cada vez más violentos. Shelley, que había cuidado de Allegra cuando ésta era un bebé, comprendía a Claire, estaba de su parte; yo lo sabía y veía que ese asunto se interponía entre nosotros. Pero, ¿qué podía hacer? Nada. No podía arriesgarme a ver a Allegra entonces. Tenía cinco años: su sangre se me haría irresistible. Así que continué desoyendo las súplicas de Claire con la esperanza de que Shelley se decidiera pronto. Pero no lo hizo. Por el contrario, vi cómo se iba volviendo distante y frío.

«Entonces llegó la noticia de que Allegra estaba enferma. Se encontraba débil y febril: parecía sufrir pérdidas de sangre. Shelley fue a verme aquella tarde. Me dijo que Claire estaba llena de planes disparatados para rescatar a Allegra, que pensaba llevársela como fuese del convento. Me quedé horrorizado. Pero oculté mi agitación y no permití que nadie, excepto Teresa, viera lo disgustado que me encontraba. Aquella noche cenamos con los Shelley, como hacíamos habitualmente. Nos separamos temprano. Me fui a dar un largo paseo a caballo. Luego, hacia el amanecer, regresé a mi habitación. Me detuve en la escalera...

La voz de lord Byron se apagó. Tragó saliva.

–Me detuve en la escalera -dijo por segunda vez-. Me tambaleé. Podía percibir el más delicado de los aromas. Era más bello que nada en el mundo. Supe al punto lo que era. Traté de luchar contra ello, pero no pude. Fui a mi habitación. Ahora el perfume me llenaba por completo cada vena, cada nervio, cada célula. Era esclavo de aquel aroma. Miré a mí alrededor. Allí, sobre el escritorio, había una botella... me acerqué a ella. Estaba abierta. Yo temblaba. La habitación pareció fundirse en el olvido. Bebí. Sabía a vino, y mezclada con él... mezclada con él... -Lord Byron se detuvo. Sus ojos parecieron brillar con luz febril-. Bebí. La sangre. La sangre de Allegra... ¿Qué puedo decir? Me permitió ver un atisbo del paraíso. Pero un atisbo no era suficiente. Sólo un atisbo y nada más me volvería loco. Necesitaba más. Había de tener más. Volví a llenar la botella con vino para enjuagar hasta el último vestigio de sangre. Por segunda vez me lo bebí todo. La sed parecía aún más terrible. Miré fijamente la botella. La tiré al suelo y la aplasté. Necesitaba tener más. ¡Necesitaba tener más!

Tragó saliva y se detuvo. Cerró los ojos.

—¿De dónde procedía? — Le preguntó Rebecca en voz baja-. ¿Quién la había dejado allí?

Lord Byron se echó a reír.

—No me atrevía ni a pensarlo. No, no fue exactamente así; estaba demasiado embriagado para pensar. Sólo sabía que necesitaba tener más. Conseguí luchar contra la tentación al día siguiente. Llegaron noticias del convento: Allegra se encontraba peor, más débil, seguía perdiendo sangre, nadie sabía cómo. Shelley frunció el entrecejo cuando me vio y miró a otra parte. La idea de perderlo me daba fuerzas: no lo haría, no sucumbiría a la tentación. Llegó la tarde y luego la noche, y pasaron. Volví a cabalgar. Regresé a mi habitación muy tarde, ya de noche. Otra vez... -Lord Byron se interrumpió-. Otra vez una botella de sangre me esperaba en el escritorio. Me la bebí. Sentí que la vida, como plata, me inundaba las venas. Ensillé el caballo. Al hacerlo oí una risa baja, y el olor a ácido me llegó con el viento. Pero yo estaba loco de necesidad. No me detuve. Galopé durante toda la noche. Llegué al convento donde Allegra yacía a las puertas de la muerte. Como un ser culpable, avancé furtivamente entre las sombras, invisible, sin que las monjas sospecharan siquiera mi presencia. Pero Allegra sí notó mi presencia. Abrió los ojos. Le ardían. Tendió las manos hacia mí. La cogí en brazos. La besé. La piel de mi hija pareció escaldarme los labios. Luego la mordí. Su sangre... su sangre...

Lord Byron trató de seguir hablando, pero la voz se le quebró y se apagó. Apretó los dedos y miró a la oscuridad. Luego inclinó la cabeza.

Rebecca lo miró. Se preguntó si sentía lástima por él. Recordó al vagabundo que encontraron junto al puente de Waterloo. Recordó la visión de sí misma colgada del gancho.

—¿Y eso le proporcionó a usted lo que deseaba? — preguntó. La voz sonó fría y remota a sus oídos.

Lord Byron levantó la mirada.

—¿Lo que deseaba? — repitió.

—El envejecimiento... ¿La sangre de su hija lo detuvo?

Lord Byron la miró fijamente. El fuego había desaparecido de sus ojos; parecían completamente muertos.

—Sí -dijo finalmente.

—¿Y Shelley?

—¿Shelley?

—¿Él...?

Lord Byron miró hacia arriba. Seguía teniendo el rostro entumecido y los ojos muertos.

—¿Lo adivinó él? — Le preguntó Rebecca en voz baja-. ¿Lo supo?

Lord Byron sonrió lentamente.

—Creo que ya le he hablado de la tesis de Polidori.

—Sobre el sonambulismo.

—El sonambulismo... y la naturaleza de los sueños.

—Comprendo. — Rebecca hizo una pausa-. ¿Invadió los sueños de Shelley? ¿Pudo hacerlo?

—Shelley era mortal -dijo brevemente lord Byron. Se le curvaron los labios en una repentina mueca de dolor-. Desde el día de la muerte de Allegra evité mi compañía. Hablé a sus amigos de mi «destestada intimidad». Se quejaba de sufrir un terror no natural. En cierta ocasión, mientras caminaba junto al mar para contemplar el efecto de la luz de la luna en el agua, tuvo visiones de una niña desnuda que surgía de las olas. De todo esto me informaron más tarde. Pensé en salir a buscar a Polidori, en aniquilarlo de una vez como había prometido hacer. Pero eso, lo sabía, no sería suficiente. Ahora era Shelley quien se había convertido en mi enemigo. Era a Shelley a quien tenía que enfrentarme y a quien tenía que convencer. Se había comprado un yate poco tiempo antes. Yo sabía que planeaba hacer un viaje por la costa en el barco. Tenía que enfrentarme a él antes de que partiese.

»Hacía un calor sofocante el día anterior al señalado para la partida de Shelley. Mientras yo cabalgaba hacia su casa, en las calles se ofrecían rogativas pidiendo lluvia. Era la hora del crepúsculo cuando llegué a mi destino, y el calor seguía siendo insoportable. Me mantuve en las sombras esperando a que el personal de la casa se retirase. Únicamente Shelley no se fue a la cama. Vi que estaba leyendo. Me acerqué hasta él. Sin que se diera cuenta de mi presencia, me senté en el sillón que había a su lado. Shelley continuó sin levantar la vista. Pero estaba temblando. Sus labios iban pronunciando las palabras que leía del *Infierno*, de Dante. Pronuncié con él un verso: «*Nessun maggior dolore...* No hay mayor dolor...» Shelley levantó la vista. Completé el verso: «Que recordar la felicidad cuando uno es desgraciado.»

»Se hizo un silencio. Luego volví a hablar.

»- ¿Se ha decidido? – le pregunté.

»La mirada de susto de Shelley se heló y se transformó en odio.

»-Tiene usted un rostro como el asesinato -susurró-. Sí, muy suave, pero también sangriento.

»- ¿Sangriento? ¿Qué está diciendo, Shelley? Déjese de gazmoñerías. Usted sabía que yo era una criatura de sangre.

»-Pero no lo sabía todo. – Se puso en pie-. He tenido sueños extraños. Permítame que le hable de ellos, milord. – Pronunció mi título como lo hiciera Polidori, con un rencor abrasador-. Anoche soñé que Mary estaba embarazada. Vi una asquerosa criatura que se inclinaba sobre ella. Tiré de esa criatura, la aparté y le miré el rostro: ese rostro era el mío. – Tragó saliva-. Luego tuve otro sueño. Me encontré conmigo mismo paseando por la terraza. Esta figura, que se parecía a mí aunque estaba más pálida y con una terrible tristeza reflejada en la mirada, se detuvo. «¿Cuánto tiempo piensas estar satisfecho? – me preguntó-. ¿Cuánto tiempo?» Le pregunté a qué se refería. Él sonrió. «¿No te has enterado? – me dijo-. Lord Byron ha matado a su hijita. Y ahora yo debo matar también a mi hija.» Grité. Me desperté. Me encontré en los brazos de Mary. No en los de usted, lord Byron... en los de usted jamás.

»Me miró fijamente con sus profundos y fieros ojos llenos de repulsión. Sentí que una desesperada soledad me invadía el alma. Intenté abrazarlo, pero retrocedió.

»-Esos sueños le fueron enviados por un enemigo -le dije.

»-Pero, ¿acaso no eran ciertas las advertencias que hacían? – Me encogí de hombros, desesperanzado-. ¿Ha matado usted a Allegra, milord?

»-Shelley... -Tendí las manos hacia él-. Shelley... no me deje solo.

»Me volvió la espalda. Salió de la habitación. No se giró para mirarme. No fui tras él... ¿de qué habría servido? Por el contrario, regresé al jardín y monté en mi caballo. Cabalgué de regreso en medio de la noche abrasadora. El calor se iba haciendo más cruel.

»Por primera vez en varios meses conseguí dormir. Teresa no me molestó. Mis sueños fueron desagradables, cargados de culpa, plomizos a causa de los presentimientos. Me desperté a las cuatro. El calor seguía siendo agobiante. Pero mientras me vestía oí el fragor de un trueno lejano que llegaba del mar. Miré hacia afuera por la ventana. El horizonte se estaba oscureciendo, se iba formando una bruma púrpura. Cabalgué hasta la costa

y luego seguí por la arena. El mar estaba todavía cristalino, brillaba contra las nubes que ahora habían adquirido un profundo color negro. Un trueno resonó de nuevo, y el relámpago, en una sábana de plata, iluminó el cielo, y el mar se convirtió de pronto en un caos de burbujeante oleaje mientras la galerna se acercaba a tierra por la bahía. Tiré de las riendas de mi caballo, me detuve y me quedé mirando fijamente al mar abierto. Vislumbré un barco. Subía y bajaba en el agua, volvía a emerger y luego desaparecía detrás de montañas de olas. El viento me gritaba en los oídos. «No sé nadar.» Las palabras de Shelley, pronunciadas tantos años atrás, parecieron aflorar a la superficie desde mi cabeza. En aquella ocasión Shelley había rechazado mi ofrecimiento de salvarle. Miré fijamente hacia el barco de nuevo. Lo vi dar la vuelta y empezar a zozobrar.

»Me corté en la muñeca. Me bebí mi propia sangre. Me elevé en la galerna. Me convertí en el soplo de la oscuridad que avanzaba por el mar. Vi los restos del barco golpeado por las olas. Lo reconocí. Busqué desesperadamente a Shelley. Y entonces lo vi. Se agarraba a una tabla destrozada.

»-Sea mío y lo salvaré.

«Shelley miró enloquecido a su alrededor. Tendí la mano. Lo sujeté.

»- ¡No! – Gritó Shelley-. ¡No!

»Se desprendió adrede de mi mano. Se debatió en el agua. Miró hacia el cielo, pareció sonreír y luego lo barrieron las olas que azotaban por encima de su cabeza. Shelley bajó, bajó, bajó, bajó. Y no volvió a emerger.

Capítulo XIII

*But I have lived, and have not live in vain: my mind may lose its forcé,
my blood its fire, and my frame perish even in conquering pain; but there is
that within me which shall tire torture and time, and breathe when I expire;
something unearthly, which they deem not of, like the remember'd tone of a
mute lyre, shall on their soften 'd spirits sink, and move in hearts all rocky
now the late remorse of love.*

Lord Byron, *Childe Harold's Pilgrimage*

Pero he vivido, y no he vivido en vano;

puede que mi mente pierda su fuerza, mi sangre su fiereza

y mi cuerpo perezca al conquistar el dolor;

pero hay en mí eso que causará

la tortura y el tiempo; y respirará cuando yo expire;
algo no terrenal, que ellos no tienen en cuenta,
como el recordado tono de una lira,
se hundirá en sus espíritus ablandados y entrará
en corazones que ahora son todo piedra
el tardío remordimiento de amor.

Lord Byron, *La peregrinación de Childe Harold*

—Diez días después el mar devolvió el cuerpo a la orilla. La carne que estaba al descubierto se había corrompido; lo poco que quedaba se había vuelto blanquecino a causa del mar; el cadáver era irreconocible. Por lo que alcancé a distinguir, lo mismo hubiera podido ser el despojo de una oveja. Recordé a Haidée. Esperé que su cuerpo nunca hubiera sido hallado, un revoltijo corrupto en un saco de arpillera; confiaba en que sus huesos siguieran bajo el agua sin que nada los perturbase. El cadáver de Shelley, despojado de ropa, era una visión nauseabunda y degradante. Levantamos una pira en la playa y lo quemamos allí. Cuando las llamas empezaron a extenderse, encontré insoportable el olor de la carne al arder. Era dulce y podrido y apestaba a mi fracaso.

»Me acerqué dando un paseo hasta el mar. Me desnudé y me quedé en camisa. Al hacerlo miré a mí alrededor y, de pie sobre la colina, vi la figura de Polidori. Nuestros ojos se encontraron; los abultados labios de aquel hombre se estrecharon y se distendieron en una sonrisa irónica. Una columna de humo procedente de la pira se interpuso entre nosotros. Me di la vuelta y me metí en el mar. Estuve nadando hasta que las llamas de la pira se extinguieron. Pero no me sentí purificado. Luego regresé a la hoguera. No quedaban más que cenizas. Recogí aquel polvo con las manos juntas y lo dejé caer entre los dedos. Un sirviente me enseñó un pedazo de carne chamuscado. Me dijo que era el corazón de Shelley; no había ardido, y pensó que a lo mejor yo quería conservarlo. Le dije que no con la cabeza. Ya era demasiado tarde. Demasiado tarde para poseer el corazón de Shelley...

Lord Byron hizo una pausa. Rebecca se quedó esperando, intrigada.

—¿Y Polidori? — le preguntó. Lord Byron la miró fijamente—. Usted no consiguió ganarse el corazón de Shelley. Había perdido. Sin embargo, cuando vio a Polidori no se enfrentó a él, sino que lo dejó irse. Y ahora sigue vivo. ¿Por qué? ¿Por qué no lo destruyó como había dicho?

Lord Byron sonrió débilmente.

—No infravalore los pozos del odio. Es un placer hecho para la eternidad.

—No. — Rebecca hizo un movimiento negativo con la cabeza—. No, no lo comprendo.

—Los hombres aman apresuradamente; pero para odiar se necesita tiempo; yo tenía... y tengo —pronunció la palabra con rabia—, mucho tiempo.

El ceño de Rebecca se hizo más pronunciado.

—¿Cómo sé que habla usted en serio? — le preguntó con súbito enojo y cierto miedo—. ¿Podría usted haberlo destruido?

Lord Byron se quedó mirándola.

—Creo que sí —dijo finalmente.

Rebecca se dio cuenta de que el corazón le latía más despacio. Tenía miedo de lord Byron, pero no tanto como el que había tenido la noche anterior, cuando el doctor Polidori la había sorprendido junto al Támesis con el rostro lleno de locura y el aliento infectado de veneno.

—¿Sólo lo cree? — preguntó la muchacha.

Los ojos de lord Byron seguían fríos cuando repuso:

—Naturalmente. ¿Cómo se puede tener la certeza de algo? Polidori lleva infundida una parte de mí mismo. Ése es el Don: eso es lo que significa. Sí —añadió con súbita vehemencia—, yo podría destruirle, sí, por supuesto que podría. Usted pregunta por qué no lo hago, y por qué no lo hice en Italia después de que Shelley se ahogara. La razón es la misma. Polidori había recibido mi sangre. Era mi creación. Él, que había sido quien me había legado mi soledad, se había convertido por ese acto en un ser casi precioso para mí. Cuanto más le odiaba, más comprendía que no tenía a nadie más. Quizá Polidori hubiera llevado a cabo esa paradoja intencionadamente. No lo sé. Incluso Jehová, al enviar el diluvio, no pudo soportar la destrucción total del mundo que había creado. ¿Cómo iba yo a ultrajar el espíritu de Shelley comportándome peor que la divinidad cristiana? — Lord Byron esbozó una ligera sonrisa—. Porque era el fantasma de Shelley, y también el de Haidée, lo que me atormentaba, ¿sabe? No literalmente, ni siquiera en forma de visiones que poblasen mis sueños, sino como un vacío... algo semejante a la desolación. Mis días transcurrían llenos de languidez, mis noches estaban llenas de inquietud; y sin embargo no era capaz de hacer nada para salir de aquel estado, no era capaz de hacer otra cosa que no fuera

matar, meditar y garabatear poesía. Recordaba mi juventud, los tiempos en que mi corazón estaba rebosante de cariño y de emociones; pero entonces, a los treinta y seis años, una edad todavía no excesiva, cuando removía los agonizantes rescoldos de mi corazón, apenas sí avivaba una llama pasajera. Había malgastado el verano antes de que mayo llegase a su fin. Haidée estaba muerta; Shelley estaba muerto; mis días de amor estaban muertos.

»Esos mismos recuerdos, sin embargo, me sacaron finalmente de aquel letargo. Durante aquel largo y apacible año se había ido forjando la revolución en Grecia. La causa con la que había soñado Haidée; la revolución que Shelley había anhelado liderar; los amantes de la libertad, entre los cuales me había contado en otro tiempo, tenían puestas sus esperanzas en mí. Yo era famoso; era rico; ¿y no iba a ofrecer mi apoyo a los griegos? Me eché a reír ante aquella petición. Los griegos no se daban cuenta realmente de lo que estaban pidiendo; yo era un ser mortífero cuyo beso contaminaba todo lo que tocaba. Pero me sorprendí al descubrir que aquello me conmovía, cosa que había llegado a creer completamente imposible. Grecia, una tierra romántica y hermosa; la libertad, la causa de todos aquellos a los que había amado. De manera que accedí. Y no sólo apoyaría a los griegos con mis riquezas, sino que además lucharía junto a ellos. Abandonaría Italia. Pisaría, una vez más, el sagrado suelo de Grecia.

»Porque aquélla, lo sabía perfectamente, quizá fuera la última oportunidad que tenía de redimir mi existencia y de exorcizar los fantasmas de aquellos a quienes había traicionado. Aunque en mi interior no me hacía ilusiones. No podía escapar de lo que era, la libertad por la que iba a luchar no sería la mía; y aunque luchase por la libertad, estaría más manchado de sangre que el más cruel de los turcos. Sentí una terrible agitación cuando divisé de nuevo la lejana costa de Grecia. Recordé la primera vez que la había visto, tantos años atrás. ¡Cuántas experiencias había vivido desde entonces! Cuántos cambios... Aquéllas eran las mismas escenas, el mismísimo suelo en el que había amado a Haidée y en el que había sido mortal por última vez, mortal y libre de sangre. Era triste, muy triste, mirar las montañas de Grecia y pensar que todo estaba muerto y acabado. Pero también el gozo se mezclaba con mi tristeza de tal manera que resultaba imposible distinguirlos. Ni siquiera lo intenté. Estaba allí para dirigir y liderar una guerra. Al fin y al cabo, ¿por qué otro motivo había acudido a

Grecia sino para ocupar en algo mi mente estancada? Redoblé mis esfuerzos. Traté de no pensar en nada más que en la lucha contra los turcos.

»Sin embargo, cuando se me propuso que navegase hacia Missolonghi, las sombras del horror y el pesar regresaron a mí más negras que nunca. Mientras el barco en el que viajaba cruzaba la bahía hacia el puerto, los cañones de la flota griega comenzaron a resonar para darme la bienvenida, y vi que sobre las murallas se había reunido una multitud para aclamarme. Pero apenas les presté atención. Por encima de mí, a lo lejos y recortado contra el cielo azul, se alzaba el monte Arakynthos; sabía que detrás de él se encontraba el lago Trihonida. Pero lo que me esperaba era Missolonghi, la población hasta donde había cabalgado después de matar al pacha y donde me había reunido con Hobbhouse no siendo ya un mortal, sino un vampiro. Recordé la viveza de las sensaciones que experimenté aquel día, quince años atrás, al contemplar los colores de las marismas y del cielo. Ahora los colores eran los mismos, pero cuando los miré vi que la muerte se reflejaba en toda aquella belleza, vi enfermedad en los tonos verdes y amarillos de los pantanos, vi lluvia y fiebre en los colores púrpuras de las nubes. Y también pude ver que la propia ciudad de Missolonghi no era más que un lugar miserable y sórdido construido sobre el barro y rodeado de lagunas, un lugar fétido, superpoblado y pestilente. Parecía predestinado para el heroísmo.

»Y así resultó ser. Acorralados por el enemigo como estaban, los griegos parecían tener casi más interés en pelear entre ellos que en luchar contra los turcos. El dinero salía de mis manos a chorros, pero, por lo que veía, tenía muy poca utilidad, sólo servía para sostener las disputas a las que los griegos eran tan aficionados. Traté de reconciliar a los distintos líderes y de disciplinar a las tropas; al fin y al cabo tenía dinero y el poder de convicción en la mirada, pero cualquier orden que daba resultaba siempre frágil y breve; y mientras tanto la lluvia caía sin parar, de manera que aunque hubiéramos estado preparados para atacar, no habríamos podido hacer nada, tan desastrosas y exentas de esperanza eran las condiciones en que nos encontrábamos. Había barro por todas partes; la bruma de los pantanos flotaba sobre la ciudad; las aguas de la laguna empezaron a subir y las carreteras pronto no fueron más que un cenagal rezumante. Y seguía lloviendo. Igual que si estuviera en Londres.

»La libertad empezó a ser una causa que perdía brillo. Durante mucho tiempo, desde mi llegada a Grecia, había reducido al mínimo el número de matanzas, pero empecé de nuevo a beber sangre sin freno. Cada día, en medio de las frías lluvias invernales, salía de la ciudad. Me alejaba cabalgando por el empapado sendero que había al borde de la laguna. Mataba, bebía sangre y dejaba el cadáver de mi víctima entre la inmundicia y los juncos. La lluvia se llevaba el cadáver al cieno de la laguna. Al principio intenté no escoger a mis víctimas entre los griegos, la gente a la que se suponía que había ido allí a salvar, pero más tarde ya lo hacía sin pensarlo demasiado. Al fin y al cabo, si no los hubiera matado yo lo habrían hecho los turcos.

»De manera que una tarde, mientras cabalgaba junto al lago, divisé junto al camino una figura envuelta en harapos. Aquella persona, fuera quien fuese, parecía estar esperándome. Yo estaba sediento de sangre, no había matado todavía, y espoleé mi caballo para continuar hacia adelante. Pero de pronto el animal se encabritó y se puso a relinchar lleno de miedo, y sólo con grandes esfuerzos conseguí controlarlo.

»La figura vestida con harapos se había situado en medio del camino.

»-Lord Byron. – Era una voz de mujer, una voz cascada y ronca, pero en la que se notaba algo extraño que me hizo estremecer con una mezcla de horror y deleite-. Lord Byron -repitió. Vi el destello de unos ojos brillantes debajo de la capucha. Me apuntó con una mano huesuda. Era una mano sarmentosa y nudosa-. ¡Una muerte por Grecia!

«Aquellas palabras me sobresaltaron.

»- ¿Quién eres? – le pregunté a gritos por encima del tamborileo de la lluvia. Vi que la mujer sonreía; de pronto me dio la impresión de que el corazón se me detenía; los labios de aquella mujer me habían recordado, aunque no sabía cómo, a Haidée-. ¡Detente! – le grité.

«Cabalgué hacia ella, pero la mujer desapareció. La orilla de la laguna estaba vacía. No se oía otro sonido que el golpeteo de la lluvia sobre el lago.

«Aquella noche fui presa de una convulsión. Sentí que el horror se abatía sobre mí. Comencé a echar espuma por la boca, los dientes me rechinaban, los sentidos parecían abandonarme. Conseguí recuperarme al cabo de varios minutos, pero tenía miedo porque, durante aquel ataque, había sentido una sensación de repulsa hacia mí mismo como no había

experimentado nunca. Comprendí que aquello me había sido anunciado por la mujer que había salido a mi encuentro en el sendero junto a la laguna. Recuerdos de Haidée, tormentos de culpa, anhelos de lo que era imposible: todo había surgido como una tormenta repentina. Pero me recuperé. Fueron pasando las semanas; continué formando mis tropas, incluso lanzamos un breve ataque al otro lado del lago. Pero durante todo el tiempo permanecí en tensión, pues sentía un extraño presagio y albergaba la esperanza de volver a ver a aquella extraña mujer. Estaba convencido de que vendría de nuevo hasta mí. Su exigencia me resonaba en el cerebro: «¡Una muerte por Grecia!»

Lord Byron hizo una pausa. Miró hacia la oscuridad y Rebecca oyó de nuevo – ¿o se lo imaginó?– un sonido a su espalda. Al parecer lord Byron también oyó el ruido. Repitió otra vez las mismas palabras, como para acallarlo. Las palabras flotaron como el pronunciamiento de una sentencia de muerte.

–Una muerte por Grecia. – Apartó la mirada de la oscuridad y miró de nuevo a Rebecca a los ojos-. Y en efecto, volví a verla dos meses después. Yo estaba cabalgando con algunos compañeros para reconocer el terreno. A unos pocos kilómetros de la ciudad nos sorprendió una densa lluvia que caía sesgada en cortinas de color gris. La vi agachada en un charco de barro. Lentamente, igual que la vez anterior, me señaló. Me estremecí.

»- ¿Ven allí a una mujer? – pregunté a los demás.

»Mis compañeros miraron, pero sólo vieron el camino vacío. Regresamos a Missolonghi. Estábamos empapados. Yo transpiraba violentamente, la fiebre se había apoderado de mí hasta los huesos. Aquella noche me tumbé en el sofá, inquieto y melancólico. Distintas imágenes de mi vida pasada parecían flotar ante mis ojos. Oí remotamente que unos soldados se peleaban en la calle; gritaban con violencia, como siempre hacían. Pero no tenía tiempo para dedicarme a ellos. No tenía tiempo para nada que no fueran los recuerdos y las lamentaciones.

»A la mañana siguiente traté de sacudirme de encima aquella tristeza que me embargaba. Salí de nuevo a cabalgar. Estábamos en abril; el tiempo, para variar, era bueno; iba bromeando con mis compañeros mientras cabalgábamos por la carretera. Entonces, en un olivar, la mujer se me apareció de nuevo, un envoltorio fantasma cubierto de sucios harapos.

»- ¿Ahasver? – grité-. Ahasver, ¿es usted? – Tragué saliva. Tenía la boca seca. Me dolió la garganta al pronunciar la palabra-. ¿Haidée?

»Me quedé mirando. Fuera lo que fuese aquello, había desaparecido. Mis compañeros me llevaron de vuelta a la ciudad. Me parecía que me había vuelto loco al llamarla. El ataque de horror y de repugnancia hacia mí mismo me invadió de nuevo. Me llevaron a la cama. «Una muerte por Grecia. Una muerte por Grecia.» Aquellas palabras parecían latir en mis oídos al compás de mi sangre. Muerte, sí, pero yo no podía morir. Era inmortal, o por lo menos lo sería mientras me alimentase de sangre viva. Imaginé que veía a Haidée. Se encontraba de pie junto a mi cama. Tenía los labios ligeramente entreabiertos, los ojos brillantes, y en su rostro se entremezclaban el amor y la repugnancia.

»- ¿Haidée? – la llamé. Tendí las manos hacia ella-. ¿De veras no estás muerta?

«Intenté tocarla y se desvaneció; estaba solo, a fin de cuentas. Hice una promesa. No volvería a beber sangre. Desafiaría todos los sufrimientos, desafiaría toda mi sed. ¿Una muerte por Grecia? Sí. Mi muerte lograría mucho más que mi vida. ¿Y qué conseguiría? La liberación, la extinción, la nada. Si podía tener eso, bien venido fuera.

»Tuve que guardar cama. Los días fueron pasando. Seguía febril, y mi pesar aumentó infinitamente. Pero luché contra él, incluso cuando la sangre me empezó a arder, cuando pareció que mis miembros se estaban encogiendo, cuando sentí que el cerebro, como una esponja que se va secando, se me pegaba al cráneo. Los médicos se reunieron junto a mi cabecera como moscas alrededor de la carne podrida. Viéndolos allí zumbear y alborotar sin parar, anhelé beberles la sangre, desangrarlos a todos. Pero luché contra esa tentación y los eché de mi lado. Me iba quedando sin fuerzas y sin salud. Lentamente los médicos empezaron a volver junto a mí con su zumbido. Pronto me faltó la energía suficiente para echarlos de mi lado. Me había preocupado el hecho de que pudieran salvarme, pero al oírlos hablar entre ellos comprendí que me había equivocado; con algo parecido al alivio, los animé. El dolor se había hecho insoportable, la negrura empezaba a consumirme la piel; mi mente divagaba. Pero seguía sin morirme. Parecía que ni los médicos fueran capaces de acabar conmigo. Entonces volvieron a pedirme que permitiera que me sangraran.

»Me había negado a ello cuando me lo pidieron por primera vez. La sangre que quedaba en mí estaba casi agotada: que me sangrasen no habría servido más que para empeorar mi sufrimiento. No me había sentido capaz de afrontar el dolor. Pero ahora estaba desesperado. Débilmente, accedí. Sentí cómo me aplicaban las sanguijuelas en la frente. Cada una de ellas me quemaba como una gota de fuego. Empecé a gritar. Seguramente una agonía como aquélla no podía soportarse.

»El médico, al ver mi dolor, me cogió la mano.

»-No se preocupe, milord -me susurró al oído-. Pronto haremos que se ponga bien.

»Me eché a reír. Imaginé que el médico tenía el rostro de Haidée. En mi delirio, me puse a llamarla a gritos. Me desmayé. Cuando volví en mí estaba mirando de nuevo el rostro del médico. Éste me estaba haciendo un corte en la muñeca. Del mismo manó un minúsculo reguero de sangre. Yo quería a Haidée. Pero estaba muerta. Grité su nombre. El mundo empezó a alejarse en un torbellino. Grité otros nombres: Hobhouse, Caro, Bell, Shelley.

»-Moriré -dije a gritos mientras la oscuridad emanaba de las sanguijuelas que tenía en la frente. Imaginé que mis amigos estaban congregados en torno a mi cama-. Seré igual que vosotros -les dije-, mortal otra vez. Seré mortal. Moriré.

»Me eché a llorar. La oscuridad siguió extendiéndose. Pero sirvió para aliviarme el dolor. Apagó el mundo. Me pregunté si aquello sería la muerte; luego, como una última vela en medio de un universo de negrura, la idea se apagó. No quedó nada más. La oscuridad lo era todo.

»Me desperté a la luz de la luna. Su brillo se reflejaba en mi rostro. Moví el brazo. No sentí dolor alguno. Me acaricié la frente. Encontré que había pústulas donde habían estado las sanguijuelas. Bajé la mano y la luz de la luna volvió a brillar sobre las heridas. Cuando me las volví a tocar, las pústulas parecían menos profundas; las toqué por tercera vez y las heridas estaban completamente curadas. Estiré los miembros. Me puse en pie. En contraste con la luz de las estrellas se veía la cima de una montaña.

»-No hay mejor médico, milord, que nuestra señora la luna. – Miré a mí alrededor. Lovelace me sonreía-. ¿No se alegra, Byron, de que le haya salvado de esos matasanos de Missolonghi?»Lo miré con dureza.

»-No, maldita sea -dije finalmente-, confiaba en su habilidad para acabar conmigo.»Lovelace se echó a reír.

»-Ni el peor matasanos podría acabar con usted.»Asentí lentamente.»- Eso parece.

»-Necesita un buen reconstituyente. – Señaló hacia un punto con el dedo. Vi que había dos caballos. Detrás de ellos, un hombre se encontraba atado a un árbol. Se debatió cuando lo miré-. Un bocado exquisito -me dijo Lovelace-. Me ha parecido que, siendo usted un osado guerrero griego, quizá le gustase apreciar la sangre de un musulmán. – Me sonrió. Fui avanzando lentamente hacia el árbol. El turco empezó a retorcerse y a contorsionarse. Gemía quedamente bajo la mordaza. Lo maté de un solo tajo en la garganta. La sangre, después de tanto tiempo, sí, no me quedaba más remedio que admitirlo, sabía muy bien. Dejé a mi víctima vacía por completo de sangre. Luego, con una débil sonrisa, le di las gracias a Lovelace por mostrarse tan previsor. Me miró a los ojos-. ¿Cree que le habría abandonado a su sufrimiento? – Hizo una pausa-. Soy malo, cruel, un malvado de pies a cabeza, pero a usted lo aprecio.

»Sonreí. Creí lo que me decía. Le besé en los labios. Luego eché un rápido vistazo a mí alrededor.

»- ¿Cómo me ha traído hasta aquí? – le pregunté.

»Lovelace hizo oscilar una bolsa de monedas que llevaba en la mano. Sonrió.

»-Nadie mejor que los griegos, que le son tan queridos, para aceptar un soborno.

»- ¿Y adonde me ha traído? – Lovelace inclinó la cabeza. No contestó. Miré a mí alrededor. Estábamos en una hondonada de rocas y árboles. Me quedé mirando de nuevo hacia la cima de la montaña. Aquella forma... aquella silueta recortada contra las estrellas...-. ¿Dónde estamos? – repetí.

»Lentamente, Lovelace me miró. La luna ardía en la palidez de su rostro.

»-Pero, Byron -me preguntó-, ¿de veras no recuerda este lugar?

«Durante unos instantes permanecí inmóvil; luego comencé a avanzar entre los árboles. Delante de mí distinguí un destello plateado. Dejé atrás los árboles. Debajo de mí había un lago bañado por la luna, un lago en cuyas aguas soplaba la más ligera de las brisas. Por encima se encontraba la montaña, aquella silueta tan familiar. Detrás... me di la vuelta y allí estaba.

Me aproximé lentamente a la entrada de la cueva. Lovelace se había acercado y estaba de pie a mi lado.

»- ¿Por qué? – le pregunté en un susurro. La furia y la desesperación debían de arder en mis ojos, porque Lovelace retrocedió tambaleante, como asustado, y se apresuró a cubrirse el rostro con la mano. Le aparté el brazo de la cara y le obligué a mirarme a los ojos-. ¿Por qué, Lovelace? – Le apreté con más fuerza el brazo-. ¿Por qué?

»-Déjelo.

»La voz que habló desde dentro de la cueva era débil, casi inaudible. Pero la reconocí; la reconocí de inmediato, y comprendí al oírla que en realidad sus ecos nunca se habían borrado de mi mente. No; siempre me habían acompañado. Aflojé la mano. Lovelace se retiró, encogido.

»-Es él -murmuré. No era una pregunta, sino la afirmación de un hecho, pero Lovelace asintió. Acerqué la mano al cinturón de Lovelace. Cogí su pistola y la amartillé.

»-Óigalo -me pidió Lovelace-. Escuche lo que tiene que decirle.

»No contesté. Miré a mí alrededor, a la luna y a la montaña, al lago y a las estrellas. Qué bien los recordaba. Apreté con fuerza la culata de la pistola. Me volví y me adentré en la oscuridad de la cueva.

»-Pacha Vakhel. – Mi voz resonó en el interior-. Me dijeron que lo habían enterrado en su tumba.

»-Y así fue, milord. Así fue. – La voz, todavía débil, llegaba desde el fondo de la cueva. Miré hacia las sombras. Una figura, postrada, estaba acurrucada en el suelo. Me acerqué-. No me mire -dijo el pacha-. No se acerque más.

»Me eché a reír con desprecio.

»-Ha sido usted quien ha hecho que me traigan aquí. Ya es demasiado tarde para dar órdenes.

»Yo estaba de pie al lado del pacha, mirándolo desde arriba. Éste se encontraba apretado contra las rocas. Lentamente, se dio la vuelta y me miró.

»A mi pesar, respiré hondo al ver aquello. Los huesos que deberían estar debajo de las mejillas se le habían caído; tenía la piel amarilla; y en la mirada había un dolor horrible; pero no fue aquel rostro lo que me horrorizó. No, fue su cuerpo, que estaba desnudo, ¿comprende? Desnudo, despojado de ropas, pero también, en algunas partes, de la piel, e incluso de

los músculos y de los nervios. La herida que tenía en el corazón seguía abierta, estaba sin cicatrizar. La sangre, como el agua de un diminuto manantial, producía pequeñas burbujas cada vez que él respiraba, cosa que hacía trabajosamente. Tenía la carne azulada a causa de la podredumbre. Le miré mientras se frotaba un corte en la pierna. Un gusano, blanco y abotagado, cayó de la herida. El pacha lo aplastó entre los dedos. Se limpió la mano en una roca.

»-Ya ve, milord, en qué hermosura me ha convertido.»-Lo siento - contesté al cabo de unos instantes-. Mi intención era matarle.

»El pacha se echó a reír; se atragantó mientras la sangre espumosa le brotaba de los labios. La escupió, y algunas gotas le cayeron por la barbilla.

»-Usted quería vengarse -dijo finalmente el pacha-. Bien, pues vea lo que ha logrado: un horror mucho peor que la muerte.

»Se hizo un largo silencio.

»-Se lo repito -dije finalmente-, lo siento. No era ésa mi intención.

»- ¡Qué dolor! – El pacha clavó en mí la mirada-. ¡Qué dolor, cuando me atravesó el corazón con la punta de la espada! ¡Qué dolor, milord!

»-Parecía usted muerto. Cuando le dejé allí, en el desfiladero, parecía muerto.

»-Y casi lo estaba, milord. – Hizo una pausa-. Pero yo era más grande de lo que usted imaginaba.

»Fruncí el entrecejo.

»- ¿Cómo?

»-A los vampiros de categoría superior, como yo, milord... -hizo una pequeña pausa-... como usted y como yo, no se nos puede matar fácilmente.

»Los nudillos se me pusieron blancos de apretar la pistola con fuerza.

»-Entonces, ¿existe una manera de hacerlo?

»El pacha se esforzó por sonreír. El esfuerzo se quedó en una mueca de dolor. Cuando volvió a hablar, no fue para responder a mi pregunta.

»-He yacido durante años, milord, bajo la tierra de la tumba. Mi sangre se ha ido fundiendo y convirtiéndose en lodo, mis dedos tienen gusanos por anillos; todos los seres repugnantes que la tierra es capaz de producir dejaban rastros de baba en mi rostro. Sin embargo, no podía moverme, debido al peso de la tierra sobre mis miembros, tierra que se interponía entre la curativa luz de la luna, que hubiera podido reconstituirme con su

sangre, y todos esos seres vivientes y yo. Oh, sí, milord, la herida que me infligió resultó muy dolorosa. Me costó mucho tiempo recuperar las fuerzas necesarias para poder liberarme del abrazo de la tumba. Incluso ahora, usted mismo puede ver -se señaló a sí mismo con un gesto- cuánto camino me queda todavía por recorrer. – Se apretó el corazón. La sangre, en blandas burbujas, le rezumó por la mano-. La herida que me hizo todavía mana, milord.

»Me quedé helado. Me dio la impresión de que la pistola se me derretía en la mano.

»-Entonces, ¿se está recuperando? – le pregunté.

»El pacha inclinó ligeramente la cabeza.

»-Lo haré con el tiempo. – Sonrió-. A menos... queda lo que usted ha mencionado... -Se le apagó la voz. Seguí sin moverme. El pacha se esforzó por cogerme una mano. Se lo permití. Me incliné y me arrodillé junto a su cabeza. La giró para poder mirarme a los ojos-. Continúa usted siendo muy hermoso después de todos estos años. – Los labios se le retorcieron en una mueca-. Pero le encuentro más viejo. ¿Qué no daría usted por tener su encanto anterior?

»-Menos que por recuperar mi mortalidad.

»El pacha sonrió de nuevo. Le habría golpeado entonces de no haber sido por el dolor de la tristeza que se reflejaba en sus ojos.

»-Lo siento -susurró-, pero eso no es posible.

»- ¿Por qué? – Le pregunté, presa de un súbito arrebató de rabia-. ¿Por qué yo? ¿Por qué me eligió precisamente a mí para ejercer su... su...?

»-Amor.

»-Para ejercer su maldición.

«Volvió a sonreír. De nuevo vi que la tristeza se reflejaba en sus ojos.

»-Porque, milord... -El pacha levantó una mano para acariciarme la mejilla. El esfuerzo hizo que todo su cuerpo temblase. Sentí un dedo ensangrentado y en carne viva sobre mi carne-. Porque, milord... -Tragó saliva e inesperadamente el rostro pareció iluminársele con el deseo y la esperanza-. Porque vi en usted la grandeza. – Se atragantó violentamente, pero ni siquiera el dolor consiguió apagar aquella repentina y desesperada pasión-. Cuando nos vimos por primera vez, ya entonces comprendí en qué podría convertirse. Y no me equivoqué, ya es usted una criatura más poderosa que yo: el más grande, seguramente, de toda nuestra estirpe. Mi

espera ha terminado. Ahora tengo un heredero para que lleve la carga y continúe la búsqueda. Y allí donde yo he fracasado, milord, usted tendrá éxito.

»Dejó caer el brazo. Todo el cuerpo volvió a temblarle a causa del doloroso esfuerzo de su discurso. Lo miré, atónito.

»- ¿Búsqueda? – le pregunté-. ¿Qué búsqueda?

»-Ha hablado usted de una maldición. En efecto. Tiene razón. Estamos malditos. Nuestra necesidad, nuestra sed de sangre, eso es lo que nos hace abominables, aborrecidos y temidos. No obstante, milord, creo... -tragó saliva-... creo que tenemos cierta grandeza... Ojala... ojala...

«Volvió a atragantarse y la sangre le salpicó la barba.

»Miré las manchas de color carmesí, y asentí.

»-Ojala -dije en un susurro para completar sus palabras- no tuviéramos esta sed. – Recordé a Shelley. Cerré los ojos-. Sin la sed, ¿qué no podríamos lograr?

»Sentí que el pacha me oprimía la mano.

»-Me dice Lovelace que Ahasver ha ido a verle.

»-Sí. – Miré al pacha con súbita extrañeza-. ¿Ha oído usted hablar de él?

»-Ha tenido muchos nombres. El judío Errante... el hombre que se burló de Cristo camino del Calvario y fue sentenciado por ese crimen a padecer inquietud eterna. Pero Ahasver ya era antiguo cuando mataron a Jesús. Toda su especie es antigua y eterna.

»- ¿Su especie?

»-Los inmortales, milord. No como nosotros, no los vampiros... verdaderos inmortales.

»- ¿Y qué es -le pregunté- la verdadera inmortalidad?

»Al pacha se le tornaron los ojos ardientes y brillantes.»-La libertad, milord, de la necesidad de beber sangre.

»- ¿Existe?

»El pacha sonrió débilmente.

»-Debemos creerlo así.

»-Entonces, ¿usted nunca ha conocido a esos inmortales?

»-No como lo ha hecho usted.

»Fruncí el entrecejo.

»-En ese caso, ¿cómo puede estar seguro de que existen verdaderamente?

»-Hay pruebas. Débiles, a menudo dudosas, pero, no obstante, pruebas de algo. Durante mil doscientos años, milord, los he estado buscando. Y debemos creer. Tenemos que hacerlo. Porque, ¿qué otra elección o esperanza nos queda?

«Recordé a Ahasver, cómo había venido a mí y lo extraño que era lo que me había revelado. Y recordé más cosas. Hice un movimiento con la cabeza y me puse en pie.

»-Él me dijo que no había esperanza para nosotros, que no había escapatoria.

»-Mintió.

»- ¿Cómo puede usted saberlo?

»-Porque necesariamente tuvo que mentir. – El pacha se esforzó por incorporarse-. ¿No lo comprende? – me preguntó con una pasión febril-. Sin embargo, existe un modo de alcanzar la inmortalidad. La verdadera inmortalidad. ¿Cree que yo habría estado investigando durante todos estos años si no hubiera existido alguna esperanza? Sí que existe, milord. Es posible que exista una posibilidad de acabar con la peregrinación a la que se ve usted condenado.

»-Y si existe para mí, ¿por qué no existe para usted?

»El pacha sonrió con los ojos ardiendo de fiebre.

»- ¿Para mí? – preguntó-. Para mí también existe la posibilidad de acabar con mi peregrinación. – Me cogió de un brazo. Tiró de mí hacia él para que me agachase de nuevo-. Estoy cansado -me dijo en voz baja-. He tenido que cargar con las esperanzas de nuestra especie durante demasiado tiempo. – Me apretó más el brazo-. Lleve usted la carga, milord. He esperado durante siglos a alguien como usted. Haga lo que le pido... libéreme. Déme paz.

»Con cautela, le acaricié la frente.

»-Así que es cierto -murmuré-. ¿Puedo darle muerte, después de todo?

»-Sí, milord. He sido poderoso, un rey entre los Reyes de los Muertos. La extinción de los vampiros como usted y como yo es difícil; durante mucho tiempo la creí imposible. Pero no es sólo acerca de la vida que he estado investigando durante estos largos siglos. También la muerte tiene sus secretos. En bibliotecas, en las ruinas de las ciudades antiguas, en templos secretos y tumbas olvidadas, he estado buscando sin parar.

»Lo miré fijamente.

»-Dígame, pues -le pregunté lentamente-. ¿Qué ha descubierto?

»El pacha sonrió.

»-Que existe un modo.

»- ¿Cómo?

»-Tiene que ser usted, milord. Usted y nadie más.

»- ¿Yo?

»-Sólo puede ser un vampiro que yo haya creado. Sólo mi creación. – El pacha me indicó con un gesto que me aproximase a él. Acerqué mi oído a sus labios-. Para acabar con ello -me dijo en un susurro-, para liberarme...

–¡No! – Rebecca casi gritó la palabra. Lentamente, lord Byron entornó los ojos-. No lo diga. Por favor. Se lo ruego.

Una sonrisa cruel arrugó los labios de lord Byron.

–¿Por qué no quiere saberlo? – preguntó.

–Porque... -Rebecca movió los brazos y se le fue apagando la voz-. ¿No lo ve? – Se derrumbó hacia atrás en el sillón-. Saberlo puede ser peligroso.

–Sí, así es -asintió lord Byron con expresión irónica-. Ciertamente. Y sin embargo, ¿no le parece que es un absoluto abandono renunciar a nuestro derecho a pensar? ¿No ser osado, no investigar, sino estancarse y pudrirse?

Rebecca tragó saliva. Oscuros temores y esperanzas se mezclaban en su mente. Se dio cuenta de que tenía la garganta seca a causa de la duda.

–¿Lo hizo usted? – Le preguntó Rebecca al cabo de unos instantes-. ¿Hizo lo que él le pedía?

Durante largo rato lord Byron no contestó.

–Le prometí que lo haría -dijo finalmente-. El pacha me dio las gracias, sencillamente, con cortesía. Luego sonrió.

»-Como pago -me explicó-, he guardado una cosa para usted.

»Me habló de su herencia. Papeles, manuscritos, el resultado de un milenio de trabajo. Todo ello estaba esperándome, sellado, en Aheron.

–¿En Aheron? ¿En el castillo del pacha? – Lord Byron asintió-. ¿Por qué allí? ¿Por qué no los había llevado consigo para dárselos?

–Yo le hice la misma pregunta, desde luego.

–¿Y?

–No quiso contestarme.

–¿Por qué?

Lord Byron hizo una pausa. Miró de nuevo hacia las sombras que se extendían detrás del sillón de Rebecca.

–Me preguntó -dijo por fin- si me acordaba de la cripta subterránea dedicada a los muertos. Claro que me acordaba de ella, naturalmente.

»-Allí -me dijo el pacha- encontrará usted mi regalo de despedida. El resto del castillo ha ardido hasta quedar destruido por completo. Pero la cripta no puede ser destruida nunca. Vaya, milord. Busque lo que le he dejado. – De nuevo le pregunté por qué no había llevado consigo aquellos papeles. Y de nuevo el pacha sonrió e hizo un gesto de negación con la cabeza. Me cogió la mano-. Prométamelo -me pidió en voz baja. Asentí con la cabeza. Sonrió de nuevo y luego giró el rostro hacia la pared de la cueva. Durante largo rato permaneció en silencio, tumbado. Luego volvió la cabeza y me miró-. Estoy preparado.

»-Aún no es demasiado tarde -le dije-. Puede curarse. Puede continuar la búsqueda, conmigo a su lado.

»Pero el pacha negó con la cabeza.

»-Ya lo he decidido -me indicó. Volvió a coger mi mano y se la colocó sobre el desnudo corazón-. Estoy preparado -volvió a susurrarme al oído.

Lord Byron hizo una pausa. Sonrió a Rebecca.

–Lo maté -dijo. Se inclinó hacia adelante-. ¿Quiere saber cómo? – Rebecca no contestó-. El secreto. El mortífero, mortal secreto. – Lord Byron se echó a reír. A Rebecca le dio la impresión, sentada inmóvil en aquel sillón, de que lord Byron no le estaba contando aquello a ella-. Le abrí el cráneo. Le destrocé el pecho. Y luego... -Hizo una pausa. Rebecca escuchó con atención. Estaba segura de haber oído un ruido, un ruido semejante al que hace alguien al escribir y que ya había oído anteriormente procedente de la oscuridad que reinaba detrás de su sillón. Intentó levantarse, pero lord Byron tenía los ojos clavados en ella, que notó que los miembros se le habían vuelto de plomo. Se quedó donde estaba. La habitación volvió a quedar en silencio. No se oía más sonido que el latir de la sangre de Rebecca-. Me comí su corazón y su cerebro. Fue todo muy sencillo. – De nuevo lord Byron estaba mirando más allá del sillón de Rebecca-. El pacha murió sin emitir ni un gemido. El revoltijo en que yo había convertido su cabeza era repugnante, pero tenía en el rostro, debajo de la sangre, una expresión de placidez. Llamé a Lovelace. Lo encontré junto a la entrada de la cueva. Se quedó mirándome, atónito. Luego sonrió y extendió una mano para acariciarme la cara.

»-Oh, Byron -dijo-, me alegro. Vuelve usted a ser un hombre hermoso.

»Fruncí el entrecejo.

»- ¿A qué se refiere? – le pregunté.

»-A que vuelve usted a ser hermoso. Tan bello y joven como era antes.

»Me toqué las mejillas.

»-No. – Me las noté lisas y sin arrugas-. No -repetí-, no puede ser.

»Lovelace sonrió.

»-Pues así es. Parece usted tan encantador como la primera vez que lo vi. Tan encantador como cuando fue convertido en vampiro.

»-Pero... -Sonreí a mi vez al ver la sonrisa de Lovelace, y luego me eché a reír con súbito éxtasis-. No lo comprendo... ¿Cómo? – Volví a reírme-. ¿Cómo?

»Me atraganté, lleno de incredulidad. Luego, de pronto, lo comprendí todo. Miré hacia la cueva, hacia el cadáver destrozado del pacha.

»Por primera vez Lovelace vio lo que yo había hecho. Se acercó al cuerpo del pacha. Lo miró, espantado.

»- ¿Está muerto? – me preguntó-. ¿Está verdaderamente muerto por fin? – Asentí. Lovelace se estremeció-. ¿Cómo ha sido?

»Tendí una mano hacia él y le acaricié el cabello.»-No pregunte -le dije. Lo besé-. Es mejor que no lo sepa.

»Lovelace asintió. Se inclinó al lado del cadáver y lo miró, maravillado.

»- ¿Y ahora? – dijo finalmente levantando la mirada hacia mí-. ¿Quemamos su cadáver o lo enterramos?

»-Ninguna de las dos cosas.

»-Byron, él pacha era sabio y poderoso, no puede dejarlo aquí.

»-No pienso hacerlo.»-Entonces, ¿qué? «Sonreí.

»-Usted se encargará de llevar el cadáver a Missolonghi. Los griegos deben tener un mártir. Y yo... -Eché a andar hacia la boca de la cueva. Las estrellas habían desaparecido, borradas bajo unas nubes negras. Olfateé el aire. Se acercaba una tormenta. Me volví de nuevo hacia Lovelace-. Debo obtener mi libertad. Lord Byron está muerto. Muerto en Missolonghi. Que la noticia se proclame en Grecia y en todo el mundo.

»- ¿Quiere de verdad -Lovelace hizo un gesto con el brazo- que tomen esa... cosa... por usted?»Asentí.»- ¿Cómo?

»Di unos golpecitos en la bolsa de monedas de Lovelace.»-Nadie mejor que los griegos, que le son tan queridos, para aceptar un soborno.

»Lovelace sonrió lentamente. Me hizo una inclinación de cabeza.

»-Muy bien -dijo-. Si eso es lo que desea...

»-Lo es.

»Me acerqué a él y lo besé; luego salí de la cueva y desaté mi caballo. Lovelace me estaba observando.

»- ¿Y usted qué va a hacer? – me preguntó.

»Me eché a reír mientras me subía al caballo.

»-Tengo una búsqueda que realizar -le dije.

»Lovelace enarcó las cejas.

»- ¿Una búsqueda?

»-Una última voluntad, si lo prefiere. – Espoleé mi caballo y comencé a alejarme-. Adiós, Lovelace. Espero oír los cañones griegos anunciando mi muerte.

»Lovelace se quitó el sombrero e hizo una extravagante reverencia. Le dije adiós con la mano, hice dar la vuelta a mi caballo y empecé a galopar colina abajo. Pronto la cueva quedó oculta tras las rocas y las arboledas.

«Estalló una terrible tormenta cuando recorría el camino de Yanina. Me detuve y me refugié en una taberna. Los griegos que se encontraban en ella me dijeron que nunca habían oído truenos semejantes.

»-Eso significa que ha fallecido un gran hombre -coincidieron en afirmar todos.

»- ¿Quién podrá ser? – les pregunté.

»Uno de ellos, un bandido, supuse, a juzgar por las pistolas que llevaba al cinto, se santiguó.

»-Quiera Dios que no sea el Lordos Byronos -dijo.

»Sus compañeros movieron la cabeza para indicar que estaban de acuerdo. Sonreí. Allá, en Missolonghi, los soldados estarían gimiendo y llorando por las calles.

«Esperé a que escampase la tormenta. Cabalgué toda la noche y durante el día. Era ya la hora del crepúsculo cuando llegué a la carretera de Aheron. Encontré a un campesino junto al puente. Se puso a gritar cuando lo subí a mi caballo.

»- ¡El *vardoulacha*! ¡El *vardoulacha* ha vuelto!

»Le corté la garganta, le bebí la sangre y arrojé el cuerpo al río que, a gran distancia, pasaba por debajo del lugar donde me encontraba. La luna brillaba con fuerza en el cielo. Espoleé mi caballo a través de desfiladeros y barrancos.»El arco dedicado al Señor de la Muerte se alzaba en el mismo

lugar de siempre. Pasé por debajo, crucé el precipicio y luego rodeé el promontorio y me dirigí a la aldea y al castillo del pacha, situados en la cresta de la montaña. Antes, el castillo se había alzado, tenebroso, recortándose contra el cielo; pero ahora, cuando lo miré, parecía que se hubiese fundido. Cabalgué por la aldea. No quedaba nada de ella, excepto algunos extraños montones de escombros y hierbas, y cuando pasé por lo que habían sido las murallas del castillo vi que también parecían haber sido tragadas por las rocas, hasta el punto que nadie podía siquiera imaginar que alguna vez hubieran estado allí. Pero fue cuando llegué a la cima, donde se había alzado el castillo, cuando me quedé inmóvil y atónito. Extrañas y retorcidas piedras brillaban en las tinieblas azul oscuro de la noche, como si hubieran sido moldeadas, igual que la arena, por regueros de lluvia. Desmonté lentamente. Del poderoso edificio que allí se había levantado en otro tiempo apenas quedaba nada reconocible. Los cipreses y la hiedra, los hierbajos y los alhelíes crecían sobre las piedras formando todos juntos una especie de alfombra. Nada más sobrevivía allí. Todo el lugar estaba destruido y derrumbado. Me pregunté si habría sido yo quien lo había destruido, si habría sido yo quien había traído la maldición sobre aquel lugar al atravesar con mi espada el corazón de su señor.

»Busqué el gran salón. No quedaba ni rastro de los pilares ni de las escalinatas, sólo se veían rocas retorcidas por todas partes, lo que hizo que experimentara una creciente sensación de desesperanza. Entonces, cuando estaba al borde de la desesperación, reconocí un fragmento de piedra oculto detrás de unos hierbajos. Todo estaba medio borrado, y a duras penas conseguí distinguir el dibujo de un enrejado. Recordé que procedía del templete, el templete que conducía al templo de los muertos. Me abrí paso entre las hierbas. Ante mí se abría una tremenda oscuridad. Miré hacia allí. Había escaleras que se adentraban en la tierra. La entrada había quedado oculta casi por completo. Aparté los hierbajos. Empecé mi descenso al mundo subterráneo.

»Bajé, bajé y bajé. La oscuridad empezó a iluminarse por algunas llamas rojas. A medida que se fueron haciendo más potentes, reconocí los frescos pintados en los muros, los mismos que había visto en mi descenso años atrás. Me detuve a la entrada. Vi el altar y el abismo de fuego, que no habían cambiado. Respiré el aire enrarecido. Y entonces me puse tenso. Me eché la capa hacia atrás. Delante de mí había un vampiro, podía oler su

sangre. ¿Qué hacía allí una criatura semejante? Me infundí ánimo. Con cautela, entré en el santuario.

»Una figura envuelta en una capa negra se alzaba al contraluz de las llamas. Me daba la espalda. Lentamente, se dio la vuelta. Levantó la capucha que le cubría el rostro.

»-Así que lo ha matado -me dijo Haidée.

«Durante lo que pareció una eternidad, no respondí. Me quedé mirándola fijamente a la cara. Estaba arrugada y seca, envejecida antes de tiempo. Sólo los ojos conservaban parte de la frescura que yo recordaba. Pero era ella. Era ella. Di un paso adelante. Le tendí los brazos. Me eché a reír de alivio, de gozo y de amor. Pero Haidée, sin dejar de mirarme, retrocedió.

»-Haidée. – Ella se dio la vuelta-. Por favor -le dije en un susurro. No me contestó. Hice una pausa-. Por favor -volví a decir-. Déjame que te abrace. Creía que estabas muerta.

»- ¿Y no lo estoy? – me preguntó en un susurro.

»Hice un movimiento negativo con la cabeza.

»-Somos lo que somos.

»- ¿Es así? – Preguntó ella girándose para mirarme de nuevo-. Oh, Byron -murmuró-, Byron. – Vi que las lágrimas empezaban a asomarle a los ojos. Nunca había visto llorar a un vampiro. Tendí las manos hacia ella y esta vez me permitió que la tomase en mis brazos. Empezó a llorar y a besarme, apretando al hacerlo aquellos labios resacos casi con desesperación; siguió llorando y luego empezó a golpearme con los puños-. Byron, Byron, cayó, cayó usted, le dejó ganar, Byron.

»El cuerpo le temblaba a causa del enojo y del llanto, y entonces volvió a besarme con más vehemencia que antes y me abrazó como si no fuera a soltarme nunca. Su cuerpo aún se estremecía mientras se apretaba contra el mío.

»Le acaricié el cabello, ahora surcado de gris.

»- ¿Cómo has sabido que vendría -le pregunté- y me has esperado aquí?

»Haidée parpadeó para apartar las lágrimas.

»-Él me había contado lo que pensaba hacer.

»- ¿Que si yo accedía... me enviaría aquí?

»Haidée asintió.

»- ¿Está muerto? ¿De verdad está muerto?

»-Sí.

»Haidée me miró a los ojos.

»-Claro que lo está -me dijo en voz baja-. Es usted joven y hermoso otra vez.

»- ¿Y tú? – le pregunté-. ¿A ti también te concedió el Don? – Haidée asintió-. Entonces podías haber hecho lo que he hecho yo. Tú podrías haber...

»- ¿Recuperado mi belleza? – Se echó a reír amargamente-. ¿Mi juventud? – No contesté, pero incliné la cabeza. Haidée apartó los brazos de mí-. Intento no beber nunca sangre humana -dijo. Fruncí el entrecejo con incredulidad. Haidée me sonrió. Abrió la capa. Tenía el cuerpo marchito y arrugado, el cuerpo de una vieja, con un toque de negro-. A veces -continuó diciendo- bebo de algún lagarto, de algunos reptiles... En una ocasión bebí de un turco que intentó violarme. Pero, por lo demás...

»La miré fijamente, espantado.

»-Haidée...

»- ¡No! – Se puso a gritar de repente-. ¡No! ¡Yo no soy una *vardoulacha*! ¡No lo soy! – Se estremeció y se apretó el cuerpo con las manos, como si quisiera arrancarse aquella carne de vampiro. Estaba temblando, y cuando intenté tocarla de nuevo, me golpeó-. No, no, no...

»Se le fue apagando la voz, pero ya las lágrimas no le asomaban a los ojos ardientes. Se apretó a sí misma con las manos mientras me miraba fijamente.

»-El pacha... -le dije en un susurro-. Era un asesino, y era turco.

»Haidée se echó a reír, un sonido terrible y angustioso.

»- ¿No se dio usted cuenta? – me preguntó.

»- ¿De qué?

»-De que era mi padre. – Me miró enloquecida-. ¡Mi padre! Carne de mi carne... sangre de mi sangre. – Empezó a temblar otra vez y retrocedió apartándose aún más de mí, de manera que la cabeza le quedaba enmarcada por la pared de fuego-. No podía -me dijo en voz baja-, no podía, fuera lo que fuese lo que él hubiera hecho. ¡No podía, no podía! ¿No se da cuenta? No querría usted que bebiera la sangre de mi propio padre. La del hombre que me había dado la vida. – Se echó a reír-. Pero, claro, olvidaba que usted es la criatura que ha matado a su propia hija.

»La miré, horrorizado.

»-No lo sabía -dije al cabo de unos instantes.

»-Oh, sí. – Haidée se alisó el pelo hacia atrás con las manos-. Él fue quien me engendró. Parece ser que eso era algo que siempre había hecho: engendrar hijos en sus campesinas, a las que utilizaba como yeguas de cría en la aldea. Pero yo era diferente. Por alguna razón, conseguí conmover su corazón. Puede que a su manera, quizá, incluso me quisiera. Y por eso me permitió vivir. Bebía de mí, desde luego, pero me permitió vivir. Yo era su hija. Su amada hija. – Me sonrió-. Él había pensado entregarme a usted desde el momento en que le conoció. ¿No es divertido? ¿No es sorprendente? Usted había de ser su heredero y yo la esposa vampiro de Byron. No es de extrañar que se disgustase cuando huimos de él.

«Tragué saliva.

»- ¿Él te contó todo eso?

»-Sí. Antes de... -La voz se le apagó. Se abrazó a sí misma con fuerza y se balanceó adelante y atrás-. Antes de hacer de mí un monstruo.

»Miré sus ardientes ojos de vampiro.

»-Pero, después de eso... -le pregunté. Moví la cabeza de un lado a otro con apasionada incredulidad-. Después, ¿nunca intentaste seguirme?»-Oh, por supuesto que sí.

»Sus palabras estaban llenas de frialdad. Se asentaron en la boca de mi estómago como si fueran hielo.»-No te vi.»- ¿No?»-No.

»-Entonces quizá fuese porque yo no podía soportar que me viera. – Me dio la espalda sin dejar de mirar fijamente hacia las llamas. Durante mucho rato pareció observar los dibujos que formaba el fuego. Se volvió otra vez hacia mí-. Piénselo -me dijo con súbita pasión-. ¿Está seguro? ¡Piense, Byron, piense!

»- ¿Eras tú la figura de Missolonghi?»-Sí, desde luego, también estuve en Missolonghi. – Haidée se echó a reír-. ¿Cómo iba a poder resistirme a captar aunque sólo fuera un atisbo de usted? Después de tanto tiempo... oír su nombre, el Mesías venido del oeste, en labios de todos. Yo esperaba que quizá una pequeña parte de los motivos por los que usted había venido... - Hizo una pausa-. ¿Se acordaba de mí? – La miré a los ojos. No tuve necesidad de contestarle-. Byron -me cogió las manos y me las apretó con fuerza-, era usted muy atractivo. Incluso envejecido, incluso endurecido mientras cabalgaba por las marismas.

«Recordé a Haidée apuntándome con el dedo y las palabras que gritó.

»- ¿Por qué querías que yo muriera? – le pregunté.

»-Porque todavía le amo -dijo. La besé. Ella me sonrió tristemente-. Porque yo soy vieja y fea, y usted... usted, Byron, también es un *vardoulacha*, usted, que en otro tiempo fue tan valiente y tan bueno. – Hizo una pausa. Inclino la cabeza y luego me miró otra vez-. Pero... como le he dicho, ésa no fue la primera vez que fui tras de usted.

»La miré fijamente.

»- ¿Cuándo fue la primera vez? – le pregunté. Ella bajó la cabeza-. Dime, Haidée, ¿cuándo?

»Me miró de nuevo a los ojos.

»-En Atenas -repuso en voz baja.

»-Entonces, eso fue inmediatamente después de que...

»-Sí... un año después. Le seguí. Le estuve observando mientras mataba. Me sentí destrozada. Pero es posible que me hubiera mostrado a usted de no ser...

»Hizo una pausa.

»- ¿De no ser por qué? – Me sonrió y de pronto lo comprendí. Recordé la calle, la mujer que sostenía el bebé en brazos, el aroma de la sangre dorada-. Eras tú -susurré-. El niño que llevabas en brazos era nuestro: tuyo y mío. – Haidée no contestó-. Dime -le pedí-, dime que tengo razón.

»-Así que lo recuerda -me dijo Haidée finalmente.

»Dio un paso hacia mí, alejándose de las llamas. La estreché en mis brazos. Miré el fuego por encima de su hombro.

»-Un hijo -susurré-, fruto de aquella última hora.

»Un hilo, aunque delicado, que se había tejido a partir de nuestro último acto de amor. Un recuerdo que se conservaba en forma humana y que estaba marcado con la impronta de lo que habíamos sido. Un eslabón, un último eslabón con todo lo que habíamos perdido. Un hijo.

Lord Byron movió la cabeza a ambos lados. Miró fijamente a Rebecca y sonrió.

–Era un varón. Haidée lo había enviado lejos de ella. No había podido soportar el aroma que emanaba de la criatura. También yo, por supuesto, era peligroso para él. Lo habían internado en un colegio de Nafplio. No podía ir allí a verlo con mis propios ojos, naturalmente, pero cuando Haidée y yo nos fuimos juntos de Aheron dejamos instrucciones para nuestro hijo. Hice que lo sacaran de Nafplio y lo enviaran a Londres. Allí se educó como un

inglés. Al final, con el tiempo, incluso adoptó un apellido inglés. – Volvió a sonreír-. ¿Adivina cuál era ese apellido?

Rebecca asintió.

–Desde luego -respondió sombríamente-. Era Ruthven. – Permaneció sentada, inmóvil. Había oído otra vez el ruido procedente de la oscuridad. Sostuvo la mirada de lord Byron. Se humedeció los labios-. ¿Y usted? – preguntó-. ¿Permaneció alejado de Inglaterra y de su hijo? – De Inglaterra, sí... la mayor parte del tiempo. Tenía los manuscritos del pacha. Junto con Haidée, continué la búsqueda a través de continentes y mundos ocultos. Pero Haidée se iba haciendo vieja con mucha rapidez, demasiado vieja para caminar, demasiado vieja para dejarse ver. Rebecca asintió con espanto. Había comprendido. – Entonces... ¿Haidée es la... cosa... que vi en la cripta? – Sí. Ella aún no ha bebido. Permanece allá abajo, en aquel lugar de los muertos. El cuerpo del pacha también se encuentra cerca de ella, bajo la lápida que hay en la iglesia. Durante dos largos siglos han estado pudriéndose juntos: el pacha, muerto; Haidée, todavía con vida, esperando en vano el final de mi búsqueda.

–¿De manera que todavía no ha encontrado lo que busca? – dijo Rebecca tragando saliva. Lord Byron sonrió lúgubrementemente. – Ya ve que no.

Rebecca se retorció un rizo de su cabello castaño. – ¿Cree que lo logrará alguna vez? – se atrevió a preguntar por fin.

Lord Byron levantó una ceja.

–Quizá.

–Creo que lo conseguiré.

–Gracias. – Lord Byron inclinó la cabeza-. ¿Puedo preguntarle por qué?

–Porque sigue usted existiendo. Podría ponerle fin, pero no lo hace.

Como prometió el pacha, al fin y al cabo debe de haber esperanza.

Lord Byron sonrió.

–Quizá tenga usted razón -dijo-. Pero si yo muriera, habría de ser a manos de Polidori, y eso no podría soportarlo. – Se le oscureció la frente-. No, no quiero ser destruido por un enemigo. Por alguien que ha matado todo lo que yo amé. – Miró fijamente a Rebecca-. Comprenda que su presencia aquí se debe únicamente al odio de ese hombre. Cada generación de los Ruthven me la ha enviado él. Me temo que usted, Rebecca, no es la primera, sino sólo una más de una larga lista.

Rebecca lo miró fijamente con una mezcla de piedad y de hielo en sus ojos. Ahora comprendía que estaba condenada. Su destino, al fin, ya había sido sellado.

—Entonces -preguntó con voz firme-, ¿Polidori no sabe que usted puede ser destruido?

Lord Byron sonrió débilmente.

—No. No lo sabe.

Rebecca tragó saliva.

—En cambio, ahora yo sí lo sé.

Él sonrió de nuevo.

—Ciertamente. — Rebecca se levantó. Lentamente, lord Byron hizo lo propio. Rebecca se puso tensa, pero él pasó por su lado sin dejar de mirarla y se adentró en las sombras. El sonido de algo que arañaba en la oscuridad se hizo más insistente. Rebecca escudriñó las tinieblas, pero no pudo distinguir nada. Sin embargo, lord Byron la estaba observando. El pálido rostro del vampiro brillaba como una llama de luz-. Lo siento -dijo éste.

—Por favor... -Lentamente, lord Byron hizo un movimiento negativo con la cabeza-. Por favor... -Rebecca empezó a retroceder hacia la puerta-. ¿Por qué me ha contado todo esto si de todos modos iba a acabar matándome?

—Para que pueda comprender de qué servirá su muerte. Para que pueda resultar más fácil. — Hizo una pausa y miró hacia las sombras-. Más fácil para ambas.

—¿Ambas?

De nuevo volvió a oírse aquel sonido parecido al que hace alguien al escribir. Rebecca miró enloquecida hacia la oscuridad.

—No hay otro camino -dijo lord Byron en un susurro-. Debe hacerse.

Pero ya no estaba hablando con Rebecca. Estaba mirando a una forma envuelta en las sombras que se encontraba agachada a sus pies. Con brazo tembloroso acarició la cabeza de aquel ser. Muy despacio, éste comenzó a cruzar la estancia y se situó a la luz de las velas.

Rebecca lo miró fijamente. Gimió. — ¡No, no! — Se apretó los ojos con los dedos. — Y sin embargo, Rebecca, en otro tiempo ella se parecía mucho a usted. — Lord Byron la miró fijamente, con una mezcla de lástima y de deseo. Muy despacio, avanzó hacia ella-. ¿Se atreve a mirarla a la cara de nuevo? ¿No? No obstante, ya le he dicho que ella tenía la misma cara, la

misma silueta, el mismo encanto que usted. – Rebecca sintió el suave contacto de los labios de lord Byron en los suyos-. Es como si... -Se le apagó la voz.

Rebecca abrió los ojos. Miró a las oscuras profundidades de la mirada de lord Byron. Vio que éste ponía ceño y que la tristeza y la esperanza le cruzaban el rostro. – Por favor... -susurró Rebecca-. Por favor... -Es usted su viva imagen, ¿sabe? – Por favor...

Lord Byron negó con la cabeza.

–Haidée debe tenerla a usted. Debe beber por fin de alguien que posea su misma sangre. Han transcurrido doscientos años, y ahora... ahora está usted aquí, con un rostro igual al que tenía ella. De manera que... -De nuevo besó a Rebecca suavemente en los labios-. Lo siento, lo siento mucho, Rebecca. Pero confío en que quizá ahora sea capaz de comprender. Perdóneme, Rebecca.

Dio un paso hacia atrás. Rebecca, paralizada por completo, miró la suave llama que había en el rostro de lord Byron. Lo vio mirar a la criatura que esperaba retorcida a sus pies. Ella también la miró. De pronto unos ojos rojos, tan brillantes como carbones encendidos, la miraron a los ojos. Rebecca empezó a temblar. Se dio la vuelta. Empujó la puerta. Ésta se abrió, y Rebecca salió tropezando y la cerró de nuevo de golpe.

Echó a correr. Un largo pasillo se extendía delante de ella. No recordaba haber estado allí antes. Estaba mal iluminado, y Rebecca apenas veía por dónde iba. Detrás de ella, la puerta permanecía cerrada. De pronto se quedó inmóvil. Le pareció ver algo que colgaba delante de ella. Se mecía ligeramente y producía un chirrido al hacerlo. Entonces Rebecca oyó el sonido de un líquido que salpicaba el suelo.

Respiró profundamente. Avanzó despacio hacia aquella cosa que colgaba. Era muy pálida, ahora podía verla, y brillaba en la oscuridad. De pronto la sangre se le heló en las venas, porque vio que lo que producía aquel brillo era carne, carne humana, de un cadáver que estaba colgado de un gancho por los talones. De nuevo continuó el goteo. Rebecca miró hacia abajo. Una espesa gota de sangre se estaba formando en la nariz del cadáver. La gota cayó y otra vez la salpicadura cuajó en el suelo. Rebecca vio por qué el cuerpo estaba tan relucientemente blanco. Sin saber lo que hacía, tocó un costado del cadáver. Estaba frío y prácticamente desangrado. Otra vez se oyó la salpicadura. Rebecca se agachó y se sentó en los talones.

Miró el rostro del cadáver. Intentó un grito. No le salió ningún sonido. Volvió a mirar el rostro de su madre. Luego se puso en pie, empezó a temblar y echó a correr.

A lo largo del pasillo había más cadáveres colgados de ganchos. A Rebecca no le quedó más remedio que pasar junto a ellos mientras avanzaba dando tumbos; los cadáveres, viscosos, le rozaban la cara mientras intentaba apartarlos. Siguió avanzando más y más, tambaleándose; cada vez más, los cadáveres de los Ruthven seguían bloqueándole el camino. Por fin, Rebecca cayó de rodillas, llorando de miedo, de odio y de asco. Se dio media vuelta, miró la fila de ganchos de carnicero junto a la que había pasado y gimió. A lo lejos, pasillo atrás, más allá del cadáver de su madre, esperaba un reluciente gancho vacío. Rebecca recuperó por fin la voz. Lanzó un grito. El gancho comenzó a balancearse. Rebecca enterró la cara entre las manos; volvió a gritar; esperó, postrada, en el suelo del pasillo.

Por fin se atrevió a levantar de nuevo la mirada. El pasillo estaba vacío. La fila de sus antepasados había desaparecido. Rebecca miró a su alrededor. Nada. Nada de nada.

—¿Dónde está? — Preguntó a gritos-. ¡Byron! ¿Dónde está? ¡Máteme si tiene que hacerlo, pero no haga más trucos como éste! — Apuntó hacia el lugar donde poco antes habían estado los cadáveres y esperó. El pasillo continuó vacío-. ¡Haidée! — Rebecca hizo una pausa-. ¡Haidée! No obtuvo respuesta. Rebecca se puso en pie. Delante de ella vio una única puerta. Avanzó hacia allí. La abrió. Detrás vio la llama de una vela. Entró. Quedó paralizada. Estaba de pie en la catacumba.

La tumba quedaba justo delante de ella; en la pared del fondo se hallaba la escalera que daba a la iglesia. Rebecca se dirigió hacia ella. Subió los escalones y empujó la puerta. Estaba cerrada. Volvió a empujar. La puerta no se movió. Se sentó en el último escalón y se acurrucó junto a la puerta; se quedó allí esperando. Todo estaba en silencio. La puerta situada detrás de la tumba seguía abierta, pero Rebecca no podía afrontar el hecho de volver a aquel pasillo. Aguardó durante varios minutos. El silencio continuaba. Con cautela, descendió un escalón. Se detuvo. Nada. Bajó los siguientes escalones. Miró por toda la cripta. La fuente burbujeaba ruidosamente, pero el resto estaba en calma. Rebecca miró hacia adelante, a la puerta que había detrás de la tumba. Quizá lo consiguiera. Si echaba a correr y encontraba

una puerta que diera a la calle... sí, quizá pudiera lograrlo. En silencio cruzó el suelo de la cripta. Se detuvo junto a la tumba. Se infundió valor a sí misma. Sabía que si había de irse tenía que ser en aquel momento.

Una garra la apresó por la garganta. Rebecca lanzó un chillido, pero el grito fue apagado por una segunda mano, que la sujetó por la boca hasta casi asfixiarla. El polvo le nublaba los ojos; olía a muerte viviente. Rebecca parpadeó. Levantó los ojos hacia aquella cosa de varios siglos de edad que era Haidée. Dos ardientes ojos rojizos; una boca abierta, sin dientes; la cabeza, arrugada como la de un insecto. Rebecca se debatió. La criatura, que parecía tan frágil, tenía sin embargo una fuerza implacable. Rebecca sintió que le apretaba la garganta con tanta energía que creyó que iba a estrangularla. Se atragantó. Vio que la criatura levantaba la otra mano. Tenía unas garras largas como cimitarras. Aquella cosa le pasó un dedo por la garganta.

Rebecca notó que la sangre comenzaba a brotar de la herida. Luego se esforzó por girar la cabeza hacia el otro lado. Aquella cosa estaba bajando los labios hacia su garganta; el hedor del aliento de aquel ser era terrible. Rebecca sintió que una garra le rozaba de nuevo el cuello. Aguardó. Los labios estaban justo encima de la herida. Cerró los ojos. Confiaba en que la muerte, cuando llegase, fuese rápida.

Luego oyó el traqueteo de la respiración de la criatura. Rebecca se puso tensa, pero no sucedió nada. Abrió los ojos. La criatura había levantado los labios de la herida. La estaba mirando fijamente con ojos ardientes. Estaba temblando.

—Hazlo -oyó Rebecca que decía lord Byron. La cosa seguía mirándola fijamente. Rebecca dirigió los ojos más allá de la cabeza de la criatura. Lord Byron se encontraba de pie junto a la tumba. Lentamente, la criatura miró hacia él-. Hazlo -repitió lord Byron. La criatura no contestó. Lord Byron tendió una mano para tocarle el cráneo, desprovisto de pelo-. Haidée -le susurró-, no hay otra salida. Por favor. — La besó-. Por favor. — La criatura siguió en silencio. Rebecca vio que lord Byron la observaba-. La muchacha está al corriente del secreto -dijo él-. Se lo he contado todo. — Aguardó-. Haidée, tú y yo nos habíamos puesto de acuerdo. Ella conoce el secreto. No puedes dejarla marchar.

La criatura temblaba. Aquellos hombros flacos y sin piel se movían arriba y abajo. Lord Byron tendió la mano para consolarla, pero ella lo

rechazó. La criatura miró de nuevo a Rebecca a los ojos. Tenía el rostro retorcido, como si estuviera bañado en lágrimas, pero aquellos ojos ardientes seguían tan secos como antes. Muy despacio, la criatura abrió la boca, pero luego movió la cabeza en un gesto negativo. Rebecca notó que le soltaba la garganta.

La criatura intentó levantarse. Se tambaleó. Lord Byron la sostuvo en sus brazos. La abrazó mientras la besaba y la mecía. Llena de incredulidad, Rebecca se puso en pie.

Lord Byron la miró. Tenía el rostro helado a causa del dolor y la desesperación.

—Váyase -le dijo en un susurro. Rebecca no era capaz de moverse-.
¡Váyase!

Rebecca se llevó las manos a los oídos, tan terrible fue aquel grito. Salió corriendo de la cripta. En la escalera se detuvo para mirar hacia atrás. Lord Byron se inclinaba sobre lo que tenía en brazos como un padre sostiene a su hijo. Rebecca se quedó inmovilizada; luego se dio la vuelta y echó a correr dejando atrás la cripta.

En lo alto de la escalera había un pasillo. Comenzó a caminar por él. Llegó a una puerta situada al extremo del mismo; movió la manija y la abrió; respiró aliviada cuando vio la calle. Era la hora del crepúsculo. La puesta de sol veteaba el bochornoso cielo londinense, y Rebecca contempló aquellos colores maravillada y llena de gozo. Durante unos minutos se quedó quieta escuchando el lejano rumor de la ciudad, los sonidos que había creído que no volvería a oír nunca, los sonidos de la vida. Luego dio media vuelta y echó a andar apresuradamente calle abajo. Giró la cabeza y miró hacia atrás sólo una vez. La fachada de la casa de lord Byron seguía a oscuras. Las puertas estaban cerradas. No parecía que nadie la siguiera.

Sin embargo, si se hubiera detenido y se hubiera ocultado para cerciorarse de ello, habría visto una figura que salía sigilosa de la oscuridad. Habría visto al hombre emprender el mismo recorrido que ella acababa de seguir. Habría olido, quizá, un característico olor ácido. Pero Rebecca no se detuvo, así que no vio al que la seguía. El tenue olor a ácido que flotaba en el aire pronto se dispersó.

Epílogo

El rostro del cadáver no guardaba el más ligero parecido con mi querido amigo: la boca estaba distorsionada y medio abierta, y dejaba al descubierto unos dientes -de los cuales él, pobre hombre, se había enorgullecido tanto en otro tiempo- descoloridos por completo a causa de los licores; el labio superior estaba sombreado por unos mostachos que conferían un carácter completamente nuevo a aquel rostro; las mejillas aparecían alargadas y formaban bolsas que colgaban sobre la mandíbula; la nariz era prominente en el puente y hundida entre los ojos; las cejas, pobladas y ceñudas; la piel, como pergamino descolorido. No parecía ser Byron.

John Cam Hobhouse, *Diarios*

This file was created with BookDesigner program

bookdesigner@the-ebook.org

16/04/2008

LRS to LRF parser v.0.9; Mikhail Sharonov, 2006; msh-tools.com/ebook/

OceanofPDF.com